

- TANIA SEXTON -

LIBERACIÓN

MÁS ALLÁ DEL DOLOR



LIBERACIÓN

Más allá del dolor

Tania Sexton



LIBERACIÓN

Más allá del dolor

ISBN: 9788419542946

ISBN ebook: 9788419941503

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Tania Sexton

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Muchas de mis queridas lectoras me habéis contado
que ibais a esperar la segunda parte de 'Perversión',
para leerla de un tirón. Otras, no habéis esperado.*

*De un modo o de otro, tenéis en vuestras manos
el final de la historia de Cecily, y espero
que disfrutéis hasta la última página.*

Agradecida de corazón por vuestro apoyo y cariño.

Este libro está dedicado a todas vosotras...

Y a ellos, (que también los hay).

Tania Sexton

Capítulo 1

Días más tarde estaban en Londres, él la llevaba de la mano, y ella agradeció llevar los guantes de piel para no sentir su contacto, solo la presión, igual que presionaba los dientes al sentirse impotente ante esa situación. No se arrepentía, no era eso, pues quería lo mejor para el pequeño Dunc, pero más de una vez se preguntaba si se estaba equivocando.

Abandonaron el taxi para adentrarse por estrechos callejones, el suelo mojado implicaba que pisara con cautela, pero la férrea mano de Cameron impedía que se cayera. Después de varios minutos, pararon, ella elevó la mirada, y antes de que pudiera inspeccionar los alrededores para saber dónde estaban, él tiró de ella para subir unos escalones y pararse ante una puerta. Los nudillos masculinos tocaron con fuerza en ausencia de llamador de ningún tipo. Unos segundos después, la puerta se abrió.

Sissy no sabía a dónde iban ni para qué, pero no tardó en descubrirlo.

—Señor Cameron, pasen, por favor —saludó un hombre de edad indeterminada, que vestía ropas oscuras.

Cameron no dijo nada, solo un movimiento de cabeza a modo de saludo y nada más, y sin soltar la mano de la joven, siguieron al dueño de la casa. Los llevó a una habitación pequeña, donde había una especie de diván, muchos dibujos por las sucias paredes y una máquina de tatuar.

Sissy no había estado nunca en un lugar así, pero sí había visto en una ocasión a un hombre tatuado; dicho hombre les traía la fruta de un almacén del sur de Manhattan, y en una ocasión en que dejó la caja en la cocina y la cocinera le ofreció un vaso de agua, el hombre se quitó la camisa y se quedó en camiseta de manga corta, mostrando los brazos tatuados desde las muñecas hasta donde dejaba ver la prenda. La niña, que por aquel entonces tendría nueve o diez años, le preguntó a la cocinera cuando el hombre se había ido:

—¡Oh! ¿Has visto, Greta? —preguntó sorprendida—. ¡Ese hombre tiene los brazos pintados!

—Tatuados, cariño —corrigió la mujer mientras guardaba la verdura en el refrigerador.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no se quita, que es para siempre —contestó en alemán, mientras seguía con sus quehaceres.

—¿En serio? —preguntó en el mismo idioma.

—Ajá.

—¿Y si se cansa de esos dibujos? —preguntó hablando en alemán con la misma fluidez que en inglés.

La cocinera cerró la puerta de ese aparato que mantenía los alimentos en buenas condiciones durante cierto tiempo, y que solo los muy ricos tenían en sus hogares.

—¡Ah! Que lo hubiese pensado antes.

Sissy se quedó mirando el trajinar de la cocinera durante un rato, mientras pensaba en todos esos tatuajes.

Horas más tarde se lo contó a su madre, y Adele, que prefería dar explicaciones a ocultar, a grandes rasgos, pues consideraba que era pequeña para entrar en detalles, le dijo:

—Verás, las personas que se tatúan los brazos, o la espalda, son personas..., digamos, marginadas por algún motivo —comenzó, viendo los grandes ojos de su pequeña, que no parpadeaban, que estaban pendientes de lo que le dijese su madre, a la expectativa—. Por ejemplo, porque han estado en la cárcel, o porque trabajan en el circo... ¿Entiendes?

—Sí, más o menos. Estar en la cárcel..., lo comprendo, pero los que trabajan en el circo... Trabajar en el circo ¿te margina?

—Ten en cuenta que en el circo no trabaja cualquiera, y pasa de padres a hijos, y si no descienden de artistas circenses, pues..., hay personas que tienen cualidades especiales, como andar por la cuerda floja, o ser malabarista, en fin, muchas cosas. Y son más dados a ese tipo de costumbres. Imagínate, un domador de leones, pues le gustará tatuarse un león, un león dentro de una jaula. Y otros, pues igual se tatúan rostros o letras, nombres...

La niña, que miraba a su madre sin pestañear, estaba deseando añadir su propia información.

—Ese hombre llevaba letras y dibujos, pero no lo pude ver muy bien.

Los hermosos ojos de Adele, de un gris verdoso, miraron a la pequeña con intensidad.

—La próxima vez, no seas tan curiosa, ya sabes que es una falta de educación.

Ella hizo como que no escuchó.

—¿Y con qué se pinta eso, mami?

—Con tinta.

—¿Cómo si te pintases con una pluma?

Adele resopló ligeramente ante tanta pregunta.

—Sissy, no soy experta en ese tema, y tampoco sé mucho porque es algo que no me interesa. Solo sé que utilizan una máquina, y con una especie de pluma van metiendo la tinta en la piel formando el dibujo, de esa manera, se queda para siempre.

—¿Duele?

—No lo sé, supongo que algo tiene que doler.

—¡Vaya! ¿Y yo me lo puedo hacer?

Adele la miró como si le hubiesen salido cuernos y pezuñas.

—¡Por supuesto que no, Cecily Frank! ¡Venga, enséñame los deberes!

Ahí se acabó el tema de conversación, pero durante las semanas siguientes, Sissy se fijaría en los hombres, sobre todo cuando iba con su padre a ciertos lugares que no pertenecían a la clase alta, mirando las manos, las muñecas, por si asomaba algún dibujo, hasta que se olvidó de ello.

Y en esos momentos, estaba en una sala oscura, lúgubre y fría, de un tatuador londinense.

—Desnúdate, Moira —fue la orden de Cameron.

Los ojos de Sissy se abrieron como platos, y se clavaron en el rostro de Adam.

—¿Para qué? —preguntó, entre enfadada y dudosa.

—Ya lo ves, querida —contestó, al tiempo que abría sus brazos de manera discreta, envuelto

en su abrigo de cachemir, su pañuelo de seda y el elegante sombrero en la mano.

Ella, recelosa, no se movió, no añadió palabra.

Cameron se inclinó y acercó la boca a su oído.

—Solo te va a hacer un tatuaje, en la nalga, pero si no estás conforme..., ya te puedes largar de este lugar, y de este país —fueron las palabras secas y murmuradas.

Sissy se separó de Adam y fue desabotonando el abrigo, en cuestión de un minuto estaba en ropa interior, sintiendo la mirada penetrante de ese hombre que iba a mancillar su cuerpo con tinta negra, y del que deseaba marcarla como si fuese de su propiedad.

—Por favor, señorita —dijo el hombre, poniendo una sábana limpia sobre el diván.

Ella se acomodó de lado, mirando para la pared, quedando la cadera derecha arriba.

—En la cadera no —se escuchó la voz de Adam—. En la nalga derecha.

—Entonces, será mejor que la señorita cambie de postura y se ponga bocabajo.

—Ya has oído, cariño.

Sissy se mordió la mejilla por dentro al oír ese calificativo.

Sin pronunciar palabra, hizo lo que se le pidió, dejando el hermoso trasero al aire, y después de varias horas y con un ligero vendaje, salieron de ese lugar, antes del anochecer. A pesar de sentir una especie de escozor, dolor, picor, una mezcla de todo, era llevadero, sin embargo, cuando bajaron los escalones, que horas antes habían subido, ella hizo un pequeño parón, como de molestia. Adam la sostuvo del codo, y ella fijó la mirada en la placa que había debajo de una farola.

Esa noche la pasaron en la casa de Adam, que nada más llegar la dejó sola, pues tenía una partida de cartas en algún lugar.

—La cocinera tiene por costumbre dejar algo en la alacena. Cena algo, y duerme en una de las habitaciones de arriba. Yo tengo cosas que hacer.

Sissy no pudo dormir demasiado, pues el tatuaje escocía lo suyo, aunque eso era lo de menos. Su temor era que él apareciera de repente y quisiera algo que ella no estaba preparada para dar. Pero nada de eso ocurrió, pues hizo su aparición a primera hora de la mañana para tomar el desayuno con ella, atendidos por una criada, y poco después estaban en la estación King's Cross con destino a Leeds.

En la mansión de Leeds estuvieron varios días, tiempo suficiente para que el tatuaje, después de cuarenta y ocho horas, comenzara a disipar las molestias, la hinchazón fuera menguando, el picor desapareciera y la rojez apenas era visible...

Dentro de lo malo, Sissy dio gracias de que no se hubiera infectado, porque la extensión del mismo era considerable. Se lo miraba cada dos por tres, no solo para comprobar su estado y para limpiarlo de manera delicada, sino porque era tan llamativo, que le había quedado muy claro el motivo del mismo. La había marcado como una res, igual que una ternera, o una yegua; la A y la C, la segunda inicial, colgando de la primera, enlazadas, de arriba abajo, en letra inglesa; ocupaban un lugar considerable en el lateral de su nalga derecha.

Era obsceno, pensaba cada vez que lo miraba, cada vez que lo curaba, pues de vez en cuando soltó gotitas de sangre: lágrimas de sangre, como ella las consideraba.

El tatuador le había dado un pequeño botecito que contenía una pomada hecha por él.

—Contiene cera de abeja, aloe vera y un aceite de flores. Le aliviará la inflamación y las molestias típicas. Le aconsejo que la utilice después, aunque ya no le moleste, pues es aconsejable que la piel esté hidratada, y así, se verá más bonito —terminó de decir esto con una sonrisa contenida, mientras Cameron se anudaba el pañuelo, sin prestar atención a lo que el tatuador le decía.

—Gracias —contestó ella.

—Si necesita más, ya sabe dónde encontrarme.

Ella siguió el consejo y, con mucho cuidado, ponía un poco de esa pomada que olía ligeramente a flores, y recorría la piel marcada de negro.

Estaba muy bien elaborado, de eso no cabía duda, de hecho, el tatuaje en sí no le desagradaba, aunque consideraba que era demasiado grande, pero lo que la hacía maldecir en silencio era que esas letras marcaran su cuerpo, era algo que se le hacía insoportable.

Recordó las palabras de Greta, la cocinera alemana que estuvo en casa hasta que murió.

«Para siempre».

Bueno, pensó, está en un lugar que no lo verá cualquiera.

De repente, rompió a reír, a carcajadas.

Carcajadas que sonaron en sus oídos, histéricas, dolorosas.

Casi lo olvidó.

Por un segundo, olvidó que había firmado un documento privado para ser la puta de Adam Cameron.

La señorita Moira Flanagan tenía su alcoba, y si alguna de las doncellas la reconoció de su visita anterior, a pesar de su cabello rubio platino, no dieron señales de ello.

Sabía que solo se utilizaba una parte de la casa, pues era una gran mansión, y se preguntó si en ese lugar...

Pronto tendría respuestas.

A las cinco de la tarde, una doncella entró con una caja.

—Esto es para usted, señorita Flanagan.

Sissy le dio las gracias y, al quedarse sola, la abrió.

Una nota descansaba encima de unas prendas.

La abrió y leyó:

«Mete estas prendas en una bolsa de viaje.

Te espero abajo, no tardes.

Adam».

En la caja había una capa de fino terciopelo negro, un vestido de seda en color marfil, unas sandalias de tacón y una máscara de encaje negro.

Lo metió todo dentro de su bolso de viaje y fue al encuentro de Cameron.

Una hora más tarde, los recibía un mayordomo en una mansión en el campo, Rochester House, donde Duncan había pasado parte de la última noche que estuvieron en Leeds, mientras ella cuidaba y mimaba al pequeño Dunc, aunque ese detalle no formaba parte de su información.

Dicho mayordomo los llevó a una gran y lujosa alcoba, y con una leve inclinación de cabeza ante los invitados, los dejó solos.

Sissy estaba nerviosa, no sabiendo qué se encontraría, cómo discurrirían los acontecimientos, cómo debería comportarse, pues Cameron no había sido muy explícito. Con todo y con eso, se mostró fría y segura de sí misma.

Cualquier cosa antes que mostrar debilidad ante él.

—Desnúdate y ponte las cosas que te he dado.

Sissy iba a desaparecer en el baño, pero la voz del hombre se lo prohibió.

—Cuando estés conmigo, quiero verte. —No hicieron falta más palabras.

Se quitó el abrigo, y seguidamente el recatado vestido de seda azul marino que se ajustaba al cuerpo, pero que no mostraba más lujo ni escote ni adorno. Cuando se quedó en ropa interior, la sonrisa del hombre se hizo provocadora.

—Todo, mi pequeña... Moira. —Movi6 los dedos de la mano derecha, como si teclease un piano—. El vestido que te he dado es para que te lo pongas sobre tu cuerpo desnudo, y la capa, para que la lledes al principio; solo unos minutos. Quiero que te vean, quiero que los ojos de los hombres te devoren, y las damas también, aquí hay de todo, y, te aviso de antemano, si una mano que no sea la mía te quiere tocar, no montes un numerito. Estamos aquí para eso.

Ella se sonroj6, y degluti6 deprisa.

—¿Me vas a prostituir?

—Eso ya ocurri6 en el momento en que te ofreciste a mí, en el momento en que firmaste ese contrato. De manera que no te hagas la virgencita. Porque... no lo eres, ¿verdad? Ya se encarg6 de eso mi primo... O ¿fue otro? —pregunt6, mostrando una cínica sonrisa.

Ella no contest6.

Se qued6 desnuda, y cuando se iba a poner el vestido, él se lo impidi6.

La agarr6 del brazo y contempl6 el tatuaje. Una sonrisa ilumin6 su rostro.

—Ha cicatrizado perfectamente. Parece que forma parte de ti —murmur6, contemplando ese culo a sus anchas. —Ella se mantuvo quieta. No dijo nada—. Precioso, una pequeña obra de arte, sobre una gran obra de arte. ¿No estás de acuerdo, mi pequeña Moira?

Ella no quiso hacer alusión a obras de arte, y menos a su propio cuerpo.

—Ese tatuador debería ganarse la vida como pintor y no como tatuador. Aunque, un poco más pequeño habría quedado más elegante —contest6, mirando a la nada.

Cameron soltó una carcajada y desliz6 un dedo por el contorno de las letras, de sus iniciales.

—No, querida. El tamaño es el correcto, para que lo vean todos, hasta los miopes, para que sepan que eres mía... —Esper6 para ver si salían palabras de esa boca de vicio, pero ella no dijo nada—. Al menos, de momento.

Dej6 de tocar el tatuaje, sintiendo que su cuerpo se alteraba ante la visión de ese culo prieto, macizo, un culo que apetecía azotar, un culo que apetecía besar y, por qué no, penetrar...

—Ponte el vestido —ordenó bruscamente.

Ella obedeció al momento, alegrándose de la orden, alegrándose de que dejara de mirarla de esa forma.

Al sentarse en la cama para ponerse las sandalias de finas tiras, el hombre se acercó e impidió que ella lo hiciera. Calzó un pie, recreándose en la visión de los dedos, del estrecho tobillo, acarició la pantorrilla, parando en la corva, sintiendo el temblor de la joven, excitado por todas las posibilidades que se presentaban esa noche.

Le calzó el otro pie, y deslizando la mano por esa sedosa piel, le dijo:

—Me excitan estas cosas. Si me tienes miedo, me excita, y si tienes vergüenza o pudor, me excita también. Me excitará verte con otros hombres, me excitará verte con otras mujeres. Deberás comportarte con la mayor naturalidad, como si llevases haciendo esto mucho tiempo, y lo más importante, como si te gustase tanto como a mí; porque si no es así, olvídate del pequeño Dunc.

En ese momento, dejó de tocarla, la miró detenidamente e hizo sonar el pulgar y el corazón de su mano derecha, para darle a entender que todo se habría acabado.

—¿Queda claro?

—Sí, como el agua.

—Muy bien. Ponte de pie, que te vea.

Ella obedeció en el acto, y él la miró de arriba abajo.

El vestido era de seda, con un escote a la espalda, que le llegaba hasta donde comenzaban las nalgas, dejando vislumbrar el comienzo de la hendidura, si hubiese llegado un poco más abajo, dejaría ver el comienzo de la «A». Por delante no llevaba escote, pero los pechos se le adivinaban de manera salvaje. Era un espectáculo, pues ese trasero carnoso y respingón, y esos pechos que parecían pitones, eran dignos de una diosa, de una estatua griega.

Adam cogió la máscara de encaje y se la puso.

—No es que quiera proteger de algún modo tu identidad, simplemente es un juego, una manera de dar más interés al prelude sexual.

La miró.

La calibró.

Y le satisfizo de forma sublime.

Estaba colosal.

Magnífica.

Y era toda suya.

Esos impresionantes ojos impactaban con el encaje negro que cubría casi todo el rostro, el cabello rubio también, sin embargo, aunque hubiese llevado su pelo oscuro, el efecto habría sido igual de devastador.

—¿Sabes que el bueno de mi primo también venía de vez en cuando por aquí? A veces de vez en cuando, y otras, más a menudo. Creo que cuando tú estabas cuidando del pequeño Dunc en mi casa, vino a retozar un poco. A lo mejor, en esos días, tú te hacías la interesante, la estrecha... — Dejó la frase sin acabar, esperando que ella dijese algo. Pero no fue así, de manera que continuó

—: ¡Oh! Déjame pensar, creo que entonces ya se había enterado de muchas cosas, y prefirió lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Si el rostro de la mujer mostró sorpresa, la máscara lo ocultó.

—¿No me preguntas nada? ¿No quieres saber con quién venía? ¿A quién se follaba? ¿Qué le gustaba?

—Me da igual. No me interesa.

La carcajada del hombre resonó por la gran alcoba.

—Los dos sabemos que no es así. Cuando estaba casado, creo que vino un par de veces, tres..., tal vez una o dos veces al año; estuvieron tan poco tiempo casados... —Hizo una pausa, y continuó—: Se ve que esa esposa que tuvo no lo calentaba lo suficiente. Es una pena, ¿no te parece? Que la mujer de uno no te caliente después de unos cuantos años de casados, es algo habitual, pero tan pronto..., estando en la plenitud de la vida... —Hizo otra pausa, sin dejar de mirarla—. Después de viudo, visitó el lugar con cierta frecuencia. Casi siempre solo, para satisfacer su lujuria con alguna... parecida a ti, o parecida a la muerta..., o parecida a la que fuera, qué más daba, el caso era follar, disfrutar, dejarse llevar por el alcohol, las drogas... y toda la perversión que puedes encontrar en estos lugares. Pero no te equivoques, es una perversión de lujo, una perversión exquisita. No vale cualquier cosa, ni cualquiera. Aquí —abrió los brazos, mostrando el lujo que les rodeaba— solo entra lo mejor. Y mi primo siempre conseguía lo mejor.

Ella no dijo nada, manteniendo la mirada en los ojos azules, en la seductora boca.

—No digas que no te interesa, porque no me lo creo.

Sissy movió la cabeza ligeramente, haciendo un gesto delicado, que provocó que la intensa mirada del hombre recorriese con su mirada la línea del cuello, las clavículas, los hombros, los pechos.

—¿Te contaba sus intimidades? ¿Venías juntos? —Adam volvió a reír, esta vez con moderación, pero sin dejar de mirarla.

—No, mi primo no es dado a contar sus secretillos. Debería decir: no era.

Fue a por la capa y se la colocó sobre los hombros.

—Nunca vinimos juntos, pero sí coincidimos más de una vez. Aquí, y en otras mansiones. De hecho, yo vine aquí por primera vez, porque alguien me dijo que Duncan Murray lo visitaba de tarde en tarde. Y me picó la curiosidad. Además, me pillaba más cerca de casa. Duncan, cuando venía a la fábrica, aprovechaba para desahogarse de los problemas de todo tipo. Ya sabes, un hombre tan ocupado como él, acumulaba mucha tensión, no solo por los negocios, también por la esposa, siempre insatisfecha, siempre lloriqueando por ese hijo que tuvo. En fin, ya te puedes imaginar, el primer hijo, un varón, fecundado por un espécimen como mi primo y una belleza como Coira. —Hizo una pausa y mostró esa sonrisa embaucadora, deslizándose la mirada sobre el cuerpo de la joven—. Sí, se parecen, ¿eh? Coira, Moira. —Volvió a reír con malicia—. Y luego: ¡el colofón! ¡El suicidio! Los chismorreos en boca de todos. Edimburgo cuchicheando sin parar, Glasgow lo mismo, toda Escocia se enteró de la tragedia, hasta salió en algún periódico de Londres. Imagínate, por muy hombre que seas, es algo que no quieres, que no deseas que te pase. —Se hizo el silencio, mostró una rotunda sonrisa, y volvió a la carga—. En fin, un hombre

necesita desahogarse, quitarse de algún modo la tensión, desconectar de toda la rutina que le rodea, soltar amarres para poder seguir adelante. Y qué mejor manera de desahogarse que una buena orgía.

La tomó de la mano y se dirigieron a la puerta.

—En otro momento te contaré más cosas de mi primo. Seguro estoy de que te llevarás más de una sorpresa.

Llegaron a un gran salón alumbrado con luces tenues. Se trataba de que luz y sombras hicieran su juego particular, provocando más penumbras que claros, dando una sensación de peligro, de prohibido, y las máscaras que lucían ellos y ellas hicieran el resto. Esas luces y sombras ocultaban los defectos, cuando los había, y exaltaban el deseo, lo prohibido.

Cuando las manos de Cameron quitaron la capa de los hombros de Sissy y mostraron su figura, los ojos de los hombres, y de las mujeres, se deslizaron por todo el cuerpo de manera lenta, observadora, motivando alguna mordida de labios, y no solo en ellos. No importó la falta de luz, pues, gracias a las penumbras, miraron todo lo que quisieron y de manera descarada, a fin de cuentas, todos estaban en ese lugar para eso, y para todo lo demás.

Primero hubo una partida de cartas, donde Sissy permaneció detrás de Cameron y solo se movió cuando él le pidió que le trajera un trago, sabiendo que, en ese momento, los ojos de los hombres que se encontraban en la mesa miraron esa espalda cimbreante y ese trasero llamativo, mostrando el comienzo de la hendidura de manera más que sensual, impúdica, pues la seda que tapaba esa carne solo provocaba, solo incitaba a tocar, a estrujar; rasgarla de arriba abajo y dejar ese cuerpo al desnudo.

Y al volver con el vaso entre sus manos, esos pechos inhiestos, ligeramente grandes, con un sutil bamboleo, marcándose los pezones y apuntando hacia arriba; esa seda rodeando las caderas, y envolviendo el pubis, provocaron que sus miembros se pusieran en movimiento, y que los ojos estuvieran más pendientes de ella que de las cartas.

Después de unas horas, después de que Cameron ganase varios cientos de libras, Sissy pensó que tal vez la cosa se quedaría así, y que podría volver a la habitación, quitarse esas sandalias que la estaban martirizando y cerrar los ojos para poder descansar. Que no habría más, que todo se quedaría en un lucimiento provocador de su cuerpo, mientras Cameron ganaba mano tras mano.

Pero no fue así.

La partida acabó, Cameron se levantó, guardó el dinero en la chaqueta del esmoquin y llevó la mano a la cintura de la joven para dirigirse a otro lugar.

Salieron de la sala y la llevó por pasillos alumbrados tenuemente. Sissy era consciente de que otra pareja, o tal vez más, iban detrás de ellos. Entraron en una habitación, que iluminada igual que el resto de la mansión, le dio una idea de lo que había en el lugar.

Dos mujeres acompañaban al hombre que les había seguido, uno de los jugadores de cartas, un hombre de unos cincuenta años, o más, grande, con exceso de peso, cabello plateado y máscara de seda negra ocultando parte del rostro.

Las mujeres jóvenes, pero mayores que Sissy, una pelirroja y otra rubia dorada, esta, delgada como un junco, sin apenas pecho, y la pelirroja con grandes pechos y un gran trasero.

Sabían lo que tenían que hacer, y no tardaron apenas, mientras los hombres se colocaron en un sofá, encendieron unos cigarrillos y se pusieron a contemplar a las mujeres.

Sissy se había quedado quieta, sin saber qué hacer, y cuando las mujeres se quitaron los vestidos, como túnicas livianas, se acercaron a ella.

Le quitaron el vestido, de manera perezosa, lenta, acariciando su cuerpo, rozando los laterales de los pechos, deslizando las manos por el plano y delicado vientre, palpando los rizos del pubis, mientras se agachaban, mientras acercaban las bocas a la tersa piel, y se ponían en posturas provocadoras para que los hombres no solo mirasen a esa rubia teñida con un cuerpo perfecto.

Cameron observó minuciosamente todo lo que ocurría ante él, ante ellos.

Le gustó que la mestiza se mostrara dócil, obediente. Eso era bueno, porque si no era así, lo tendría muy mal. Había dado un paso definitivo, y no había marcha atrás. Su primo, para el caso, podría estar muerto, y el pequeño Dunc estaba bajo su tutela. Si tanto quería a ese pequeñajo retrasado, ya sabía lo que tenía que hacer.

Vio como su amigo había dejado el cigarrillo en el cenicero, olvidado. Se había abierto la bragueta y el miembro estaba en su mano, acariciándose mientras miraba a las tres mujeres, mientras admiraba el hermoso cuerpo de Moira.

—Joder —susurró el hombre—, qué pechos tiene... Y ese coño negro y el pelo rubio, me gusta, joder, cómo me gusta —añadió sin dejar de tocarse, sin dejar de mirar.

En ese momento las mujeres pusieron de espaldas a la nueva, para mostrar las nalgas, y en especial, el tatuaje.

—¡Hostia puta, Cameron! —exclamó, entrecerrando los ojos—, has marcado el culo más hermoso que he visto en mi puta vida —soltó, mientras seguía acariciándose el miembro.

El aludido soltó una risilla camuflada.

—Sí, Rochester. Ya te dije que era una maravilla. Mis iniciales corroboran lo que es mío.

La voz de Cameron sonó como un murmullo, mientras sus ojos no pestañeaban, no perdían detalle de todo lo que las mujeres hacían, de esos cuerpos lujuriosos.

—Pero jamás pensé que traerías una maravilla semejante a mi casa. La última no era nada comparada con esta —murmuró con cierto resuello.

—Todavía no he conocido una mujer que se pueda comparar con esta preciosidad. Pero, relájate, amigo, no quiero que te dé un ataque al corazón —añadió entre dientes, mientras se frotó la propia erección por encima del pantalón.

Bajó la voz, y con una sonrisa maléfica añadió:

—Tu esposa no me lo perdonaría.

Rochester, al oír la palabra «esposa», agitó la mano como no queriendo oír nada relacionado con su matrimonio, mientras sus ojos no se despegaron de esa preciosidad que había traído Cameron.

En ese momento, las dos mujeres tumbaron a Sissy en un diván, y mientras la rubia le chupaba los pechos, la pelirroja había metido la cabeza entre los muslos y comenzó a lamerle el sexo, para

pasar a comérselo con frenesí.

Y cuando el dueño de la mansión se estaba desnudando para unirse a la fiesta, Cameron abrió una mano y movió los dedos con ligereza. El otro sacó un fajo de billetes de la chaqueta y se lo dio.

La sonrisa de Adam no pudo ser más amplia.

—Toda tuya, amigo.

El amigo se quedó con los calcetines como única indumentaria, y se acercó a las mujeres. Primero manoseó las carnes de la pelirroja, que seguía con la cabeza metida entre los muslos de Sissy, palmeando el trasero, que en esa posición invitaba a ello, y deslizando los dedos entre las nalgas, acariciando el ano, y continuar hasta llegar al sexo, y darle un pequeño estrujón. Después besó a la rubia, haciendo ruidos al chupar, al succionar los labios, la lengua, mientras los ojos de Sissy vieron una barriga enorme, y un miembro que no era pequeño, pero que ese vientre quería ocultar.

De repente sintió miedo, quiso levantarse, quitar a esa mujer que le estaba comiendo el sexo, y que de un momento a otro le provocaría un placer no deseado. Quiso salir corriendo de ahí, y no volver nunca más, pero...

Y, entonces qué.

«Cierra los ojos —se dijo—, no pienses en nada, intenta mantener la mente en blanco, y si ello no es posible, y si en algún momento, o momentos, sientes placer, aprovéchalo, déjalo que entre, para que vuelva a salir. Solo es eso, placer no deseado, pero placer, al fin y al cabo».

Será lo mejor, lo más sensato.

Entre el encaje que tapaba sus ojos y la tenue luz vislumbró a Cameron, que vestido, pero con el miembro fuera, acariciándose, seguía en el mismo lugar, mirando la escena que se desarrollaba ante sus ojos, seguramente gozándola.

Pensó en que era un hombre muy guapo, tan rubio, con esos ojos hermosos y esa boca seductora. Pero su corazón era negro, su egoísmo y, sobre todo, su maldad, prevalecía por encima de todo, de manera que ella tenía que estar a la altura para poder conseguir sus fines, para que él no se enfadara y cumpliera con lo prometido.

Al final, cuando la pelirroja salió de entre sus muslos, no llegó al orgasmo, tal vez por tener su mente ocupada con los pensamientos más descarnados. Y cuando ese hombre, grande como una montaña, la puso bocabajo, sintió aprensión.

Le acaricio la espalda, lentamente.

Sintió esas manazas abarcando una buena porción de piel, y que, a pesar de ser pesadas, intentaban que las caricias fueran sutiles sin mucho éxito.

Cerró los ojos y dejó que sus oídos se impregnaran de los sonidos: los gemidos de las dos mujeres, que en esos momentos se tocaban y besaban, la respiración entrecortada del hombre, que de vez en cuando soltaba ciertos resoplos como si fuese un caballo de carreras. Sissy pensó que tal vez se debía al tabaco y al exceso de peso, porque, a pesar de su estatura, el vientre prominente le obligaba a moverse de una forma determinada.

El hombre estaba excitadísimo, y puesto que le había pagado una pequeña fortuna a Cameron,

quería disfrutar de la transacción. Y ese cuerpo le parecía una escultura, pues tal era su perfección, con la diferencia de que esa belleza no era como el frío mármol.

Era cálida, tersa y sumamente atrayente. Llevó las manos a las redondeces del culo, colocándolas con sumo cuidado, como si se fuese a romper, o peor, como si la tinta de ese tatuaje que adornaba la nalga derecha de manera provocadora se fuese a borrar.

Estuvo así durante quince o veinte segundos, sin importarle lo que hacían la rubia y la pelirroja, que se tocaban y besaban dentro de su periferia visual, pero sin conseguir que el hombre dejase de acariciar ese culo, como una vidente acariciaría su bola de cristal.

Lo acarició, despacio, abarcando todo el perímetro, deslizando los dedos por el contorno de las elaboradas letras, como si no se creyese lo que estaba haciendo.

—Enciende la luz, Cameron. Quiero verla bien —ordenó mirando al rubio—. Quiero guardar esta imagen para el resto de mis días.

Adam mostró una sonrisa torcida, y con el miembro fuera de los pantalones, se levantó y le dio al interruptor de la pared. Al momento una luz potente llenó la habitación.

Las mujeres, que al oír la orden habían dejado el contacto, también dejaron de gemir y suspirar, y se quedaron mirando al hombre y a la rubia del antifaz negro, un tanto incómodas de que la habitación estuviera tan iluminada.

El tatuaje negro llamaba la atención, pero al estar en ese culo tan llamativo, era algo así como una atracción, y al tiempo, un mancillamiento.

Cameron volvió a su asiento, se dispuso a mirar y a mover la mano rítmicamente sobre su erecto miembro. Las mujeres sabían que no debían acercarse a él, a no ser que lo pidiese.

Sissy se mantuvo en la misma posición, sin moverse, a la espera de lo que ese hombre quisiera, de sus deseos.

Volvió a cerrar los ojos al sentir de nuevo esas manos sobre el trasero, pero en ese momento, ya no eran delicadas como al principio, pues los siguientes movimientos fueron más rápidos, palpándolo, manoseándolo, dando pequeños pellizcos, metiendo los dedos entre los glúteos, separándolos, como quien abre una sandía, acariciando el ano.

El hombre sintió el temblor de la mujer y pensó que se trataba de excitación.

Llevó los dedos hasta el sexo, para palpar toda la humedad que había dejado la boca de la pelirroja. Volvió a tocar el culo y se permitió el lujo de dar dos cachetes en cada nalga; primero, la virgen, más fuerte, luego, la tatuada, pero sin rozarlo, pues se notaba que estaba hecho de pocos días, y no quería maltratarlo.

Quién sabe, pensó el hombre, tal vez en un futuro cercano se complacería azotando esas nalgas hasta ponerlas rojas como cerezas, aunque tuviera que pagarle a Cameron un dineral.

Acercó la boca y deslizó la lengua por esas redondeces, besando y chupando por igual; seguidamente, se agarró el miembro y lo deslizó por la hendidura, tocando con la punta el circulito del ano, provocando que la mujer temblase, y esta vez sí supo que era de miedo. Pero él no quería ese tipo de penetración, ni tampoco...

Con sus grandes manos, la colocó bocarriba, y se quedó contemplando esos pechos.

Primero, los acarició, como si se fuesen a romper, sin dejar de mirarlos, y al momento, los

estrujo, para que Sissy sintiera sus manazas, supiera que era un hombre grande, un hombre viril, y al momento, la boca comiéndose los pezones, haciendo un ruido asqueroso, como si fuese un niño de teta, pero peor.

Sissy no vio la señal, casi imperceptible, que el hombre les hizo a las mujeres levantando una de sus manos, mientras seguía devorando un pezón, y casi en ese momento, escuchó un palmetazo, para ver como la pelirroja soltaba azotazos, uno detrás de otro, sobre los glúteos del hombre, y mientras, la rubia le tiraba de los testículos, los acariciaba, y volvía a tirar.

Una de cal y otra de arena.

De repente, y con un aullido, dejó de mamar de sus pechos, levantó la cabeza, y jadeando sobre ella, escapándose la saliva de la boca, dejando caer la gran cabeza sobre sus pechos, como si fuese un gran mastín, supo que se corría mientras las dos mujeres se la meneaban con fuerza, pareciendo que se la iban a despellejar.

Al terminar, las manos del hombre se encontraron encima del vientre de Sissy.

Lo acarició, lo besó, y haciendo un esfuerzo se levantó.

La mirada verde fue hasta Cameron, para ver cómo se limpiaba el miembro con un pañuelo y se lo guardaba dentro del pantalón, evitando miradas curiosas.

Unos minutos después se quedaron solos, y el hombre se acercó hasta ella.

Le ofreció la mano, y la ayudó a levantarse.

La luz central del alto techo los mostraba tal cual.

—Lo has hecho muy bien, realmente bien para ser la primera vez. Pero no será siempre así, mi preciada joya. Hoy ha tocado pasividad, esta noche has servido a un hombre que está forrado, el dueño de este lugar, que tiene esposa, en el mundanal Londres, y que no practica sexo con ella desde hace mucho tiempo. Que la dama en cuestión se escandalizaría si supiera los gustos de su marido. Pues, como te habrás dado cuenta, le gusta mamar, le gusta que le azoten el trasero, que le tiren de los huevos hasta saltarle las lágrimas, que le meneen la polla como si fuese la ubre de una vaca, y ordeñarla hasta sacar la última gota.

Sissy intentó no mostrar su pensamiento, pero no lo consiguió, pues un rictus torcido se mostró en esa boca roja.

La sonrisa de superioridad del hombre se mostró en todo su esplendor.

—Te hablo así, porque lo que te vas a encontrar en estos lugares, la mayoría de las mujeres ni se lo imaginan, ni saben que existe, a no ser que vivan en barrios marginales, o se dediquen a la prostitución... —Dejó la frase sin acabar, y al ver que ella no decía nada, continuó—: Pero, hay excepciones, como te puedes imaginar, y aquí, también vienen mujeres de clase alta, con sus maridos, o con sus amantes, que les gusta experimentar, que quieren darle un aliciente a su vida íntima, que no se conforman con lo cotidiano, lo aburrido. Algunas llegaron con desconfianza, convencidas por sus parejas; unas han vuelto, otras no. Pero hay varias que son realmente viciosas, tanto de hombres como de mujeres. Sí, las lesbianas encuentran en estas mansiones sus paraísos perfectos, por otra parte, es lo que buscamos todos. ¿No crees?

—Paraíso, o negocio —añadió ella.

Adam la observó con atención, y continuó:

—Duncan es, o era, el de los negocios a gran escala, pero quién sabe, a lo mejor yo lo logro contigo. Pero nos estamos desviando del tema. Lo que quiero que te quede claro como el agua es que aquí, y en los próximos lugares que vayamos, escucharás todo tipo de palabras, adjetivos, expresiones que escandalizarían a una dama recatada y puritana. Aquí no se utilizan eufemismos para follar, para fornicar, u otras cuestiones. Aquí se folla, se come, se chupa, se mama, se penetra, se corre, se viola... se da por el culo... —Hizo una pausa, pues esperó un gritito, o algo similar por parte de esa belleza, y al no suceder, mostró una gran sonrisa—. Creo que no lo vamos a pasar bien, querida Moira. Sí, muy bien.

Rodeó el cuerpo desnudo, mirándolo sin tocar.

Deseando pasar los dedos por las iniciales de su nombre, pero no lo hizo.

—Por esta noche, no quiero ofrecerte a nadie más. Ya te han visto, ya saben que vamos a volver, de manera que, para la próxima, tendré ofertas por doquier. Y quién sabe, seguro que más de uno y de una nos seguirán a otros lugares.

Ella fue a coger el vestido, pero Adam se lo impidió.

—No, mi preciosa mestiza. Ahora saldremos de aquí, recorreremos los diversos salones, hablaré con unos y con otros, para que todos tengan tiempo de sobra en contemplar tu hermoso cuerpo, y de lucir ese tatuaje tan bien hecho. Que sepan todos que me perteneces. Quiero que intenten adivinar tus facciones a través de la máscara, para que se les haga la boca agua, para que hablen de ti, y piensen en ti. Quiero que luzcas como lo que eres, una hembra perfecta, capaz de dejar babeando hasta al tipo más frío del mundo. —Soltó una risa falsa—. Cómo me gustaría que Duncan pudiera verte. Cómo me gustaría ver la expresión del hombre más frío que he conocido.

Sissy lo observó con atención, asimilando las últimas palabras.

Tal vez fuese cierto, tal vez Duncan Murray fuese frío para muchas cosas, pero ella lo había visto con su hijo, y eso no lo olvidaría nunca.

Duncan Murray sería un hombre frío, pero Cameron era el ser más vil y mezquino que hubiera conocido, pensó la joven, mientras el hombre abrió la puerta y, ofreciéndole su brazo, salieron de la habitación.

Y así fue como se pasearon por el gran salón, ella, cogida de su brazo, subida en las sandalias de tacón, que hacían que los glúteos se moviesen de manera sensual, provocadora, agitándose solo lo que la dureza de ese culo permitía, mostrando ese tatuaje como si fuese una obra de arte, pues esas letras sobre la nalga las encumbraba, las elevaba hasta lo más alto, lo más exótico, lo más deseado.

Sissy, altiva como una diosa pagana, sintiéndose levemente protegida por la exquisita máscara de encaje, no perdió el aplomo en momento alguno, y mientras Cameron saludaba con una inclinación de cabeza a unos y a otros, ella permaneció estoica, sin que sus gruesos labios —que eran la parte que no ocultaba la máscara— mostraran una sonrisa, ni gesto alguno, a pesar de ver a dónde se dirigían esas miradas cuando se los encontraba de frente; a los pechos, y después, al monte de Venus, oscuro, casi negro, de rizos cortos, ocultando lo que muchos y muchas querían ver en toda su amplitud.

Capítulo 2

—¿Todavía no dejan pasar visitas? ¿Nadie puede verlo? ¿Nadie? —preguntó con ansia, con ímpetu, hasta con decepción, sin preocuparse por ocultar su estado anímico, pues ya todo le daba igual. Además, fue la carta de Bowie la que hizo que volviera a Escocia.

—No. Lo siento, señorita. Pero así están las cosas —contestó, mientras cogía la tetera y volvía a llenar la taza de su invitada.

El rictus de la señora Bowie mostró el pesar.

Sissy se pasó los dedos por las mejillas, de manera suave, como si fuese una caricia, al tiempo que su mirada bailó por la pequeña habitación.

Bowie la observó con atención, admirando la delicadeza de sus movimientos, la bella mirada...

—Señora Bowie, sé por médicos de los Estados Unidos, que dicen que es bueno hablarles, que eso puede ser una motivación para que puedan salir del coma. —Soltó el aire, y volvió a cogerlo, como si en la habitación no hubiera bastante—. Si alguien fuese a verlo, si no todos los días, por lo menos una vez o dos por semana, a lo mejor... —Dejó la frase sin acabar, clavando esa mirada en la ama de llaves.

—¿Usted cree, señorita... Flanagan? —A la ama de llaves de la casa de Victoria Street le costaba llamarla así, pues a pesar de ese cabello rubio, que la convertía en una mujer explosiva, no había duda de quién era.

Todo el servicio había reconocido esos ojos verdes, esas facciones cinceladas, y esa voz tan dulce y femenina, pero en esos momentos, en esas circunstancias, era la señorita Flanagan, amiga del señor Cameron.

—Señora Bowie... —fue un ruego, una plegaria.

La aludida soltó un suspiro, agitó la cabeza, pensando en hacer algo.

—¡Ay, Dios mío! No sé qué podríamos hacer. Sé que la señorita McKenzie fue un par de veces al principio, pero no ha vuelto a visitarlo. Dicen que se llevó una impresión muy fuerte... Y..., bueno, todo el mundo no está preparado para cosas así. Eso de ver a un ser querido como si estuviera durmiendo y saber que no va a despertar...

—¿La señorita McKenzie? —preguntó Sissy apretando los labios.

Bowie vio el dolor en esa mirada.

—La prometida no oficial del señor Murray. Era un secreto a voces que tarde o temprano le pediría en matrimonio, o eso decían por ahí. —Dio un pequeño sorbo al té, y después de dejar con sumo cuidado la taza sobre el platillo de porcelana, siguió contando—: Pero teniendo en cuenta que el señor tuvo ese accidente..., cuando...

La joven hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza, y la señora Bowie pensó que ese sombrerito minúsculo, negro y con una pequeña florecita roja, le quedaba divinamente. Si

ella, o la mayoría de las mujeres que conocía, se lo hubieran puesto, se vería ridículo en sus cabezas.

Por cierto, la florecita roja carmesí hacía juego con el lápiz de labios que usaba la señorita, pensó Bowie, sin dejar de mirarla.

—¿Cómo supo que él iba a coger un avión para los Estados Unidos?

Bowie apretó los labios en un rictus contraído, algo que solía hacer a menudo, cuando el tema de conversación era delicado.

—Por Alastar, señorita. Él me lo dijo, porque el señor Murray se lo dijo. Igual que me comenta cómo está el pequeño, y el resto de las cosas que pasan en Dubh House. De manera que, no hacía falta sumar dos más dos. Si el señor no se había comprometido de manera oficial con la señorita McKenzie, y se iba a los Estados Unidos...

—Podía ir por negocios.

Bowie bajó la voz, por si acaso las paredes tenían oídos.

—No, señorita. Alastar me dijo: «El señor me ha dicho que va a buscar a la señorita Frank, ha reservado un billete para Nueva York». No había ninguna duda.

Sissy se mordió el labio inferior, a pesar de llevarlos pintados.

—Y... ¿cómo está el pequeño?

La señora Bowie sonrió de oreja a oreja, y en esa sonrisa, Sissy quiso encontrar un leve parecido con Agnes.

—¡Oh! Muy bien, sí. Contento y feliz. Seguramente, aunque eche de menos a su padre, no será muy consciente de su falta, no sé si me entiende.

—Sí, entiendo lo que quiere decir —añadió la joven, mostrando una pequeña sonrisa.

—La señorita Spencer es muy competente.

Sissy afirmó en silencio.

—Y..., si me permite el comentario, creo que la ausencia de la señorita Lily benefició, antes de que usted llegase, benefició para que el señor Cameron —bajó la voz hasta un susurro— no aprovecharse para meter en un lugar de esos al pequeño, y a la anciana... Ya sabe, dos pájaros de un tiro.

—¿No le tenía cariño a su tía?

Bowie movió la cabeza incómoda, pensando en que había hablado demasiado, pero bueno, teniendo en cuenta lo que estaba haciendo la señorita Frank...

—Ninguno. Si alguna vez aparecía por Dubh House, era porque el señor Murray estaba en la casa, y a él le urgía verle. Pero ni se molestaba en acercarse hasta la habitación de la señorita Lily. Le daba igual que fuese hermana de su madre, que en paz descansa. Qué pena, las tres hermanas muertas. Quién lo iba a decir. Y las tres en accidentes, qué cosas —añadió Bowie, sin mirar a Sissy.

—¿La madre del señor Cameron también murió de accidente?

—Sí. Los dos, ella y el esposo. En un crucero por el Nilo, hace unos años.

Sissy apuró el té, y no quiso saber más de los padres de Cameron, pero, antes de irse y acabar la conversación, le preguntó por algo que sí le interesaba.

—Y... ¿los empleados?

La ama de llaves puso gesto perplejo.

—No entiendo.

—¿No han despedido a nadie?

La señora Bowie se quedó en silencio durante un instante, asimilando la pregunta, al tiempo que miraba esos ojos verdes que mostraban preocupación, y comprendió muchas cosas.

—No, señorita. El señor Cameron no ha despedido a nadie. Por el momento.

Sissy movió ligeramente la cabeza, y sin palabras, Bowie supo que lo que hubieran establecido entre ellos se estaba cumpliendo.

—De acuerdo. Le agradecería que me cuente, a la mayor brevedad posible, cualquier cosa anómala que pueda suceder en Dubh House, y, por supuesto, aquí. Tengo que estar informada, si no le causa mucha molestia.

La hermana de Agnes movió ligeramente la cabeza, observando con suma atención a esa joven que parecía haber madurado de golpe, a fuerza de porrazos, primero con la tragedia de sus padres, después con la muerte de su abuela, y ahora...

Conocía a Adam Cameron, aunque no lo tratase habitualmente, sabía lo vividor y mujeriego que era.

Él, y sus amigos.

—Descuide. Se lo haré saber —añadió la mujer, viendo cómo la neoyorkina se levantaba y se ponía la gabardina para irse.

Sissy iba a salir del pequeño despacho del ama de llaves, cuando unas palabras la paralizaron.

—Podría haber una manera de llegar hasta el señor Murray.

Sissy se giró, y clavó esa intensa mirada sobre la mujer.

—¿Cuál?

—El señor es católico, y todos los viernes va un sacerdote. —Sissy esperó—. Podría vestirse de monja, y con la excusa de rezar por el señor, entrar en la habitación.

La expresión del rostro de Sissy reflejó la excitación de esa posibilidad.

—¿Dónde consigo un hábito? —preguntó emocionada.

—No se preocupe. Yo me encargo.

Dos días más tarde, Sissy entraba en el hospital, sabiendo muy bien a dónde se dirigía. El hábito negro y la blanca cofia era un disfraz de lo más eficaz. Servía para hacerla invisible y, al mismo tiempo, visible pero no importante, y, por supuesto, nada peligrosa. En su mano derecha, una biblia y el pequeño rosario de madera, colgando de un ajado cinturón marrón. La cofia escondía el cabello perfectamente, pues cubría un trozo de la frente, de manera que era imposible que se escapase nada que la delatase. Por descontado, no llevaba ni un ápice de maquillaje, y para que sus ojos no resultasen tan llamativos, la señora Bowie le había conseguido unas gafas

que pertenecieron a una criada que murió unos años atrás, y que, olvidadas, quedaron en un cajón de su escritorio.

En cuanto le era posible, miraba por encima de las gafitas de pasta negra, redondas, si no quería caerse de bruces; pero nada de eso sucedió, y en cuestión de minutos, traspasó la entrada del hospital, anduvo por pasillos que olían a desinfectante, se cruzó con una mujer que limpiaba afanosamente una mancha en el suelo, frotando con ahínco y sin mirar a ningún lado, cosa que la joven agradeció. Observando de reojo y por encima de las gafas los números de las puertas, pero sin detenerse a mirar las que mostraban otra identificación, se movió ligera, para no parecer despistada. Sabía a dónde iba, las indicaciones de la señora Bowie fueron claras y concisas. Pero a pesar de su determinación, el corazón le latía de manera violenta, esperando que en cualquier momento alguien le preguntase a dónde iba, qué deseaba. Recordó las palabras de la señora Bowie: «No se preocupe, las monjas y los curas se mueven por los hospitales como si estuvieran en su casa. Y no creo que, si se cruza con otra monja, le pregunte nada. Pero si es así, diga que está en el convento de las Clarisas, al sur de Inglaterra, ya sabe, cuanto más lejos, mejor. Y si es un cura, igual. De todos modos, mejor que no se cruce con uno, pues esos son más curiosos, y tal vez la ponga en un compromiso. Siempre quieren saber más, no solo por ser curas, sino por ser hombres, ya me entiende».

Pero no hizo falta, nadie la molestó, no se cruzó con ninguna monja, y menos con un sacerdote, y en cuestión de pocos minutos, entró en la habitación del hombre que amaba.

Se quedó detrás de la puerta, en una esquina, respirando deprisa, mirando el lecho y el cuerpo que ocupaba esa cama, la blancura impoluta de la ropa que lo cubría hasta las axilas, dejando los brazos fuera, dejando ver la camisa del pijama. Una sonda desaparecía por el interior del orificio de la nariz para darle alimento.

Tragó saliva, y se acercó un poco más, sin dejar de mirar, vislumbrado la rigidez de la pierna rota y escayolada.

Estaba demacrado, más delgado que la última vez que lo vio, pero, como era grande, ocupaba todo el largo de la cama, y sus hombros casi abarcaban el ancho. Suspiró, y limpió una lágrima que quiso dar salida a otras, pero que ella impidió.

—Hola, Duncan —casi susurró, pues la voz pareció quedarse escondida en la garganta, por el miedo de que la descubrieran, pero, ante todo, por verlo así: indefenso, tal vez moribundo.

Tragó saliva, y cogió fuerzas para que la voz no le fallara, para que sus palabras llegaran al cerebro del hombre, si es que eso era posible, y se acercó más.

—Me alegro mucho de que no hayas muerto, Duncan. Pero siento muchísimo que te encuentres en este estado... —Ahogo un suspiro—. No te puedes morir, Duncan. No te puedes morir —repitió y casi le susurró al oído—. Tu hijo te espera. Tu hermoso hijo desea verte. No puedes dejarlo a su suerte. No puedes dejar que Adam lo lleve a un sitio de mala muerte.

Hizo una pausa, queriendo pronunciar las palabras adecuadas. No quería hacerle daño, pero, al mismo tiempo, creía que debía ser franca, que si él tenía un atisbo de consciencia, entendería lo que estaba pasando.

—Oh, perdóname, sé que no debería decirte estas cosas, tal vez solo tendría que contarte cosas

bonitas, cosas alegres, para no hacerte sufrir, pero no puedo engañarte, no puedo perder el tiempo en eso. He vuelto por ti, he vuelto por tu hijo, y necesito que despiertes, necesito que salgas de ese túnel en el que te encuentras... y vuelvas. Vuelvas a casa. Vuelvas con tu hijo. — Se limpió una lágrima—. Y, y si todavía me quieres, si eres capaz de perdonarme, quisiera estar a vuestro lado.

Dejó las gafas y la pequeña Biblia encima de la blanca colcha, y le cogió la mano. Esa mano grande, que todavía mantenía la belleza, pero que estaba flácida, que le recordó a su abuela, cuando ya no la reconocía, cuando le faltaba poco para morir, y su amante y su nieta permanecieron a su lado, cogiéndole las manos, hasta que su corazón dejó de latir.

No quería pensar en la muerte de su abuela, y muchísimo menos, en la de ese hombre en la plenitud de su vida.

Volvió a limpiarse otra lágrima y, sujetando la mano de Duncan, la apretó, con suavidad pero con cierta presión, para que él notase esa fuerza. Y sin más, la elevó y la colocó en su rostro, encima de su mejilla, aplastándola contra el calor de su cara, besando esos dedos largos, esa palma templada.

—No dejes de pensar en ti, mi dulce amor. No dejes de rezar para que despiertes, para que vuelvas a ser tú. La pierna la tienes casi curada, pero necesita movimiento, ejercicio, y no solo los masajes que te dan para mantener la circulación y motivar la musculatura —le dijo como si él le escuchara, sin dejar de sostener esa mano sobre su cara, sobre sus labios—. Tienes que despertar para ponerte en marcha, para hacer que tu cuerpo recupere el estado de antes. Tienes que despertar para abrazar a tu hijo, para que veas lo que ha crecido y lo mucho que ha aprendido. La señorita Spencer lo cuida muy bien, y se encarga de que cada día aprenda más cosas. Pero le faltas tú. Tú eres insustituible, tú eres su amado padre, y no puedes dejar que le ocurra una desgracia. Tienes que volver... —Soltó un pequeño gemido.

Volvió a besar los dedos, uno a uno, la palma de la mano depositando una sinfonía de besitos ruidosos, para deleitarse con el agradable aroma a sándalo.

—Qué bien hueles, señal de que te cuidan bien —susurró, rozando con la boca las yemas de los dedos.

Pasó casi un minuto, recreándose con ese contacto íntimo pero doloroso.

—He pensado tanto en ti... —volvió a susurrar contra la palma de la mano—. Te he echado de menos todos, todos los días desde que me fui. No ha habido ni un solo día en que no haya pensado en ti, varias veces, y en especial, por la noche. —Hizo una pausa, y posó otro beso en el interior de la muñeca—. Oh, Duncan, menos mal que llegó la carta de la señora Bowie, que supe todo lo que... —Se hizo el silencio y volvió a besar la mano, una y otra vez—. Pero, te vas a poner bien, lo siento, aquí, en mi corazón. —Llevó la mano del hombre hasta su pecho, encima de la pechera blanca de la cofia, y la apretó con fuerza, para que sintiera el rápido latido del corazón—. ¿Lo sientes?

Estuvo así durante un ratito, y después llevó la mano a su lugar de origen, dejándola con cuidado al lado del cuerpo, como estaba cuando ella entró.

Se deleitó mirando el rostro, a pesar de esa sonda, pensando que llegaría hasta su estómago,

mientras arrugaba la naricilla, y llevó los dedos hasta la cuadrada mandíbula para acariciarla, para llevar un dedo hasta la cicatriz, y recorrer ese surco que le hacía parecer más duro, más imperfecto, pero más atractivo.

Deslizó la mano por la mejilla rasurada y la dejó ahí.

Pensó que Adam Cameron era más guapo, con ese cabello tan rubio y esos ojos tan grandes y azules, que lo hacían parecer más joven de lo que era, pero Duncan era más atractivo, más masculino, más grande...

Más hombre.

—No sé cuánto tiempo tardará en cansarse de mí. En cuanto eso ocurra... —Tragó saliva antes de continuar—. En cuanto eso ocurra ya no podré hacer nada por el pequeño Dunc. ¿Lo entiendes, Duncan? Ya no podré hacer nada más.

Dejó de tocarlo, pues ahora sí se le escaparon las lágrimas a borbotones, e intentó esconder los pequeños gemidos, pero no fue posible. Se limpió los ojos, se sonó la nariz con el pañuelo que sacó de uno de los bolsillos escondidos de ese hábito que le había gobernado la señora Bowie, y se colocó las gafitas de culo de vaso.

—No sé si podré volver, mi amor.

Ahogó un gemido, sorbió por la nariz, intentado controlar la voz.

—No sé si me oyes, si sabes quién soy, si sabes quién es Dunc, tu hijo, tu pequeño. Estoy pensando constantemente en todo esto, y..., creo que, si él se cansa de mí, si ya no quiere que siga yendo con él a esos sitios, volveré a los Estados Unidos y me llevaré a Dunc. Sí, ya sé que es una locura, que me acusarán de secuestro, pero no puedo permitir que Adam lo interne en una institución o algo por el estilo. Lo creo capaz, sí..., es capaz de eso y de más. Y no, no lo permitiré. Además, tengo dinero de sobra. Ya ves, mi abuela, a pesar de ser una gruñona y de mandarme lejos de ella, me dejó una parte de su fortuna, y tengo el collar de diamantes que me dio mi padre, que, una vez vendido, nos dará para vivir años, y me buscaré un trabajo, y a tu hijo no le faltará de nada, y tendrá todo el amor del mundo. Te lo juro por lo más sagrado. No dejaré que Adam le toque ni un solo cabello.

Se bajó las gafitas a la punta de la nariz, y con un dedo bordeó la boca masculina.

—Pero, para que eso no ocurra, tienes que despertar, ¿me oyes? Tienes que volver a este mundo.

Bajó la cabeza y posó con delicadeza sus labios sobre los de él, esquivando la sonda.

Solo fue unos segundos, pues rompió el contacto al momento, al sentir como una vibración, un pequeño calambre, un movimiento muy leve. Se quedó mirando ese rostro, esa boca, que permanecía cerrada, igual que los ojos, se quitó la gafas, y volvió a besarlo, más despacio, deslizando la lengua por entre los labios de él, recreándose durante varios segundos.

—Oh, perdóname. No sé por qué me comporto así, por qué me aprovecho de ti cuando estás indefenso..., como la otra vez, la primera vez.

Hizo una pausa, y le acarició otra vez el rostro.

—Si pudiera venir todos los días, no dejaría de tocarte, de acariciarte, de besarte. Te daría masajes en las piernas para que cuando despertases, te pusieras a andar, a correr. —Soltó de

corrido, ahogando un gemido, y se limpió los ojos—. Tengo que irme, Duncan. Llevo demasiado tiempo aquí y no quiero que me descubran. Intentaré volver dentro de unos días. Tal vez pase algo más de tiempo. Ah, no lo sé. No lo puedo saber...

Deslizó una mano por la mejilla del hombre, una leve caricia.

—Por favor, por lo que más quieras, haz un esfuerzo... Despierta.

Sin dejar de mirarlo, se colocó las gafas, cogió la Biblia que había dejado sobre la cama, y se dirigió hasta la puerta.

Abrió, miró hacia los lados y salió al pasillo sin llamar la atención de nadie.

Tres noches más tarde, estaba en una mansión a las afueras de Londres.

Mientras se maquillaba, se preguntó cuánto tardaría Adam Cameron en tener sexo con ella, o tal vez, al saber de su mestizaje, no era su deseo, tal vez sentía repulsión. Quizá, lo único que deseaba era... lo que estaba haciendo, prostituirla, humillarla y ganar dinero a su costa.

Le gustaba mucho lucirla desnuda, y en especial, que la gente se fijara en ese tatuaje, en sus iniciales marcando una nalga como suya, para que los ojos se clavaran en el movimiento, en ese contoneo descarado, provocador, deseando tocarlas, acariciarlas, besarlas, azotarlas. Ver una espalda delgada, larga, que continuaba en una cintura pequeña y, de repente, surgían dos globos redondos, perfectos, prietos.

También le gustaba el contraste del cabello rubio platino con los rizos oscuros del monte de Venus, porque decía que era como la cara y la cruz de la misma mujer.

—Quieres ir de dama, de señora, haciéndote pasar por rubia, pero los rizos del coño te delatan como lo que eres, oscura, morena, mestiza, aunque parezca que has hecho un pacto con el diablo, dándote una piel blanca.

A ella todas esas parrafadas le resbalaban, mientras cumpliera el trato, podía decir de ella lo que se le antojara.

La sonrisa que adornaba la boca de Cameron era de pura satisfacción, sabiendo los deseos de los presentes, orgulloso de llevar a esa mujer como algo suyo, como dueño de ella, o, al menos, de su cuerpo.

Sissy recordó cuándo fue realmente consciente de su cuerpo, de las formas de su cuerpo, y de la diferencia que había con otras niñas. Fue alrededor de los catorce años, cuando fueron apareciendo las curvas, y fue entonces cuando comenzó a envidiar a otras, a desear haber nacido con el cabello como su padre, o al menos castaño como el de mamá, y poderse convertir en una lánguida dama delgada hasta el infinito, como esas estrellas del cine mudo, de pechos pequeños y caderas estrechas, o como la mayoría de las amigas de mamá Adele, que comían como pajaritos para no engordar ni un gramo.

Sus pechos fueron desarrollando más que los de sus amigas y, a los diecisiete años, estaban en todo su esplendor; y con el trasero pasó más de lo mismo. Por lo demás, podría haber competido en delgadez con cualquier flaca que se pusiera a su lado, pues en el único sitio que había carne

lozana y abundante era esas zonas que provocaban que los ojos de los hombres se volvieran saltones.

En una ocasión se dio cuenta de que su madre la miraba a hurtadillas, cuando creía que no se daba cuenta, y no tardó ni dos segundos en preguntar:

—¿Crees que estoy gorda, mamá?

Adele, sorprendida, y un tanto avergonzada de que se hubiese dado cuenta de cómo la miraba, contestó en el acto.

—Por supuesto que no, cariño. No tienes ni un gramo de grasa en tu cuerpo.

—Ya, pero todo esto —dijo, señalándose los pechos y el trasero, logrando que Adele enrojeciera una chispa.

—Eso es así. Eres una chica... —Se paró, porque no encontraba la palabra adecuada, y algo así, provocó incertidumbre en Sissy, pues a su madre nunca le faltaban las palabras—. Eres una chica preciosa, Sissy. Tu cuerpo es hermoso, y punto. Lo que tienes que hacer es cuidarlo, y estar orgullosa de todo lo que eres. Nada más.

El adjetivo que le vino a la mente en un primer momento fue: voluptuosa, pero no quiso decirle algo así a su hija, y que se fuera como un rayo al diccionario para buscar el significado y, para colmo, sus sinónimos.

Pero en el momento actual, Sissy se imaginó lo que la madre pensó, y lo que pensaban esos hombres y mujeres que la contemplaban de arriba abajo.

Voluptuosa, sensual, lujuriosa, erótica... y todo lo relacionado con el sexo.

Soltó un suspiro y se aguantó las ganas de llorar al recordar el pasado.

Terminó de pintarse los labios, de un rojo intenso, y se miró en el gran espejo de marco dorado. Solo llevaba unos polvos marcando las facciones, y una ligera sombra de ojos en tono oscuro que daba más dramatismo a esos ojos verdes. Él daba las órdenes, él le daba las ropas, él decía lo que deseaba, y ella...

Ella obedecía.

Ya llevaban unas cuantas..., cómo llamarlas: ¿fiestas?, ¿orgías? Sí, esa sería la palabra más acertada, pues todo lo que sucedía en los lugares que él la había llevado, era obsceno, lascivo, era una perversión constante.

Sabía que estaba en el comienzo, no porque él le hubiera informado, sino porque intuía que quería aumentar los beneficios poco a poco, pues sería la forma de que fuesen más succulentos, y si él la mostraba de forma que fuese acrecentando la curiosidad, participando en orgías más comunes, por llamarlas de alguna forma, cuando llegaran las fuertes, sacaría unos beneficios mucho más grandes.

Y ella temía que llegase ese momento, lo temía cada vez que llegaban a una de esas hermosas mansiones, pues no sabía cómo iba a reaccionar.

Esa noche se había bañado a conciencia, pero sin jabón, sin ningún tipo de aroma que pudiera salir de su piel, y ahora, desnuda, se paseaba por la lujosa alcoba. En ese momento se abrió la puerta, y Adam entró. Sus ojos se deslizaron por esa maravilla de cuerpo, pero solo durante cuatro o cinco segundos.

—Échate en la cama.

Ella obedeció.

—Abre las piernas, te voy a afeitar el coño —dijo de manera brusca y vulgar.

De vez en cuando utilizaba ese tipo de vocabulario, y ella no se inmutaba, algo que, a él, al principio, le llamó la atención, pues, había esperado algún tipo de reacción, tal vez, llanto, pidiendo clemencia; o mala cara, mostrando enojo; o dolor, tanto físico como psíquico; pero nada de eso sucedió. Pues desde el comienzo, esa mujer fue frialdad y obediencia.

Y ese rostro que nunca sonreía, ese rostro que en las fiestas no se mostraba al completo, gracias a la máscara de encaje, parecía de cera, pero esa boca era tan hermosa, tan llamativa, que aunque permaneciera sellada, no importaba, porque no dejabas de mirarla.

Tumbada en la cama, elevó los pies, dobló las piernas y las abrió al máximo, mostrando el sexo sin pudor, y viendo cómo esos ojos azules no pestañearon ni un momento, sin dejar de mirarlo.

—No te muevas. Lo voy a hacer en seco.

Sissy obedeció.

Con los ojos cerrados, con las piernas abiertas, apretando los dedos de los pies para que no resbalasen del colchón, sintió como entró la navaja por la parte superior del pubis. Llevaba el vello púbico muy corto, pues se lo cortaba cada pocos días, obedeciendo órdenes de Cameron, de manera que el pensamiento que tuvo fue que no le costaría mucho eliminar el vello, y también pensó, que podría cortarla con esa navaja si quisiera.

El silencio habría sido absoluto, si no fuese por el raspeo de ese acero bien afilado. Sentía la presión de la mano libre del hombre, apoyada en el interior del muslo, como para impedir que se cerrase, o tal vez para tener un punto de apoyo, e ir manejando la navaja despacio, en trazos cortos.

—No importa que quede algo por la zona más escondida, más abajo —explicó sin dejar de mirar lo que hacía—. Lo importante es que toda la parte superior esté limpia, que el pubis sea una prolongación del vientre, y viceversa.

Ella no dijo nada.

No se movió.

—Tienes un coño oscuro —dijo bajando la voz—, pero no más que una mujer de cabello negro. Tienes un coño... —La respiración se hizo más profunda, mientras seguía rasurando—. Tienes un coño para deslizar la lengua y agarrarlo con los labios. Labios con labios —soltó algo parecido a una risilla.

Sissy no se había movido, y al oír esas palabras, imaginó que algo iba a pasar, y que tendría que manejar la situación. En ese momento, Adam dejó caer la navaja sobre la alfombra, y metió la cabeza entre los muslos. Su lengua recorrió los labios, la vulva, la entrada a la vagina, y jugó con el clítoris. Se entretuvo durante un largo instante, notando como ella tensó los muslos, que permanecían doblados, con los pies apoyados sobre la cama, casi engarrotados, viendo como agarró y estrujó con sus manos la colcha, mientras saboreaba su carne, mientras jugaba con la lengua y le succionaba la vulva, dándole pequeños mordiscos, una y otra vez.

—Te gusta, lo sé —incitó con su voz, separando la boca durante un instante—. Haces

esfuerzos para no gritar de placer. —Sonrí, deslizando la lengua por sus labios—. Sabes a café, negro, fuerte, afrodisiaco... Eres una puta mestiza que volverías loco a cualquier hombre. Incluido a mí —terminó de hablar, mirando esos pechos elevados, tiesos, deseoso de chuparlos, pero no lo hizo, pues bajó la cabeza y volvió a deslizar la lengua por la ranura, de manera lenta, al principio, más rápido después, hasta gruñir, hasta sentir la pequeña elevación que hicieron esas caderas, sabiendo que se había corrido, que le había provocado un orgasmo.

Sacó la cabeza de golpe, y se puso de pie.

Se desabrochó la bragueta y, sacando el pene erecto, la miró con odio.

—Chúpamela. ¡Vamos, puta mestiza! —apremió, y gritó, pues sentía que se iba a correr de un momento a otro y quería correrse en el interior de esa boca.

Así fue, pero demasiado rápido.

Cuando vio a Sissy que se incorporaba, mostrando esos pechos inhiestos, ese pubis afeitado, y esa boca roja que se aproximaba a su polla, solo le dio tiempo a sentir la tibia cavidad del interior de la boca, y agarrándola del pelo, deshaciendo el laborioso recogido, se corrió mientras gemía como un animal herido.

Un rato más tarde, cuando se había recompuesto la ropa, observándola sin pestañear, le preguntó:

—¿Puedes restaurarte el cabello?

—Sí —contestó de manera fría, sin hacer uso de más palabras.

Él se dirigió hasta la puerta, pero se lo pensó mejor, y desanduvo los pasos.

—Sé lo que piensas de mí, pero, te diré una cosa, ese hombre que está con un pie en el más allá, no es, no era, ningún santo. Él también visitaba estos lugares, más de una vez compartimos la misma mujer. —Sissy no dijo nada, no mostró ninguna sorpresa—. Su esposa no solo se suicidó por haber parido un crío retrasado, también lo hizo porque su marido la engañaba, porque ella no llegaría a satisfacerlo nunca. La belleza entra por los ojos, no cabe duda, pero si no hay más, si luego esa cara bonita, ese cuerpo joven y deseable resulta insulso, carente de emociones, carente de ideas, y, lo que es peor, se asusta de las ideas del hombre —hizo una pausa, sin dejar de mirarla, mostrando una sonrisa, y disfrutando de la visión de ese cuerpo desnudo—, entonces, el hombre tiene que buscar por otro lado. Y sabes qué ocurre, que los hombres cuando probamos esto... —abrió los brazos para abarcar el espacio— ya no nos conformamos con menos. Eso le pasó a Duncan. Poco después de la Gran Guerra, probó el pecado, y después de casarse, decidió que sería todo un pecador.

Se hizo el silencio, y él esperó algún comentario por parte de ella, pero nada de eso sucedió.

—Bueno, se puede decir que tú le rindes un pequeño homenaje. Estoy seguro de que le habría gustado mucho conocerte aquí. Habría disfrutado mucho follándote.

Soltó una carcajada, y se dirigió hasta la puerta.

Antes de salir, añadió:

—Procura que tu piel esté impoluta, y sin olor. Dentro de diez minutos vengo a por ti.

Cuando la puerta se cerró, fue directa al cuarto de baño a enjuagarse la boca.

Habría estado escupiendo esos diez minutos, y más.

Un rato más tarde, Sissy escuchó unas risas, unas voces.

Las órdenes habían sido claras, precisas: «No te muevas. Mantén los ojos cerrados, será lo mejor. Y oigas lo que oigas, hagan lo que hagan, permanece quieta como una estatua».

Las cortinas se abrieron, y la voz de Cameron se dejó oír.

—¡*Voilà!*

Sissy mantenía los ojos cerrados pero el oído alerta, y escuchó como los invitados tragarón aire, pues la sorpresa les había... sorprendido; nunca mejor dicho. Lo siguiente, fueron los silbidos, y después los murmullos. Pasados un par de minutos, supo por los ruidos de las sillas, que se colocaban cada uno en su sitio. Y la primera voz que escuchó, y que reconoció, fue la de un amigo de Cameron, uno de los que viajaron con él.

—Por todos los dioses, Cameron. Esto es..., es... —la voz de Ben Taylor inundó sus oídos.

—¡Esto es una puta maravilla! —casi gritó Lion Hearst, pariente lejano de los Hearst de América.

—¡Sí, una puta maravilla! —coreó Ben, que todavía no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos. Al momento añadió—: Perdón mi vocabulario —se disculpó ante alguien bajando la voz—. Jamás he tenido ante mis ojos una bandeja tan..., tan lujuriosa, y tan apetecible —añadió, al tiempo que deslizó la yema de un dedo por el vientre de Sissy, donde descansaban unos alimentos.

—¡Y tan exquisita! —redondeó Lion.

Cameron miró a sus amigos, y con la mirada les dijo que cerrasen la boca.

—Primero..., cenaremos estos exóticos manjares —intervino, señalando con sus manos las delicatessen que adornaban el cuerpo de la mujer—. Después, el mayor postor podrá comer... algo más. Lo que guste. Y cuanto guste.

Las risas masculinas se dejaron oír.

Sissy creyó oír una femenina.

Entreabrió ligeramente los ojos, y vio a Cameron y a sus amigos a un lado de la mesa, al otro lado, dos hombres y una mujer.

Mientras los comensales iban tomando las diversas clases de comida japonesa, Cameron les fue instruyendo sobre el tema.

—En Japón, esta práctica de comer los alimentos sobre el cuerpo de una mujer desnuda se llama: *nyotaimori*. El cuerpo humano es ideal para mantener la comida a treinta y seis grados, y si es de una mujer, mucho mejor. Y sin más preámbulos, por favor, degustemos estos manjares, pues la gula y la lujuria, vienen a ser una misma cosa.

Sissy, tumbada sobre la mesa, manteniendo la respiración pausada, quieta como una estatua, sentía los alimentos sobre su cuerpo, desde el escote, pasando por entre los pechos, inundando estómago y vientre, llegando hasta el pubis, y terminando sobre los muslos.

Sentía los palillos que utilizaban para coger los rollitos de arroz, o trozos de pescado, unos con más habilidad que otros, pero todos con risas calenturientas y comentarios subidos de tono. Se dio cuenta de que solo oía las voces masculinas, pero no la de la mujer presente.

Tal vez le había fallado el oído y no había ninguna representante del sexo femenino.

Después de que toda esa comida desapareciera de su cuerpo, después de beber sake, para ir tragando el pescado, la voz de Cameron se dejó oír de nuevo.

—Ya conocen las normas. Nombre y cantidad en el papel. Salida: quinientas libras. El invitado, o... invitada que más oferte..., se comerá el postre.

Sissy escuchó el ruidito de papeles, el sonido de los lapiceros al escribir las cantidades.

Cameron fue sacando los papelitos que habían dejado caer en un cuenco de madera. Su rostro no ocultó la sonrisa. Había esperado que las quinientas libras se superaran con creces, pero no tanto. Sus amigos, no habían tirado la casa por la ventana, tal vez creyendo que los otros tampoco lo harían. Ben había escrito: quinientas cinco, y Lion: quinientas noventa; los otros dos invitados, seiscientos cinco, y seiscientos veinte, pero, la invitada...

Estaba claro que no quería que se le escapara: novecientos noventa y nueve libras.

—Bueno, caballeros, el premio es para la dama. Así que, por favor... —Hizo un gesto con las manos, para indicarles que salieran de la sala.

Los amigos de Cameron, con gesto malhumorado, especialmente Lion, y mirando por última vez ese cuerpo que había servido de bandeja, desfilaron detrás de los otros dos hombres.

La mujer, vestida con un esmoquin masculino, abrió el bolso de mano que llevaba y le dio el dinero, mil libras.

—No es necesario que me devuelva, Cameron. Considérelo una propina.

El aludido no dijo nada.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Por este precio, todo lo que usted quiera..., o aguante.

—¿Me la puedo llevar a casa? —preguntó con una sonrisa.

La risa de Cameron inundó la pequeña estancia.

—Estaré detrás. —Hizo una pausa—. Por si necesita algo.

Esa noche durmió en la gran alcoba que le habían asignado.

Tardó en rendirse a los brazos de Morfeo, pues cada vez el insomnio se hacía más presente. Si después de morir sus padres, en especial, Cornelius, durmió poco, ahora era agobiante, era agotador, y en especial, doloroso.

Intentaba mantener una frialdad que no sentía, quería que todo eso no le afectase, no por el qué dirán, que ya le daba igual, sino por su estado psicológico. Su mantra siempre era el mismo: es por el niño, es por el niño... Pero se le pasaban tantas cosas por la cabeza...

Y si él no despertaba nunca, y si permanecía años así, en coma, sin despertar, y sin morir. ¿Podría seguir mucho tiempo? Puede que, a las malas, ella le echase coraje y aguantara hasta el límite, pero también era posible que Cameron se cansara antes, o que le pidiera hacer cosas más..., más bestias. Sí, lo creía muy capaz. Se había informado sobre el tema, y sabía que podían llegar a extremos insospechados para la mayoría de los mortales. Y lo de ser bandeja humana se quedaría en una broma, y que por mil libras una mujer madura la manosease de arriba abajo, y

luego colocara la boca en su afeitado sexo y casi se atragantara del ímpetu que le puso, poco menos que sería para mostrar una sonrisa perezosa.

No se fiaba de ese hombre, es más, lo odiaba. Creía que era de lo peor, por mucha escala social que tuviese, por mucha clase que mostrase, por muy atractivo que fuese.

¿Cuánto habría ganado esa noche? Porque no fueron solo las mil libras de la mujer, estaba segura de que todos los comensales habían pagado una entrada, o como se le quisiera llamar, por asistir a una cena espectáculo.

Ya le había dicho que dentro de quince días volverían a repetir la «cena»; pues ya se encargarían unos y otros de correr la voz, y tendría lista de espera, fueron las palabras de Cameron.

Sissy se removió en la gran cama, hasta quedarse con los ojos clavados en el fresco que adornaba el techo abovedado, las estrellitas plateadas que destacaban sobre un azul de Prusia.

Contó hasta cien, y apagó la luz.

Aun tardó en dormirse, y mientras eso ocurrió, pensó en su familia: mamá Adele, papá, la abuela Gerda... Qué habrían pensado ellos si la viesan en esos momentos, en esas circunstancias. Seguramente su abuela hubiera sido las más consecuente y complaciente con esta situación, al pensar que cuando uno quiere algo, algo le cuesta.

Apretó con fuerza los ojos.

Y se puso a contar ovejas.

Por la mañana, se entretuvo leyendo, aunque la concentración era mínima, pues Adam le había dicho que se presentaría después del almuerzo con unas cosas.

—Esta noche viene un tipo que quiere algo especial. Luego te explicaré —esas fueron las palabras, dejándola con la incógnita.

Tomó un almuerzo ligero, sin ganas, pero tenía que alimentarse, se dijo para infundirse ánimos. Poco después, una doncella trajo un paquete. Lo abrió y sacó las prendas.

Una bata semitransparente, un corsé que se abrochaba por delante, unos pololos, un liguero y unas medias, todo blanco. Debajo de las prendas, había un par de mules de seda azul cielo, con un pompón de raso, y un fino tacón de ocho centímetros.

Un rato más tarde llegó él.

Entró, cerró, y se quedó apoyado en la puerta mirándola.

Llevaba una bata cerrada a cal y canto, y no mostraba ni un ápice de piel, y aun así, pensó el hombre, era una de las mujeres más hermosas que hubiera visto, aunque no lo reconocería públicamente, ni muerto.

—¿Has visto las prendas? —preguntó, mirando la caja que se encontraba encima de la cama.

—Sí.

—Imagino que siendo una niña de papá —agregó, mostrando una cínica sonrisa—, habrás hecho baile, danza, o las dos cosas.

—Imaginas bien —contestó, sin mostrar un atisbo de dulzura.

Cameron ya había decidido cómo quitarle esa altivez, cómo lograría doblegarla. La disciplina inglesa se lleva utilizando como práctica común en las instituciones educativas, eso de: «la letra con sangre entra» era una verdad como un templo. Además, como el uso del látigo y de la fusta entraba dentro del futuro sexual de la mestiza, le daría una primera lección, antes de que otro lo hiciera bajo previo pago.

—Bien. Esta noche, quiero que hagas un..., cómo decirlo para que no haya dudas, un baile, o danza, que sea sensual, mientras te vas quitando todas las prendas. Quiero que hagas posturas picantes, provocadoras...

—Eso no es sensual.

Adam endureció el gesto.

—Eso es lo que yo diga. ¿Está claro? —la pregunta era capciosa, y no requería respuesta, pues el gesto serio del hombre lo decía todo—. Según te vas quitando las prendas, despacio, muy despacio, sin prisas, pues quiero que alargues el momento, y que los mirones queden satisfechos, irás haciendo movimientos provocadores, como poner el culo en pompa cuando te vayas quitando la prenda, moverlo, y encárgate de que el tatuaje se vea bien. —Hizo una pausa y siguió—: Empina los pechos, enséñalos, tócatelos, entretente con los pezones, cosas así. Y cuando estés desnuda, pero no te quites esos zapatos, mientras la música siga sonando, te tumbas en el diván, y te masturbarás. Quiero una masturbación en toda regla, una masturbación de verdad, que te corras de verdad. Esos tipos van a pagar muchas libras, y no les puedo dar una actuación corriente, y mucho menos decepcionante. Ya te puedes esmerar al máximo, pues..., si no es así...

—¿Qué? —se atrevió a preguntar, sabiendo que lo enfadaría.

—Me enfadaré.

No levantó la voz, no pareció enfadarse.

Sissy hizo un gesto de asentimiento.

—¿Dónde tengo que hacerlo? —preguntó sin mostrar emoción.

«Qué ganas tenía de darle una azotaina», pensó Cameron.

—En una sala acondicionada para ello. Estarás en una especie de escenario, con la luz necesaria para que te vean. Tú no los verás, o solo verás bultos, poco más, de manera que nada te distraiga, que estés, como si fuese tu alcoba y decides darte placer en ausencia de presencia masculina.

—De acuerdo.

Ante la pasividad de la mujer, Cameron se puso alerta.

—Ni se te ocurra joderla, o te joderé hasta hacerte gritar de dolor. Y no lo digo en balde.

Ella no movió ni un músculo.

—He dicho que de acuerdo. ¿No te vale?

Adam levantó la mano, amenazándola, queriendo asustarla.

—Sumisión, putita. O te parto la cara.

Sissy no replicó.

—Quiero pasión, quiero gemidos, quiero que te comportes como si estuvieras sola y dispuesta

a dártelo todo.

—Muy bien —susurró—. Así será.

—Quiero que seas una guarra, quiero que murmures palabras soeces, pero lo suficientemente altas, para que los invitados las oigan, o las interpreten.

—De acuerdo.

Él se quedó observándola durante un rato, y después, mostrando esa sonrisa presuntuosa, le preguntó:

—¿Quieres ensayarlo ahora? ¿Conmigo?

—No. Prefiero hacerlo sola. Si no te importa.

Adam dejó de sonreír.

—Como no lo hagas bien, te juro que te agarraré del pelo y te estaré dando golpes hasta que se me canse la mano.

—No será necesario. Solo necesito saber qué tipo de música sonará.

Adam se quedó en silencio durante unos segundos, sorprendido ante ese deseo.

—Ahora mando a que te traigan un gramófono y el disco.

—Muy bien.

Un criado trajo el gramófono que colocó con sumo cuidado encima de una mesa, y una doncella le entregó el disco guardado en un sobre blanco. Al quedarse sola y colocar la aguja sobre el disco, comenzó a sonar un blues con influencias del ragtime.

Escrita en 1923, por Jimmy Cox, Bessie Smith la grabó 1929, y llegó al mercado en septiembre de ese año.

Sissy conocía la historia, y sintió más repulsión por Adam Cameron.

La letra contaba la historia de un hombre que se hizo rico durante la Ley Seca, y mencionaba lo efímero de las riquezas, y todos esos amigos que surgen con ella, y luego, cuando estás abajo, desaparecen.

Esa letra era una especie de profecía de lo que estaba por venir, pues el Crac del 29 estaba al caer, y con ello la Gran Depresión.

Su padre se había arruinado, se había suicidado, era mestiza, y en ese momento estaba en lo más bajo del escalafón.

«Gracias por recordármelo, señor Cameron», pensó con ironía la joven.

Pero, no te preocupes, tendrás lo que has pedido.

Miró entre las rendijas de las pesadas cortinas oscuras, y vio entrar a los hombres, ya que en ese momento la luz era diáfana. Había varias sillas confortables con sus apoyabrazos, contó diez, pero en el momento que comenzaron a entrar, ella dejó de mirar, no quería ver rostros, no quería saber nada de esos tipos.

Respiró profundamente, apretando con fuerza los párpados, y soltó el aire.

Pasados un par de minutos, notó como las luces se apagaban, quedando solo la zona donde ella saldría, con una luz tenue, acogedora, una luz que permitiría que los espectadores que se encontraban a escasos dos metros del escenario vieran con todo detalle lo que allí iba a ocurrir.

La música comenzó a sonar, los oídos se llenaron con la hermosa voz de Bessie Smith, y Sissy salió a escena.

A los pocos segundos, «Nobody Knows You When You're Down and Out» y la escultural mujer que estaba en el escenario se fusionaron de tal manera, que la canción solo fue eso, una canción, pues todos los ojos estaban pendientes de esa coreografía erótica que se mostraba ante ellos, y que en cuestión de pocos minutos, se convirtió en pura pornografía.

Al día siguiente, todo cambió.

Cameron entró como una tromba de agua en su alcoba. Ella ya estaba vestida y peinada; sentada enfrente del tocador, se colocaba un sombrero de ala ancha que le escondía parte del rostro por si se encontraban con alguien al salir de la mansión.

Dios, cómo deseaba abandonar ese lugar, cómo deseaba que todo esto acabase.

Al ver la expresión del rostro del hombre, supo que algo malo pasaba.

Se levantó despacio, sin perderlo de vista, para ver cómo se acercó al pequeño escritorio y le dio una patada a la silla del siglo XVIII, que cayó al suelo, mientras los ojos azules la contemplaron durante unos segundos, como esperando que volviera a la posición original, para darle otra patada.

De repente, elevó la cabeza y enfocó esa mirada penetrante, cargada de odio hacia la mujer.

—El muy cabrón se ha despertado. ¿Te lo puedes creer? ¡Se ha despertado! ¡La hostia puta!

Los ojos del hombre la fulminaron, esperando algo, por ejemplo, que ella sonriera, que gritase de gozo, o de manera histérica como hacían muchas mujeres cuando recibían una grata noticia, o una sorpresa maravillosa. Pero no, ella no hizo nada de eso.

Gélida, como una puta estatua, pensó el hombre, pero a pesar de esa frialdad, estaba impresionante, con un vestido de seda azul marino, cerrado al cuello, de manga larga, entallado a esa cintura minúscula, y con un ligero vuelo en la falda. El rostro apenas maquillado, los labios, y algo de color en las mejillas, y ese sombrero negro tapando la mitad de la cara. Le hubiera gustado saber qué sentía, si estaba eufórica y lo ocultaba, si tenía miedo y no lo mostraba, si estaba deseando verlo, pues sus facciones eran estáticas.

Cameron torció el gesto, haciendo una mueca de asco, mostrando su enfado a todas luces, sin dejar de observarla con atención.

—Puto cabrón —murmuró para sí mismo, pero ella escuchó el insulto, y lo que continuó—: No morir en el puto coche.

Siguió con la mirada clavada en ella, como si no fuese consciente del lugar donde estaba.

Pareció pensar durante unos segundos, y volvió a la realidad.

—Espero que si Duncan se entera de esto, no sea por ti. Espero que no le cuentes ni verdades, ni mentiras, que no salga ni una puta palabra por tu boca, porque, si es así, ten por seguro que te destruiré. Iré a por ti cuando menos te los esperes, y te haré trizas —no levantó la voz y, por ende, la amenaza sonó más grave.

Y esa advertencia, ese ultimátum, no era baladí, eso quedó muy claro para Sissy.

—No tengo nada que contar. Lo que he hecho, ha sido de manera libre.

—Bueno, tampoco te hagas la lista. Tú eras mía, y el niño seguía en Dubh House.

—Creo que no será necesario aclarar nada, pues si ya ha despertado, mi presencia en este país ya no es necesaria.

Cameron la miró fijamente, sorprendido, sin creerse lo que acababa de oír.

—¿Volverás a los Estados Unidos?

Ella le mantuvo la mirada.

—Creo que haré un viaje por Europa, y volveré a Nueva York.

Él no terminaba de creerse esas palabras.

—¿No quieres ver a Duncan?

La observaba con ojo crítico, esperando que saliera alguna grieta por esa coraza que había creado alrededor de su persona.

—¿Para qué? Después de todo lo ocurrido, no me parece lo más oportuno —aclaró, manteniendo la mirada, guardando sus emociones, y deseando que ese hombre desapareciera de su vida.

—¿No estás enamorada de él? —repreguntó, imaginando que no era franca, que esa mujer tenía demasiadas capas. Que no se podía fiar de ella.

—No —contestó sin demora.

—Vamos, nena. No me creo que hayas hecho todo esto por ese niño, a no ser que seas una golfa pervertida. —Mostró una sinuosa sonrisa—. A lo mejor..., quieres que sigamos con este juego. —Ella no se movió, no dijo nada, esperando que continuase—. Podrías ser mi socia, dividiríamos a partes iguales. El numerito de anoche fue colosal. Todos babearon como bebés, todos se tocaron en tu honor, y se corrieron cuando tú lo hiciste, bueno, alguno creo que antes. Esa canción que elegí en tu honor —mostró una cínica sonrisa— escondió los gemidos y el resto de los sonidos. Tú no los podías ver, pero hubo algunos, y algunas, que se tocaron mutuamente mientras te hacías esa deliciosa masturbación. —Soltó una pequeña carcajada—. ¿Qué me dices? ¿Quieres ser mi socia?

Sissy mostró una sonrisa, haciendo que Cameron clavase la mirada en esos dientes, en esos labios.

—Podrías hacerte rica.

—Tengo dinero, no necesito más.

—¡Vaya! ¡Tienes dinero! Bueno, podrías tener más, mucho más.

—No, gracias. Como experiencia, ya he tenido bastante.

Cameron se mordió el labio inferior con pereza, con lascivia, sin retirar la mirada de esa mujer.

—Vamos, no te hagas la estrecha. Has disfrutado todas las veces, te has corrido todas las veces. He visto tu rostro, he visto cómo te mordías los labios para no gemir, he visto cómo apretabas los puños para controlar tu cuerpo, para no ponerte a gritar como una loca. Bueno, a excepción de la noche pasada, que era obligado, pero creo que no finges, que lo disfrutas. Estoy convencido de ello —disfrutó con las palabras, disfrutó con el sonrojo que apareció en esos pómulos marcados, encima del ligero rubor que se había aplicado.

—Exageras. Pero, si es tu deseo pensar así, a mí me da lo mismo. En las circunstancias en las

que estaba, no era cuestión de resistirme, y al no hacerlo, no puedes controlar lo incontrolable, pero eso no quiere decir que me guste lo que he hecho, que me guste lo que me han hecho, lo que me has hecho; y, por supuesto, no quiere decir que quiera seguir haciéndolo.

Cameron se acercó a ella, taladrándola con la mirada.

—Hace dos noches, cuando esa mujer se atragantaba con tu coño, cuando se lo quería comer entero, cuando devoró tus tetas dejándolas coloradas como fresas, cuando bordeó con su lengua mis iniciales sobre tu hermoso culo, no digas que no te gustó, no digas que no lo disfrutaste. Desde donde yo estaba, vi cómo te mordías los labios para no gritar. Hasta olí el olor de tu orgasmo.

Sissy deseaba salir de esa habitación, deseaba perder de vista a Adam Cameron.

Lo odiaba con todas sus fuerzas.

—Todas las veladas en las que he participado para cumplir con lo convenido han sido elegidas por ti, pero no disfrutadas por mí, a pesar de lo que puedas pensar; me hubiera gustado estar sola y leyendo un libro.

La carcajada de Cameron llenó el espacio, al tiempo que se separaba de ella y andaba por la alcoba.

—Eso no te lo crees, por mucho que lo repitas. Eso no me lo creo, porque es una puta mentira. Te gusta el sexo, te gusta disfrutar de tu cuerpo y que otros lo disfruten. Todo lo demás son cuentos de niños —arrastró las palabras, endureciendo el rostro.

Pasaron unos segundos, y la joven fue a por su capa. Se la colocó sobre los hombros, y metió los brazos por las aberturas. Cogió el bolso, y se quedó mirando al hombre.

Iba a hacer una petición, pero la pregunta de Adam la dejó inmóvil.

—¿Sabes por qué no te he follado? —preguntó entrecerrando los ojos, apretando los labios con fuerza.

Ella no contestó, viendo como él se humedecía los labios antes de hablar.

—Porque eres una puerca mestiza. Porque jamás me rebajaría a mantener relaciones contigo, de ese tipo y, sobre todo, porque pensar que tú pudieras darme un hijo me revuelve las tripas hasta hacerme vomitar.

Ella se encogió de hombros.

«No digas nada —pensó—, no le repliques».

Pero no hizo caso de su pensamiento.

No pensó en las consecuencias.

—Cuando metiste la cabeza entre mis piernas, ¿no lo pudiste evitar? —preguntó con ironía.

Cameron no contestó al momento, pareció pensarlo.

—Tenía curiosidad por saber a qué sabía tu coño.

—¿Solo era eso? —la pregunta sonó dulce como la miel, y Adam comenzó a sentir una quemazón en sus partes.

Sissy no se dio cuenta del peligro que entrañaba ese hombre, no se dio cuenta de dónde se estaba metiendo, pues creía que, dado su racismo, y en frío, Cameron no llegaría a nada.

Cuando él se acercó, ella quiso moverse, alejarse, llegar a la puerta, pero él lo impidió.

La agarró, la zarandeó, y ante la resistencia que opuso, le pegó un fuerte golpe en la cabeza.

El precioso sombrero voló por los aires, y ella se desplomó en la cama, inconsciente.

La contempló durante unos segundos, fijamente, como si estuviera en trance.

Llevó una mano a la entrepierna y se frotó con fuerza.

Le subió el vestido hasta la cintura, le arrancó las bragas, y le abrió las piernas de par en par, marcando con fuerza los dedos en la parte interna, donde terminaba la seda de las medias y la carne se mostraba en todo su esplendor.

No retiró la mirada, algo que por otra parte sería imposible, pues sus ojos se debatían dónde mirar, esos muslos blancos lo perturbaban, el sexo depilado le excitaba de manera asfixiante. La había visto de muchas maneras, como algo más que un espectador, pues había sido su dueño. Se había comportado como si ella fuese mera mercancía, y él, el comerciante; pero en ese momento, deleitándose con lo que había visto a lo largo de algo más de un mes, con la luz natural que entraba a raudales por los grandes ventanales de la mansión, ninguna luz difusa, ningún claro oscuro enturbiaba esa visión afrodisiaca.

No podía negarlo, la deseaba con delirio, y la tendría.

Se frotó el puño derecho, se tocó los dedos y los estiró, le había dado tan fuerte, que sentía los dedos entumecidos. Todo, sin dejar de mirar ese coño.

Bajó la cabeza, y escupió encima del pubis.

Volvió a estirar los dedos, y llevó el pulgar hasta el monte de Venus, para mojarse con su saliva, para deslizarlo hacia la ranura, e introducirlo en la vagina.

Resopló de placer, mientras metía y sacaba el dedo, haciendo lo mismo con el dedo corazón, mientras le estrujaba la tierna carne de alrededor.

¡Cómo le gustaba ese coño! Redondito, apretadito, con esa rajita que te invitaba a penetrar, a lamer, a chupar...

Se paró de golpe, y deslizó la mirada hacia arriba, contemplando el pausado subir y bajar de la respiración. De una rasgó la delantera del vestido, y sacó los pechos del encorsetado sostén. Los tocó a conciencia, los apretó, los pellizcó, retorció los pezones, para bajar la cabeza y mamar de ellos, con furia, con un brutal deseo.

Supo que, si seguía así, se correría encima como un gilipollas, pensó mientras se lamía los labios, mientras recuperaba en algo la calma, si es que eso era posible dado el estado en el que se encontraba, como si hubiese tomado un estimulante, una droga.

La arrastró, la colocó más cerca del borde de la cama, y volvió a forzar las piernas, volvió a marcar los dedos para que le quedaran marcas visibles, para que cuando las viera se acordara de él.

Cuando la tuvo a su gusto, se abrió la bragueta y sacó el miembro que parecía a punto de reventar, se la meneó durante unos segundos, y entró con violencia, con ansia, sintiendo la estrechez de la vagina, ahogando un alarido, orgulloso de que su polla fuese grande para dejarla magullada...

Hubiera querido durar más, hubiera querido entrar y salir durante varios minutos para dejarla irritada, escocida, incluso hacerle sangre, pero no pudo ser, pues a la cuarta embestida soltó un

aullido de placer a punto de correrse y salió de ella, jadeando, sudoroso...

Acordándose...

De otra vez.

Pero el recuerdo se esfumó al segundo.

Mordiéndose el labio, agarrando el miembro con su mano dolorida, soltó el esperma en la colcha, y sobre el interior de esos muslos tersos y tonificados como los de una amazona, suaves como la más delicada de las sedas, y blancos, blancos como los de una rubia.

Jadeando, como si fuese un animal herido, llevó la mano a la vulva, y jugó unos segundos con ella, para acabar dando un pellizco en la parte superior, sabiendo que le saldría un pequeño hematoma.

Se le pasó por la cabeza hacerle una maldad, más que eso, una barbaridad, coger su navaja de afeitar y amputarla como había oído que les hacían a las mujeres en África, y otros lugares. Cortarle el clítoris para que no disfrutara más del sexo.

De repente, le vino la imagen de su primo, y se olvidó de esos pensamientos.

«Puto cabrón», pensó mientras se guardó la polla, abotonó la bragueta, y escupió sobre ella.

«¡Maldita sea!», pensó, estaba todo encaminado, todo listo para ganar una pequeña fortuna. La voz se fue corriendo de unos a otros, y cada vez que ellos aparecían, ella en especial, había más ojos mirando, más pollas agitándose, esperando el momento de competir por esa mujer. Hasta el momento, todo había sido un calentamiento, para que el mayor postor se llevara la pieza. Sobre todo, después de la «cena», y de lo de anoche... ¡Ah!, lo de anoche había sido especial, nunca pensó que ella pudiera dar tanto de sí. Joder, si hasta él se corrió viendo ese espectáculo.

Quería organizar una puja, privada, él con todos los pretendientes; salida: cinco mil libras. Sí, era mucho dinero, pero esos tipos se lo podían permitir, en lugar de comprarle una joya valiosa a la esposa, se quedaría uno de ellos con la joya de la mestiza. Sí, solo sería una vez, pero esa vez daría para mucho, toda una noche, y cualquier deseo, lo que fuese: tradicional para una toma de contacto, y después entrar en otras variantes, como la sumisión, algo muy solicitado en estos lugares, tanto para el hombre como para la mujer.

Más de una vez pensó en que, si hubiera sido virgen..., habría sido la hostia. Habría organizado la puja, con una salida de ocho, o diez mil, pero bueno, de vez en cuando, no siempre, creía que la virginidad estaba sobrevalorada, pues a una mujer, virgen o no, podías hacerle barbaridades, y qué cojones importaba un virgo, si muchas veces ni te enterabas de ello, si más de una vez, muchas mujeres habían mentido sobre ello, haciendo un teatrillo para que el imbécil de turno creyera que la había hecho una mujer.

Ahora todo se había ido a la mierda.

¡Maldición!

El cabrón de su primo podría haber despertado una semana más tarde.

¡Qué cojones!

Mejor, se podría haber muerto.

Con los ojos clavados en ella...

Sintió deseos de darle una paliza, ahora, estando inconsciente, aunque no despertase. Pero no

era lo más adecuado, no sabía si realmente se iría a su país, o se quedaría rondando por aquí, y si su primo se enteraba...

Pero, en qué condiciones estaba su primo, no se lo habían dicho, pero él tampoco preguntó, pues había quedado paralizado ante esa información.

¡Putita del demonio!

Resopló como un caballo desbocado, y llevó una mano al rostro de la mujer.

—Despierta, vamos... ¡Despierta! —exclamó mientras le daba unas palmadas en la mejilla, algo más fuertes de lo normal, tan fuertes como para dejarle la mejilla enrojecida durante un rato.

Ella comenzó a murmurar, a gimotear, a querer abrir los ojos.

Cuando lo consiguió, escuchó un portazo.

Él ya no estaba.

Aturdida, con un fuerte dolor de cabeza, se llevó una mano a la mejilla golpeada, notándola caliente y dolorida; se incorporó apoyando los codos encima de la cama, y se miró las piernas abiertas, pestañeando varias veces, atontada, colocando sus pensamientos en orden, mirando alrededor para recordar dónde estaba.

Sintió escozor en sus partes, la humedad en el interior de los muslos, y supo lo que había pasado.

Un rato después, se había lavado minuciosamente, se puso otro vestido, guardó el roto en la bolsa, se colocó la capa y el sombrero, y cogiendo su bolsa de viaje y su bolso, salió de la mansión, donde le esperaba un taxi que la llevaría a Londres.

Capítulo 3

En Londres se quedó una semana.

El primer día, después de dejar el poco equipaje en un hotel, tomó un taxi y le dio una dirección; el taxista no dio muestras de sorpresa, y cuando llegaron al destino, le preguntó si quería que la esperase.

—No es necesario, gracias.

Vio desaparecer el taxi, y seguidamente anduvo durante medio minuto, subió unas escaleras y tocó en una puerta.

—Dichosos los ojos, señorita —fue la bienvenida del tatuador.

Media hora más tarde, estaba tumbada en el diván, mordiéndose el labio mientras la aguja penetraba en su piel, y las letras se convertían en...

El tatuador le dijo que sería un trabajo laborioso, por el tamaño, y para dar con una composición acorde a lo que ya estaba hecho.

—Serán horas, señorita. Si quiere, puedo hacer parte del trabajo hoy, y continuar mañana.

—No. Todo hoy.

—De acuerdo. Como tengo la plantilla, lo primero que haré será reformarlo en papel, para luego trabajar de manera efectiva y no improvisar. De esa forma, usted verá el dibujo y, si quiere hacer alguna observación, podemos variar, si ello es posible.

Sissy no contestó, solo movió la cabeza en señal de asentimiento.

Diez minutos más tarde, le enseñó el dibujo.

—¡Vaya! Es impactante. —El hombre afirmó en silencio.

—Si su deseo es que desaparezcan las letras, que no se adivinen, tiene que ser así. Podemos probar otra cosa, pero seguramente ocuparía más espacio, yo creo que es mejor así, a pesar de...

—Dejó la frase sin terminar.

El hombre se levantó de su asiento, y fue a por unas fotografías.

—Mire, fíjese.

Sissy tomó las fotografías en sus manos, y vio a varias mujeres con el cuerpo tatuado, todo, brazos, piernas, tronco, hasta el cuello.

Al ver la expresión de la mujer, el hombre sonrió, dejando ver sus dientes oscuros por la nicotina del tabaco y otros abusos, y por carencias en la infancia.

—No, no quiero decir que esto sea normal, y menos en una mujer como usted. Pero tenga en cuenta el lugar donde está, y que esa parte de su cuerpo es una maravilla, y, por otro lado, solo será un dibujo, llamativo, sí, pero en esa nalga el dibujo cobrará fuerza, y la belleza de su cuerpo junto al tatuaje, harán más lasciva esa zona pecaminosa, eso, sin contar con que las letras desaparecerán como por encanto.

Sissy soltó un pequeño suspiro, y habló.

—De acuerdo. Hágalo.

Se había cambiado en el hotel, y llevaba un vestido suelto, de manera que fuese fácil subirlo, para no quitarlo. Se fue a una esquina, donde había dejado el abrigo y el bolso, y se quitó el calzón de raso de manera discreta, mientras el tatuador preparaba sus cosas.

Se tumbó en el diván, y subiendo el vestido, dejó la nalga al aire para comenzar otra vez con ese martirio.

Horas más tarde se contemplaba en el oxidado espejo que colgaba de una pared.

La piel estaba irritada, colorada, por algunas zonas resbalaban finos hilillos de sangre, pero, a pesar de ello, se apreciaba cómo había quedado.

—¿Le gusta, señorita? —preguntó el hombre, admirando el trabajo que había hecho, y admirando esa carne prieta, exuberante.

Al hombre le llamó la atención no verla nerviosa ni miedosa, al estar sola con él, al mostrar parte de su anatomía de esa forma, un trasero tan formidable, que sería una delicia poseer. Él no iba a hacerle nada malo, de hecho, ni se le pasaría por la cabeza causar cualquier mal a esa preciosa mujer, pero ella no lo podía saber, y en esa ocasión, estaba sola, sin el tipo que pagó para que la marcara.

Ella movió la cabeza asintiendo. No quería decirle que odiaba ese tatuaje, que odiaba todo lo relacionado con esas letras, con Adam Cameron. Pero tenía que reconocer que era un buen trabajo, que ese hombre era un artista, que había conseguido algo espectacular para los amantes de los tatuajes, y para el resto del mundo, seguro que también.

Y que, si Adam Cameron lo viera, después del enfado, la arrastraría por las mansiones de placer para mostrarla como un animal de circo.

Y no, no tenía miedo de ese hombre, a pesar de estar en su casa sin la compañía de otro, alguien que la protegiera por si... las moscas; a pesar de estar en un lugar lúgubre, fuera de las zonas residenciales de Londres, barrios donde la integridad de una mujer no valía nada.

Después de las vivencias pasadas, se sentía fuerte, poderosa, incluso, temeraria. Aun así, la primera toma de contacto con el tatuador no le produjo rechazo ni nada negativo, pues toda la negatividad iba dirigida hacia Adam Cameron.

Seguramente, habría sido un pintor excelente si se hubiese dedicado a ello. Pero Sissy no quería entablar amistad con ese hombre, no quería saber por qué vivía en ese antro a pesar de hablar como una persona culta, de tener unos modales más que correctos, que, aunque en algunos momentos quisieran parecer vulgares, no dejaba de ser una impostura para no desentonar con el ambiente, o tal vez, hábitos adquiridos con el tiempo.

—Quisiera pedirle otra cosa. Perdona, no sé su nombre.

El hombre, no podía dejar de admirar la belleza de la joven, la clase que tenía, la forma de hablar. Era tan exótica, que no le extrañaba que se hubiera visto envuelta en las redes de Cameron.

—Peter, señorita.

—Peter —repitió, mostrando una pequeña sonrisa—. Mi nombre es Sissy.

—Es un grato placer, señorita Sissy —dijo, haciendo una pequeña reverencia, y provocando en

la joven una sonrisa contenida.

—Vera, me gustaría que...

Cuando se lo explicó, el hombre contestó con una sonrisa.

—Claro que sí. Pero antes, vendaremos esa zona para que no se infecte. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

—Ha sido un acierto que traiga esa prenda interior —dijo refiriéndose al calzón corto, que se adhería al trasero, pero no lo apretaba. El hombre pensaba que esas prendas estaban destinadas para encumbrar el cuerpo femenino, pero no para sujetar nada.

Le pagó lo que le pidió, cuatro libras, y además, le dio casi todo lo que llevaba en el monedero, otras cinco, a excepción de lo que dejó para el taxi. Peter no quiso coger ese dinero extra, pues lo consideró un exceso, pero ella no se echó para atrás, y lo dejó encima del diván donde había estado tantas horas.

Se había portado como un caballero, le había explicado los pros y los contras del trabajo que había que retocar, había compartido con ella sus alimentos —pan, algo de queso y unas ricas salchichas, regadas con un vino aguado—, cuando hicieron una pausa para comer; y había utilizado el excusado, que para sorpresa de la joven, a pesar de ser un lugar minúsculo, estaba limpio y reluciente.

Hasta le dio alguna lección de historia para entretenerla.

—En el idioma polinesio *tatau* significa golpear, tocar o marcar. Menos mal que ahora no utilizamos estacas afiladas ni cortamos la piel para rellenarla con tinta o cenizas. ¿Sabe que las mujeres del antiguo Egipto eran las más tatuadas? Las sanadoras, mujeres de alto estatus, también las que estaban relacionadas con la religión, y, por supuesto, las marcas de castigo; eso también se hacía en el antiguo Japón. Los japoneses eran muy suyos para eso; en la primera infracción se les marcaba una línea en la frente, en la segunda un arco, y en la tercera otra línea, y así, quedaba inscrito el símbolo del «perro», con eso, estaban marcados de por vida, con la honra perdida para siempre. Ahora se considera algo marginal, de círculos específicos, ya sabe..., un marinero se tatúa un ancla, un artista de circo un trapecio, o una jaula con un león, un presidiario el rostro de su amada, o una cruz...

Sissy se acordó de su madre Adele.

—Una prostituta, una... —dejó la frase sin terminar.

Se hizo un silencio, mientras el hombre seguía trabajando.

—¿Es usted una prostituta, Sissy?

Ella soltó un largo suspiro.

—No, Peter. No me considero una prostituta.

El hombre movió la cabeza con lentitud.

—A veces tenemos que hacer cosas que jamás se nos habrían pasado por la mente.

Sissy tardó un rato en añadir:

—Así es.

—Estoy seguro, aunque yo no lo vea, que en un futuro se pondrá de moda, y todo el mundo querrá tatuarse.

—¿Todos? —preguntó Sissy, entre sorprendida y risueña.

—Bueno, a lo mejor, todos, todos..., no —Dejó de pinchar, para soltar una pequeña carcajada, coreada por Sissy, y seguir con el trabajo.

Le siguió contando curiosidades sobre su trabajo, pero se abstuvo de decirle que muchos de los tatuajes, con el paso de los años el color de la tinta cambiaba, y el negro se convertía en verde. Tampoco le dijo que, teniendo un trasero tan bonito, y tan deliciosamente lleno, si seguía así, con el paso de los años, no importaría que la tinta se pusiera verdosa, pues seguiría siendo una hermosura.

Salió de noche, y el hombre la acompañó hasta dar con un taxi. De hecho, si no hubiesen encontrado ninguno, él mismo la habría acompañado hasta el hotel, para evitar que le pasara nada.

Cuando cerró la puerta de la habitación, suspiró cansada. Se quitó la capa, y tumbándose del lado izquierdo, para no lastimar la zona lacerada, se durmió en pocos minutos.

Al día siguiente, al despertar, se sorprendió por el sueño tan profundo y seguido que había tenido, sin pesadillas, sin nada que entorpeciese su descanso. No salió del hotel, a excepción de los momentos que llamaron a la puerta para traerle las tres frugales comidas que hizo a lo largo del día. Se cubrió con una bata cuando abrió la puerta de la habitación, el resto del tiempo estuvo desnuda, mirando su nalga derecha y calmando el escozor con un pañuelo humedecido con agua.

El tatuador le había dado otra cajita con crema calmante, a pesar de que ella le dijo que aún le quedaba de la otra vez.

—No importa, señorita Sissy. Así, cuando se le acabe, tendrá más.

Y como la vez anterior, fue buena chica, y obedeció.

Al tercer día, salió a la calle, e hizo otras cosas.

Al cuarto, vio cómo su piel se calmaba, la rojez desaparecía, y las pequeñas costras se iban secando. Ya había gastado el tarro anterior, y comenzó el siguiente.

Al séptimo día, y después de pensárselo mucho, cogió el tren hacia Edimburgo.

Recogería sus cosas y volvería a su país.

La habitación que tenía alquilada desde que llegó a la ciudad, y que estaba en Victoria Street, no muy lejos de la casa Murray, guardaba sus maletas, pues cuando se iba con Cameron solo llevaba una bolsa de viaje, y poco más, como en esos momentos; ya que la indumentaria que se ponía en esos lugares se la hacía llegar cuando ya estaba alojada en la alcoba de turno.

Esperaba no encontrarse con Cameron, pues era lo último que deseaba. Odiaba a ese hombre, quería olvidarse de él, aunque, teniendo en cuenta lo que les había unido, y lo que le había hecho, no sería fácil.

«Violada», se dijo por enésima vez.

Marcada como una prostituta, y violada.

Las dos cosas eran de por vida, por lo pronto, el tatuaje había sido transformado, y a pesar de ser algo que ella no quería en su cuerpo, lo aceptó. La violación era otro cantar, era algo extraño, pues al estar inconsciente, no lo valoraba igual, pues solo recordaba el golpe que le dio, y luego,

la nada. Pero al despertar, al verse así, con el vestido subido, rasgado por arriba para dejar los pechos al aire, y la ropa interior rota, el malestar en sus partes y los muslos pringosos...

Ese hombre había conseguido sus deseos, esos deseos que se fueron formando desde que la conoció en el barco. Pero estaba segura de que no lo había deseado así, de que todo se fue liando, y cambiando por los acontecimientos, por el comportamiento de ella, y por lo que le contaron de ella. Él habría deseado ser un galán conquistador, haberla llevado a la cama de manera complaciente, haber disfrutado del sexo, y cuando se hubiera cansado, habría terminado la relación, seguramente lo que hubiese durado la travesía.

Pero las propias circunstancias del pasado de ella, el racismo de él, el menosprecio de ella, el orgullo herido de él, todo eso fomentó una atracción maliciosa por parte de Cameron, que se vio culminada cuando ella volvió a aparecer en su vida.

Sissy no tenía la certeza si la había penetrado con algo, pues se utilizaban consoladores en esos lugares, y correrse después para dejar su marca, o lo había hecho con su miembro, y salirse antes de eyacular. Esperaba que si había sido lo último, no hubiera entrado nada, que una minúscula gota pudiera dejarla embarazada.

Pronto lo descubriría, tenía que venirle dentro de unos días. Si por obra del azar, o del... Señor, estaba embarazada, abortaría, lo tenía claro como el agua. Sí, los bebés no tenían culpa de nada, pero un niño que venía al mundo así...

Si su madre biológica hubiese abortado, ella no estaría en esa situación, pues no existiría, pero dentro de las circunstancias de cada mujer, Sissy pensaba que su padre no violó a su amante, pues la amaba, la deseaba y, al fin y al cabo, ese bebé era fruto del amor.

Ella abortaría, aunque su vida se pusiera en peligro.

No tenía la menor duda.

Por otro lado, deseaba ir a Dubh House, ver por última vez al pequeño Dunc y...

Sí, claro que quería, claro que lo deseaba.

Una vez, una última vez antes de decir adiós a todo lo vivido.

Bueno y malo.

Ver al pequeño, abrazarlo, alborotar su pelito rubio, contemplar esos ojos inocentes, y escuchar esa vocecita decir su nombre por última vez; pero que él... El hombre que llenaba sus pensamientos, que salía en sus sueños y pesadillas, igual que Cameron, pero de una manera diferente, no la viera, y si no estaba en la mansión, que nadie se lo dijera. Y, sobre todo, saber que se encontraba bien, que se recuperaría del todo, que sería feliz con su hijo, y con esa prometida que le estaría esperando.

Pero nada de eso ocurriría.

Había madurado tanto, y en tan poco tiempo, que no se dejó llevar por fantasías o romanticismo, como si fuese una jovencita esperando su príncipe azul.

Después de lo que había hecho, de lo que había pasado, tenía que volver a los Estados Unidos y olvidarse de esas personas, y, en especial, de toda la perversión de la que había sido partícipe.

Al llegar a la pensión, abrió con su llave, entró en el vestíbulo, y el sonido de la radio la llevó al encuentro de la señora Adams, imaginando que estaría en su salita, haciendo sus labores como

todas las noches.

Así fue.

La rutina de siempre.

Tocó en la puerta, y abrió sin esperar contestación.

—Buenas noches, señora Adams.

La mujer se llevó una mano al pecho, como si hubiera visto una aparición, al tiempo que dejaba caer la labor de ganchillo sobre el regazo.

—¡Oh, qué susto me ha dado, señorita Frank! —exclamó, mirándola con sus ojos agrandados por las gafas de ver.

—Perdone, no ha sido mi intención. Solo quería que supiera que pasaré la noche, y mañana me iré —explicó Sissy, mostrando una encantadora sonrisa.

—¿Otra vez de viaje, querida? —preguntó la mujer, al tiempo que bajaba el volumen de la radio, mirando por encima de sus gafitas de ver, y observando detalladamente la elegante vestimenta de esa joven tan hermosa.

—Sí, de viaje. Pero ya dejo la habitación. Me vuelvo a mi país.

La señora Adams cruzó las dos manos sobre la parte alta de su pecho.

—¡Oh, qué pena! —soltó la mujer, en parte, por perder una huésped tan rentable, pues llevaba varias semanas, y encima pasaban cortas temporadas que no estaba en la ciudad, y pagaba lo mismo, pues la joven le dijo que deseaba la habitación para ella sola, y que cuando estuviera fuera, pagaría la misma tarifa, para que nadie tocara sus cosas.

—Si lo desea, señora Adams, podemos ajustar las cuentas.

La señora Adams no se movió de su viejo y confortable sillón, y miró las dos mesitas que tenía a derecha e izquierda, una con la radio, un par de libros y una taza de té, y la otra con los utensilios de tejer y un gran costurero. En ese momento no estaba por la labor de levantarse y dejar lo que estaba haciendo.

—No es necesario, querida. Supongo que mañana desayunará antes de irse, ¿no? —volvió a preguntar, quitándose las gafas y dejándolas al lado del costurero.

—Si no es mucha molestia...

—Por supuesto que no, querida.

La señora Adams mostró una pequeña sonrisa, y Sissy le correspondió con otra más generosa.

—Veo que lleva el trabajo muy adelantado —añadió, mirando la servilleta casi terminada.

—Ya lo creo, señorita Frank. Con esta van ocho, ya me falta menos para la docena —explicó la mujer.

—Es usted una artista, señora Adams. Puede mostrar el revés, igual que el derecho, toda absoluta perfección.

La mujer se puso tan hueca como una gallina clueca, y moviendo una mano, le quitó importancia al hecho.

—Una manera de entretener el tiempo, querida. Nada más —dijo, aguantando la sonrisa.

—Mi madre era una experta en labores, y aprendí a diferenciar lo bien hecho de lo corriente. Y lo que usted lleva entre manos, nunca mejor dicho, es una preciosidad —ante ese comentario, la

señora Adams sonrió satisfecha—. Que descanse, señora Adams.

—¡Señorita Frank! —exclamó al tiempo que se levantó, con cuidado de que no se le cayera la labor.

La joven se quedó quieta, y vio cómo la mujer se acercó hasta estar a un metro de ella.

—¿Qué se ha hecho en el pelo? —mirando con curiosidad, el color y el corte.

Sissy sonrió.

—Me lo he puesto oscuro, más o menos de mi color. El rubio, para las que somos morenas, no deja de ser un incordio.

—Le queda precioso. Da lo mismo de qué color lo lleve, es usted tan bonita.

—Gracias, señora Adams.

—Y la melena... Tiene un rizo muy bonito —añadió la mujer, que siempre la había visto con el cabello recogido—. ¿Se ha hecho la permanente fuera, o aquí, en Edimburgo?

La joven volvió a sonreír, un tanto sorprendida por el interés de la mujer.

—No, señora Adams. Nunca me he hecho una permanente, mi pelo es así.

La señora Adams se volvió a tocar el escote, dando golpecitos en el esternón, pero esta vez con una mano.

—Qué suerte, querida. Pues hágame caso, y no vuelva a teñírselo, que ya le quedará tiempo cuando sea mayor. Tiene un pelo precioso. No lo estropee.

—Gracias, es muy amable, señora Adams.

—No, nada de amabilidad, solo la realidad. Lo que es bello de por sí, no hay que cambiarlo. Ale, que ya es tarde. Yo voy a dar unas cuantas puntadas más. Hasta mañana, señorita Frank —se despidió, al tiempo que volvía a su sillón.

Sissy subió las escaleras hasta el primer piso, deseando quitarse los tacones y el resto de la ropa, y meterse en la cama. Estaba cansada, agotada, más mental que físicamente.

Se quitó la capa antes de abrir la puerta, y una vez dentro, los zapatos antes de encender la luz, al tiempo que dejó la bolsa de viaje en el suelo soltando un profundo suspiro.

Al encender la lámpara que había encima de la cómoda, nada del otro mundo, pues la luz era tan tenue que no molestaría ni a los ojos más delicados, dejó el bolso de mano al lado, con calma se quitó el sombrero para dejarlo encima, y metió las manos por debajo de la melena, para frotarse con cuidado el cuero cabelludo, pues le picaba ligeramente. Esperaba que después de unos lavados, ese picor desapareciera.

Normalmente, cuando volvía de uno de los «viajes», solía comprobar sus cosas, para ver si todo estaba en su lugar, si faltaba algo, o si alguna de las trampas que ponía, por ejemplo, un trocito de hilo escondido de manera estratégica, una doblez en una prenda, cosas por el estilo, que podían pasar desapercibidas para la mayoría de las personas que registran lo que no es suyo, habían cambiado de lugar.

A la vuelta, todo estaba como ella lo había dejado, y eso le hizo creer que la señora Adams era de total confianza, pero esa noche, no tuvo ganas de hacer la inspección de siempre, total, qué importaba ya.

Solo quería descansar.

Soltó un suspiro y se dirigió hasta la mesita de noche para encender la otra lámpara. No había más luces, aunque con esas eran suficientes, no había mucho que ver, pensó mientras...

Ahogó un grito al ver que había alguien sentado en el único sillón, al lado de la ventana, en un pequeño rincón.

Por todos los santos, no podía dar crédito, no podía creer que ese hombre fuese tan horrible. Estaba a punto de gritar, de pedir auxilio para que la señora Adams apareciese...

Pero, y si había entrado con el consentimiento de ella, y si la había sobornado con dinero, o cualquier otra oferta sustanciosa.

Se controló, sacó fuerzas de algún lugar, y se enfrentó a él.

—¿Cómo has entrado aquí? Te dije, te dejé muy claro que me dejaras en paz. Que no quiero saber nada de ti. ¿No te quedó claro? —susurró por si acaso le llegaba el sonido de voces a la señora Adams por las rejillas de las paredes.

Y si la cosa se ponía tensa, gritaría como una loca, correría como una gacela, y haría que toda la gente de Victoria Street se enterase de este abuso.

Las pobres luces de la cómoda y la mesita de noche no llegaban hasta esa zona, dejando más de la mitad del cuerpo en penumbra.

—Pues yo sí quiero saber de ti —escuchó una voz ronca que la dejó paralizada.

Ahogó un suspiro, y despacio, se sentó en un lado de la cama, agarrándose al piecero de hierro forjado, sintiendo que todo le daba vueltas, para descubrir el rostro del hombre que amaba.

Estaba demacrado, pero sus ojos se mostraban brillantes, como febriles, sin pestañear, sin dejar de mirarla, el azul pizarra de su mirada, se veía oscura como la noche. Al momento, le vino a la mente la conversación telefónica que había tenido esa mañana en la estación, mientras esperaba el tren.

Después de dos intentos, logró hablar con ella.

—Solo quiero saber si está bien. Solo eso —dijo con un hilo de voz a la señora Bowie.

—Sí, sí. Parece un milagro, señorita Frank. Un auténtico milagro. Lógicamente, está muy débil, y al principio le costaba hablar, pero va mejor, mucho mejor. Cada día que pasa, está mejor —agregó con entusiasmo.

—¿Al principio? ¿Cuánto tiempo hace que despertó?

El ruido estático de las líneas telefónicas llenó el espacio, incluso una conversación lejana, e inoportuna de personas ajenas, se interpuso para provocar el nerviosismo de la joven.

—Señora Bowie, ¿me oye?

—... contando hoy. Tiene que recuperar fuerzas y, sobre todo, fortalecer la pierna... Pero seguro que lo conseguirá, y de todos modos, si le queda una cojera, no será tan malo como lo otro.

Otra vez los ruidos, voces lejanas, voces ajenas.

—¡Cuánto me alegro! Es una noticia maravillosa. Y..., ¿y el niño? ¿Cómo está el niño, señora Bowie?

—Bien, bien, señorita. No tiene de qué preocuparse. Ya no. El niño... —la voz apenas se dejó oír, y lo siguiente que escuchó fue—, en Dubh House, y está muy bien. ¿Viene a Edimburgo,

señorita Frank?

—Sí, estoy esperando el tren. Voy a recoger mis cosas a la pensión y volveré a Nueva York.

—¿Ah? Vuelve a Nueva York. Muy bien, me parece muy bien. —Se hizo el silencio, y cuando Sissy se iba a despedir, la mujer continuó—: Si tiene la bondad de pasar por aquí, le daré un paquetito para mi hermana.

Sissy dudó durante unos segundos.

—No creo que sea buena idea, señora Bowie. Mejor me lo deja en la pensión. ¿Le parece?

Otro pequeño silencio.

—De acuerdo, sí, mejor. Será lo más adecuado. Bueno, la dejo, la vida continúa y tengo mucho que hacer. Encantada de haber hablado con usted. Le deseo toda la suerte del mundo. Adiós, señorita Frank.

Cuando colgó el teléfono sintió un enorme vacío, pero solo le duró unos segundos, pues al instante se recompuso, y se dijo que la vida seguía, que no paraba, y ella, tampoco debía parar.

Volvió al presente, para oír de nuevo esa voz que la envolvió desde el principio, esa voz que cada vez que la escuchó, le provocó mariposas en el interior de su cuerpo.

Esa voz, que le provocaba temblor de piernas.

Y el dueño de esa voz, pareció leerle el pensamiento.

—Estaba al lado de la señora Bowie cuando has llamado.

Hacía un poco de frío en la habitación, y Sissy tuvo que contener su cuerpo para no ponerse a temblar, pero no por el frío precisamente, sino, por las sensaciones que le provocó ese hombre.

Y especialmente, por todo lo sucedido, por todo lo que había hecho, aunque hubiese sido para salvaguardar al pequeño Dunc y los que estaban cuidándolo.

¿Pensaría lo mismo él?

¿Sabría lo que había hecho?

—Me alegro mucho de que estés... mejor —añadió con un ligero temblor en la voz.

—Seguramente, gracias a ti —fueron las palabras del hombre.

Ella tragó saliva.

—¿A mí? —la pregunta sonó dulce como la miel, y tímida como si sintiese una vergüenza terrible.

Y en realidad, así era.

Se sentía sucia, pensando en que tal vez no habría sido necesario hacer todo lo que hizo.

Él había despertado, él tomaba las riendas de nuevo, todo volvía a la normalidad.

Murray no contestó al momento, pues, a pesar de que la pierna le dolía más de lo habitual, contemplar a esa mujer, escuchar esa preciosa y sensual voz, casi resultaba como un analgésico para su cuerpo maltrecho y su mente calenturienta.

—Escuché todo lo que se dijo en esa habitación. —Se quedó un rato en silencio—. Creo que desde el primer momento. Y tus palabras fueron las más alentadoras. Las que me hicieron luchar para salir de ese túnel.

Sissy se llevó una mano al pecho, y los ojos del hombre se posaron en esa mano, en esos dedos.

—¡Qué horrible escuchar todo lo que decían y no poder hablar! No poder levantar una mano o

abrir los ojos.

Él no dijo nada.

La miraba sin cesar.

Desde el momento que entró.

Observando ese rostro...

Ese cabello, que la señora Bowie dijo que era rubio, que él ya lo sabía, y en ese momento volvía a ser oscuro.

La voz del hombre se dejó oír de nuevo.

—La señora Bowie me dijo que te gobernó un hábito de monja, y unas gafas que distorsionaban tus hermosos ojos.

Ella no quería hablar de ello, pero, sobre todo, no quería hablar de lo que vendría después.

—No quería que me reconocieran. Y no dejaban que nadie te viera, o eso me dijeron.

—¿Quién te lo dijo?

Ella no sabía lo que él sabía, y tenía que salir airosa.

—La señora Bowie.

Volvió el silencio.

Murray parecía una estatua, ahí sentado, sin dejar de contemplarla.

Y cuando volvió a hablar, cuando surgió esa voz que le pareció más oscura, más dura de lo que ella recordaba, intentó controlar el temblor que la invadió.

—¿Y Adam? ¿Qué te dijo mi primo?

Sissy procuró guardar la compostura, no quería derrumbarse.

—¿Adam? —preguntó temblorosa, queriendo ganar tiempo.

El silencio llenó la estancia, y Sissy sintió que le faltaba el aire.

—No te pongas nerviosa, Cecily. Sé lo que has hecho. Sé hasta dónde has llegado. Lo sé, y no te juzgo, al contrario. Te lo agradezco.

Ella no pronunció palabra, solo logró tragar aire, todo el aire de la habitación, pues la vergüenza la invadió por completo. El que utilizara el nombre completo, en lugar del diminutivo, no supo si era bueno, o malo.

Y esos agradecimientos...

Que supiera todo lo que había hecho, eso sí que era malo.

¿Realmente lo sabría todo?

Esa voz surgió de nuevo, grave, oscura, que con solo oírla en tiempo pasado le provocaba mariposas en el estómago, le hacía concebir todo tipo de historias perturbadoras, a cual más excitante, y en esos momentos, le hacía temer lo peor, y al mismo tiempo la excitaba. Sus oídos se inundaron de manera lenta y perezosa, pues la pregunta fue hecha de manera acariciadora, para que no se sintiera mal, para no humillarla.

—¿Estabas dispuesta a seguir así, con él, llevando ese tipo de vida si yo no despertaba?

Sissy pensó en todo lo que había hecho, en cómo había expuesto su cuerpo, cómo se dejó hacer todo lo que Cameron dispuso, y todo, de la manera más fría, como si su cuerpo no le hubiese

pertenecido, como si esos hombres y mujeres no la hubieran tocado, manoseado, lamido, chupado, mamado...

Y lo último, la violación.

Eso no se lo diría.

Nunca.

Y en esos momentos, enfrente de ese hombre, el hombre por el que había vuelto a Escocia, el hombre por el que había hecho lo que Adam le ordenó, no podía mostrarse fría ni altiva, como si nada le importase, no podía sacar ni mostrar esa falta de sentimientos, que le habían servido para solventar de la mejor manera esas situaciones.

—No sabía qué pensar. Cabía la posibilidad de que, si no despertabas, él no deseara... No quisiera...

El silencio llenó la estancia, mientras ellos se miraban, provocando un ambiente tenso.

—Que él no deseara seguir utilizándote —terminó, elevando ligeramente la voz.

—Sí.

—¿Y qué habrías hecho entonces? ¿Pensaste en ello? —preguntó al tiempo que se frotó la pierna mala, sintiéndola constantemente, pues el dolor era permanente, con altibajos, pero sin desaparecer.

—¿Te duele mucho? —preguntó con delicadeza, con dulzura.

—No te preocupes, los médicos me han dicho que tarde o temprano irá bajando la intensidad. Contéstame —ordenó sin levantar la voz.

—Me habría llevado a tu hijo —repuso acelerada, sin mentir, sin pensarlo.

Se hizo el silencio.

—A los Estados Unidos —fueron las palabras de Duncan.

Antes de añadir algo, la joven afirmó en silencio.

—Sí. Tengo dinero, podría haberle dado lo mejor y, sobre todo, seguridad y amor.

—Secuestro —constató con un punto de acritud.

Ella se levantó de la cama y se paseó por la pequeña habitación, pero sin acercarse al hombre.

—No sé cómo tienes tus cosas, tus papeles, pero si Adam era el tutor de tu hijo, si decidía meterlo en alguna institución, o algún sitio similar... ¿Qué vida habría llevado el pequeño? Llevándomelo a mi país, lo habría hecho pasar por mi hijo. Mi amiga Agnes, la hermana de la señora Bowie, tiene amistades que me conseguirían los papeles necesarios. Con dinero, todo se puede.

—¿Y se puede saber de dónde ha salido ese dinero? Que yo recuerde, tu padre se suicidó por quedarse en la ruina más absoluta.

—Mi padre se suicidó, porque no tuvo coraje para enfrentarse a una situación diferente. Tengo un collar de diamantes, que vale mucho dinero. Tal vez un millón de dólares. Y mi abuela me dejó algo de dinero. Bueno, más que algo. La verdad es que fue muy generosa. La mitad de todo lo que poseía es mío, la otra mitad, de Agnes, la hermana de la señora Bowie. A tu hijo no le habría faltado de nada —detalló, volviendo a sentarse en la cama.

De repente, rompió a llorar, y no escuchó cómo el hombre se levantaba ayudándose con un

bastón. Se acercó hasta ella y le acarició el cabello.

—No llores, no tienes culpa de nada. No tendrías por qué haberte envuelto en todo esto. Haberte sacrificado de esa manera.

«A no ser que te haya gustado», pensó Duncan.

La voz sonó sin sentimiento, cansada, con un punto de dureza, pero ella no lo percibió así.

Esa cara tan preciosa se elevó, y esos ojos deslumbrantes lo miraron como si fuese un dios.

—Tal vez, debería haberme llevado al niño, y haberlo traído en cuanto la señora Bowie nos hubiera llamado diciendo que estabas despierto. Pero ahora, es fácil decirlo, pues nadie daba por seguro que despertaras. Era todo tan incierto...

El hombre dejó de tocarla.

—Fui a por ti, a buscarte, y acabé en un hospital sin poder hacer ni decir nada.

Respiró profundamente, con rabia, aguantando el dolor de la pierna, y el otro, el más importante, el dolor del alma.

—Lo siento —añadió al tiempo que cogió el pañuelo que él sacó del bolsillo del pantalón.

—Tú no eres culpable de nada. Absolutamente de nada.

Sissy llevó el pañuelo hasta los ojos, y Duncan entrecerró los suyos por lo que creyó ver en la muñeca izquierda, pero no le dio tiempo a identificar qué era, pues la manga del vestido ocultó...

—Ahora, quiero que vengas conmigo.

Sissy elevó la mirada, sin creerse lo que acababa de oír.

—¿Contigo? —preguntó incrédula.

—Sí. Mañana nos casaremos, y nos iremos a Dubh House. Tengo que recuperarme, y necesito la tranquilidad de las Tierras Altas.

Ella movió la cabeza con fuerza, se limpió las lágrimas y lo miró fijamente.

—No puedo casarme contigo —negó, con un hilo de voz, estrujando el pañuelo y retorciéndolo entre las manos.

—¿Por qué?

Duncan la miró fijamente, observándola en todo momento, casi como si la viera por primera vez, casi como si fuese...

Un ángel.

Un ángel caído del infierno.

—Por lo que hecho para Adam. Por lo que he hecho con él.

Era mejor no ir con evasivas, aunque no lo contara todo, no podía mostrarse como una virgencita ofendida, y mancillada.

—¿Qué has hecho? ¿Te ha follado? —ella se crispó al oír esa vulgaridad, pero Duncan continuó—: O, ¿te ha hecho el amor? Porque no es lo mismo follar, que hacer el amor.

La mirada del hombre era tan intensa, que ella se coloreó como una fresa.

—No me ha hecho ninguna de las dos cosas —no quería mentirle, pero no podía decirle que Cameron la había dejado inconsciente y la había violado. No podía—. Me ha visto desnuda, ha estado presente en... —Tragó saliva, era como si las palabras se le atascaran en la garganta.

Duncan, al ver que no seguía hablando, terminó la frase.

—En las orgías.

—Sí.

—¿No participó? ¿No se integró en el grupo?

Duncan sabía de lo que hablaba.

Era un experto en el tema.

—No. Estuvo presente para que todo fuera como él había concertado y para cobrar lo acordado.

—Habrá hecho un buen negocio contigo.

Ella no añadió palabra.

Se hizo el silencio.

El hombre seguía de pie, muy cerca de ella, haciendo un esfuerzo por permanecer quieto, aguantando el dolor de la pierna, apoyándose en el bastón.

—¿Te ha besado? ¿Te ha acariciado? ¿Se ha mostrado contigo como un amante? —preguntó intentando que su voz sonará intrascendente, intentando no mostrar los celos que lo estrujaban por dentro.

Negó con la cabeza, para limpiarse unas lágrimas que habían osado invadir sus mejillas.

—No —mintió, clavando la mirada en la empuñadura de plata de ese elegante y caro bastón.

Él no creyó esa negación.

Conocía a los hombres, y conocía a su primo.

Qué hombre, en circunstancias semejantes, no se aprovecharía de la situación. Adam podría ser un misógino, podía ser un racista, pero le gustaba mucho el sexo, le gustaban las mujeres, quería probarlas a todas...

¿Iba a dejar de lado este dulce bocado?

Por supuesto que no.

—Bien. No necesito saber más, al menos por el momento.

Ella estuvo a punto de decir lo del afeitado y el resto, pero lo único que hizo fue elevar la mirada y contemplar al hombre.

Ambas miradas se quedaron enganchadas.

La de ella: suave, dulce, brillante.

La de él: penetrante, oscura, escondiendo el dolor, un dolor lacerante, interno, que retorció su corazón de una forma desconocida. Esto nada tenía que ver con lo pasado, con las experiencias dolorosas que había tenido, dejando la guerra aparte, la muerte de sus padres...

El nacimiento de su pequeño, la aceptación de su discapacidad fue angustiada, dolorosa a más no poder; el suicidio de Coira, inesperado, y al tiempo, amargo, dolido porque ella resultase una cobarde y no supiera afrontar la maternidad desde otra perspectiva.

Pero esto último, el accidente, y luego el coma, y descubrir lo que ella había hecho por su pequeño, lo dejó fuera de juego, y también, con un mal sabor de boca, al comprender la maldad y el abuso que había cometido Adam contra ella, contra su hijo, contra las personas que le rodeaban.

La preciosa voz se escuchó, llenó sus oídos.

—Será mejor que te vayas a casa, que descanses, que te pongas fuerte. Mañana me iré de aquí.

Él sonrió sin ganas ante ese comentario.

—Ya he descansado de sobra. Y fuerza —una mueca curvó sus labios—, fuerza me sobra, no te preocupes por mí. Y no te irás a ningún lado. No. Vendrás conmigo. No tengo pensado ir a los Estados Unidos a buscarte. Tengo mucho trabajo por delante. Tengo que poner esta..., esta maldita pierna en marcha, no puedo dejar que se quede así.

Se dio una palmada en el muslo, y volvió la mirada hacia ella.

—¿Te repugna casarte con un hombre medio tullido? ¿Es eso?

Ella lo miró con esos ojos brillantes por las lágrimas, y él se perdió en ese iris verde dorado.

—No. No es eso.

—Me alegro, porque a mí no me repugna casarme con una mujer que ha participado en orgías. Es más, si a pesar de todo, en algún momento las has disfrutado, lo entendería.

Ella bajó la cabeza, y susurró:

—No puedo, no puedo hacerlo...

Él no la dejó continuar.

Había ido a por ella, y no la dejaría escapar.

—Además, si me vuelve a pasar algo, tú serás la tutora de Dunc, tú y él seréis mis herederos. Entonces, nada malo podrá pasarle a mi hijo.

Ella movió la cabeza, sin comprender.

—Ya estás bien, no te puede pasar nada malo. Otra vez no —casi lloriqueó.

Él deslizó una mano por el rostro de la joven.

—Eso nunca se sabe. La pierna es lo que menos me preocupa, aunque me duela a rabiar, aunque me quede cojo, pero... la cabeza me duele constantemente, los médicos dicen, que puede ser temporal, o, que anuncien otra cosa peor.

Las lágrimas volvieron a brotar de los bellos ojos, al tiempo que agitaba la cabeza, como no queriéndoselo creer.

El hombre se llevó parte de las lágrimas con las yemas de sus dedos.

—Siendo mi esposa, serás la única con derecho a todo. Mi primo no podrá hacer nada, y mis administradores y abogados obedecerán tus órdenes. Ya tengo todos los documentos preparados, solo falta tu firma —explicó, dejando de tocarla.

Sissy se sintió abrumada, pues algo así no se le pasó por la cabeza, ni en una loca fantasía.

—Pero... cómo puede ser, si hace una semana que despertaste.

Duncan anduvo unos pasos por la habitación, y la joven lo observó sin perder detalle. Su altura, su elegancia, aun andando con esa cojera, su masculinidad...

Lo amaba tanto...

¿Casarse con él?

Era una deliciosa fantasía.

—Hace diez días que salí del coma, pero di órdenes de que no se lo comunicaran a mi primo. Solo lo sabían unas pocas personas. Al principio me costó hablar, y adaptarme a las nuevas circunstancias, pero solo duró algo más de un día. Mi fuerza mental era superior a la física.

Ella movió la cabeza, mirándolo con ansia, con deseo.

—Entre nosotros no hay secretos —murmuró la voz masculina, acariciando con el borde de los dedos la delicada barbilla.

—Me odiarás —susurró.

—Jamás.

—Pero...

—¿Qué?

—¿Y mi mestizaje?

—Te lo dije antes de que te fueras, y te lo vuelvo a repetir, no me importa.

El hombre tiró el bastón y la cogió en sus brazos.

Ella se dejó abrazar, pero encogiéndolo los brazos y poniéndolos entre los dos, con miedo a que sus pechos se aplastaran contra el torso masculino, con miedo por todo lo que había hecho, con miedo por el futuro.

Con miedo de convertirse en su esposa.

Envuelta entre sus brazos, y con la boca de él cerca de su oído, susurró:

—Están en mi memoria esos besos que me diste cuando fuiste a verme. Cada uno de ellos, fueron como clavos ardientes; cada uno de ellos me insufló vida, fuerzas. Algo se removió dentro de mí al oír tu voz, al sentir tu contacto. Estoy convencido de que tu visita supuso un antes y un después.

Sissy aguantó el llanto, incluso la vergüenza porque él recordara eso, pero al final lo hizo con ese motivo, para que despertara de ese sueño peligroso.

Él la separó de su cuerpo.

—Coge tus cosas. Nos vamos de aquí —no fue un deseo, no fue una petición, fue una orden.

Ella lo miró desconcertada, temblando sin creer que estuviera pasando algo así.

Si Adam la hubiera visto en esos momentos, se habría preguntado dónde estaba esa mujer de hielo que había paseado por las mansiones de placer, dónde estaba esa mujer que había usado y abusado.

Y se habría dado cuenta de que esa mujer estaba enamorada hasta las últimas consecuencias.

—Tengo que pagar a la señora Adams —susurró, mirándolo sin pestañear.

—No te preocupes por eso.

Duncan fue a coger el bastón, pero antes de que pudiera hacer el mínimo gesto para doblar su cuerpo, ella ya se había agachado y lo recogió.

Cuando se lo dio, Duncan se perdió en esos iris, se regodeó con esas delicadas facciones, y supo que, a pesar de sus anteriores palabras, le quedaba mucho por sufrir por lo que esa hermosa mujer había hecho por él y por su pequeño.

Capítulo 4

Se casaron al día siguiente, en una sencilla ceremonia en la casa de Victoria Street, y un poco después, reunidos con los abogados en el despacho, Sissy firmó una serie de documentos, y pudo comprobar que era la heredera de parte de los bienes de Duncan, tutora del hijo en caso de fallecer el padre, y administradora de todos los bienes, junto con el abogado de confianza de Murray y el administrador principal. El esquema legal hecho por los abogados era laborioso, pero entendible, y teniendo en cuenta que el capital de Murray había aumentado exponencialmente debido al fallecimiento del hermano mayor de su padre, que no tuvo hijos, la cuantiosa herencia, entre bienes raíces, bonos del Estado y acciones de diferentes empresas, más efectivo, resultaba mareante.

Mientras firmaba los documentos, Sissy contempló de reojo en un par de ocasiones el anillo de platino, diamantes y zafiro que Duncan le entregó antes de la boda, y la sencilla alianza, también de platino, que adornaban su dedo anular.

Había dormido en una de las habitaciones de invitados.

Bueno, dormir, lo que se dice dormir, no durmió apenas, pues se pasó la mayor parte de la noche escuchando el sonido de la lluvia, y pensando en lo que vendría al día siguiente. Eso de casarse con él la descolocaba por completo, pero lo que más le preocupaba era una posible muerte, como él le había dicho. Ahora que había despertado, no podía morir. No era justo. Pero ¿y si esos dolores de cabeza presagiaban un final tan atroz?

Rezó varias veces a lo largo de la noche.

«No permitas semejante cosa, Dios mío. No dejes que se muera, no dejes que el pequeño Duncan se quede sin papá, no dejes que yo me quede sola otra vez».

Antes de que él volviera a surgir en su vida de esa forma, con esa propuesta, estaba dispuesta a volver a su país, y solo tendría la compañía de Agnes, y por poco tiempo, pues había pensado ponerse a trabajar y, un poco más adelante, estudiaría algo en el tiempo libre. O, tal vez, estudiar a tiempo completo, pues tenía dinero para ello.

Y ahora, todo cambiaba otra vez.

Verlo de nuevo, escuchar su voz, provocó que su corazón latiese azorado, que lo deseara con una virulencia desconocida, pues, aparte de repetir lo que ya había vivido con él, quería saciarse de nuevo, quería amarlo en todos los sentidos, quería disfrutarlo en el plano sexual, sin tapujos, sin miramientos, haciendo todo lo que se hacía en esas fiestas privadas, pero solo ellos.

Un rato más tarde, seguía sin dormir, y la lluvia arreció.

Lo pensaba, y no daba crédito, pues por esas fechas, un año atrás, ella se entrevistaba con la señora Bowie y partía para las Tierras Altas, y ahora, después de todo lo vivido, se iba a casar con Duncan Murray.

Esa lluvia la acompañaba, no la dejaba dormir, bueno, tampoco había que echarle la culpa a la lluvia, pues eran sus nervios y sus recuerdos los que impedían algo así.

La alcoba daba a un patio interior, y las plantas ahogaban el sonido, pero el suelo empedrado dejaba constancia de la fuerza. Y así, igual que la lluvia golpeaba las piedras, su corazón palpitó más deprisa pensando en lo que había hecho, y esperando que tarde o temprano él le preguntase sobre ello, que quisiera saber todos los detalles, hasta los más escabrosos.

Cuando llegase el momento, lo afrontaría, y si él quería saber, le contaría. Del mismo modo, él le tendría que contar sus experiencias en esos lugares.

No estaba en su mejor momento, el accidente, y el coma, se habían encargado de ello, pero, después de ese breve encuentro, de haberlo visto con ese aspecto demacrado, a pesar de ello, lo encontró tan imponente como al principio, le removió todos los nervios del cuerpo, le activó las ganas de volver a ser mujer de un hombre así.

De él.

No quería bellezas perfectas, como la de Cameron, quería la virilidad, el atractivo y la hombría que mostraba Duncan con su sola presencia.

Por otro lado, le seguía preocupando lo de su mestizaje, pero bueno, él estaba al corriente, ya no podría acusarla de engaño, por eso se lo preguntó, para que no hubiera ningún resquicio, por si acaso lo había olvidado por el coma, por lo alterada que hubiera o pudiera estar su mente.

Cerró los ojos con fuerza, pero el sueño no estaba por la labor.

Volvió al pasado, después del entierro de Gerda, los dolores se hicieron presentes, todos los recuerdos querían hacerse un hueco.

Un día, le dijo a Agnes:

—Mi padre me dejó una carta. Estaba en el suelo de su despacho. Había volado por los aires cuando abrió la ventana para tirarse. No he podido abrirla, no he tenido fuerzas, Agnes. Tal vez es porque tengo un miedo horrible por leer sus últimos pensamientos, porque se me hace un nudo en el estómago cada vez que pienso que fue lo último que hizo antes de... de saltar.

Agnes le pasó una mano por la espalda, dándole fuerza.

—Hazlo, cariño. No lo dejes más. Si no lo haces, si lo dejas más tiempo, será peor.

Sissy la miró sin pestañear, transmitiendo un dolor que no la abandonaba.

—Pienso que tuve la culpa, que tendría que haberme dado cuenta de sus intenciones, en lugar de estar más pendiente en esconder las joyas en el abrigo. Si me hubiera dado cuenta de lo que iba a...

Agnes la interrumpió.

—No, tesoro. Eso no. Tú no eres responsable de sus actos, ni de los de nadie. Él lo habría hecho de un modo o de otro. Si hubiese imaginado que tú podías estar al corriente de sus intenciones, te habría dicho lo que tenías que hacer con las joyas y demás, se habría ido al edificio donde estaban las oficinas... —Dejó la frase sin acabar.

—¿Lo crees así? —preguntó mirándola con los ojos brillantes, a punto de llorar.

Agnes afirmó en silencio.

—Lee la carta, ya es hora —ordenó con suavidad.

Y fue esa noche cuando sacó la carta que seguía escondida en la maleta, y con manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas, la leyó.

Mi querida hija:

Me faltan palabras para decirte lo mucho que te quiero. Tal vez, cuando leas estas líneas, estarás enfadada conmigo, tal vez me odies por dejarte sola, y creerás que el dolor es insoportable. Eres fuerte, y lo sabes, y vas a salir adelante, estoy convencido. De todos modos, quiero que vayas con tu abuela, sí, ya sé que es un poco brusca, muy suya, pero te quiere, y te ayudará a encontrar un camino. Lo que voy a hacer es lo mejor. Solo, no podría seguir, la vergüenza sería superior a la fuerza, y a tu lado, sería una carga.

Perdóname, mi preciosa Cecily.

Tu padre que te quiere hasta doler.

Con esos recuerdos, llorando en silencio por el pasado, y también por el incierto futuro que se avecinaba, logró dormir unas pocas horas, antes de su boda.

Por la mañana, con nuevos bríos, dispuesta a afrontar lo que se le pusieran por delante, se vistió de manera primorosa. El vestido de seda azul celeste se le entallaba hasta la cadera, para seguir con un ligero vuelo, acariciar y tapar sus rodillas. Ajustó los pequeños volantes de los puños, asegurándose de que taparan bien las muñecas, de que llegaran a rozar el comienzo de los dedos.

Se recogió el cabello a los lados, con unos pasadores de plata, y pellizcó las mejillas para que tuvieran un poco de color, al tiempo que se mordió los labios.

Ni una gota de maquillaje.

Iba a salir de la alcoba, cuando escuchó un golpe en la puerta.

Al abrir... ahí estaba él.

Quiso tragar el aire de golpe, quiso suspirar de puro placer.

Quiso contemplarlo durante horas.

No hizo nada de eso, echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

Era el hombre más atractivo del mundo, pues para ella no había otro igual, incluso, pensó que tenía mejor aspecto que la noche anterior, pues no lo veía tan delgado, ni tan macilento. Tal vez fueron las tristes y pobres luces de la habitación de la pensión.

Tal vez fue la impresión.

Tal vez fue la noche.

Sus hombros seguían siendo igual de anchos, llenaban el umbral de la puerta, le faltaba dos o tres centímetros para rozar el dintel de la puerta, y algo parecido para tocar las jambas. Era grande cuando lo conoció, y lo seguía siendo. Seguramente, los días que llevaba despierto le habían otorgado más fuerza a base de comer correctamente y de hacer algo de ejercicio, o también podía ser su constitución y su juventud. Porque todavía era joven, sabía que tenía uno o dos años más que Cameron, y este andaba por los treinta.

Ante esa mirada escrutadora, que bailaba entre su boca y los ojos, que provocaba que sus piernas temblasen, y que múltiples sensaciones vibraran en su estómago, ella dio varios pasos hacia atrás, para que él entrara, pero, en especial, para no sentirse abrumada con su presencia.

Por qué cuando había estado en todos esos lugares con Cameron no se había inmutado, comportándose como si no fuese ella, como si su cuerpo no le perteneciera, como si todo lo que había que hacer o recibir, no tuviera importancia, y si su cuerpo iba por libre, si no podía evitar el placer o el orgasmo, lo recibía de manera contenida, para olvidarse al momento, y volver a ser la fría y enigmática mujer que se paseaba del brazo de Adam Cameron.

Y en esos momentos, sintiendo la penetrante mirada de ese hombre, llenando con su presencia la pequeña alcoba, su cuerpo quería temblar, su lengua trastabillar y su mente desfallecer. Como si fuese una virgen, como si no hubiese conocido las mieles del deseo.

El rato que el hombre se quedó mirándola logró ponerla más nerviosa, y cuando ella iba a decir algo, él se adelantó.

—Tengo algo para ti.

Se puso el bastón en el antebrazo y sacó del bolsillo un anillo. Tomó su mano, notando el ligero temblor, y fue introduciendo el anillo en el dedo anular, muy despacio.

—Te queda bien —murmuró, mirando la mano, y al momento el rostro de la mujer.

Mujer, pensó Duncan, sí era una mujer, con más vivencias que la mayoría. En todos los aspectos. Endureció el gesto, apretó la mandíbula pensando en los lugares que había estado, en las manos que la habrían tocado, esos lugares que él también visitaba de tarde en tarde, o a veces, más a menudo de lo sensato. Ahora, se iba a casar con esta mujer que había participado en encuentros sexuales de toda índole, por salvar a su hijo de un destino incierto, pero...

Ella sintió los dedos del hombre moviendo el anillo, que parecía hecho a medida, pero también sintió que había algo más, pues vio esa contracción en el rostro, ese tic que hacía que la cicatriz tomara vida propia.

Tal vez fuese de dolor, tal vez le dolía la cabeza.

—Sí —fue lo único que salió por su boca sintiendo el calor de esas manos grandes y protectoras.

—Perteneció a mi madre. La madre de Dunc no lo utilizó, le quedaba pequeño.

Al referirse de ese modo a la que fue su primera esposa, los ojos verdes lo miraron con una mezcla entre adoración y suspicacia.

—Lo podía haber agrandado —casi susurró, pues estaba tan nerviosa, que no sabía qué pensar, qué decir.

Él clavó la mirada en los ojos de Sissy.

—Yo no quise.

Ella se quedó sin palabras.

—Espero que sea de tu agrado —añadió con cierta frialdad.

—Es muy bonito —fue la escueta respuesta, sintiendo que le faltaba el aire, sintiendo una oscuridad que se cernía sobre ellos—. En realidad, es precioso.

Contempló el anillo de nuevo, su mano ya no tenía la sujeción de la mano masculina, que había vuelto a coger el bastón para apoyarse y aliviar en algo el peso que recaía sobre la pierna.

Era más que bonito, pues mostraba un zafiro central de un quilate y medio, rodeado de pequeños diamantes, encastrados en un armazón de platino. Era el clásico anillo que llamaba la

atención por su belleza y aspecto delicado, pero nada más lejos de la realidad, pues haría falta un buen golpe para doblar el aro.

—Gracias —añadió, elevando la mirada hacia el rostro del hombre—. Lo cuidaré como si fuese de mi familia.

Duncan la observó.

Deseó besarla.

Pero no lo hizo.

—Ahora, es de tu familia —fueron las palabras masculinas.

Ella se mordió el labio.

Afirmó en silencio.

No sabía lo que él pensaba en esos momentos, no sabía que él deseaba hacerle muchas preguntas.

Pero no las hizo.

Si le hiciera las preguntas que llenaban su mente, la asustaría, la enfadaría, y ya no sería suya.

No era el momento.

—¿Ya estás lista?

—Sí. Pero...

—¿Qué ocurre?

—Quisiera darte algo —dijo con timidez.

Fue hasta su equipaje y sacó una pequeña bolsa de terciopelo granate.

—No tengo otra cosa que ofrecer. Bueno, sí tengo, todo lo que me ha dejado Gerda, pero esto es lo más valioso, no solo en valor sentimental, sino material. Creo que como dote. Para que no lo pongas tú todo —Las palabras le salieron algo dubitativas y tímidas.

Duncan se asombró ante el sonrojo de esas mejillas.

Imaginando lo que era, abrió la bolsita y sacó el impresionante collar de diamantes.

—Es una maravilla. —Lo admiró, pero su rostro no mostró nada.

La boca de Sissy se curvó en una deliciosa sonrisa.

—Sí, opino lo mismo. Mi padre lo compró cuando nací. Supongo que era para regalárselo a mi madre biológica, pero... como murió, se lo regaló a mamá Adele.

Duncan se quedó en silencio, observándola, con ese punto de timidez que mostraba, incluso le pareció sumisión.

—Guárdalo, mi pequeña Cecily. Es tuyo. No tienes que poner ninguna dote.

Mi pequeña Cecily...

—No me importa, Duncan. Si en este tiempo no lo he vendido, ha sido porque no lo he necesitado, además, una pieza de este valor hay que venderla en el momento adecuado y a la persona correcta.

—Cierto —dijo el hombre, sin pestañear, sin retirar la mirada de esos ojos verdes, de esa boca de dulce—. Y ahora no es el momento; y ojalá no lo sea nunca. Guárdalo, Cecily.

Ella afirmó en silencio, y volvió a meterlo en la maleta.

Duncan la siguió con la mirada, y cuando estuvo a su lado, se apartó y le cedió el paso.

Cogieron el tren y, de repente, Sissy se vio acorralada en ese coche cama, a pesar del lujo, a pesar de que había espacio para unos sillones y una mesa donde harían las comidas, pues Duncan no deseaba ir a las zonas comunes, y para eso tenían un vagón privado. No quería encontrarse con conocidos y hablar sobre lo que le había pasado, pero, sobre todo, no quería pensar que alguno de esos hombres pudiera haber estado con ella, haberla visto con su primo, pudieran reconocerla.

A mitad de trayecto, estuvieron parados unas horas, debido a una avería.

Si este viaje se hubiera dado en otras condiciones, él con su salud de siempre, y ella siendo una mujer inexperta, o casi, la habrían pasado en la cama, conociendo sus cuerpos, sus gustos, deleitándose mutuamente, haciendo el amor, o follando según fuese el deseo, la apetencia...

Pero, por desgracia, o por azar del destino, las cosas eran como eran, estaban de esa manera.

Duncan, una vez que despertó, cuando recordó todo lo pasado, cuando los médicos le pusieron en antecedentes, cuando pidió que lo visitara su abogado y amigo, y nadie más, cuando dijo que no deseaba que se corriera la voz hasta que pasaran unos días, hasta que se encontrara algo mejor, recordó todas las palabras que pronunció esa mujer que se había escapado de su lado, recordó esos deliciosos besos, en su mano, en sus dedos, en sus labios.

Esa mujer que deseaba con toda su alma, esa mujer que había ido a buscar...

Y no pudo lograrlo.

Fue entonces cuando mandó a llamar a la señora Bowie.

Estaba vestido con el pijama y una bata, sentado en el único sillón que había en la habitación del hospital, cuando la señora Bowie entró tímidamente.

—¡Oh, señor Murray! No se imagina cuánto nos alegramos todos de que haya despertado, de que esté bien —exclamó con lágrimas en los ojos, y no eran ficticias.

Murray le dio las gracias, y después de unas cuantas preguntas superficiales, y de hacerle un gesto para que se sentara en una silla, fue derecho al grano.

—Señora Bowie, la señorita Frank estuvo aquí, lo recuerdo perfectamente.

La mujer se llevó las manos a la boca.

Como Sissy ya había comprobado, las dos hermanas tenían poco en común. Mientras Agnes era todo delicadeza y prudencia, la señora Bowie era aspereza con los que estaban por debajo de ella, y cierto servilismo con sus superiores, algo que consideraba necesario para ascender y mantenerse en su puesto de trabajo. Y cuando quería, como en esos momentos, muy expresiva.

—¡Dios del cielo! Yo siempre pensé que algo así podía ser posible, porque..., no lo sé, no soy la persona más indicada para hablar de ese tema, pero cosas más raras se han visto.

—La señorita Frank —le recordó con cierta impaciencia.

Bowie afirmó con energía, al tiempo que sujetaba con fuerza su bolso marrón y lo mantenía en el regazo para que no resbalara hasta el suelo.

—Sí, sí. Ella quería visitarlo, pero no se admitían visitas. El señor Cameron lo dijo claramente. Yo le conseguí un hábito de monja y unas gafas de gruesos cristales, para que ocultaran esos ojos. Las gafas pertenecieron a una empleada de la casa.

—¿Qué fue lo que hizo la señorita Frank? —A Duncan no le interesaba a quién habían pertenecido esas gafas, o el hábito de monja.

La mujer tragó saliva, y se dispuso a contestar sin bajar la mirada.

—No lo sé con exactitud, señor Murray, y no puedo decir lo que no sé. En cuanto pasó todo lo que pasó, escribí a mi hermana, al estado de Nueva York, contando todo lo que había ocurrido, y... le conté también que el señor Cameron parecía dispuesto a..., a despedir a empleados que no fueran necesarios. Tanto en Victoria Street, como en Dubh House.

Se hizo un pequeño silencio que sirvió para que la señora Bowie ordenara sus pensamientos.

—¿Qué más?

Bowie se removió en la silla.

—Lo de Dubh House lo sé por terceras personas, señor Murray.

Duncan hizo un gesto casi imperceptible ante el calambre que sintió en la pierna mala.

—Lo entiendo así. Usted tiene buena relación con Alastar. Me consta.

—Así es, señor.

—Continúe, por favor.

Bowie camufló un ligero suspiro, y siguió hablando.

—El señor Alastar me comentó que el señor Cameron dijo que había que limitar gastos excesivos, y también los superfluos, sí, fue los términos que empleó, como, por ejemplo, el de la señorita Spencer. Y que... el pequeño Dunc estaría mejor en una institución donde pudieran ocuparse debidamente... de sus circunstancias, sí, eso dijo. El señor Alastar se atrevió a decirle que el sueldo de la señorita Spencer, incluida su manutención, era inferior a lo que pudiera costar un centro acorde a las necesidades del niño. El señor Cameron tardó en contestar, pero la mirada que le echó al pobre Alastar fue de todo menos amable. Y, al final, le dijo que procurase hacer bien su trabajo, y que todos los que estaban ahí podían estar contentos si él no decidía cerrar la casa, según se dieran las extremas circunstancias que se estaban viviendo. —Cogió aire—: Sí, se repitió otra vez esa palabra: circunstancias. —Hizo una pausa, y ante el silencio del señor, continuó—: Creo que... la señorita Frank hizo un trato con el señor Cameron para que no mandara a su hijo a ningún lugar. Lo único que sé, es que ella está hospedada en la pensión de la señora Adams, y que viaja a menudo.

—¿Ha estado la señorita Frank en Victoria Street?

—Varias veces. La primera no llegué a verla, según supe, cuando estaba en la puerta se encontró con el señor Cameron, y pasaron a la sala de recibir. Al día siguiente también acudió y se reunió con el señor Cameron. Días después volvió para hablar conmigo y fue cuando le dije que le encontraría lo necesario para que pudiera ir al hospital. Casi no la reconocí, pues estaba muy cambiada, no solo el cabello, que lo lleva rubio, sino el porte, la ropa. Parecía más madura que cuando estuvo aquí la primera vez.

Duncan no tardó en formular la siguiente pregunta.

—¿Cómo valora el trato recibido por el señor Cameron?

La señora Bowie volvió a removerse en la silla.

Ciertamente, no quería meterse en problemas, pero tampoco quería mentir.

—Eran momentos de incertidumbre por su estado de salud, señor Murray. Sabemos de sobra que cuando suceden este tipo de situaciones, todo se altera. El señor Cameron dejó muy claro que era el que mandaba, y que estábamos a su disposición. Nosotros acatamos las órdenes, y nos adaptamos a su mando. En todo este tiempo que usted ha estado dormido..., bueno, en coma, al principio, el señor Cameron pasaba más tiempo por aquí, y nos hicimos a la idea de que, al menos, de momento, y si nadie de arriba lo remediaba, teníamos un nuevo señor. Tiempo después, cuando apareció la señorita Frank no fue lo mismo. Se pasaban días, incluso semanas, sin aparecer por la casa.

—¿Sabe usted el motivo de esas ausencias?

La señora Bowie agarró el bolso y lo cambió de posición; si hasta ese momento lo había tenido tumbado, lo colocó vertical, y puso las manos con fuerza sobre el broche que abría el interior.

—Se iba a Leeds, a la fábrica de tejidos, decían, pues anda, o andaba en negociaciones, según comentaron, para venderla en cuanto le fuera posible. También a Londres, para sus partidas de cartas y actos de sociedad, y para ver a sus amigos, que también estuvieron en una ocasión en la casa de Victoria Street para una partida de cartas. —Un suspiro salió de su boca, cogió aire y continuó—: A Glasgow también, dicen que quería ver las tierras que usted ha heredado de su tío, que en paz descanse, y, puede que haya algún sitio más, pues con la muerte de su tío, dicen que estaba haciendo un listado de todos los bienes.

Se hizo el silencio, y mientras la señora Bowie aguantaba la mirada de su señor, soltó un resoplido nada femenino.

—Lo siento, señor. Tal vez me he excedido. Tal vez debería haber sido más prudente. Pero el motivo por el que escribí la carta a mi hermana, contándolo todo, fue porque estaba convencida de que la señorita Frank se enteraría, y si mi intuición no me engañaba, sabía que ella vendría hasta aquí, para intentar ayudar. No sé, con esa belleza que tiene, pensé que podría embaucar al señor Cameron y evitar que su hijo fuese a parar a una institución. Pero, ahora que usted ha despertado, pienso que tal vez la señorita Frank ha pagado un precio muy alto.

Se hizo de nuevo el silencio, y la señora Bowie llevó la mirada al suelo ante el semblante del hombre, ante sus facciones imperturbables, sabiendo que todo lo oído no le había gustado nada.

—Señora Bowie, no quiero que cuente a nadie que he despertado. No lo sabe ni Alastair, de manera que permanezca en silencio.

—Pero, se correrá la voz —casi susurró.

—Estoy en una zona aislada, y solo están dos enfermeras y los médicos. Ni ellas ni ellos dirán nada hasta que yo decida. De manera que, para el resto de la gente, a excepción de mi abogado, sigo en coma.

—Entiendo, señor —ahora sí susurró, sin dejar de observar a su patrón.

—Tengo que recuperar fuerzas, y tengo que organizar algunas cosas —aclaró, no porque tuviera que darle explicaciones a una de sus empleadas, sino porque quería que todo quedara muy claro.

—Sí, señor. Puede confiar en mí, seré una tumba —prometió con vehemencia.

—Lo sé. Cuento con ello.

Se hizo de nuevo el silencio, apenas unos segundos.

Murray lanzó una pregunta.

—¿Está pensando en la señorita Frank?

La mujer apretó los labios, al tiempo que movió ligeramente la cabeza.

—Sí, señor.

—Lo que ha pasado, no se puede cambiar, señora Bowie. Lo que está ocurriendo en estos momentos, llevará su curso. Lo que pasará dentro de poco, estará en mi mano, e intentaré compensar a la señorita Frank hasta las últimas consecuencias. Si ella me lo permite.

La mujer hizo un gesto de asentimiento.

—El trato que he tenido con la señorita Frank no ha sido frecuente ni continuado, pero... pienso que es una mujer con una integridad total, y con una generosidad llevada al límite. Sé que tiene un amor incondicional hacia su hijo, y creo que también a usted.

Duncan se llevó una mano hacia la pierna mala y mostró una mueca de dolor.

—Gracias por venir, señora Bowie. Y gracias por su discreción.

—Cuando se pueda, cuando se sepa que usted está bien, todos los que trabajan para usted se llevarán una alegría enorme, y no solo por lo que a ellos, a nosotros, nos incumbe, sino porque es usted un buen hombre.

Duncan no dijo nada, apenas un gesto imperceptible de agradecimiento.

La mujer se levantó, se colocó el bolso en el brazo, a la altura del codo, y conteniendo la emoción, apretando los labios con fuerza, salió de la habitación, imaginándose muchas de las cosas que se le pasarían por la mente a Duncan Murray.

Y en esos momentos, mientras el tren seguía parado y la noche se echaba encima, sus ojos no dejaban de mirar a la nueva esposa.

—A este paso no llegaremos hasta mañana —dijo Sissy, sonriendo, aguantando los nervios, sobrellevando los silencios del hombre.

—¿Tienes miedo de compartir la cama? —La pregunta sonó fría, áspera.

—Eres mi esposo. No tengo por qué tenerlo —contestó con dulzura.

El hombre mostró una sonrisa, de boca torcida, sin ganas.

—Claro. El esposo —repitió con frialdad.

Sissy sabía que no estaba borracho, pero había bebido vino en la comida, y ahora se estaba tomando un whisky. Fue en la comida cuando ella le preguntó si era prudente beber alcohol tomando medicación, a lo que él contestó que la medicación era el alcohol, que los medicamentos ya no servían para nada. Que la pierna tenía que curar a fuerza de trabajar, y la cabeza iba por libre.

—Creo que no me va a volver a pasar lo de esa noche..., mi pequeña Cecily. —Las mejillas de Sissy se sonrojaron ligeramente—. Me quedan algunas lagunas, pero en general, puedo hacer un resumen de lo que vivimos.

—Tal vez..., teniendo en cuenta que somos marido y mujer, debería ser sincera contigo.

El hombre la miró intrigado.

—¿A qué te refieres?

—A lo que ocurrió esa noche.

Duncan sonrió perezosamente, por lo menos, hablar con ella, contemplarla, provocaba que no fuera tan consciente del dolor de la pierna.

Y de otras cosas.

—¿Algún secreto más? —preguntó con sorna.

Ella afirmó en silencio.

—No me tengas en ascuas, cuéntame, te lo suplico —ironizó, formando una sonrisa.

La joven clavó la mirada en su boca, en los dientes, mostrándose en su esplendor.

—Cuando te dormiste... Cuando caíste todo lo largo que eres... —Dejó de hablar, turbada, siendo consciente de cómo la miraba el hombre, su marido.

Él no dijo nada, no preguntó, no la acució, simplemente esperó.

—Te toqué.

La intensa mirada la taladró, y en su mente se imaginó la escena, pero necesitaba más datos.

—Qué pena no acordarme de eso.

Esa voz fue un grave susurro, que provocó que la piel de Cecily se erizase de puro placer.

Por hacer algo, por controlar ese escalofrío que recorrió su piel, se llevó las manos a sus orejas, y con un gesto lento, y muy femenino, colocó el cabello detrás de las mismas, a pesar de que los preciosos pasadores hacían ese trabajo.

Los ojos del hombre no perdieron detalle, y se fijaron en esos delicados volantes que tapaban sus muñecas —que le recordaron a los que usaba su difunta tía—, se fijó en cómo se movieron, cómo cayeron hacia abajo, al elevar las manos, dejando las muñecas libres, y volvió a ver ese reflejo oscuro durante un segundo en el interior de la muñeca izquierda.

—Hay más —añadió Sissy, dejando su pelo y colocando las manos en el regazo, y estirando los volantitos.

Duncan contuvo una sonrisa.

—Soy todo oídos —dijo, arrastrando las palabras.

Sissy se mordió el labio, y llevó la mirada al suelo, siguiendo con los ojos el dibujo de filigranas de la lujosa y cálida alfombra.

—Al tocarte... Al tocarte tus..., tus partes, a pesar de que estabas dormido... —Duncan daba crédito a esa confesión, porque sabía que no mentía—. Me excité.

Ella elevó la mirada hasta el rostro masculino.

—Sí.

—Y... —dejó la frase sin acabar, sin apenas comenzar. Sissy tomó aire y añadió—: Me comporté de manera indebida.

Duncan soltó una carcajada, imaginándose la escena, presenciando el sofoco de la esposa.

—Por todos los diablos, dime qué hiciste —ordenó, aguantando la risa.

—Me subí encima de ti —soltó de corrido.

Él la miró sin pestañear, excitándose con esa imagen, pero solo en su mente.

—¿Me montaste estando dormido, y no desperté?

Ella tragó aire, y lo soltó.

—No.

—Tal vez no te moviste mucho, tal vez fuiste muy prudente, o tal vez, no la tenías dentro y lo único que hiciste fue sentarte encima —añadió con ironía, conteniendo la sorpresa, y maldiciendo no haber despertado.

—No, nada de eso.

—¿La tenías dentro de ti? —preguntó de manera perezosa, gozando de ese momento vergonzoso que estaba pasando su esposa.

—Sí, muy adentro —murmuró, ligeramente excitada, ligeramente ruborizada, y muy avergonzada.

—Qué pena no despertarme —susurró, sin cansarse de mirarla, imaginando ese momento—. ¿Me corrí?

—Sí.

Se hizo un silencio.

La mirada del hombre era tan intensa, y ese silencio tan perturbador, que la respiración de la mujer se hizo más profunda.

—¿Y tú? ¿También te corriste?

—Sí.

Sissy enrojeció como una amapola.

—Varias veces —susurró.

Se hizo el silencio, otra vez, mientras se miraban.

—Sabes que si algo así se le hace a una mujer es una violación.

Ella agitó la cabeza, sacudió esa preciosa melena, que él deseaba enredar en sus dedos.

—Claro que lo sé. Y a un hombre también —aclaró muy ufana—. Es una violación... Se mire como se mire, sin depender de géneros.

Duncan se encogió de hombros.

—A mí, lo único que me importa es no acordarme. No haber despertado, para agarrarte de las caderas y deleitarme con tus pechos balanceándose sobre mi rostro. Tuvo que ser sublime tenerte cabalgando encima de mí. Qué pena no haberme despertado en ese momento glorioso. Su voz se agravó, al tiempo que las facciones se endurecieron.

Sissy se mordió el labio, dejándolo húmedo, brillante, y decidió coger el toro por los cuernos.

—Tal vez deberías decir lo que piensas.

—¿Lo que pienso de qué? ¿De esa noche? —preguntó, mirando esa boca.

—De mí, de lo que he hecho. —Al ver el gesto del hombre, aclaró—: No me refiero a lo que hice esa noche contigo.

La intensa mirada la traspasó.

—¿Quieres saberlo? ¿Quieres oír lo que pienso?

—Sí —soltó con rotundidad.

—¿Y si no te gustan mis palabras?

—Quiero saberlo.

Duncan la observó durante un largo instante.

—Está bien, te lo diré. Odio lo que has hecho. —Hizo una pausa, para que esas palabras quedaran grabadas en su mente—. Maldigo cada mano que te ha tocado, cada boca que se ha posado sobre tus labios, sobre tu piel. Maldigo los ojos que te han mirado, y maldigo el resto de las cosas que te han hecho —La voz sonó dura, raspó el aire, mientras esos ojos la analizaban.

Ella no dijo nada.

Aguantó la mirada del hombre.

La hiriente mirada.

Y esa voz oscura y grave, continuó:

—Maldigo a Adam por aprovecharse de ti, lo maldigo por no haber protegido a mi hijo, y a las personas que trabajan para mí, que son parte de mi vida. Pronto llegará el día de nuestro encuentro, pronto le diré lo que pienso de él. Pronto lo pondré en su sitio. ¡Por todos los diablos del puto infierno, que lo pondré en su sitio! —exclamó con dolor, con furia, asustándola.

Ella lo observó, percibiendo la fiereza del hombre, el dolor de la traición, y...

Sí, sintió algo de miedo.

Miedo.

Pensó en el encuentro entre ellos, y sintió pavor.

El silencio les rodeaba, como una suave niebla, mientras sus miradas permanecían enganchadas.

—¿Puedo darte un consejo? —se atrevió a preguntar, temiendo que se molestara.

—Claro, soy todo oídos —soltó con ironía.

Sissy se irguió en su asiento, contempló sus nuevos anillos y elevó la mirada.

—Creo que deberías mantener la calma cuando llegue ese día. Creo que deberías mostrar indiferencia, como si nada de eso te importara. Como si el comportamiento que él ha tenido fuese lo más normal, porque si lo piensas, él lo cree así. Todo es cuestión de prioridades, y sus prioridades las tiene muy claras. Que se aprovecha de una mujer, y por qué no va a hacerlo, si ella se le ofreció. —Duncan se mostró serio, pero escuchando cada palabra que salía por esa boca—. Obtuvo algo a cambio por dar tiempo al tiempo, por congelar sus intereses, porque para él fue eso, un inciso, y en el momento que ya no le interesara, o que la mujer huyera, volver con más ahínco a los planes establecidos.

Sissy no dejó de mirarlo.

Él se perdió en esos ojos que tenía grabados en su mente, pero no sé perdió ninguna de las palabras que pronunció.

Y siguió escuchando.

—Adam me odia tanto como yo a él. Admira el envoltorio, el exterior, pero le asquea el interior. Es así de simple.

Duncan deseaba acariciarla, besarla...

Pero, no podía.

Todavía no.

—Tal vez estés equivocada. Tal vez es lo que te hizo creer.

Ella agitó su espesa melena, que a pesar de estar sujeta por los delicados pasadores de plata, quería mostrarse en todo su esplendor.

«Rubia, ¿rubia?», pensó Duncan.

Esa noche apenas vio el color del cabello, pues estaba recogido, y la máscara que cubría casi todo el rostro tenía dos cintas para atarlas.

La luz de ese pequeño escenario era justa para ver ese cuerpo, pero no lo suficiente para contemplarlo en toda su perfección. Sabía muy bien lo que su primo estaba organizando, algo muy habitual en esos ambientes, algo que ellos habían presenciado más de una vez. Pues cuando aparecía algo interesante, como una mujer especial, diferente, o una pareja que se salía de la norma, y había un fin, pues siempre lo había, aunque muchas veces era por el puro placer, o por un placer extremo, en la mayoría de los casos, ese fin era económico, aparte de lo obvio. La manera de actuar siempre era la misma: mostrar el producto, lucirlo hasta la saciedad si era necesario, y ofrecerlo; primero: poco a poco; después: al mejor postor.

Esa noche no fue más que el preámbulo para lo que vendría después, porque una cosa estaba clara, si un acto en particular tenía público, las ganancias se expandían como la espuma.

Esa noche contemplaron a una rubia espectacular; una mujer que todos admiraron y desearon tocar, poseer, mancillar, maltratar... Porque entre el público, mayoría masculino, había de toda condición, desde los que les gustaban las cosas tradicionales (los menos), hasta lo más pervertidos, deseosos de atar y amordazar a una mujer hasta hacerle marcas en la piel que durarían semanas, azotar un hermoso culo hasta hacerlo sangrar para lamer la sangre, y penetrarlo después, utilizar todo tipo de juguetes o de objetos, para introducirlos en todos los orificios sin compasión alguna.

No sabía cuánto o qué había hecho su primo con ella, pero intuía que solo estaba en el principio cuando él presenció ese pequeño espectáculo.

Ella se cambió el color del cabello en su país, tal vez por su mestizaje, por quererlo esconder, por querer ser otra mujer, por rebeldía, pero en momento alguno imaginó que le serviría para ocultar su personalidad en una situación tan sórdida.

El hombre siguió con sus pensamientos, y agradeció ese pequeño detalle, pues todos los mierdas que la habían visto, que habían estado con ella, tendrían en su pensamiento a una mujer rubia, con el sexo afeitado, y no a la morena de ojos verdes que lo miraba de una forma...

Puso atención a sus palabras, pues seguía hablando del cabrón de su primo.

—No, no estoy equivocada. Si yo no fuera mestiza, o no supiera de ello, tal vez sería de otra manera. Él sabe que nunca acepté su galanteo, que, en el barco, antes de que se enterase de mis antecedentes, lo esquivé todas las veces, aunque su ego le impidió darse cuenta, aludiendo a estrecheces femeninas. Eso le ofendió, molestó su hombría, y después, cuando le contaron sobre mí, lo utilizó como un arma, me amenazó con decirlo, con pregonarlo a los cuatro vientos si no accedía a sus deseos. Y todavía se enfadó más al no permitir el chantaje, tal vez se imaginó que lloraría en sus brazos para evitar que eso ocurriera. Creo que cuando llegamos a ese acuerdo para que dejase a tu hijo en Dubh House, fue como una pequeña victoria para él.

Duncan disfrutaba oyendo esa voz tan femenina, con esa cadencia, ese ligero acento

estadounidense, en otras circunstancias, lo habría puesto cachondo como un macho en celo.

En otras circunstancias, se repitió entrecerrando los ojos, sin dejar de observarla.

—Una gran victoria, diría yo —añadió con gesto serio.

—Pequeña o grande..., da lo mismo. Las cosas se dieron así. Lo hecho, hecho está.

Sissy sintió cierto amargor, pues ahora que ya era su esposa, ahora que ya no podía volver atrás, la dureza del hombre se hizo notar. Y las siguientes palabras lo demostraron.

—Para aprovecharse de ti, para vejarte a su antojo, para prostituirte con tu permiso.

La joven no se amilanó, siguió manteniendo la mirada en el rostro del hombre.

—Sí, así fue. Con mi permiso.

Duncan tensó la mandíbula, molesto, dolido...

—¿Y por qué no gritas? ¿Por qué no lloras? ¿Por qué permaneces con esa pasividad, como si lo ocurrido no fuera contigo?

—Porque no siento esos deseos. El odio hacia él fue creciendo con cada encuentro que tuve en esas lujosas mansiones. Con cada libra que se metía en el bolsillo gracias a mí. Con cada lujuriosa sonrisa. Con cada mirada lasciva. Sé que le molestaba que me mostrase como una estatua de hielo, en una ocasión me lo recriminó, me pegó, ordenándome que fuese más ardiente. Le dije que no podía, que me pegase todo lo que le diera la gana, pero que seguiría comportándome igual.

Duncan se pasó una mano por la mandíbula, frotando la barba que comenzaba a salir, apretando los dientes por todo lo que estaba oyendo.

Se levantó, sin coger el bastón, cojeando, y fue a llenarse el vaso.

Antes de sentarse de nuevo, escuchó la pregunta.

—¿Quieres que te detalle cada encuentro sexual que tuve?

El azul pizarra de sus ojos se oscureció como la noche que se escondía tras las cortinas de las ventanas del tren.

—¿Es tu deseo? —preguntó enseñando los dientes, mostrando lo que parecía ser una sonrisa, queriendo esconder los celos, el dolor.

—No. Pero tal vez quieras saber todos los detalles, para no tener que imaginar cosas que no son verdad. De todos modos, tú ya sabes de qué va todo eso, ¿no? Conoces muy bien esos lugares, los has visitado más de una vez —comentó y preguntó de manera casual, haciendo todo lo posible para que esa conversación no se saliera del cauce.

El hombre no se mostró sorprendido de que ella lo supiera, pero sí le chocó que lo dijera con tanta soltura, incluso con un punto de advertencia.

—Ya veo que Adam te puso al corriente.

—Sí. Dijo que tenías una esposa que no te satisfacía, y que de vez en cuando, asistir a esos lugares era lo que necesitabas para disfrutar del sexo, para distraerte. Dijo que podía ser en grupo, o que otras veces, si la mujer te gustaba mucho, la querías solo para ti.

Duncan se quedó en silencio durante un instante, y en las últimas palabras, le pareció sentir un atisbo de reproche, y al mismo tiempo, una manera de decir que estaban a la par. Con una diferencia, ella acudió forzada por las circunstancias, y él, por satisfacer sus oscuros deseos.

—Algún día te contaré mi corta vida de casado, te diré cómo era ella conmigo, cómo era yo con ella. Pero no será ahora.

El tren se había puesto en movimiento unos minutos antes, y justo en ese momento, se hizo más acusado, y ante la oscuridad reinante, Sissy fue a levantarse para encender la luz, pero una mano grande le atenazó la muñeca.

—Desnúdate para mí —murmuró la voz masculina.

La mirada verde se encontró con la azul, y sintió como la mano se despegaba, para dejarla acercarse al interruptor de una lámpara de pared, y dar un poco de luz al vagón.

Para evitar caerse con algún movimiento brusco, Sissy fue a sentarse a los pies de la cama, a la izquierda del hombre, sintiendo su mirada penetrante, que no se retiraba en momento alguno.

Se quitó los zapatos, sin prisa, sin mirarlo, como si estuviese sola.

Después, elevó las manos hasta las rodillas, arrastró hacia arriba el vestido para dejar al descubierto el final de las medias, los enganches del ligero.

Los ojos del hombre no perdieron detalle de cada movimiento, de su delicadeza, de esa feminidad innata. Y la imagen del rostro de Adam, del cuerpo de Adam, le vino a la mente.

Y los vio juntos.

Y apretó los dientes.

Era una suerte que ella no lo mirase, pues sería consciente de la dureza, y también del deseo de su mirada.

Sus movimientos eran tan delicados, tan elegantes, que sentía como sus nervios se alteraban, pero...

Ella desenganchó las medias, y las fue quitando con cuidado para no estropearlas.

Después, comenzó a desabrochar la hilera de pequeños botoncitos forrados con la misma seda del vestido, que iban desde el cuello hasta la cintura.

Había que tener destreza y dedos delgados para hacer esa tarea, algo que a ella no le costó.

Cuando acabó con el último botón, se levantó y echó el vestido hacia atrás, para sacarlo de las mangas, y dejar que cayera al suelo.

La mirada del hombre fue hasta el interior de la muñeca, y vio lo que le pareció un tatuaje.

¿Una letra?

¿Una D?

La mirada se deslizó por ese cuerpo enfundado en una combinación de seda que se pegaba al cuerpo.

En un segundo, la prenda cayó encima del vestido.

El sujetador y ese coqueto calzón corto, que se pegaba a las redondeadas caderas, hacían juego con la combinación, y Duncan reparó en cada curva, en cada elevación.

Estaba excitado, mucho, pero...

Nada más.

Ella se quitó el sostén y dejó los pechos libres.

Se los acarició, para aliviar la presión de la ropa interior, como si estuviera sola.

Sin ver la expresión de los ojos que la miraban, que no pestañeaban, que querían ocultar el

dolor de...

Llevó las manos a la cinturilla del calzón, y Duncan vio el pequeño parón que hizo, como pensándolo, como tomando fuerzas para lo que se avecinaba.

Lo bajó con un movimiento sensual, para después dejarlas junto al resto de la ropa.

El hombre calibró todo lo que ella mostraba, y se fijó en el pubis rasurado.

También vio los restos de pequeños moratones en el interior de los muslos, casi imperceptibles, pero su mirada era como la de un halcón, y no perdió detalle.

—Ven —ordenó—. Quiero verte más cerca.

Ella obedeció, y se puso enfrente de él.

—Acércate más.

Las manos del hombre agarraron la muñeca izquierda, y comprobó que era un tatuaje, una laboriosa y preciosa D.

—¿Por qué te has hecho esto?

La pregunta no fue hecha con delicadeza, tampoco con dureza, simplemente, quiso saber.

—¿Me sueltas? —preguntó mirándolo a los ojos.

Él dejó de agarrarla, para ver cómo, lentamente, se giró, y le mostró ese gran tatuaje que adornaba la nalga derecha.

El silencio inundó el vagón.

Ella de espaldas, aguantando la respiración ante el silencio del hombre.

En un momento, sintió esa mano grande sobre la piel prácticamente curada.

Sintió la lenta caricia deslizándose por las serpientes.

—Es reciente —afirmó con aspereza, a pesar de la deliciosa caricia.

—El primero fue antes... de la primera vez. Mandó a tatuar sus iniciales. Cuando quedé libre porque se había enterado de que habías despertado, volví a Londres, al tatuador que me lo hizo, y le dije que no quería ver esas letras. Me hizo esto.

Permanecía en la misma postura, esperando que él dijese algo, que le diese una orden.

Volvió a sentir sobre su piel un dedo, que buscó entre la pequeña hojarasca que unía las dos serpientes, que ocultaban las iniciales, y las encontró, y las bordeó, de manera lenta, sin decir nada.

Cuando dejó de tocar, las contempló durante un instante, que a ella se le hizo muy largo.

—Te marcó como si fueses de su posesión. Te marcó como si fueses un animal... —A pesar de las palabras, de la dureza que había en su voz, no podía dejar de mirar esas serpientes sobre ese culo tan deseable.

Si no sabías de la existencia de las letras originales, no podías verlas, porque los ojos de cualquiera, verían un tatuaje espectacular, dándole un toque erótico, un toque perverso, pues la serpiente que antes había sido la letra «C», dirigía su cabeza hacia la unión de las nalgas, hacia abajo, como para tomar el camino de...

Murray apretó los dientes ante el deseo que sintió, y ante la incapacidad que tenía en esos momentos.

—Así es. Pero yo acepté. Era lo que tocaba, era lo que tenía que hacer en ese momento.

Se volvió, y lo miró de frente, para ver el odio en su mirada, aunque tal vez, confundió el odio con el dolor.

—Por eso le pedí al tatuador que hiciera todo lo posible para ocultar el original. Al principio, cuando me lo mostró en un dibujo..., me impactó, me pareció escandaloso, pero, por otro lado..., qué más daba, no se lo pensaba enseñar a nadie. Y le pedí que me hiciera esto —añadió, mostrando el interior de la muñeca—. Porque esta pequeña letra sí fue mi deseo, sí quiero llevarla, y no me importa que los demás la vean. Al contrario, quiero que la vea todo el mundo.

Quiso preguntarle por los hematomas, pero lo dejó pasar.

Por el momento.

Él había visto el tatuaje anterior, no con nitidez, pues las luces no daban para mucho, y él se encontraba en las filas de atrás...

Elevó una mano y bordeó un pecho por la parte exterior, deleitándose con la turgencia, con la suavidad.

—Eres tan preciosa —murmuró con voz apagada, como si hablase para sí mismo, como si estuviese..., como si estuviese en trance.

—Siéntate —pidió, señalando sus piernas.

Ella abrió la mirada sorprendida ante esa petición.

—Te haré daño —le apremió.

—Si lo haces en la pierna buena, no me harás daño.

Y ella se acomodó con cuidado, quedando entre sus piernas, acurrucada en su cálido regazo, enfatizando la grandeza del hombre y la delicadeza de ella.

Vio como la mano se acercó, se colocó encima del pubis, y ella aguantó un respingo.

—¿Quién te lo ha rasurado? —preguntó, deslizándose un dedo por la tierna carne, jugando como si estuviera haciendo un recorrido sin fin, un recorrido en círculos, acercándose hasta la ingle, para volver al centro del monte de Venus. Sabiendo que la estaba poniendo nerviosa. Sabiendo que la estaba excitando.

Sissy pensó mentir, decir que había sido ella, pero en segundos, decidió que no. Que, en esa relación, no había lugar para... más mentiras.

—Él —contestó con un hilo de voz, aguantando la respiración ante esa caricia tan delicada, y al mismo tiempo tan abrumadora.

—¿Por qué?

Una caricia que no paraba, que le daba ganas de abrirse de piernas, de pedirle a gritos que la tocara.

Que le introdujera los dedos.

¡Ahí!

—Para ser una bandeja humana —casi no le salió la voz.

No estés avergonzada, Sissy, no lo hiciste por capricho, pensó, mientras sentía ese electrificante deseo que le provocaba la lenta caricia.

Él no añadió nada, durante unos segundos, mientras seguía acariciando el vientre y se deslizaba por el pubis, y se aproximaba a la ingle, y volvía a subir.

—Nyotaimori —murmuró el hombre, mirándola a los ojos, sintiendo cómo contenía la respiración, cómo intentaba controlar la excitación que estaba padeciendo.

—Sabes de lo que hablo —casi susurró.

—Sí —afirmó, intentando controlar los celos, intentando controlar el enfado que sentía. Sabiendo que ella estaba excitada, sabiendo que ella deseaba que la tocara, incluso que la... penetrara.

Sin dejar de acariciar el pubis, llevó la boca hasta un pezón y lo lamió, provocando que ella los proyectara hacia él, hacia su boca, para que no tuviera que agachar tanto la cabeza. Al principio lamió despacio, después, más rápido y, a continuación, succionó con glotonería ese pezón delicioso. En ese momento deslizó los dedos por el sexo y bajó, para colocar el dedo corazón en la ranura y dejarse invadir por la humedad, escuchando los pequeños gemidos que salían de esa boca, sintiendo como abría los muslos...

Para él.

Solo para él.

Le introdujo los dedos en la vagina, al tiempo que con la palma friccionó el clítoris, y al mismo tiempo que se mordió el labio para aguantar el dolor de la pierna, dejando que su cara sintiera el calor del pecho, que ella no se diera cuenta de lo que él sentía.

En cuestión de unos minutos, sin dejar de tocar esa carne caliente, introduciendo los dedos, para volverlos a sacar, para meterlos de nuevo, mientras volvió a martirizar el pecho que le quedaba al alcance de la boca, chupando, lamiendo, succionando, hizo que llegara al orgasmo, provocando que tensionara las piernas y que echara la cabeza hacia atrás, mientras gemía con la boca entreabierta, mientras gozaba con sus caricias.

El hombre la devoró con deseo, disfrutando de que hubiera llegado al clímax, padeciendo de no poder llegar él.

Sacó los dedos de la vagina, le acarició el vientre antes de dejar de tocarla, y lamió los dedos que habían estado dentro de ella, provocando que se ruborizara antes ese gesto.

Sissy, temblorosa, se levantó con cuidado, pero sin evitar tambalearse, como si despertara de una gran borrachera, y se quedó mirando a su marido.

Esperando algo más.

Él mostró una sonrisa cansada, apagada, sin ganas.

—No hay más, mi dulce esposa.

Ella pareció no comprender, o no quiso comprender.

O estaba tan aturdida, que no captó por dónde iban los tiros.

—Debería habértelo dicho antes de casarnos, habría sido lo más honrado, pero no lo hice.

—¿Decirme? ¿Qué?

Él la devoró con la mirada, pero no contestó.

Sissy bajó la mirada hasta sus pantalones.

—¿No puedes? —preguntó con un hilo de voz.

—No, ángel mío. No puedo hacerte el amor, qué más quisiera.

Los ojos verdes brillaban por lo pasado, pero en ese momento, comprendieron el presente.

Intentó recomponerse, y se sintió ridícula, desnuda ante él.

—¡Oh! No te preocupes. Será pasajero. Tal vez por el efecto de los medicamentos que te han dado, o por el tiempo que has estado en ese estado.

Él la miró extasiado.

La escuchó extasiado.

Pero solo duró unos segundos.

Él ya no era el mismo.

—Comprenderé, que más adelante, si esto sigue así, busques... —Ella colocó un dedo sobre la boca del hombre.

—No digas eso. Esto..., esto seguro que es algo puntual.

—¿Y si no es así? —inquirió sin pestañear, sin dejar de contemplarla.

—Cruzaremos ese puente, cuando toque. Mientras, jugaremos como ahora..., o, como tú quieras.

Duncan no dijo nada, y no retiró la mirada.

Ella se giró, se dirigió a un lateral de la cama, bamboleando ese trasero, creando un efecto hipnótico con esas serpientes sobre su nalga derecha, sin ser consciente de cómo el hombre clavó la mirada, devorándola, deseándola más que a cualquier mujer conocida o por conocer, deseando poder volver a ser el de antes, queriendo dar a esa mujer... todo.

Hasta su vida.

Sissy se metió en la cama y se hizo un ovillo. Cerró los ojos con fuerza invocando el sueño, mientras escuchó como él se levantó, cojeando, volvió a echarse un trago, escuchó el mechero encenderse, prender el cigarrillo y soltar una bocanada. Una lágrima quiso escaparse, pero ella lo impidió de manera sigilosa.

Se hizo la dormida, pues el sueño no llegó, y prefirió eso a tener que seguir conversando con él, pues fue consciente del dolor de su mirada, y no precisamente por la pierna.

Fue consciente de la aspereza de sus palabras.

Fue consciente del tormento y la rabia que le embargaba.

Y ella esperó que no la culpase por su comportamiento, que no creyera que había sido la excusa perfecta para entrar y conocer ese mundo de perversión. Motivos tenía para pensar algo así, simplemente con pensar en cómo ella se comportó esa noche.

Un rato antes de finalizar el viaje, ya estaba vestida.

Dispuesta para comenzar una travesía que, dejándose llevar por su instinto, imaginaba que no sería un camino de rosas.

Ojalá, y no estuviera en lo cierto.

Capítulo 5

El pequeño Dunc siempre estaba feliz, pero ahora que tenía a papá y a mamá, ya era algo difícil de asimilar en su cabecita. El primer encuentro con el padre fue especial, y un tanto extraño, pues Duncan no pudo darle el recibimiento de siempre, cogerlo en sus brazos y voltearlo como si fuese su juguete, para disfrutar con su risa infantil.

Entró solo, pues Sissy y la señorita Spencer estaban con él.

El pequeño —como casi siempre garabateaba en un papel— se quedó quieto al oír los pasos, pero no los relacionó con su padre, pues esos pasos eran lentos, y desperejos, y los de su papá eran rápidos y potentes. Con su hermosa carita, con la mirada sorprendida, miró a Sissy, y luego a la señorita Spencer.

Sissy le mostró una sonrisa.

—¿Quién viene, Dunc? ¿Quién viene? —repitió, mirándolo con amor.

El niño agitó la cabecita un tanto asustado, y se arrimó a ella, que lo envolvió en sus brazos. Esas pisadas no le gustaron, es más, le asustaron.

—No tengas miedo, cariño. ¿Quieres ver a papá?

El pequeño la miró extraño, y ella se preguntó si se acordaba de su padre. Claro que se acordaba, se dijo, si a ella la reconoció al momento, y se echó en sus brazos.

—¿Papá? —preguntó sin tartamudear, mirándola con esos ojitos rasgados.

—Sí, cariño. Papá —añadió la joven arrastrando la última «a».

En ese momento, Duncan entró en la habitación y se paró en la puerta. El pequeño se le quedó mirando, sorprendido, y se acercó lentamente. Mirando ese palo que su padre llevaba en la mano.

Un palo muy bonito, por cierto.

—Mi pequeño niño —murmuró al tiempo que le acarició la cabeza y alborotó los rubios cabellos.

El niño, intuyendo que algo raro pasaba, que si su padre llevaba ese palo no era para jugar, se abrazó a la pierna sana, y se quedó así hasta que Sissy se levantó, lo cogió en brazos y dejó que Duncan se acomodara en una silla para adultos.

Durante el rato que estuvo con su hijo, lo abrazó, lo besó, le alborotó el sedoso cabello una y otra vez, provocando las delicias del pequeño, que por el momento no se acordó del avión.

—¿Pupa? —preguntó el crío señalando el bastón.

Duncan miró a Sissy.

—Le he dicho que tienes pupa en la pierna, y que llevas un bastón, y creo que ahora que te ha visto lo ha recordado.

Duncan volvió la mirada a su hijo.

—Sí, mi pequeño. Papá tiene —mostró una sonrisa, mostrando esa dentadura blanca y hermosa—, tiene pupa en la pierna, pero pronto se curará.

El pequeño lo observó con sus ojitos almendrados durante unos segundos, y después, bajó la mirada y colocó su manita encima de la rodilla de su padre.

—Sana... que sana... —comenzó el niño, sin percatarse de la mirada del padre— colita de rana, si no sana hoy... sanará mañana —terminó el niño costándole pronunciar las erres, vocalizando despacio para que las palabras no se le atascan, al tiempo que le acarició la rodilla con tanta suavidad, que al padre se le hizo un nudo en la garganta.

El pequeño elevó la carita y miró a su adorado padre.

Este se había quedado sin palabras, y no retiró la mirada de su hijo. Fue Sissy la que intervino, siendo consciente de la emoción del padre, por volverlo a ver, y por ese acto que acababa de suceder.

—Muy bien, Dunc. Muy bien. Dentro de poco, la pierna de papá estará curada.

El niño giró la cabeza para mirar a la joven y gritó de emoción.

—¡Chiiiiiii!

Duncan, que ya había asumido lo ocurrido, solo se le ocurrió preguntar:

—¿Por qué no pronuncia la «s», si hace un momento lo ha hecho a la perfección? —mirando a su esposa, y luego a la señorita Spencer.

Sissy lo miró con dulzura, sabiendo que a Duncan le costaba —a veces— comprender como se comportaba la mente de un niño, y en especial, la del suyo.

—Creo que le gusta como suena, es cosa de tiempo. ¿Verdad, señorita Spencer?

—Sí. Cada vez pronuncia mejor, pero hay expresiones que cuando se pone eufórico... —Dejó la frase sin terminar.

Estuvo un rato más, y cuando se iba a ir, Sissy se acercó hasta él.

—No, no hace falta que me acompañes. Quédate un rato más —le dijo con una sonrisa.

Sissy lo vio desaparecer por la primera esquina del pasillo, y esa sonrisa que le mostró le dolió en el alma. Y las palabras que acompañaron esa pequeña sonrisa que en momento alguno llegó a los ojos, más.

Llevaban diez días en Dubh House, y la imagen de Duncan, Sissy y el pequeño, era casi idílica, casi de postal. Pero nada más lejos de la realidad.

Duncan dormía abajo, en la biblioteca, era lo mejor para su pierna, dijo, no estaba en condiciones de subir y bajar escaleras, o que le fallase la pierna y se pegase un golpe ante el laberinto de pasillos, peldaños y recovecos de la vieja mansión.

Sissy escuchó a Alastair como le daba órdenes a una criada.

—Durante la cena, dejarás puestas en el sofá de la biblioteca un juego de sábanas. Al día siguiente, si las ha usado, las recogerás, y a la noche pondrás otras. Si no las usa, las recogerás igualmente, y cuando el señor esté cenando, las colocarás encima del sofá.

—Perdone, señor Alastair, ¿le puedo hacer una pregunta? —siseó la joven criada.

—Adelante.

—No estaría el señor más cómodo en una cama, hay espacio de sobra.

—Si el señor quisiera una cama, ya estaría puesta. ¿No te parece, Beth?

—Sí, señor Alastar. Solo quiero el bienestar del señor —contestó con humildad.

—Claro que sí. Como todos, Beth, como todos.

Sissy dormía en la alcoba que perteneció a la antigua señora Murray, era algo que no le molestaba, lo que quería, lo que deseaba era que el esposo mejorase, para meterse en su cama, sino siempre, al menos de vez en cuando. La habitación era amplia, casi tanto como la de él, y la ventana miraba al mar, como la de él, como la otra habitación que ocupó cuando cuidó de la señorita Lily, y después de Dunc. Las habitaciones se comunicaban tanto por el cuarto de baño, como por el vestidor, y más de una noche, cuando todo era oscuridad y silencio, salía de la cama, pasaba por el vestidor y se acostaba en la cama de él. Por la mañana temprano, antes de que llegara el servicio, ya había recompuesto la ropa de cama, y nadie pareció darse cuenta.

Cómo lo añoraba, lo deseaba de una forma intensa, primitiva, pero lo sentía lejano, incluso frío, como si lo que ella hizo fuese una barrera que se iba interponiendo entre los dos, despacio, lentamente.

Ya no sabía qué pensar, no lo tenía muy claro. Tal vez siguiera con ese problema viril, o tal vez, el problema fuese ella; que no provocase en él lo necesario, la suficiente excitación como para que todo funcionase correctamente.

Tal vez era motivado por todo lo sucedido a causa del accidente, si era así, lo normal es que el deseo, bueno, no exactamente el deseo, sino que el miembro se pusiera en forma tarde o temprano. Pero, y si era algo mental, y no físico, si él no deseaba tener sexo con ella, porque sentía aprensión, porque no podía dejar de imaginar todo lo que había hecho, porque para él fuese peor que una prostituta... En ese caso, todo se ponía muy cuesta arriba. Por otro lado, si las cosas fuesen así, no se habría casado con ella, pero...

Tal vez todo lo había hecho para asegurar el futuro de Dunc, si le pasaba algo malo a él, si por una desgracia —Dios no lo quisiera— volvía a estar enfermo, o peor, moría.

Más de una noche, cuando se encontraba cobijada en la cama de él, añorándolo con fiereza, queriéndose tocar para emular las manos masculinas, pero dejándolo a medio, le daban ganas de bajar a la biblioteca y...

Pero no era tan tonta, o inconsciente, o desvergonzada; no podía comportarse de ese modo, sabiendo lo mal que lo estaba pasando con su pierna que parecía no curar del todo y, por supuesto, con lo otro.

Su cabeza no dejaba de dar vueltas, de pensar en él, y cada vez que se reunían en las comidas, el comportamiento del esposo era educado, correcto hasta el extremo, pero frío, distante, lejano. Solo suavizaba la expresión cuando hablaban del pequeño, y solo lo veía sonreír cuando estaba con él.

La mayor parte de las veces, era ella la que iniciaba la conversación, preguntándole cómo estaba, y en las cenas, cómo se le había dado el día. En una ocasión se le ocurrió preguntar si necesitaba de su ayuda.

—Ayuda... ¿Para qué, Cecily? —le preguntó mirándola a los ojos.

A ella no le gustaba que la llamara por su nombre completo, pues aún lo notaba más áspero, incluso hostil, era como si la fuera a regañar.

—Quiero decir... Si necesitas ayuda con..., con cualquier cosa, la contabilidad, o la correspondencia, te puedo echar una mano, no me importa.

Duncan dejó de mirarla, y siguió cortando la carne.

—Te lo agradezco, pero no es necesario.

Ella volvió la vista a su plato, y a los postres, se atrevió a preguntar.

—¿Te importaría si me ocupo de los caballos?

Duncan se quedó mirando su plato durante unos segundos, sujetando los cubiertos, que se paralizaron al oír esa pregunta. Elevó despacio la cabeza y clavó la mirada en esos ojos que no se quitaba del pensamiento, como toda ella, y con el ceño fruncido, preguntó a su vez.

Cenaban en un comedor pequeño, coqueto, barroco, en una mesa para seis comensales; lo normal es que ella estuviera en la cabecera contraria a la de él, pero desde el primer momento, mandó que colocaran su cubierto a la derecha del esposo. Ya que dormían tan lejos el uno del otro, quería estar a su lado en las comidas y cena.

—¿Ocuparte de los caballos? Cecily, hay empleados que hacen ese trabajo.

La expresión de la joven era tan dulce, tan alegre, estaba tan hermosa, que Duncan sintió un amargo dolor por no poderse mostrar como él deseaba, como él había sido.

—Claro, por supuesto. Quiero decir..., si puedo montar alguno, y ocuparme de él, personalmente. Monto bien, los caballos me gustan... y entiendo un poco.

Él permaneció inmóvil, sin dejar de observarla, deseando acariciar ese rostro, deslizar las yemas de los dedos por la boca más deseable que hubiera visto; pero nada de eso hizo, a pesar de tenerla al alcance de la mano, pues permaneció impasible, serio.

—No me gustaría que tuvieras un accidente —fueron las palabras del hombre.

Ella agitó su cabeza morena, mostrando esos pasadores de plata que contrastaban con el oscuro cabello, sin ser consciente de los sentimientos que provocaba en el marido.

—No, no te preocupes. Además, si te parece, como hace algún tiempo que no monto, para empezar, elegiré una yegua tranquila, o un potrillo.

—Yo me encargo. No te preocupes por eso.

—De acuerdo —terminó ella con una hermosa sonrisa, dando lugar a que la dura mirada se quedara mirando esa boca algo más de lo normal y, seguidamente, retirarla hacia otro lado para no sentirse más trastornado de lo que estaba.

Desapareció durante tres días, y le molestó que no la llevara con él, pero no dijo nada. Para entonces, ya había dado órdenes para que le asignaran una yegua castaña preciosa, y que un mozo la siguiera en otro caballo, hasta que se acostumbrara a la zona.

Luego supo que estuvo en Inverness, donde había heredado bienes de su tío. Lo que no supo es que se vio con Adam.

Duncan, como heredero universal del hermano mayor de su padre, se convirtió en Lord Murray, además de tomar posesión del resto de propiedades. Se puso al corriente de todos los

detalles en las reuniones que tuvo con abogados y banqueros. No es que no supiera de la fortuna que había amasado su tío, además de lo heredado por ser el hijo mayor, pero quería cerciorarse de que todo estaba en orden, que no había más herederos que pudieran aparecer de manera imprevista, nada vinculante que le pudiera dar quebraderos de cabeza y, ante todo, que podía tomar posesión de pleno derecho.

Al día siguiente, antes del almuerzo, Adam hizo acto de presencia.

Vestido de manera impecable, como era habitual en él, para eso se gastaba una pequeña fortuna todos los años en renovar su vestuario, en una de las más prestigiosas sastrerías de Savile Row, se acercó a su primo con una sonrisa.

—Cuánto me alegro, Duncan. No sabes cuánto —dijo, dándole un abrazo.

Duncan correspondió con una palmada en la espalda, pues no dejó de apoyarse en el bastón.

—Gracias, Adam. Ha sido una suerte. No cabe duda —contestó con gravedad, mirándolo con atención.

—¿Suerte, primo? Yo diría que has vuelto a nacer. Sin duda alguna. ¡Mírate! A excepción de la pierna, estás genial —añadió, risueño, mostrando esa expresión de que todo estaba controlado, de que nada se salía de su cauce.

Duncan señaló los sillones cercanos al escritorio que, siendo relativamente altos, le facilitaba el acomodo de la pierna, y dejar por unos momentos el uso del bastón.

Sentándose con cuidado, miró a su primo con interés.

—Sí, es una manera de verlo, teniendo en cuenta que la mayoría no despiertan nunca.

—Cierto, primo, cierto. ¿Y la pierna? ¿Qué tal va? —preguntó mientras se sentaba convenientemente para que su elegante pantalón no se arrugase en exceso.

—Despacio. Todo lleva su tiempo.

Adam afirmó mostrando esa sonrisa deslumbrante, al tiempo que se desabotonó la chaqueta y dejó ver un llamativo chaleco de seda en tonos turquesa, que hacía juego con sus ojos. Siempre le gustaba que su sastre le diera ese toque dandi, que muchos hombres rehuían. Duncan, por ejemplo, era más clásico, no le gustaba ponerse chalecos en tonos chillones, no iba con él, y eso bien lo sabía el sastre de Edimburgo, donde se vestía y vistieron los Murray desde varias generaciones atrás.

Realmente lo primos eran muy diferentes, no solo en lo físico, sino en todo lo demás.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó, al tiempo que cogía y encendía un cigarrillo, y le señalaba la tabaquera de cuero labrado que estaba encima de la mesita.

Adam hizo lo propio, cogió un cigarrillo, lo encendió, le dio una fuerte calada y soltó el humo despacio. Cruzó las piernas, sabiendo que su primo no podía hacer ese gesto tan simple, y regodeándose con ello, dejó el cigarrillo en el cenicero, junto sus manos, mostrando el sello de oro que lucía en el meñique de la mano derecha, y haciendo una pirámide con ellos, se dio pequeños golpecitos en la nariz, viendo como su primo seguía apurando el pitillo.

—Casualidad, primo —contestó al tiempo que mostraba una deslumbrante sonrisa—. Estuve anoche jugando en casa de Lancaster, y lo comentaron.

—Sigue con las partidas, no pierde la costumbre —constató sin que su rostro mostrara ninguna

emoción.

—Ya lo creo. Esas costumbres mueren con uno, pero como siga así... Ya sabes cómo es. Nunca ha tenido el juego como un pasatiempo, se ha convertido en una adicción.

—Ya sabe lo que se juega, no es para compadecer.

—Desde luego —añadió Adam.

Dando otra calada al cigarrillo, antes de apagarlo, le preguntó:

—¿Te quedas al almuerzo?

—Sí. Encantado. —Volvió a coger el cigarrillo entre sus dedos, y le dio una calada pausada, siendo consciente del modo en que fumaba su primo, y eso indicaba que su salud, no era tan boyante como él había pensado antes de llegar a la nueva mansión de Duncan.

Siguieron hablaron de temas banales, ligeros, algunos intranscendentes, y de amigos comunes. Seguidamente fueron al pequeño comedor donde tomaron un ligero pero sabroso y elaborado almuerzo, y donde Adam alabó la magnífica casa que había heredado y, por supuesto, el servicio, pues al menos, la cocina era fuera de serie, y así lo demostraba ese succulento almuerzo.

Después volvieron al despacho para tomar un licor.

Duncan estaba casi seguro de que no sabía lo de su matrimonio, pues así lo había hecho saber, pero era probable que se hubiese enterado por otro conducto y se hiciera el tonto.

—¿No tienes nada que decirme? —preguntó como si tal cosa, con semblante serio, y observándolo con mucha atención.

Adam se hizo el sorprendido, mostrando esa deslumbrante mirada, ese rostro agraciado, con un punto pícaro en algunos momentos, momentos en que la crueldad y el cinismo quedaban ocultos bajo una capa de falsa simpatía, de exquisita educación recibida a lo largo de sus años de infancia y juventud.

—No sé qué a qué te refieres —contestó, al tiempo que se encogía de hombros y le mantenía la mirada.

Duncan no se anduvo por las ramas.

—¿Tenías pensado despedir a mis empleados? —preguntó con gesto serio.

Adam se puso tenso, se tocó el alfiler de oro que sujetaba la corbata de seda azul oscuro, haciendo juego con el chaleco, haciendo juego con sus ojos y, seguidamente, soltó una carcajada.

—¿Despedir? ¿Yo? —Señaló con el dedo.

—Sí. Tú —dijo, sin mostrar sonrisa en momento alguno.

—Por todos los santos, Duncan, no sé qué te habrán contado. No sé qué habrá llegado a tus oídos, pero en ningún momento mencioné la palabra despido. A nadie, te lo puedo asegurar —enfaticó con gravedad dándose pequeños golpes en el pecho—. Teniendo en cuenta las circunstancias tan delicadas, y no sabiendo cuánto iba a durar tu estado, o, peor todavía, cómo acabaría, me vi obligado a poner las cosas claras, nada más.

—¿Que fueron...?

Duncan fue consciente de la tranquilidad de su primo, a pesar de darle un tono grave a las palabras.

—Bueno, te cuento: advertí a los que están por encima, es decir: mayordomos y ama de llaves,

que había que controlar los gastos, que no se contrataría nuevos empleados, y que, si alguno faltaba por enfermedad o temas diversos, el resto debía hacerse cargo del trabajo. Tampoco creo que fuera para tanto. Había que poner las cosas claras, y no era cuestión de andar con remilgos.

—¿Eso fue todo?

Adam movió lentamente la cabeza, con una indiferencia total.

—Así es. Ya sabes cómo soy, no me gusta perder mi tiempo con el servicio, y normalmente no me suelo ocupar de esos temas menores. Es algo que no me interesa, y que nunca ha hecho falta que intervenga en esa... —frotó los dedos, buscando la palabra adecuada— parte de gente que viven en el altillo y se ocupan de nuestros asuntos domésticos, de que nuestras casas funcionen con normalidad. —Soltó el aire, sin llegar a ser un bufido, y continuó—: Pero ante las circunstancias que estábamos viviendo, expuse las cosas claras y concisas, para que estuvieran al corriente y no se lo tomaran a la ligera. No me quedó otra opción.

Se hizo un silencio, donde los hombres se midieron mutuamente.

—¿Y sobre mi hijo? —Adam se sorprendió ante esa pregunta, y no hizo ningún gesto o movimiento que su primo considerara sospechoso o nervioso.

—No sé a qué te refieres —añadió muy serio.

—Mencionaste que pensabas ingresarlo en algún centro —agregó sin más.

Adam abrió los ojos como platos.

—¡Por todos los santos! ¡Por supuesto que no! —elevó la voz, molesto, irritado, arrugando el ceño, sin dejar de mirar a Duncan—. ¿Quién ha osado decir semejante barbaridad? —preguntó enfadado.

—Esa información me ha llegado por diferentes conductos, Adam —fue la contestación de Duncan, que se mostró tranquilo, serio y sumamente observador.

—Jamás de los jamases —no levantó el tono, pero sí le dio el ímpetu necesario—. Las personas que te hayan dicho algo así han tergiversado mis palabras. Lo único que comenté con tu abogado fue, que si tu estado se alargaba en el tiempo, tal vez, solo tal vez, tendríamos que tomar alguna medida cautelar con relación al pequeño, pues si iban pasando los años, no sería justo para el niño permanecer en un lugar aislado por muy cuidado que estuviera. Cada edad requiere niveles diferentes, en el supuesto caso de que permanecieras en el mismo estado por tiempo ilimitado, no podíamos dejar al pequeño Dunc relegado en una mansión en las Tierras Altas como si fuese un...

Duncan sabía que eso era cierto, pues su abogado así se lo contó.

—¿Un qué?

—Pues... Ya me entiendes, Duncan. Como si fuese la tía Lily, por ejemplo. Una persona que permanece en un lugar apartado para que no moleste, para que nadie la vea, para... para que pasen los años y termine ahí su vida. ¿En qué estado podría acabar el pequeño? Sin contar con que el personal de Dubh House ya tiene una edad, a excepción de las criadas más jóvenes, que no serían muy aptas para encargarse de él de la manera más acertada. Spencer cuida de la educación del pequeño, pero, y si decidiera casarse, o irse a otro lugar, entonces...

Ambos se miraron, y Adam no cortó en momento alguno el contacto visual.

—Como tutor, debía saber cómo tratar el tema, por eso lo hablé con tu abogado. Cuando me dijo que dejásemos pasar el tiempo, las siguientes semanas, o meses, si la situación así lo requería, y que más tarde, si todo seguía igual, veríamos qué hacer. Mi obligación era... que todo estuviese controlado, que los asuntos marchasen lo mejor posible.

—Entiendo —fue el comentario de Murray.

Adam se pasó una mano por el cabello engominado. Fue un gesto, más que nada, pues apenas lo rozó, pero ese movimiento, esos ademanes, le gustaba hacerlos, le daban tiempo a elegir las palabras adecuadas y, al mismo tiempo, que su interlocutor, el que fuera, admirase sus movimientos y su elegante porte. Habitualmente no era el caso de su primo, pues no era precisamente de esos, pero quién sabe, ahora que estaba medio tullido, igual sentía cierta envidia de su persona.

—Imagino que alguien hablaría, que llegarían rumores hasta los criados. Siempre es lo mismo, estas cosas siempre funcionan igual, y teniendo en cuenta las circunstancias tan extremas, los nervios a flor de piel, sacaron sus propias conclusiones. Unos hablan, otros escuchan, luego estos cuentan su versión, añaden, suponen, especulan... En fin, lo de siempre —expuso de manera seria, contundente.

Había verdad en sus palabras, pensó Duncan, pero también había manipulación.

—¿Y la señorita Frank? —preguntó, intentando que su voz no sonase demasiado áspera, sabiendo que su expresión no reflejaba nada.

Adam volvió a abrir los ojos al máximo, elevó las rubias cejas, y se volvió a pasar una mano por encima del cabello engominado, que parecía más oscuro debido a la pomada.

Dos veces, casi seguidas, pensó Duncan.

Repetir ese gesto, era señal de que estaba algo nervioso.

—¿Sabes lo de Sissy? —preguntó sin dejar de mirar a su primo, dándose cuenta de cómo palpitó la cicatriz que mostraba Duncan en la sien izquierda, imaginando que le molestó que utilizase el diminutivo.

—Más o menos... Que te la llevaste de gira por las mansiones del placer para ganarte unos cientos o miles de libras. —No quiso decir nada más, pues lo que quería es que él hablase, que contase «su versión de los hechos».

Adam suspiró y se frotó la mandíbula, despacio, sintiéndola libre de vello, pues se había afeitado justo antes de ir a visitar a su primo.

Mostró una de sus clásicas sonrisas condescendientes.

—Te puedo asegurar, con el corazón en la mano, que no fue obligada a nada. A nada —repitió, separando las sílabas—. Que vino por voluntad propia.

—¿La señorita Frank viene exprofeso de los Estados Unidos para irse contigo, para saber y disfrutar de las orgías en Gran Bretaña? —preguntó, intentando esconder el malestar que le embargaba, deseando golpear la cara de su primo y borrarle esa expresión de poder, de satisfacción, de querer estar por encima de él.

Adam se encogió de hombros y se recolocó el nudo de la corbata.

—Querido primo, Sissy Frank se presentó en tu casa, justo en el momento en que yo llegaba.

Fue una casualidad, pues ni sabía de su paradero. Tuvimos una conversación, y... bueno, parece ser que alguien le había dicho algo parecido a lo que a ti te contaron. Sí, sí —repitió, mientras le daba vueltas al sello de oro—, lo reconozco, me aproveché de las circunstancias, no le dije que estaba en un error. *Mea culpa*. —Hizo una pausa, breve, pero suficiente para dar forma a sus palabras. Dejó de jugar con el sello, y sin dejar de mirar a su primo, continuó—: No me comporté como un caballero, lo sé, lo reconozco. Pero sentí que la tenía en mis manos, y que ella..., ella estaba dispuesta a todo. —Duncan apretó los dientes al ver cómo su primo se relamió los labios—. El recuerdo del viaje, de cuando la conocí, de lo que viví en esos días, seguía y sigue en mi memoria, y... a pesar de que me sigue produciendo un no sé qué su mestizaje, el deseo era más fuerte que todo eso. Así que... me aproveché de las circunstancias y participé en una mentira que ella se creyó. O que simuló creer.

Si Duncan no hubiera dependido del bastón, si su pierna estuviera fuerte como antes, se habría levantado y le habría dado de hostias hasta que se le rompiesen las manos.

—¿Que simuló creer? ¿Por qué dices eso?

Adam arrugó el ceño, frunció los labios en un gesto de asco, de desprecio.

—No me fío de ella, esa es la verdad. Creo que es la mujer más misteriosa y más manipuladora que he conocido en mi puta vida —al decir esa expresión, se frotó la barbilla. Solo empleaba lenguaje vulgar cuando estaba con sus amigos, y en ciertos ambientes que ese tipo de palabras acudían a su boca sin necesidad de pensar, de buscarlas, pues era lo apropiado, lo que había que decir para mostrar tu propia virilidad.

—¿Manipuladora? —preguntó Duncan, manteniendo esa sangre fría que tenía desde joven, y que la guerra perfeccionó hasta el infinito.

—Sí, manipuladora, así lo creo —afirmó con contundencia.

—¿Ella te manipuló para que la prostituyeses? —preguntó de manera sarcástica.

Adam movió lentamente la cabeza, mostrando su desidia.

—Te puedo decir, te lo aseguro con total rotundidad, Lord Murray, que no la obligué a nada, y que disfruté de cada momento, tanto los que compartimos juntos, como los otros.

Adam se levantó y se acercó de manera perezosa hasta la zona donde estaban los licores, sabiendo que su primo no perdía detalle, que analizaba hasta la última palabra, hasta el más superficial de sus movimientos.

Lo conocía bien —o eso creía—, sabía de qué pie cojeaba, nunca mejor dicho.

«¿Le quedaría esa cojera de por vida?», se preguntó aguantando una sonrisa, mientras colocaba el vaso sobre la bandeja de plata que se hallaba encima del mueble de oscura caoba, mientras pensaba en la incalculable fortuna que había heredado Duncan.

Se echó un dedo de whisky, y mostró su sonrisa al volverse para encontrarse con la mirada de Duncan.

Continuó hablando, puesto que Duncan no preguntó, no habló, solo estaba esperando, solicitando información, y él se la iba a dar; toda la que quisiera y más.

—Se hacía la fría, se comportaba como si fuese una gélida estatua de hielo, pero como una estatua de hielo, se deshacía por momentos, veía cómo se mordía los labios cada vez que se

corría, como apretaba los puños para no gritar de puro gozo. —Se hizo el silencio, mientras con el vaso en la mano se dirigió a su asiento—. Esa mujer está hecha para el sexo..., es..., cómo lo diría..., una mujer preparada física y mentalmente para follar. Sí. Así es, Duncan. No exagero. Ahora mismo veo el brillo de esos ojos tan bellos, tan claros, veo la excitación cuando era testigo de lo que hacían otras mujeres con otros hombres, deseando unirse al grupo —arrastró las palabras, cerró los ojos, como si estuviera viendo imágenes pasadas, los volvió a abrir, y los clavó en los de Duncan—. Deseando tocar y ser tocada, deseando..., deseando ser follada por todos los orificios. Que es lo que ocurre al final, como bien sabes.

Duncan no dijo nada.

Solo contempló a su primo, mientras apuraba la última gota de su vaso.

—No sé qué interés tienes en esa mujer, y parece ser que vino por ti, que le llegaron noticias de lo ocurrido. Creo que ha vuelto a su país, aunque mencionó ir a París, no sé qué de parientes por parte de madre, de la madre legal, no de la otra —añadió con malicia—. Y que luego volvería a Nueva York, o alguna aldea perdida del estado. Le pregunté si quería que le diera nombres. —Hizo un gesto cómplice, recordando los lugares donde se reunían para las fiestas privadas en la ciudad de la luz, la ciudad del amor—. Le dije algunos de los lugares donde podía ir, donde podría tener experiencias inolvidables, pues los franceses son pioneros, expertos en todo lo relacionado con el sexo, así se lo comenté, por si no lo sabía, debido a su juventud, incluso le mencioné un par de nombres, pero se hizo la interesante y me contestó que no era necesario. —Elevó las cejas, y continuó—: No te puedo decir por dónde andará, si tendrá deseos de verte, y si es así, si te ronda en un futuro —le señaló con el índice, advirtiéndole—, ándate con ojo, porque no es trigo limpio. No. No es trigo limpio. Y no me refiero a que sea una cazafortunas, no es solo eso..., hay algo en ella... turbio, sucio. Creo que cuando vino conmigo..., no, no lo creo, estoy seguro, pues la sorpresa no hizo acto de presencia, ni tan siquiera la primera vez. No hizo ni un leve amago de echarse atrás, de pedirme que no siguiéramos, que se arrepentía de haber ido, en fin, ya sabes, a más de una le ha pasado eso, que van tan lanzadas, o tan curiosas, y luego se acojonan, lloriquean y se echan atrás. Pero esta no. Y te lo prometo, si así hubiera sido, si ella me hubiese pedido que la sacara de ahí, lo habría hecho. De verdad. Palabra de honor. —Se llevó una mano a la altura del corazón—. Pues esa posibilidad se me pasó por la mente, y me dije, si ella no quiere, nos vamos. No voy a obligarla, no vamos a montar un circo, sabes de sobra cómo funcionan esas reuniones, todos acudimos de manera voluntaria y, por supuesto, las mujeres también. Y se lo dije, pero mostró indiferencia por respuesta. Sí, como lo estás oyendo, me miró de arriba abajo, cogió las ropas que le di, se desnudó mostrándome cada rincón de su... delicioso cuerpo, y se colocó la túnica. Se colocó la máscara, y de espaldas a mí, me pidió que se la atase. En ese momento tuve unos deseos... —se pasó la lengua por el labio inferior, de manera sutil, de forma golosa, para terminar con una sonrisa lasciva—, pero me contuve. No sé cómo, pero lo hice. Le ofrecí mi brazo, y fuimos a emborracharnos de placer..., nos adentramos en Sodoma y Gomorra, como tú tan bien conoces.

Duncan mostró una sonrisa torcida, más bien una mueca.

—Entonces, nada que debatir. Disfrutaste tú, y disfrutó ella, a partes iguales.

Adam descruzó las piernas y se acomodó mejor en el sillón, estirando las piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos, sabiéndose observado por su primo, regodeándose de que él no pudiera hacer esos movimientos tan simples y satisfactorios.

—Bueno, a partes iguales no lo sé; no sé qué balanza pesaría más. Si te digo la verdad, yo no participé en muchas de las bacanales, pero sí estuve presente, y..., bueno, ya sabes cómo es el desenfreno. De hecho, cuando Rochester le pidió una lluvia dorada. —Camufló la risa con la mano, sin percatarse del tic en la cicatriz de Duncan—. Joder, en ese momento pensé en levantarme y parar el numerito, pero cuando vi como ella, toda espléndida, desnuda, con los pechos inhiestos y ese trasero prieto y respingón, colocó un pie calzado con unos tacones de vértigo a cada lado de la cara de Rochester, se fue agachando despacio, mientras todos veíamos esa deliciosa musculatura de los muslos y el culo tensándose para quedar en cuclillas sobre la cabezota de nuestro amigo... ¡Joder, Duncan!, pareció que se había parado el tiempo, pues todos estábamos a la expectativa, esperando... Y al momento siguiente, cuando Rochester parecía que iba a entrar en un estado de paroxismo contemplando ese coño encima de su cara, ella fue soltando el chorruto, mientras el muy cabrón movía los brazos, las piernas y la polla... ¡Todo, al mismo tiempo! —Hizo una pausa, al tiempo que elevó los ojos al hermoso techo artesonado—. ¡Joder! Nos corrimos todos los presentes, incluido Rochester, que el muy cabrón, mantuvo los ojos abiertos mientras ella soltaba el chorruto dorado, y que, si hubiese podido, se habría comido ese coño hasta ahogarse. —Se pasó una mano por la mandíbula, siendo consciente de la gélida expresión de su primo.

Mostró una sonrisa llena de dientes, y continuó:

—Fue la hostia, y mira que estoy acostumbrado a ver cosas de ese estilo, pero nadie esperó que ella se fuese a acucillar encima de él. —Había estirado las sílabas, cuando pronunció las palabras primordiales: espléndida, desnuda, pechos, trasero..., pero cuando terminó de describir esa escena y pronunció las últimas palabras, sus labios se apretaron, sacó la punta de la lengua para deslizarla entre ellos, para saborear cada palabra, regodeándose en esa imagen, sabiendo que Duncan visualizaría lo mismo que él.

Duncan conocía a todos los que acudían a esas fiestas, había ido muchas veces; unas a jugar a cartas, otras a follar, otras a jugar y follar, y alguna, muy pocas, a mirar. Conocía a Rochester, sabía de sus particularidades sexuales, de que utilizaba esa mansión para sus vicios, para sus perversiones, y para el juego; porque era la que más alejada estaba de Londres, de su esposa, y más difícil que le llegaran rumores o chismes de cualquier índole. Y también conocía a la mayoría de los asiduos a la mansión Rochester, pues él también lo era, o lo fue.

Eran muy pocos los que pedían lluvia dorada, o actos más extremos, pero los había. Y sí pagabas, mirabas. Y si recibías, pagabas mucho más. Pocos eran los actos sexuales que se hacían sin intercambios de dinero, pero, aun así, solo por el hecho de entrar, ya pagabas una entrada, a fin de cuentas, había que mantener todo el lujo y el esplendor de esos lugares.

A veces, los primos bromearon cuando coincidían en alguna fiesta, y jugaron a nombrar a los presentes.

—Mira, ese es Logan —siseaba uno.

—Mira, ha venido Irons —añadía el otro.

—¿Quién es esa cosita preciosa que va del brazo de Ferguson? —preguntaba Duncan.

—¿No la conoces? Es la mujer de Roth —contestaba Adam—. Te la follaste hace unas semanas y ya no te acuerdas. Y hoy, podemos ver cómo se la follan varios al mismo tiempo. Por cierto, te toca pagar a ti.

—¿Estás seguro?

Y soltaban una carcajada, dispuestos a disfrutar de la noche.

Duncan recordó esas juergas pasadas. No es que la relación con Adam hubiera sido siempre así, en realidad fueron momentos puntuales, pues los primos no vivían de la misma forma, y Duncan se ocupaba de sus negocios y de la fábrica de tejidos, pero de vez en cuando, necesitaba de cosas extremas, de momentos que provocaban en él excitación y, sobre todo, perversión.

Pero en esos momentos, esas vivencias pertenecían al pasado, a un pasado que estuvo marcado por la guerra, por el alcoholismo de su padre, el adulterio de su madre, y más tarde, por el fracaso de su matrimonio y suicidio de Coira.

Pero lo que estaba escuchando, no le gustó nada.

Tenía deseos de gritarle que ella era su esposa, tenía deseos de cogerlo por el cuello de su almidonada camisa y aplastarle la nariz de un puñetazo.

Eso tendría que esperar.

Su pierna, sin la ayuda del bastón, no le mantendría en pie el tiempo suficiente para darse de hostias con su primo.

Adam comenzó a hablar, y él puso atención.

—Después de tu accidente, supe que ibas a coger un avión para ir a buscarla. No me extraña, Duncan, es una mujer que embruja, que seduce con su voz, con su mirada..., con todo su cuerpo. Pero... ¿realmente merece la pena? Es una mestiza. —Arrugó las facciones mostrando su asco—. ¡Por Dios, Duncan! ¿Estarías dispuesto a casarte, a tener hijos con ella? ¿No has tenido bastante con Dunc?

—No menciones a mi hijo —no levantó la voz, no hubo exclamación alguna, pero el tono hostil que empleó fue suficiente para que Adam echara marcha atrás.

—No, no me malinterpretes. Pero no me negarás que, si tuvieras un hijo con ella, y saliera... con rasgos...

—¡Cierra la puta boca, Adam!

—Vale, no te pongas nervioso. No es bueno en tu estado —intentó calmar la conversación, viendo que Duncan perdía la compostura.

—¿Qué cojones sabes tú de mi estado? Tengo una pierna que no me responde como antes, y se acabó la historia.

Adam elevó sus manos en son de paz.

—En ese caso, y conociéndote como te conozco, sabiendo de tu extraordinaria fortaleza, en poco tiempo estarás igual que antes.

A Duncan no le gustaba que lo adularan, en pocas palabras: que le lamieran el culo, pero lo dejó pasar.

Ya llegaría el momento de ajustar cuentas.

Y se estaban acumulando muchas.

Con los ánimos más calmados, Adam le habló de un comprador para la fábrica que estaba dispuesto a pagar mucho más que el que tenía Duncan antes de que ocurriera el accidente, si es que todavía estaba interesado.

Hablaron durante diez o quince minutos más, solo sobre la fábrica y transcurrido ese tiempo, se despidieron con un saludo, pues Duncan no hizo ademán de más, y Adam no quiso tentar a la suerte. Lo mejor era largarse de ahí, ya había dicho todo lo que tenía que decir.

Al quedarse solo, Duncan rumió todo lo escuchado, volviendo a escuchar lo que dijo Adam, analizándolo de nuevo.

No tenía que hacer mucho esfuerzo para recordar sus visitas a las mansiones del placer, no recordaba cada mujer que se había tirado, porque entre las máscaras, que rara vez se quitaban, la poca luz, y en alguna ocasión, mucho alcohol, al final todo se quedaba una felación, una follada o una bacanal. Pero nada de eso le había impactado, ninguna le había hecho volver, pues si volvía, era por puro vicio. Nada más.

No podía ser cruel con ella. Qué importaba si al final había disfrutado, no puedes controlar tu cuerpo como si fuera la cuerda de un reloj, que lo paras, y lo vuelves a poner en marcha.

Pero la realidad era otra.

Tenía unos celos que le comían el alma, que lo martirizaban por la noche y por el día, llenaba su cabeza de otras cosas, para que esos ojos no lo embrujaran, para que esa voz no lo enloqueciera.

¿Sería cierto lo de la «lluvia dorada»?

Había sido tan explícito, que no le costó trabajo imaginarse la escena.

Tendría que hacer todo lo posible para que su cuerpo volviera a ser el mismo, si no era así, moriría de celos y se volvería loco.

Capítulo 6

Ya estaba de vuelta, por fin.

Él continuó durmiendo en la biblioteca, pero ella no sabía que todas las noches, antes de tumbarse en el sofá, antes de intentar conciliar el sueño, se machaba los músculos a base de ejercicios, para fortalecer todo el cuerpo, incluida la pierna, y que a pesar del dolor, sentía que mejoraba poco a poco. Por la mañana, volvía a repetirlos, como si fuese una máquina.

Sissy estaba contenta, deseando verlo, aunque solo fuese en las comidas.

Cuando llegaba la noche, la hora de la cena, Sissy aprovechaba para ponerse sus vestidos más bonitos, con la sola idea de incitarlo, de provocarlo.

Una noche, se puso el vestido que llevó en el barco, el que tuvo que arreglar; entonces le quedaba algo suelto debido al peso que perdió por todo lo sucedido, que no fue mucho, pero teniendo en cuenta que era una chica delgada, se acusó ligeramente. En el momento actual, el sencillo vestido dorado envolvía su cuerpo de manera sensual, y cuando Duncan llegó al pequeño comedor, casi se queda sin respiración. Y de forma inmediata, le vinieron todas las imágenes, una tras otra, de todo lo que ella pudo haber hecho, de lo que se dejó hacer, de lo que le hicieron.

Y en especial, todo lo que Adam le contó.

El gesto se le descompuso, y ella se dio cuenta.

—¿Te duele mucho? —preguntó con dulzura, sin intuir los oscuros pensamientos del hombre, al tiempo que se acercaba a él, y le tocaba la mano que se apoyaba en el bastón.

El azul pizarra de los ojos del hombre se volvió más oscuro, y sin querer evitarlo, sin molestarle que los criados estuvieran presentes, se desplazaron por el cuerpo de su mujer, quedando durante unos segundos clavados sobre los pechos, para cerrarlos con fuerza y contestar con aspereza.

—No es nada, no te preocupes.

Antes de que un criado se acercara a sujetar la silla de Sissy para que se acomodara, ya lo había hecho Duncan, sin soltar el bastón, y contemplando toda esa belleza desde atrás, deslizando la mirada por el cuello, los pechos, como si no la hubiera visto desnuda, como si nunca la hubiera poseído.

Poseído, pensó el hombre, de eso hacía una eternidad, antes de que se fuera a los Estados Unidos, antes de su maldito accidente, teniendo la sensación de que habían pasado siglos. A pesar de tenerla en su regazo en el viaje, después de la boda, cuando la contempló a sus anchas, cuando sus ojos se clavaron en ese tatuaje, ese precioso culo mancillado con las iniciales de su puto primo. A pesar de ello, tenía que reconocer que ese gran tatuaje, que ya no dejaba ver las iniciales, invadiendo más de la mitad de la nalga, lo excitaba de una forma desconocida, resultando igual de doloroso al no poder llevar a cabo sus deseos.

No deseaba tocarla, no deseaba masturbarla, pues quería más.

Lo quería todo.

Por los clavos de Cristo, jamás pensó que con la edad que tenía pudiera quedar impotente de por vida. Si eso no se arreglaba, y ella no se divorciaba de él, tendrían que recurrir a las mansiones.

¡No! Por todos los putos infiernos, pensó el hombre mientras devoraba a su mujer.

Comenzaron a cenar, y eliminó todos esos pensamientos, mientras se dejó envolver por esa voz que lo embrujaba, que resultaba un bálsamo para sus heridas y un afrodisiaco para su desesperación. Cuánto disfrutaría su primo si pudiera verlo, si supiera de su sufrimiento.

Ella le preguntó sobre el viaje, sobre los asuntos de su tío fallecido, y para su satisfacción, Duncan le contestó a todo lo que preguntó.

—Me hubiera gustado ir contigo. Acompañarte y conocer el lugar.

Duncan dejó los cubiertos en el aire, y la miró.

Su preciosa voz había sonado tan sensual, tan incitadora...

Y sin pensarlo dos veces, lanzó la invitación.

—Pasado mañana voy a Aberdeen, ¿quieres acompañarme?

Los ojos verdes se quedaron prendados en la boca del hombre, los deslizó con lentitud por todo el rostro, incluida la cicatriz, y terminó clavando la mirada en sus ojos.

—Me gustaría mucho —casi susurró, mientras las miradas de ambos no pestañeaban.

—De acuerdo.

Sería posible, pensó Duncan, que ese tono seductor, que esa voz envolvente, que esa expresión entre sumisa y anhelante le estuviera excitando...

El dolor de la pierna se convirtió en un ligero rumor, y la entrepierna...

Duncan controló la expresión de su cara.

Después de unos minutos en silencio, él quiso saber cómo le iba con la yegua.

—¡Oh! —exclamó, siendo consciente de cómo su marido miró su boca—. Es una preciosidad, Duncan. Me encanta, no sabes cuánto. Es dócil, tanto, que cuando la monto, creo que la voy a obligar demasiado, pues, ya sabes, puedes estar tiempo sin montar, pero en cuanto vuelves a hacerlo... —Dejó la frase sin terminar, sin ser consciente del doble significado de sus palabras, pero si vio algo en la mirada de su esposo, que hizo sonrojar sus preciosas mejillas.

La mirada del hombre era tan intensa, que provocaron que Sissy bajara la mirada hasta el plato.

Por Dios, pensó Duncan, sería verdad lo que dijo Adam, que era una mujer hecha para el disfrute de los hombres, de algunas mujeres...

O, simplemente para gozar, para disfrutar del sexo, ella la primera.

—Me alegro. Pero no bajes la guardia, los caballos, por muy nobles que sean... —Dejó la frase sin acabar.

Ella mostró una sonrisa contenida, antes de llevarse la comida a la boca.

Duncan se fijó en la «D» que adornaba su muñeca, que no se molestaba en ocultarla, provocando unas sensaciones extrañas en su pensamiento.

—Eres muy amable —añadió, una vez se hubo tragado un trocito de patata.

—¿Por qué? —inquirió mirando cada plano, cada curva, cada hendidura de lo que no ocultaba la mesa.

La observaba, se deleitaba con esa cara, con esa boca que al reírse mostraba esos dientes blancos como la nieve, sin pudor, sin saber cómo lo excitaban; con esa voz tan melosa, tan femenina, tan condenadamente erótica. El hecho de verla comer le excitaba, cómo masticaba, cómo su garganta deglutía, cómo volvía a abrir la boca para introducir un trocito de carne, o de cualquier otro alimento.

Por Dios, pensó Duncan, voy a sufrir con esta mujer lo que no he sufrido con ninguna.

Seré proclive a que me dé un ataque al corazón.

A no ser que me vuelva loco de remate antes de que eso ocurra.

Cuando en el pasado compartió mesa con Coira, ella se sentaba enfrente, y al no ser una mesa grande, no resultaba molesto; pero jamás se le ocurrió sentarse a su derecha, o a su izquierda, daría lo mismo, pues ella mantenía las costumbres ancestrales. Sin embargo, esta hechizadora de hombres mandó poner su cubierto al lado suyo desde el primer momento, de hecho, en la primera comida, ella actuó como si nada, a pesar de la mirada de él y la ausencia de palabras.

Y tenerla tan cerca era abrumador, al tiempo que enloquecedor.

Olía su perfume, sentía el movimiento de esa melena cuando la llevaba suelta, o escuchaba el tintineo de unos pendientes colgando de los delicados lóbulos cuando llevaba el cabello recogido, como esa noche.

Y esa noche, contemplaba la seda dorada que cubría los exuberantes pechos, sus ojos se desviaban continuamente, para vislumbrar los pezones que parecían gritar «aquí estamos».

Su mirada se deslizó por el rostro, para ver como esos labios contestaron a la pregunta que él le había hecho.

—Por elegir a esa preciosa yegua. El mozo me dijo que tú le habías dicho que era para mí.

—*Amanecer* ya no es joven, pero todavía tiene carácter, y al tiempo es dócil, como bien has comprobado. Más adelante, cuando estés más preparada, puedes montar otros caballos. Aunque, según me has contado, ya pareces estarlo.

Ella soltó una pequeña carcajada, siendo consciente de cómo la miraba su esposo, siendo consciente de que estaban rodeados por dos criadas y el mayordomo.

—Sé toda la historia de *Amanecer*, fíjate, tiene más años que yo cuando me enteré. Y el caballo que tú montas es hijo suyo. Y el padre es un semental que murió hace unos años por un problema intestinal. Pobrecito —añadió, sacando la punta de la lengua, y lamiéndose los labios.

Duncan, quieto, inmóvil, como si estuviera paralizado por la picadura de algún animal, la miró sin pestañear, y en ese momento, mientras contemplaba esa punta rosada que lamió los labios, sintió un latigazo en sus partes, he hizo una mueca.

—¡Ay! —exclamó ella—. ¿Te duele?

Duncan apretó los dientes con fuerza, sin saber si ponerse a gritar, o a saltar como un loco.

—No, no es nada..., solo un pequeño calambre.

—Ay, Duncan, no sabes cuánto deseo que te cures —añadió bajando el tono a un susurro.

—Y yo —añadió con gravedad.

—¿No dormirías mejor en tu cama? —preguntó entre susurros, sin darse cuenta de que ese tono estaba excitando a su esposo.

Duncan hizo una señal a Alastar, y en cuestión de segundos, quedaron solos.

—En estos momentos, Lady Murray, me gustaría estar dentro de ti, comerme esa boca y acariciar los pechos que abrazan esa seda.

Ella se quedó callada, con la mirada sorprendida y la respiración agitada.

El «Lady Murray», al que todavía no se había acostumbrado, quedó relegado en segundo plano ante esa declaración, ante ese deseo contenido.

—Es lo que más deseo desde que te volví a ver —logró decir, mirando a un lado y otro, para comprobar que estaban solos.

Pero las palabras que pronunció el hombre la dejaron helada.

—He visto a Adam en Invernes.

Ella cogió aire, y con los ojos llenos de miedo, lo contempló sin decir nada.

—Me ha dicho cosas, que pueden ser verdad, o no. —Hizo una pausa, mientras sus miradas permanecían enganchadas, mientras veía dolor en esos ojos verdes, sintiendo que ocultaba más cosas de las que él podría ser consciente si dejara divagar la imaginación; pero no deseaba divagar. Él quería que con el tiempo ella le contara todo lo que hizo en esos lugares, lo que le hicieron, lo que disfrutó o sufrió, lo que sintió.

No olvidaba esos restos de pequeños moretones en el interior de sus muslos cuando la tuvo en su regazo en el tren.

Las marcas que dejan los dedos de un hombre al forzar a una mujer.

Todo a su tiempo.

—Yo... —comenzó Sissy, pero él siseó con suavidad para hacerla callar.

—Lo que siento por ti está por encima de todo eso. No importa lo que digan, no importa el pasado, solo el presente, y si tenemos suerte, el futuro.

Ella se mordió el labio inferior y mostró un gesto doloroso.

—Lo que yo siento por ti es tan fuerte, que si te lo contara, tal vez no me creerías —susurró, mientras deslizó la lengua por sus labios, mientras él miraba fijamente esa boca, mientras esas palabras llenaban su mente.

Se analizaron durante un largo minuto, sin decir palabra.

Ella volvió a hablar.

—Por favor, ven esta noche.

—Y si no puedo, Cecily. Qué pasará entonces.

—Nada, no pasará nada. Haremos lo que tú quieras. Haré lo que tú me pidas —dijo anhelante, dispuesta a cualquier deseo que él le pidiera.

—¿Lo que yo quiera?

—Sí. —Hizo una pausa, y añadió de una forma pausada y susurrante—: Lo que tú quieras.

El hombre soltó un resoplido.

Se pasó una mano por la mandíbula.

—Un poco más adelante, Cecily. Dame tiempo.

Ella tragó saliva y agitó la cabeza, otorgándole ese tiempo.

Otorgando todo lo que él le pidiera.

—Sí, sí —susurró—. No quiero apremiarte, no quiero que te sientas mal por mi comportamiento, de verdad. El tiempo que necesites. No, no te preocupes. Esperaré lo que quieras.

Duncan pensó que podría haberla cogido en ese momento, y haberla tocado por todos los rincones, haber mamado de sus pechos, haberse comido esa boca...

Pero no lo hizo.

Siguieron cenando y, al terminar, cada uno siguió su camino.

Y tres días más tarde, se fueron a Aberdeen.

Duncan no se llevó ninguna sorpresa, pues conocía la vieja mansión, había ido muchas veces cuando era pequeño, cuando sus padres todavía eran felices, cuando su madre no necesitaba de otros hombres.

Sissy se sorprendió al ver esa mansión gótica, de cuatro plantas, que parecía un castillo en miniatura. Y en la única torre, en la planta primera, que era casi la altura de una segunda, estaba la alcoba preparada para los señores. Cuando los criados subieron el equipaje de ambos, Sissy comenzó a ponerse nerviosa, aunque intentó no demostrarlo. Los nervios se colocaron en su estómago, y durante la cena, casi no probó alimento.

—¿No te encuentras bien? Apenas estás comiendo —observó Duncan.

—Estoy bien, muy bien. Es que no tengo mucha hambre —contestó con una esplendorosa sonrisa.

Durante la siguiente media hora, Duncan le contó la historia de la casa, y algunas de fantasmas, haciendo reír a la esposa.

—Yo no creo en fantasmas —comentó Sissy—. De pequeña, cuando mi nany o mamá Adele me contaban historias de ese tipo, las miraba como si hubieran perdido la cabeza, pero luego, cuando me hacía la dormida para que no siguieran hablando y se fueran, me tapaba hasta cubrirme la cabeza, y así estaba durante un par de minutos, después me destapaba, encendía la luz, cogía mi peluche preferido y decía en voz alta, mirando a mi osito marrón: todo eso son mentiras, cuentos. No hagas caso.

Duncan no dijo nada, solo la observó, mostrando una sonrisa.

—Ahora, me llama la atención que haya gente adulta que se crea que el espíritu de un o una muerta anda paseándose por los pasillos de una vieja mansión.

—¿Crees en Dios? —preguntó Duncan.

Sissy no contestó en el acto, pareció pensarlo.

—A veces creo que no existe, otras, creo que está mirando para otro lado, y la mayoría de las veces, creo que se lo pasa muy bien con sus juguetes, que somos nosotros.

—La vida es larga para unas cosas, corta para otras. Todo lo que nos pasa, lo que nos tiene que pasar, no va a ser bonito y placentero.

—Sí, así es. Pero, cuéntame más cosas de tu tío —le pidió, mostrando una de sus hermosas sonrisas.

El esposo la complació, y así estuvieron un rato más, pero, a pesar de su curiosidad, de las constantes preguntas que le hacía, sentía los nervios de su mujer, los veía en el brillo de los ojos, en la sonrisa temblorosa, en esa mordida de labios a la que era tan dada. Y Duncan volvió a preguntarse cómo podía estar tan alterada, después de haber tenido esas experiencias, cómo podía haberse comportado con total frialdad en las situaciones que la colocó su primo, y ahora, estar así.

Temblorosa como una virgen.

Tal vez era por eso mismo, porque él pensaba lo mismo que ella, porque él sabía todo lo que ella sabía, porque temía las consecuencias de esos actos, porque temía que él se lo echara en cara.

Y llegó la hora de retirarse.

Duncan le dijo que subiera, que él lo haría enseguida.

Sissy obedeció.

La chimenea de la alcoba daba un agradable calor a la estancia, y como no era muy grande, resultaba más fácil lograr esa temperatura necesaria para no tiritar. La vieja mansión no tenía luz eléctrica, ni agua caliente, pues el tío de Duncan había decidido que puesto que sus otras casas tenían todas las comodidades, esta sería la excepción, sería el recuerdo de cómo fue la vida de sus antepasados. No fueron realmente sus antepasados, ya que esa pequeña maravilla de la arquitectura gótica fue una aportación de su esposa, pero, al fin y al cabo, era lo mismo.

La doncella que atendió a Sissy ya se había ido, y Duncan seguía sin llegar.

El fuego de la chimenea chisporroteaba con entusiasmo, mientras los nervios de la joven se comportaban igual. De repente, escuchó un ruido, y el corazón le palpitó con fuerza al oír dos sonidos distintos: pisadas, y el golpe del bastón, subiendo las escaleras.

Sissy pensó en el esfuerzo que estaría haciendo, pensó en que la escalera de caracol, encajada entre paredes de piedra, tenía un pasamanos al que agarrarse, antiguamente una gruesa sogá, ahora una baranda de pino rojo sujeta en los antiguos soportes por donde se deslizaba la sogá. Pensó en la noche en que le ayudó, o más bien lo llevó a su habitación; esa noche de borrachera, esa noche que dio lugar a todo lo que pasó después. Porque, si ella no hubiese hecho lo que hizo, seguramente, no estaría en esa casa, seguramente él no hubiese tenido ese accidente, y ahora...

Ahora...

No estarían en ese lugar de cuento.

La gruesa puerta de roble, que daba acceso al pequeño *hall*, chirrió ligeramente al abrirse, y a los pocos segundos, se cerró.

Sissy, con el corazón latiendo a mil por hora, tenía la mirada clavada en la manivela de la puerta que daba a ese *hall*, donde se encontraban diversas puertas: la de un enorme vestidor, la de una sala de baño y la del dormitorio.

Por un momento, tuvo un ataque de pánico, y pensó en irse al baño, que también tenía acceso por la alcoba, y de ahí, irse al vestidor, que también se comunicaba, y entonces, salir al *hall* y bajar por las escaleras para huir de él.

No seas tonta, se dijo, él no te hará nada malo, no te dirá nada malo.

Él no es como Adam.

La puerta se abrió lentamente.

Duncan contempló a su mujer, y recordó aquella primera noche, pues llevaba una bata blanca que la cubría por completo. Cerrada hasta el cuello. Estaba sentada en el pequeño sofá que había a los pies de la cama con dosel, mirándolo extasiada, y le pareció algo nerviosa.

¿Sería posible?

Duncan entró y cerró con suavidad.

Se quitó la chaqueta y la dejó en una silla.

Se aflojó la corbata, pero no se la quitó.

Se sentó en la silla, y colocó el bastón entre sus piernas, apoyó las manos sobre el mango de plata labrada, y la contempló a su antojo.

Ni ella ni nadie sabían que ya no necesitaba el bastón, que su pierna estaba cada día mejor, fortaleciéndose e igualando a la sana, pero aún no deseaba comunicarlo. Por qué, no sabría decirlo. Tal vez porque sentía que le podría fallar cuando menos lo esperase, y tenía que estar preparado. Tal vez porque aún no había gestionado todo lo que le había pasado, y el elegante bastón era un recordatorio constante de ello.

La voz grave se dejó escuchar, sonando demasiado seria para el gusto de Sissy, y produciéndole más nerviosismo del que tenía.

Y las palabras que pronunció la dejaron helada.

—Estuve la última noche en la mansión de Londres.

La mansión de Londres, repitió mentalmente la mujer. Esa mansión que parecía un palacio, a las afueras de la ciudad, propiedad de un aristócrata, que sacaba un jugoso beneficio organizando esas fiestas que acababan en bacanales de todo tipo.

Esa mansión donde al día siguiente se enteró de que él había despertado, y donde Adam la violó.

Duncan no retiró la mirada de ese precioso rostro, deseándola, devorándola, recordando esa noche, sintiendo la alteración de su esposa, que intentaba ocultarlo, pero estaba ahí.

Era la misma mujer y, sin embargo, en esos momentos, parecía otra.

La voz masculina se dejó oír de nuevo.

—¿No te fijaste en un hombre en silla de ruedas?

Ella negó lentamente, moviendo la cabeza, mirándolo con esos ojos tan expresivos.

—Quería parecer un viejo decrepito; llevaba una barba postiza, un pelo a juego que asomaba por debajo del sombrero, unas gafas de gruesa montura.

Se hizo el silencio.

Sabía que estaría pensando en otro disfraz, en otra ocasión, pero ahí se acababa la similitud.

Duncan sentía el dolor de la mujer, igual que imaginaba sus pensamientos.

—No quería que me reconocieran. A pesar de la pobre iluminación de esas salas, siempre hay lugares que tienen más luz, lugares donde todos nos miramos de frente o de reojo, donde vemos rostros conocidos, pues más de uno prescinde de la máscara, aunque sea «obligado» llevarla; y otros que nos suenan de algo. No se trataba solo de Adam, sino de muchos de los presentes.

Volvió a callar.

Se contemplaron.

Esperaba que ella dijese algo, que gritara, que le insultara, que le preguntara por qué no había impedido que ella siguiera con ese acto, o por qué no se la había llevado de ese lugar.

Pero ella no dijo nada.

Ni lloró ni gritó ni le pidió explicaciones.

Sissy, callada, mirando esos ojos, que con las luces de los candelabros que iluminaban la alcoba se veían oscuros como la noche, sintió una miríada de sentimientos.

—Deseaba verte. Verte con mis propios ojos, y también, con los ojos de los otros. Quería saber cómo te desenvolvías en un ambiente tan exclusivo, tan especial.

Volvió a callar.

Esperando, dando tiempo a que ella hablara, a que interrumpiera su monólogo.

Pero nada de eso ocurrió.

—Jamás mis ojos vieron algo tan erótico, tan hermoso, tan pervertido. Tengo que decir que sentí celos, pero pronto los dejé de lado, pues estaba obnubilado, extasiado, y mucho antes de que comenzaras a masturbarte, excitado, de una manera no sentida. Mi cuerpo no reaccionó, no podía, pero mi mente... Mi mente era la más lujuriosa de todas las presentes.

Se hizo de nuevo el silencio.

Los dos mirándose, sintiendo diferentes cosas.

—También sentí odio, rabia, celos, cuando descubrí esas letras tatuadas, que a pesar de las luces y sombras que te acompañaban en el escenario, se distinguían con claridad meridiana.

Se hizo otro silencio, pero ella no abrió la boca.

—Sé que tocas el piano, sé que practicaste danza desde pequeña, pero nunca pensé que te pudieras desenvolver de esa manera, como si lo hubieses hecho toda tu vida. Y a pesar de mis sentimientos, esa marca, esas letras, hicieron que la actuación fuese más colosal, pues esas nalgas hermosas a más no poder se convirtieron para los ojos de los presentes en un anhelo, en un deseo de tocar, de acariciar, de lamer, besar... y de mucho más.

El silencio invadió de nuevo la estancia, y un ligero suspiro salió por la boca de la mujer, para, seguidamente, morderse los labios.

—Agradecí que llevases esa máscara que tapaba casi todo tu rostro. Agradecí que tu cabello fuese rubio. Agradecí... que ese acto no acabase en una bacanal. No sabes hasta qué punto lo agradecí.

Sissy recordó esa noche.

Ese acto solo había durado diez minutos, más o menos, es lo que le había dicho Cameron:

—Diez, once minutos, nada más. Los primeros cinco, le das un poco al piano, solo un poco, luego pones el gramófono en marcha y dejas que comience a sonar la canción, y con la música,

te mueves de manera sensual, al tiempo que te vas desnudando lentamente, y muestra el trasero sin pudor, al contrario, muéstralo con obscenidad, como si fueses la más perversa de las mujeres. Los otros cinco, te acaricias y terminas tocándote el coño. Gime, y suspira lo necesario, que parezca que llegas al final. Pero no sobreactúes, eso no le gusta a los que te van a ver. Si les dejas con ganas de más, el próximo... el próximo será espectacular.

Duncan pareció leerle el pensamiento.

—Adam lo tenía bien planeado, los tiempos marcados, pensando que vuestra relación iba durar mucho tiempo, que tú estarías a su disposición, y que las próximas veces, las actuaciones serían más largas y, por supuesto, mucho más caras, pues para eso iría incluyendo más concesiones.

Comenzó a quitarse la corbata, y sin dejar el contacto visual, preguntó:

—¿Quién eligió esa canción?

—Él —susurró Sissy.

—Lo imaginaba. Propio de él.

Se hizo de nuevo el silencio, y sin dejar de mirarse, Duncan continuó:

—Cuando nos vimos en Invernes, me dijo que le hiciste una lluvia dorada a un tipo. Pero, sinceramente, no me lo creí. Y dio una explicación detallada, tan literal, que te vi desnuda, abierta de piernas, y orinándote encima de ese tipo, que pataleaba como un bebé, y se corrió en cuestión de segundos.

Ella no dijo nada, era como si tuviera la garganta seca y el corazón encogido, porque no sabía a dónde llevaba todo esto. No imaginaba lo que vendría después.

Duncan se había desabrochado el chaleco, y la camisa, pero no se había quitado ni lo uno, ni la otra.

—¿Le hiciste una lluvia dorada a Rochester?

Sissy carraspeó, no lo pudo evitar, pues si no era así, la voz no le habría salido.

—No.

El hombre la creyó.

—¿Habías oído hablar de eso? —Ella negó, moviendo la cabeza varias veces—. Pues..., eso era parte de lo que Adam tenía planeado para ti.

—Es..., es asqueroso.

Duncan no retiró la mirada, disfrutando —tal vez, malévolamente—, de lo que estaba contando.

—Cuando el sexo que te gusta es difícil de explicar, cuando se sale de los cauces habituales, la perversión entra en juego.

Ahora sí quiso intervenir, preguntar, pues no sabía por dónde iba, a dónde quería llegar.

—¿Eres un perverso? —preguntó con curiosidad, y también, con temor.

Duncan elevó sus anchos hombros en un gesto perezoso.

—No me gusta lo aburrido, y la perversión es un concepto muy amplio. Sin contar con que los que unos pueden considerar perversión, otros simplemente lo encuentran excitante, placentero.

La joven bajó la cabeza, contempló sus dedos durante unos segundos, jugueteando con sus anillos, y volvió a clavar la mirada en el hombre.

—¿Te gusta la lluvia dorada? —preguntó sin rodeos.

—No —negó sin dudar—. Creo que hay cosas más interesantes y menos... escatológicas.

—Pero... ¿te gusta verlo? ¿Lo has visto?

Sissy quería saber, aunque lo que saliera de esa conversación no le gustara, o tal vez, le perjudicara.

—Los hombres somos curiosos por naturaleza, y esas cosas llaman nuestra atención. Al principio sí, incluso lo hice en una ocasión.

—¿Se lo hiciste a una mujer de las que acuden a las mansiones?

—No. A una prostituta.

Ella se mordió el labio con suavidad.

—¿Te gustó?

Duncan clavó la mirada en la boca.

—No. Creo que es algo degradante cuando no lo deseas, aunque lo hagas por dinero. Creo que tienes un problema mental cuando lo pides, cuando lo necesitas.

—¿Y por qué lo hiciste?

Duncan apretó los dientes, miró hacia la cama, y volvió a observarla.

—Fue en un permiso, durante la guerra. Había tenido sexo con ella, y me levanté a orinar. Ella comenzó a tocarme, y me lo pidió, quiso más dinero, y yo accedí. Era muy joven, y quise probar.

Se hizo el silencio, y él aprovechó para quitarse el chaleco.

Los ojos de Sissy se deslizaron por el magnífico torso, contempló la anchura de los hombros y clavó la mirada en el trozo de piel que dejaba ver la camisa abierta.

Cogió aire, y lo soltó despacio, para preguntar con voz baja:

—¿Te gustó verme esa noche?

Él tardó unos segundos en contestar.

—Sí..., y no.

Ella no dijo nada, solo esperó a que él añadiera una explicación.

—Me gustó verte, necesitaba verte, pues te tenía en mi mente desde que fuiste al hospital, desde que me dijiste esas cosas, recordando tus caricias, y esos pequeños besos. Me excitó con tu danza..., de una forma perturbadora, esa manera de tocarme me provocó sensaciones olvidadas.

—Hizo una pequeña pausa, sin dejar de observarla—. Me violentó tu piel tatuada, hasta producirme rechazo al contemplar esas iniciales, pero al momento, lo olvidé, y lo vi como algo lascivo, pues en ese momento, no podía ni quería analizar las consecuencias de todo ello. Mis dientes rechinaron cuando te masturbaste, volvieron a rechinar, sabiéndome rodeado del resto de hombres y mujeres que te miraban igual que yo, que se tocaron en tu honor, que se tocaron entre ellos. Me molestó, me enfadó que mi primo te hiciera pasar por eso. Y también me molestó que estuvieras tan inmersiva, que pareciera que lo llevabas haciendo desde... hacía mucho tiempo.

Ella no se molestó ante esas palabras.

—Solo hice lo que tenía que hacer. Estaba convencida de que Adam era capaz de cualquier cosa, y lo sigo estando; me preocupaba el porvenir de las personas que trabajan para ti, pero el futuro del pequeño Dunc estaba por encima de todo. He creído, y lo sigo creyendo, que si tú no

hubieses despertado, si hubieses muerto, habría mandado a tu hijo a algún lugar deprimente, y se habría olvidado de él.

Duncan la escuchó con atención, y al terminar, al dejar pasar unos instantes, ella siguió hablando.

—Creo que la maldad habita en el corazón de tu primo, creo que es egoísta, egocéntrico, dispuesto a llegar hasta el final con tal de conseguir sus intereses. Creo que es mentiroso, y puede que hasta se crea sus mentiras. Cuando lo conocí, a pesar de ese aspecto que tiene, un seductor en toda regla, no me gustó, sentí su vanidad, cómo para no verla, si cada palabra que pronunciaba, cada sonrisa o carcajada era como gritar a los cuatro vientos: mirarme lo atractivo que soy, lo interesante que me encuentran todos y todas. No tardó en echar sus redes, pensando que, porque yo era joven y estaba en una situación delicada, caería rendida a sus pies, y cuando eso no ocurrió, se enfadó, se ofendió en su masculinidad, en su ego, aunque intentó disimularlo, con excusas, con disculpas, dando un rodeo, pensando que yo no me daría cuenta, pensando tal vez que me quería hacer la interesante, la tímida, la inaccesible. Y cuando supo mi secreto, entonces sintió repulsión y, al mismo tiempo, poder; el poder del saber, el poder del que tiene la llave de tu destino. Y quiso que me acostara con él, quiso hacerlo con una mestiza, para luego reírse en su cara. Pero se quedó con las ganas, y le salió la rabia, y me maldijo con vehemencia por no haber caído rendida a sus pies.

Se levantó, y despacio, viendo cómo esos ojos oscuros la taladraban, se fue desabotonando la gruesa bata blanca.

No se la quitó, solo dejó ver el encaje del delicado camisón, tan blanco como la bata.

Se volvió a sentar, y continuó hablando, sintiendo esa intensa mirada sobre ella, y disfrutando con ello.

—He sentido un dolor enorme por todo lo que te pasó. Porque tuvieras ese accidente cuando te dirigías al aeropuerto para llegar hasta mí. Mi corazón quiso romperse en mil pedazos cuando fui al hospital, viéndote así, como si estuvieras dormido, pero nada más lejos de la realidad. No podía dejar que tu primo hiciera algo que afectara al porvenir de tu hijo, que truncara un futuro tranquilo, estable, amado.

Hizo una pausa para humedecerse los labios, y continuó:

—Cuando me pidió hacer esas cosas, no me lo pensé, no lo dudé. Mi mente dijo: es solo un cuerpo, tu cuerpo, nada más. Y cuando ocurrió por primera vez, y sentí que algo parecido al placer pudiera llegar a mi mente a través de mi cuerpo, me volví a repetir: no importa, solo es placer, ni buscado, ni deseado. Deja que llegue, y deja que se vaya. Esa noche que me viste, la luz estaba centrada en mí, el público solo era un grupo de personas borrosas, la máscara también ayudó. Intenté hacerlo lo mejor posible, quise hacer oídos sordos cuando sentí el murmullo al quedarme de espaldas y mostrar el tatuaje, intenté no ponerme nerviosa ante esa docena o más de hombres y alguna mujer, intenté pensar que estaba sola, que esa canción que sonaba no tenía nada que ver conmigo, y de esa manera... me dejé llevar.

La voz del hombre sonó áspera y con un punto de dureza.

—Dieciocho personas, incluido yo y el hombre que llevaba mi silla de ruedas.

La joven se movió incómoda en su asiento, y con ese movimiento, dejó ver algo más del camisón que arropaba los pechos, el vientre.

—¿Es rencor lo que noto en tu voz?

El hombre la escrutó lentamente, primero el rostro, y seguidamente, deslizó la mirada por la abertura de la bata, siendo consciente de cómo se ajustaba esa prenda de dormir al precioso cuerpo.

—Nada más lejos de la realidad. Solo es rabia, dolor, impotencia porque hayas pasado por eso, sin buscarlo, sin desearlo.

—Bueno, ahora ya no importa. Ya estás bien. Si tú estás bien, yo también.

—Sí importa. Siempre me importará.

Se levantó...

Y se quitó la camisa.

Capítulo 7

Los ojos de la mujer se deslizaron por ese torso, se deleitaron con ese cuerpo grande, tan masculino que le hacía languidecer. Volvía a estar fuerte, con una musculatura marcada; la mirada abarcó la anchura de los hombros, visualmente dibujó las líneas que remarcaban los bíceps de los brazos, las venas que recorrían los antebrazos, provocando en ella un espasmo de placer, y esas manos...

Esas manos eran puro vicio.

Y ese vicio, como ella las había designado en su pensamiento, fueron al cinturón, y se embrujó con el movimiento de los dedos, desabrochándolo, para seguir con los botones de la bragueta.

Se le escapó un suspiro, y no fue su deseo, pero al ver el bulto cómo aumentaba, sintió ganas de ponerse a bailar.

Lo deseaba tanto...

La mirada del hombre no parpadeó, y cuando ella habló, sus manos quedaron en el aire.

—¿Me dejas continuar, por favor? —preguntó casi en susurros.

Él no contestó.

Dejó caer las manos, y se dispuso a esperar, sin dejar de mirarla.

Ella se levantó y se quitó la bata. El camisón de blanco encaje se pegaba a las curvas de su cuerpo.

Sabiéndose observada por su marido, se acercó hasta él.

Antes de centrarse en el pantalón, se permitió el lujo de acariciar los pectorales, de rodear las tetillas y, despacio, sintiendo la respiración masculina, dibujó la cuadrícula de los abdominales, como si fuese un dibujo fascinante.

Aunque sus ojos estaban en ese abdomen duro como una tabla, era consciente del abultamiento que había más abajo, y no perdió el tiempo. Sus dedos se colocaron en los botones, desabrocharon, e hizo que los pantalones se fueran al suelo. Acarició el miembro a través de la tela del calzoncillo, para sentir cómo engordaba un poco más. Se lo bajó despacio, dejando que toda esa carne quedara libre, agachándose al tiempo que arrastraba la prenda, y rozando apenas la piel del hombre con su cuerpo encerrado en encaje.

Duncan terminó de quitarse las prendas, y desnudo, mostrando su virilidad, sintiéndose pletórico de que su hombría no hubiese quedado en el recuerdo, llevó las manos al cuerpo de su mujer y la levantó lentamente.

Colocó las manos en los costados, y fue acariciando los contornos de los pechos.

La giró de golpe, y la pegó a su pecho, para sentir la larga espalda, para que ese culo se pegara a su ingle. Masajeó los pechos con delicadeza, al principio, pero los gemidos de ella hicieron que aflorara cierta brusquedad, y que pellizcase los pezones, y al surgir más gemidos, se agachó, agarró el ruedo del camisón, y con cuidado, lo fue subiendo hasta sacarlo por completo.

Ahora sí, ahora estaban los dos desnudos.

Los dos pegados.

Y las palabras de él se dejaron oír.

—¿Qué deseas? ¿Qué quieres hacer? ¿Qué quieres que te haga? —murmuró al oído femenino, al tiempo que le daba pequeños y húmedos besos por el contorno del cuello.

—Quiero que me lo hagas todo. Todo lo que desees. Todo lo que te plazca —contestó ahogando las palabras, sintiendo esa boca abrasadora en su cuello, padeciendo el lento acariciar de esas manos, que un momento antes, habían sido rápidas y avariciosas.

—Necesitaré una vida para todo eso —dijo con la boca pegada al cuello, rozando el lóbulo de la oreja, y lamiéndola.

Ella gimió ante ese placer que invadía su ser.

—Pues comienza por el principio. Comienza con un deseo.

Duncan le dio la vuelta, y la miró a los ojos. La tomó de la mano y la llevó a la cama. Hizo que se sentase, y cogió la corbata que había dejado en la silla. Antes de taparle los ojos, se miraron fijamente, y ante la sumisión de ella, se los tapó e hizo un nudo en el lateral, para que no le molestase al tumbarse.

Cogió un cordón de las cortinas y, antes de atarla, la colocó bocabajo, atando las muñecas y los tobillos a los postes de la cama, haciendo de su cuerpo una equis.

Así, en esa postura, Sissy pensó que estaba totalmente a su disposición, totalmente indefensa. Pero no tenía miedo de lo que pudiera hacerle, pues el deseo era tan fuerte, que deseaba que diera comienzo.

Sintió cómo se colocaba encima de ella, a horcajadas, pero sin dejar caer el peso del cuerpo, sintió el miembro en el centro de sus glúteos, sintió la boca en su oreja y las palabras que llegaron.

—No quiero hacerte daño. Si no quieres que siga, solo tienes que decírmelo. Pararé cuando me lo ordenes. Jamás osaré hacerte algo que no quieras —fueron las roncas palabras, y esas palabras, la excitaron más.

Ella no añadió palabra, solo hizo un pequeño movimiento con el trasero, apretando el miembro, dando su consentimiento.

Duncan se colocó entre las piernas de ella y llevó sus manos a la espalda femenina, abarcando una gran zona, masajeando lentamente, rozando los laterales de los pechos aplastados contra el mullido colchón, haciendo círculos con las yemas de los pulgares, presionando con la palma, rodeando la cintura, acariciando la cadera, la nalga que no tenía el tatuaje, volviendo a subir, para volver a bajar.

Colocado entre sus piernas, dejó de tocar, con la mirada clavada en los glúteos redondos, carnosos... Mirando esa depresión, esa hendidura perfecta y preciosa, que dividía las nalgas en dos mitades simétricas, dos elevaciones voluminosas, dos elevaciones provocadoras.

La mirada se deslizó por las serpientes, y a pesar de todo, tuvo que reconocer que el tatuaje era extremadamente erótico, que convertía ese hermoso culo en el más llamativo que él hubiese visto.

Duncan llevó sus manos una a cada nalga, y las acarició durante un largo minuto, deslizando el índice por la serpiente inferior, la que indicaba con la cabeza y la lengua viperina, el lugar de perversión.

Ante esa larga caricia, sintió la excitación de la mujer, pues tensó las piernas y elevó las caderas, en la medida en que las cuerdas se lo permitieron, para empinar ese delicioso trasero.

La mirada del hombre no pestañeaba, sintiendo el más leve temblor, y escuchando cómo ahogó los gemidos contra la cama.

Y entonces...

Le dio un azote.

En la nalga impoluta.

Y esperó.

Esperó a que ella se quejara, a que dijera algo, a que protestara.

Pero nada de eso ocurrió. Al contrario, elevó el trasero, y él le dio otro azote en la misma nalga, y otro, y otro, y otro. Suficiente para ponerla colorada, insuficiente para provocarle un daño irreparable.

La respiración de la mujer se hizo más profunda, pero él ya había dejado los azotes, y llevó los dedos a la hendidura. Fue besando la piel enrojecida, al tiempo que sus grandes manos separaron las nalgas como si fuese una sandía, sus dedos se acercaron al ano, lo rodearon, lo acariciaron, sintiendo cómo se dilataba, para contraerse al momento.

Duncan escuchaba los gemidos, la respiración entrecortada; sentía los movimientos que hacía, desde el más insignificante, hasta el más llamativo.

Llevó los dedos hasta el sexo, y al sentirlo hinchado y mojado, tuvo que controlar el deseo de montarla en ese momento, pero era algo que no tardaría en ocurrir, pues estaba llegando al límite.

Deslizó dos dedos por todo el sexo, acariciándolo al principio, para tocarlo con ansia al momento siguiente, para frotarlo, para deslizarlos arriba y abajo mientras notaba los ligeros movimientos que ella hacía, que las ataduras de los cordones le permitían. Sabía que estaba excitada, sabía que deseaba que la masturbase, y fue lo que hizo, con pericia, con mucha destreza, pero cuando sintió que le venía, retiró la mano, dejándola jadeando, esperando, incluso escuchó un gimoteo.

Entonces, se movió y le desató los tobillos, para poder seguir haciendo con ella lo que quisiera. La colocó de rodillas, y así, con ese precioso trasero en pompa, su primer deseo fue encolarla, dar rienda a su excitación y, de alguna forma, castigarla por haber hecho lo que hizo, castigarla porque otros y otras hubiesen visto lo que él estaba viendo, lo que, ahora, solo a él le pertenecía.

Entró en ella, sabiendo que en esa postura, la penetración era total, la excitación sublime, pues ya notaba las oleadas al sentirse atrapado en esa vagina, en ese conducto que se adaptaba a su verga, que la abrazaba, para apresarla al momento siguiente, sintiendo las contracciones que ella provocaba, dándole más placer, pidiéndole más embestidas. Y así lo hizo, agarrado a la estrecha cintura, clavando los dedos algo más fuerte de lo deseado, entró y salió, entro y salió, así, durante varios minutos, pues él no desfallecía, y ella tampoco, pidiendo más, acoplándose a él como si fuesen uno, recibiendo las embestidas y participando en ellas.

Después de varios minutos, ella no pudo más y gritó, sin poderse contener, anunciando el orgasmo que llegaba, retorciendo la espalda, contrayendo las nalgas.

Fue entonces cuando el hombre se dejó llevar, cuando eyaculó con fuerza, abrazando la cintura, acariciando el vientre, llevando las manos hasta el interior del sexo, sin salir de ella, acariciando el clítoris, sin parar, para volverla a enloquecer, para volverla a excitar, para que se corriese de nuevo.

Cuando todo acabó, la desató, con delicadeza, y le quitó la corbata sin deshacer el nudo.

Hundió la mirada en esos ojos verdes.

Sin decir nada.

Bajó la cabeza, y capturó la boca.

Un beso lento, lascivo.

Un beso que duró un largo minuto.

Un beso embriagador.

Y, cuando acabó, cuando él se despegó despacio de esos labios enrojecidos...

Ella gimió, quiso más.

Los ojos del hombre la observaron con intensidad, y al ver esa dulce boquita entreabierta, esperando.

Volvió a comerse esa boca, la devoró sin compasión, como si fuese un animal hambriento, como si quisiera sacarle el alma, sintiendo los pechos aplastados contra su tórax, notando las uñas sobre su espalda.

Sin separarse, sin dejar de lamerle los labios, se colocó encima y la penetró de manera salvaje, sin control, sin tiempo para pensar, pues volvía a estar como al principio, y ella, ella lo llamaba como una sirena a un marino.

Las respiraciones se volvieron violentas, los gemidos dejaron de ser susurros, las embestidas hicieron crujir la cama, y cuando ambos llegaron al orgasmo, solo entonces, separaron sus bocas, para mirarse a los ojos y sentirse en la misma hoguera.

Unos minutos más tarde, Sissy yacía acurrucada entre sus brazos, arropados debajo de los mullidos cobertores, sintiendo el calor del cuerpo del esposo. Se durmieron sin pronunciar palabra, pues no eran necesarias. Y cuando en la madrugada sintió la boca del hombre, cuando la lengua masculina lamió sus labios, para penetrar en el interior y lamer cada rincón de su boca, ella correspondió de la misma forma, lamiendo, chupando, mordiendo, tragándose los quejidos, los suspiros, atragantándose el uno con la otra, tocándose como si acabasen de encontrarse después de mucho tiempo.

Y cuando las grandes manos la cogieron de la cintura y la pusieron encima de él, cuando la voz grave le ordenó que saltara, que cabalgara sobre él como un diablo huyendo del fuego eterno, hasta que reventasen de extremo placer, ella obedeció, y recordó la primera noche, recordó el placer contenido y el miedo a que despertara del sueño etílico. Ahora no era necesario tomar precauciones, ahora era él el que exigía el exceso, el que quería verla cabalgar sobre él hasta las últimas consecuencias, y de esa manera, la agarró de la cintura, y la hizo saltar sobre su polla, hasta que gritó de placer, hasta que se corrieron casi al unísono.

Minutos más tarde, Sissy dormía plácidamente rodeada por los brazos de Duncan, acurrucada en ese cuerpo grande y cálido.

El hombre, satisfecho por el discurrir de la noche, por poder disfrutar de nuevo de vida sexual, algo que consideraba indispensable, a no ser que fuese un viejo decrepito, no logró dormirse. Los pensamientos iban y venían, sin buscarlos, sin querer recordarlos, pero la mente era así de caprichosa, y en el ir y venir de esa vorágine que no le dejaba descansar, de los recuerdos cercanos y más lejanos, la imagen de la primera esposa se dibujó ante sus ojos, el suicidio, y lo anterior a este. Y cómo no, la imagen del cabrón de su primo también se hizo un hueco, también quiso participar. Todos desfilaban como si fuese una obligación.

Besó el cabello de Cecily, como le gustaba llamarla, pues pensaba que el nombre de Sissy era muy infantil, y ella era toda una mujer. La arrimó más a su cuerpo, para sentirla parte de él, para que ese instante durase toda una vida.

Dos horas más tarde, seguía sin dormir, y sabía que esa noche no lo iba a lograr.

Un rato más tarde, ella se giró y se pegó a él.

La suave respiración indicaba el sueño tranquilo y profundo, y él, despierto como un ave nocturna, sintiendo esas nalgas contra su pelvis, se controló durante unos minutos, pero al final, su mente habló.

«Lo siento, mi pequeña, pero esta noche me comporto como una rapaz, y aunque no tenga garras, ni pico afilado, mi verga necesita estar dentro de ti».

Comenzó a acariciarle los pechos, muy lento, muy suave.

Rozó los pezones, los acarició, sintiendo como engordaban.

Deslizó la mano entre los senos, para acariciar el estómago, para continuar por el vientre, y dirigirse al monte de venus, donde se entretuvo apretando con suavidad esa prominencia redondeada, y acariciando con las puntas de los dedos el comienzo de la vulva.

Ella no tardó ni un minuto en despertar, y abrió las piernas, ofreciéndose, apretando las nalgas contra la erección, pidiendo que él la tocara más abajo, más adentro, para que le acariciara los labios vaginales, el clítoris, para que le metiera los dedos. Y eso fue lo que ocurrió. Originando gemidos, suspiros, bocanadas de aire.

La llevó hasta el paroxismo sexual, y cuando eso ocurrió, cuando la exaltación del deseo, de la pasión estaba en su punto álgido, se colocó encima y la penetró sin contemplaciones, hundiéndose en ella, retrocediendo y volviendo a penetrar, una y otra vez, hasta que, agotado, se corrió.

Pensó en disculparse, pues estaba siendo una noche intensa, y tal vez, había sido demasiado brusco, pero antes de que salieran palabras por su boca, ella se arrimó, se pegó a él, y colocando la cara sobre su pecho, le susurró:

—Cuánto me alegro de que todo haya vuelto a la normalidad. —La boca del hombre mostró una sonrisa, y besó la frente de su esposa.

—Y yo, mi amor. Y yo.

Cinco minutos después, ella dormía de nuevo, y él permaneció despierto.

Por la mañana, antes de levantarse, volvió a poseerla.

Estuvieron cuatro días en Aberdeen. Sissy no se separó de Duncan ni un segundo, por el día montando a caballo recorriendo las tierras heredadas, yendo a reuniones con terratenientes, abogados, autoridades de la ciudad, sintiéndose plena al ver cómo su esposo la presentaba a unos y a otros, cómo se mostraba orgulloso de ella, cómo la hacía participe en las conversaciones, preguntándole en más de una ocasión lo que opinaba del tema, pues quería saber su parecer; algo que, en un principio, la sorprendió, y algo que la llenó de orgullo, pues deseaba ser partícipe de sus cosas, ayudarlo en lo que fuese necesario. No quería ser una esposa decorativa.

El último día, entrando en un pequeño restaurante de la ciudad, se encontraron con uno de los abogados de Duncan —amigo desde antes de la universidad—, pero, para sorpresa de ambos, iba del brazo de la exprometida de Duncan.

Ayla McKenzie era una pelirroja de ojos verdes, veintitantos años, igual de alta que Sissy, y muy atractiva. La mirada de la pelirroja taladró e inspeccionó a la nueva esposa de su antes prometido no oficial, y sintiendo la punzada de los celos, se los guardó para sí, pues antes muerta que montar una escenita.

De manera correcta y civilizada, compartieron mesa y mantel, hablando de temas superficiales, sin dejar huecos ni más cortos, ni más largos, pues de eso se encargaron los hombres. Y mientras ocurría, las dos mujeres se miraron a hurtadillas; cada una valorando lo que veía, cada una pensando lo mismo. Cómo sería en la cama.

Sissy pensó que esa pelirroja era muy llamativa, muy hermosa, y también pensó en cómo no había logrado su propósito, es decir, haberse casado con Duncan. No supo qué pensar, tal vez era porque él no se enamoró de la exuberante pelirroja, pero claro, tal vez tampoco estaba enamorado de ella, a pesar de que si no llega a tener el accidente se habría presentado en la aldea de Albany a buscarla.

Una cosa estaba clara, si eso no sucedió, fue porque él sufrió el accidente y estuvo a punto de morir, y cuando despertó, no fue en busca de la pelirroja. Pero, y si él lo había hecho por agradecimiento hacia ella, por lo que hizo por el pequeño. Y si seguía atraído por esa mujer. Y si, ahora que volvía controlar sus facultades sexuales deseaba estar con otras mujeres.

Y si, y si...

—¿Es usted de Nueva York? —preguntó la voz ligeramente aguda de la pelirroja.

—Sí. Así es.

—No tiene apenas acento. Se nota que se acomoda fácilmente.

—Sí. Digamos que adopto un acento neutro.

—¿Neutro? —preguntó, elevando sus finas cejas de color rojo y maquilladas ligeramente, para hacerlas más oscuras.

—Sí, algo así como, ni de aquí ni de allá —contestó Sissy, mostrando una sonrisa a medias.

La risa de Ayla se dejó oír, y los hombres dejaron su conversación para observar a las damas.

—¡Qué graciosa es usted!

—No era mi intención serlo, pero si se lo parece...

Ante el silencio de los hombres y la penetrante mirada de Duncan, la pelirroja explicó:

—Le estaba diciendo a tu esposa que siendo estadounidense, no tiene apenas acento.

—Es cierto —añadió Duncan—. Cuando la conocí se le notaba más, pero ahora, podría pasar por... inglesa; y dentro de poco, por escocesa. —Terminó con una sonrisa, y posó su mano sobre la de ella, envolviéndola, haciendo que desapareciera, y provocando que la mirada de Ayla se posara en esa mano grande que también conocía, y que capturaba y escondía la femenina. Fue solo unos segundos, tiempo suficiente para que Sissy sintiera sobre su persona algo parecido al desprecio, o tal vez envidia. Enseguida mostró una sonrisa y miró al abogado de forma cómplice, dando a entender que había algo entre ellos.

Fue el abogado el que intervino.

—Es lo que tiene hablar varios idiomas, ¿verdad, Lady Murray?

Nadie fue consciente de cómo la pelirroja apretó los dientes, sintiendo mucho más que envidia.

Ella debería ser «Lady Murray».

Ella debería llevar esos anillos que embellecían la mano de esa morena.

Esa mujer de la que ya corrían rumores por doquier, y no muy halagadores, por cierto. Había oído decir que Adam Cameron la llevó —cuando Duncan estaba en coma— a ciertas fiestas, en ciertos lugares, donde el alcohol, el juego y el sexo iban de la mano; donde los intercambios de parejas, o sexo en grupo, y otras cosas peores, formaban parte de la diversión. Al principio no se lo creyó, luego recordó que Duncan las visitaba de vez en cuando, no se lo dijo él, por supuesto, esa información vino por parte del abogado en una noche de confidencias.

Tal vez, Duncan Murray tenía una doble moral, siguió pensando Ayla McKenzie, mientras oía la contestación de la americana, con esa voz melosa que parecía envolver a los hombres hasta hacerlos babear.

—Por favor, me puede llamar Sissy, o, si lo prefiere, Cecily. Sí, es posible. No me cuesta adaptarme a los acentos, dentro de los idiomas que hablo —contestó la joven, volviendo a tomar los cubiertos, una vez que Duncan le dejó la mano libre. Momento que Ayla aprovechó para observar con atención los anillos que adornaban el dedo anular de la recién casada.

—Imagino que vivió en un hogar bilingüe —continuó el abogado.

Sissy sonrió ante ese comentario.

—Más que bilingüe. Mi madre cambiaba al francés constantemente; con mi padre, igual hablábamos en alemán, o sueco. Era una forma de no perder la identidad, de mantener ese vínculo con los países de origen. Y con las personas que trabajaron en casa, bueno, el francés con diversos acentos, al igual que el alemán, estuvieron presentes muchos años.

Ante la mirada bobalicona del abogado, y la penetrante de Ayla, Duncan intervino, hablando de otros temas.

Una hora después se despidieron, y dos horas más tarde, Ayla mantenía una conferencia con alguien que llevaba tiempo sin ver.

—¿No me digas que no lo sabías?

—Por supuesto que sí. De hecho, hace poco que estuve hablando con Duncan.

—No sé, me pareció que estabas mucho rato en silencio.

—En absoluto, querida Ayla. Además, para el resto de la gente, salió una pequeña reseña en los

periódicos. Pero dime, ¿y tú?, ¿cómo lo llevas?

—Perfectamente, querido. Antes de que tuviera el accidente, ya le dije que no tenía intención de seguir con esto, cómo llamarlo...

—Sí, te entiendo. Ni para adelante ni para atrás. Duncan es así en más de una cosa.

—No estábamos hechos el uno para el otro. Nada más.

—Claro. Y, ¿qué te parece la nueva señora Murray?

—Querrás decir «Lady Duncan Murray».

Adam controló la risa ante el retintín del título.

—Claro, por supuesto, casi lo olvido —añadió con sorna.

Se hizo un silencio, y cuando Adam iba a preguntar de nuevo, la voz de la mujer sonó más aguda de lo habitual.

—Muy diferente a la otra, ¿no? —Era una pregunta retórica, que no esperó contestación—. Muy guapa, yo diría que... exótica, tal vez, y un pelín fría, aunque esa voz que tiene...

La risa masculina inundó el oído de la mujer.

—Sí, tiene una voz muy sensual, y sí, no vas desencaminada en el resto. Fría y exótica. ¿Sabías que es mestiza?

Ahora sí que se hizo un largo silencio, y como Adam dio por hecho que no se trataba de la comunicación, sino, más bien, de la sorpresa, esperó.

—¿Mestiza, dices? ¿De la India?

La carcajada masculina se dejó oír en toda su potencia.

—Podría, pero no. Madre negra y padre blanco.

El silencio perduró durante un tiempo interminable, que hizo que Adam hablara de nuevo.

—Ya sé que la noticia es impactante, pero ¿no te habrás desmayado?

—Me he quedado sin palabras.

—Lo entiendo, querida. A mí me pasó lo mismo.

—¿En serio? ¿De verdad es mestiza?

—Totalmente, querida.

—¿Y Duncan lo sabe?

—Por supuesto.

—Por todos los santos, ¿no ha tenido bastante con un hijo retrasado? —Fue lo primero que se le ocurrió preguntar, intentando ocultar el enfado que tenía.

—Lo mismo le dije yo —contestó el hombre en tono frío.

—¿Y qué te dijo?

—Que me metiera en mis asuntos.

—No creía que fuese tan idiota.

—Pero no sabes lo mejor.

Adam iba a por todas.

—¿Hay más?

—Algo muy succulento. Más que eso, algo escabroso.

Ayla ya se imaginaba lo que iba a decir, pero se hizo la tonta. Quería información de primera

mano, no cuchicheos de otros.

—Por favor, no me tengas en ascuas, te lo ruego —insistió exagerando el tono.

—Bueno, verás, la nueva lady Murray ha sido asidua a ciertos lugares de...

Se hizo un silencio, y la voz femenina surgió un pelín chillona.

—¿A las mansiones del placer? —preguntó haciéndose la tonta.

—¡Ah! Cierto, no me acordaba de que las conoces.

A la mujer no le gustó el tono ni el comentario.

—Solo estuve en una ocasión, cariño, y de eso hace más de un año. Y solo para mirar —aclaró, por si acaso pensaba otra cosa.

—¿Te llevó mi primo?

—No, fui con unos amigos.

Se hizo el silencio durante unos segundos, y Adam continuó:

—Pues Lady Murray, antes, señorita Frank, y en esos lugares con otro nombre, no fue a mirar.

—¿A participar?

—Así es, querida Ayla. Y puedo decirte, que todos los que pusieron sus ojos en ella se quedaron con ganas de más.

—¿Cómo lo sabes? ¿Tanta información tienes?

Ayla conocía bastante bien a Cameron, y sabía lo presumido que era, rozando la pedantería más de una vez.

La curiosidad de la pelirroja era tal, que provocaba que su voz sonara con más agudos de la cuenta, y esa agudeza provocaba que Cameron se retirase el auricular de la oreja e hiciese un gesto incómodo ante esa voz chillona.

—Porque yo la llevé, querida.

—¿Tú? —casi gritó.

Otra vez, por Dios, pensó el hombre.

Si Adam hubiera sabido que ella estaba al tanto de los chismes que ya corrían por ciertos lugares, se hubiera enfadado, y mucho, de que le estuviera sacando información, y al tiempo, que lo tomara por tonto; pero no había muchas posibilidades de que eso ocurriera.

—Ajá.

—Y ¿te has acostado con ella?

La carcajada masculina llenó el oído de Ayla.

—Por supuesto. No lo dudes ni por un momento.

—¿Y no se lo dijiste a Duncan?

—Claro que se lo dije. Con pelos y señales. Es más, le advertí que no debía casarse con ella, que sería peor que con Coira. Pero ya sabes cómo es. No sé, tal vez se debe a lo que le pasó, al coma, tal vez no esté... muy en sus cabales, qué quieres que te diga. Solo el tiempo lo dirá.

—Si todo esto me lo hubiera dicho otra persona, no lo creería, pero viniendo de ti...

—No lo dudes ni un momento, querida. Esto será un escándalo.

Estuvieron un rato más hablando, y al colgar cada cual su auricular, Adam supo que la pelirroja no tardaría en divulgar la noticia. Así fue, a la mujer le faltó tiempo para contar lo que había

descubierto, en especial, que la nueva esposa de Lord Murray se había acostado antes con su primo, sin obviar todas las veces que había estado con otros hombres en determinados lugares. Amigas, conocidas, incluso las secretarias del bufete de abogados, su modista y las costureras que trabajaban en el taller, y más, y más.

Cuando Duncan y Sissy estaban de vuelta en Moray, el rumor ya se había esparcido por toda Escocia.

Capítulo 8

Al pasar las Navidades, Sissy supo que estaba en estado, sin embargo, no le dijo nada a Duncan, que andaba muy liado con la herencia de su tío, además de sus diversos negocios, en especial, la venta de la fábrica de Leeds.

Cuando estaba a punto de comunicárselo, recibió una conferencia de Nueva York.

Era Agnes, para decirle que el abogado de su padre la llamaría de manera inmediata.

—¿Sabes el motivo?

—No, cariño. Pero me dijo que era muy urgente.

Estuvieron hablando durante unos minutos, pero Sissy no habló en exceso de su vida privada, y no le dijo nada de su embarazo, pues pensaba que el primero que tenía que saberlo era su esposo.

Unas horas más tarde, hablaba con el abogado.

—Me alegro mucho de que estés bien, querida Cecily.

—Gracias, señor Robertson. Yo también me alegro de que usted se encuentre bien.

—Es lo que necesitamos, querida. Después de estos tiempos turbulentos... —Dejó la frase sin acabar.

—¿Ocurre algo, señor Robertson?

Sissy escuchó un carraspeo y una ligera tos, y la voz del hombre llegó a través del auricular.

—Verás, cuando pasó... la desgracia de perder a tu amado padre, y, una vez que te fuiste, me encargué de todos los asuntos funerarios, como fue tu deseo, y estuve *in situ* cuando los acreedores se hicieron presentes y se llevaron los muebles y demás pertenencias, una vez que se hizo el levantamiento del cadáver.

Se oyó un suspiro de la joven.

—No sabe cuánto le agradezco lo que hizo. Debería haber estado ahí, dando el último adiós a papá, pero...

—Hiciste lo que tenías que hacer, querida, lo que tu padre quiso que hicieras, de manera que no debes sufrir por ello. En las extremas circunstancias que te viste sometida, y a riesgo de quedarte sin nada, fue lo correcto y, sobre todo, lo más sensato.

Sissy ahogó un suspiro, siendo inundada por todos los recuerdos de esos días, que cada vez le parecían más lejanos.

—De todos modos, le estaré eternamente agradecida.

—No tienes por qué. Cornelius era un amigo; aparte de nuestros intereses mercantiles, éramos amigos.

—Lo sé.

Se hizo un silencio que apenas duró cinco segundos.

—Verás, el motivo de esta llamada, aparte de tener el placer de hablar contigo y saber que estás bien, es porque en el despacho del apartamento tu padre guardaba una serie de agendas en las

cuales escribía cosas cotidianas, y alguna que otra relacionada con los negocios. Básicamente, eran diarios, sin extenderse en explicaciones, pues para eso estaban otros documentos. El caso es que esas agendas me las llevé a casa, no quería que cayeran en manos inadecuadas, y las dejé guardadas en mi despacho. Hace unas semanas, me acordé y me puse a revisarlas. No creía que tuvieran mayor importancia, y mi idea era comunicártelo por si deseabas tenerlas y mandártelas al destino que me dijeras.

Hizo una pausa y la joven intervino.

—Recuerdo verle escribiendo en alguna ocasión que yo entraba al despacho sin llamar, y estar con algo así entre manos, que guardaba en uno de los apartados de la estantería. En la zona más baja, cerrado con llave.

—Efectivamente. Todas las agendas estaban colocadas por años en esa zona del mueble.

—Y ¿ha descubierto algo?

—Así es.

Hubo un silencio, y Sissy escondió su impaciencia.

—Cuénteme, por favor.

El abogado tosió ligeramente y se dispuso a contarle.

—Como te he comentado, las agendas están clasificadas por años, y después de echarles un vistazo a las de los últimos, donde escribió sobre los avatares de todo lo acontecido, y lo que se venía encima, cogí al azar la de 1910, e intuitivamente, me fui al mes de septiembre. No me preguntes por qué, simplemente lo hice. Ya sabía tu origen, pues él me lo contó, es más, creo que fui el primero, y de los pocos en saberlo. Pero en esa agenda no leí lo que él me detalló para que estuviera informado, para contártelo en un futuro, y así era su deseo.

Se hizo un silencio, mientras los ruidos estáticos de las líneas telefónicas llenaban el tiempo.

—¿Quieres que te lo lea, Sissy? —En ese momento sí empleó el diminutivo—. ¿Quieres venir a Nueva York y leerlo tú misma, o prefieres que te lo mande?

El abogado durante muchos años de Cornelius Frank creyó oír un suspiro, pero su oído cada vez era peor, y no podía darlo por seguro.

—¿Me lo puede resumir, por favor? —preguntó la dulce y femenina voz.

—Claro, querida. Seré preciso y conciso, y ya lo podrás leer tú misma cuando lo tengas en tus manos.

—Me parece bien, señor Robertson.

—Bueno, en resumen, tu querido padre estaba en un hospital de la zona sur de Manhattan con su amante cuando dio a luz. Surgieron problemas y primero murió ella y pocas horas más tarde la hija. Tu padre quedó desolado, y no abandonó el hospital hasta realizar todo el papeleo para el entierro y demás gestiones. Cuando terminó, le vino a la mente una mujer que se hallaba en la misma sala que su amante, y que también tuvo una niña, y que no parecía estar en muy buen estado. Cuando fue a informarse, una monja le dijo que la mujer había muerto, y que no tenía marido ni familiares, por lo tanto, la bebé sería dada a una pareja de las que tenían en sus archivos. Pidió permiso para verla, y quiso quedársela, convenciendo a la monja de que su

esposa y él llevaban años intentando tener hijos sin conseguirlo, un buen fajo de billetes hizo el resto.

Sissy se quedó sin palabras.

—Por supuesto, huelga decir —continuó el abogado— que no tengo ninguna duda de lo escrito, y que él prefirió que los que sabíamos de su relación, pensáramos que esa niña que presentó a Adele y al resto de la familia era de él, sin ninguna duda. En especial, por tu abuelo. Si ya le costó aceptar la situación que se generó de esa relación, imagina qué habría pasado si hubiera sabido la realidad de tu nacimiento.

Por Dios y todos los santos, pensó la joven, no sabía qué era peor, haber creído que era mestiza, pero su padre era su padre, a esto, ni padre, ni madre...

—¿Cecily? —preguntó el hombre.

—Sí, le escucho.

—¿Has entendido lo que te he dicho?

—Sí, perfectamente. Dígame, ¿sabe quién era ella? ¿También era una mujer de color?

—No, a la segunda pregunta, y sí a la primera. Se llamaba Giovanna Santoro, procedente de Nápoles, soltera y en el informe ponía «padre desconocido».

Sissy, que hasta esos momentos había permanecido de pie, se sentó despacio en la silla que se hallaba al lado de la mesa donde estaba el teléfono.

—¿Mis abuelos nunca lo supieron?

En esos momentos se cortó la conferencia, y Sissy se quedó con el auricular en la mano, sin creerse lo que le acababa de contar el abogado de su padre.

No se movió del sitio, mirando el teléfono, esperando que sonara de nuevo.

Así fue, diez minutos más tarde, hablaba de nuevo con él.

—Entonces, ¿mis abuelos no lo sabían?

—No. Ellos siempre creyeron lo que tu padre nos hizo creer. Cuando tu abuelo Axel descubrió la relación que tu padre tuvo con esa mujer, Cornelius siempre mantuvo su versión, y pidió que no cometieran el error de decírselo a Adele, pues algo así la trastornaría enormemente.

—Prefirió hacerme pasar por hija de una mujer de color.

—Bueno, para muchos, una italiana no dejaba de ser... algo parecido.

—Vaya, señor Robertson, se puede decir que me ha sorprendido en alto grado, claro que no sabría decir si para bien o para mal.

—Lo entiendo, querida. No puedo ponerme en tu piel, pero teniendo en cuenta todo lo que llevo vivido, y visto, esto es algo que supera todas las historias que conozco con relación a nacimientos.

—No sé qué pensar, señor Robertson.

—Lo entiendo, querida —repitió—. He pensado mucho en todo esto, incluso pensé en deshacerme de la agenda en cuestión y dejar las cosas como estaban, pero sinceramente, no habría sido correcto, ni ético. Creo que estás en tu derecho de saber tu procedencia, y en las circunstancias actuales, más. Todo lo que ocurrió, todo lo que Cornelius ideó, seguramente fue

consecuencia de todo lo que pasó, y al morir su amante, y la niña también, imagino que le dejó un vacío....

—Ha hecho lo correcto, señor Robertson. No lo dude ni por un momento. —Hubo un pequeño silencio, y continuó—: Le agradecería que me mandase esa agenda, y que el resto lo guarde a buen recaudo, pues quiero tenerlas en mi poder.

—Por supuesto, querida. Hoy mismo la preparo. No te preocupes.

—También me gustaría, si no es mucha molestia, que averigüe todo lo posible sobre esa mujer. Por supuesto, le pagaré los honorarios requeridos, pues me gustaría poder contar con sus servicios cuando sea necesario.

—Claro que sí, para mí será un honor. Además, me he tomado la libertad de comenzar con la búsqueda, y pronto podré mandarte la dirección del lugar donde salió esa mujer..., de tu madre.

Sissy no terminaba de creerse toda esa historia, le parecía...

—¡Oh, señor Robertson! Esto parece de locos. Primero descubro que Adele no era mi madre, y ahora... —Se le escapó un gemido.

—La vida es así, querida niña. Dadas las circunstancias, habrías ido a parar con otra familia. No podemos saber qué hubiera sido mejor, pero lo que sí sabes, Cecily Frank Davies, es que tuviste unos padres que te amaron con locura, y lo mismo se puede decir de tus abuelos paternos, que fueron con los que tuviste una estrecha relación. Tu abuelo Axel te adoró hasta el día de su muerte, y Gerda, a pesar de sus particularidades, de su genio y carácter arisco, te quiso sin dudar, sin fisuras. Y para la buena de Adele, fuiste su hija amada, su hija perfecta; y Cornelius te quiso tanto, que cuando salió de ese hospital, estaba convencido de que llevaba en brazos a su hija.

Sissy soltó un suspiro.

—No sé qué pensar, de verdad. Todo esto es un baúl sin fondo, o peor, una caja de Pandora. Una caja de truenos. Mi vida cambió en un momento, sentí que todo volaba por los aires, que la desgracia se cernía sobre mí, igual que les pasó a otras personas, y cuando mi abuela me dijo que Adele no era mi madre, fue como echar sal a la herida. Y ahora...

Se hizo un silencio, tal vez incómodo, o tan solo transitorio, y el abogado retomó la palabra.

—Bueno, qué le vamos a hacer. No eres la única que tiene una procedencia desconocida, pero al menos, tu infancia y adolescencia fueron privilegiadas, algo que no pueden decir todas las personas que se encuentran en circunstancias de nacimiento similares. Es bueno saber, aunque se rompa el sueño, aunque el pasado ya no quede idealizado. Lo único que tienes que hacer es aceptarlo. Te mandaré la agenda, y antes me pasaré por el hospital donde naciste, para ver si puedo averiguar algo más. ¡Ah! Tu antiguo prometido me preguntó por ti hace unas semanas, quería saber si yo sabía dónde estabas, y si se podía poner en contacto contigo.

—¿Para qué?

—Según me dijo, no podía olvidarte, y se arrepentía de la manera en que te trató, que te trataron.

—No quiero saber nada de ellos —contestó sin dar lugar a dudas.

—Me parece bien. Y puedes estar tranquila, nadie sabrá dónde estás. Al menos por mi parte.

—Gracias, señor Robertson.

Se despidieron cordialmente, y cuando Sissy colgó el auricular, se quedó mirando al frente, pero sin ver.

No era una mestiza, no era hija de Adele, pero tampoco de Cornelius Frank. Su abuelo Axel no fue su abuelo, y Gerda, la fría y dura abuela, la mujer con los ojos azules más bonitos que había visto en su vida, tampoco era nada suyo.

Cogió aire y lo soltó despacio.

Por el momento no se lo diría a Duncan.

Todavía tenía que asimilarlo.

Unos días más tarde se dirigía a la biblioteca, y escuchó la voz de su esposo. Sigilosa, evitando que sus tacones hicieran ruido en el viejo entarimado, entró en la biblioteca, y escondiéndose en un rincón, se dispuso a escuchar lo que los hombres hablaban, o más bien discutían en el despacho adyacente.

—Por todos los santos, Duncan, no creí que llegaras a esto —soltó Adam, levantándose de su asiento y moviéndose de un lado a otro como si estuviera en una jaula.

—Guárdate tus opiniones, Adam, porque no me interesan.

La voz de Duncan parecía tranquila, pero sonaba seria y contundente.

—Me da lo mismo. Alguien tiene que abrirte los ojos, alguien tiene que decirte que estás equivocado, que haberte casado con esa mujer... esa mujer....

Duncan se levantó y fue hasta él.

—Como le faltes el respeto a mi esposa, te voy a dar de hostias hasta dejarte la cara como un mapa de carreteras. ¿Te queda claro?

Adam se fijó en que no había cogido el bastón, y que debido al físico tan imponente que tenía, daba la sensación de que se lo iba a comer.

—Decir verdades no es faltarle en modo alguno —contestó, alzando ligeramente la mirada, pues Duncan era varios centímetros más alto.

—Tus verdades no me importan. Tu opinión, tampoco. Has venido a hablar de la fábrica, di lo que tengas que decir, y ahórrate el resto.

Adam se separó de su primo, temiendo que le pudiera pegar, y volvió al confortable asiento.

—Está bien, como quieras. No voy a contarte lo que se habla de ti, y de tu... esposa —añadió, mirándose la pechera, y sacudiéndose las solapas de la chaqueta.

—Es lo mejor que puedes hacer, porque eso es algo que no me importa. Nada en absoluto.

Duncan volvió a su mesa y, con lentitud y sin dejar de mirar a su primo, se sentó.

Sissy, sigilosa, se fue por donde había venido. No quiso escuchar más, no deseaba oír la voz de ese hombre.

Se dirigió escaleras arriba, con idea de coger al pequeño Dunc y estar con él y la señorita Spencer.

—La firma será dentro de dos días, en Leeds. Te daré tu parte, y se acabó nuestra relación laboral. No habrá más dividendos —dijo Duncan, sin retirar la mirada del rostro de su primo.

—¿Y qué pasa con la parte de la tía Lily?

Duncan lo miró como si fuese tonto.

—Todo lo de la tía Lily es mío. Incluido el porcentaje de la fábrica.

Adam se contempló las uñas durante unos segundos.

—De acuerdo, te has encargado de ella, es lo correcto.

—No es lo correcto, es lo establecido por Ley. Nada más.

—Parece que lo estabas deseando —añadió con tono áspero, incluso dolido.

—¿Acaso lo dudas?

Adam elevó sus manos.

—Vale, de acuerdo. No creía que por una mujer fuésemos a acabar así. Porque todo esto no es por la fábrica, lo sé. Es porque así no tendrás que verme la cara, y de ese modo, no pensarás cada vez que me veas que yo me acosté antes con ella.

Esta vez, Duncan no se levantó de su asiento.

Clavó la mirada en los ojos de Adam, durante unos segundos, y con voz dura, le dijo:

—Si Cecily se hubiera acostado con cientos, en estos momentos, estaría en mi vida. Si se hubiera acostado solo contigo, estaría en mi vida.

Adam apretó la mandíbula, y Duncan no perdió detalle.

Sabía que estaba enfadado, molesto, pero no tenía claro si era porque estaba enamorado de Sissy, o simplemente era una cuestión de poder, de ego.

—Fue mía antes que tuya, hizo lo que yo quise, mientras tú estabas con un pie en la tumba. Puso la excusa del pequeño, por tener... eso, por tener una excusa, por quedar como una mártir. Pero todo era una mentira, todo era una magistral interpretación, porque sé que disfrutó de cada momento, gozó hasta las últimas consecuencias, aunque ella te diga que no, y seguro que está deseando volver a esas fiestas —soltó de corrido, sin dejar de mirar a su primo, corriendo el riesgo de que volviera a levantarse y le diese un golpe, o dos.

La mirada de Duncan lo analizó fríamente, y en ese tiempo que pasó, Adam tuvo ganas de tragar saliva. Varias veces.

—¿Eso crees? —preguntó sin dejar de mirarlo, sin una señal de amistad; bueno, nunca habían sido amigos, lo que se dice amigos, pero eran familia, primos hermanos.

En esa mirada azul oscura no había cariño de ningún tipo.

Aun así, Adam no se amedrentó.

—Sí.

Hubo un momento de silencio, donde ambos se midieron con la mirada.

—Pues, tal vez vayamos en un futuro no muy lejano. ¿Qué opinas?

Adam se desconcertó, pues en un principio, no notó el sarcasmo.

¿A qué estaba jugando?

—¿Por eso te has casado con ella? ¿Para tener la perversión en tu propia casa? ¿Para disfrutar del sexo sin cortapisas? ¿Para no tener una vida aburrida como tuviste con Coira? ¿Para tener y gozar de una mestiza en tu cama? —Se estaba jugando un par de hostias, las estaba viendo venir, pero, para su sorpresa, en el rostro de Duncan apareció una sonrisa torcida, ese tipo de sonrisa

que él le había visto muchas veces, cuando le tomaba el pelo a alguien, cuando quería seducir a una mujer, cuando estaba a punto de darte un sablazo en las cartas...

Una sonrisa de superioridad.

—Dime una cosa, Adam, ¿tanto te importa mi vida íntima? ¿No crees que ya es hora de que vivas la tuya? ¿No es hora de que madures de una puta vez?

Adam se levantó, y muy digno, muy tieso y muy tenso, habló.

—Buenos días, Duncan. Nos veremos en Leeds.

El aludido no contestó, vio cómo se dirigió hasta la puerta, abrió y salió.

Unos segundos más tarde se levantó del sillón, y fue a mirar por la ventana. El coche de su primo estaba ahí, y el chófer esperando. Lo había dejado en el mismo lugar que él dejó el suyo aquella noche que llegó borracho como una cuba; aquella noche en que una mujer le ayudó a subir a su habitación, y de paso se aprovechó de su estado etílico.

Y esa mujer que ocupaba sus pensamientos, más tiempo de lo que él hubiese deseado, esa mujer que le hacía las noches tan placenteras y lujuriosas, como jamás llegó a imaginar..., esa mujer, entró en su ángulo de visión. Llevaba a Dunc de la mano, que cada dos o tres pasos se agachaba para coger piedras de la gravilla y dárselas a su mamá, como la llamaba desde que volvió con él.

Vio como Adam se quedó inmóvil, como una estatua, mirándola durante un tiempo que a Duncan se le hizo muy largo.

Vio como ella posó la mirada en él, sin que sus facciones mostraran nada, sin que su hermosa boca formara una sonrisa, pues ni tan siquiera la abrió para saludar, aunque fuese un simple «hola». Y a pesar de ello, sintió un ramalazo de celos, siendo consciente del palpar de la sien izquierda, del lugar donde se hallaba la cicatriz de guerra.

No esperó más, puso los pies en movimiento, olvidándose del bastón, saliendo al pasillo, para dirigirse al recibidor y salir por esa puerta secundaria. En ese momento, Adam llegaba hasta ella, revolvió el cabello del pequeño, queriendo hacerlo pasar por una caricia.

El pequeño lo contempló con sus ojitos rasgados, de un gris azulado, y le mostró una sonrisita, a pesar de que ese hombre ya no lo miraba.

Duncan escuchó las últimas palabras al llegar junto a ellos. El pequeño escuchó los pasos rápidos y potentes, e intentó mirar entre las piernas de ese hombre, quién se acercaba hasta ellos.

—No tienes decencia alguna —pronunció de manera solemne Adam—. Jamás pensé que llegaras a ofrecerte a mi primo después de rebajarte a la altura de cualquier mujerzuela. Pero claro, teniendo en cuenta de dónde vienes, no es de extrañar.

Todo pasó muy deprisa, pues Duncan giró a su primo como si fuese una marioneta, y le pegó un puñetazo en toda la cara, que lo espatarró en la gravilla. Dunc, que, sin comprender, pero sabiendo que su papá estaba enfadado, comenzó a llorar, y después a berrear. Sissy lo cogió en brazos y se apartó de los hombres, mientras calmaba al pequeño con sus palabras y sus caricias. Con ojos como platos, vio como su esposo agarraba a Cameron del cuello del abrigo, levantándolo del suelo como si no pesara nada, y con voz grave y dura como el pedernal, le dijo:

—No vuelvas a dirigirle la palabra, no vuelvas a mirarla a los ojos, no vuelvas a pronunciar su

nombre en mi presencia. Como pase de nuevo, te aseguro que voy a desfigurar tu bonito y delicado rostro, para que no te queden ganas de mirarte en el espejo —lo soltó de golpe, justo cuando el chofer llegaba hasta ellos y evitaba que el rubio volviera a caer de nuevo.

Duncan contempló el coche de su primo, un Rolls Phantom descapotable, en color crema — que se había comprado cuando Duncan estaba en coma—, hasta que desapareció de su vista, y fue cuando se volvió y se acercó hasta Sissy y el pequeño, que todavía suspiraba debido al susto.

Acercó sus brazos y el chiquitín se abalanzó de golpe.

Los ojos de Duncan permanecían fijos en el rostro de Sissy, y mientras de su boca salían palabras amorosas para consolar a su hijo, una de las manos fue hasta el rostro de la joven y le acarició la barbilla tan despacio, de forma tan delicada, que la joven no pudo evitar un ligero temblor.

Las cosas estaban cambiando, y Sissy no supo cómo afectaría a sus vidas.

Capítulo 9

Dos semanas más tarde, después de cenar, él se fue al despacho, y ella, con un libro en las manos, lo siguió.

Duncan, al darse cuenta, sonrió.

—¿Me estás siguiendo?

—Tengo que hablar contigo.

Algo en el tono de voz puso en alerta al hombre.

—¿Quieres que hablemos en la biblioteca?

—Sí, es un buen lugar.

—¿No prefieres que lo hagamos en nuestra alcoba?

—No, es mejor que nada nos distraiga.

Él volvió a sonreír.

—De acuerdo. Por favor —señaló con su mano el camino, cediéndole el paso.

Y cuando Sissy se puso delante, a pesar de que había espacio de sobra en la galería de los Murray, como ella llamaba al pasillo principal de la planta baja, pues daba cabida a todos los retratos del pasado y presente de los Murray, él la siguió, a cierta distancia, para contemplarla, para disfrutar de su fragancia, para llenarse los sentidos, pero siendo muy consciente de cómo apretaba ese libro contra su pecho, de la rigidez del gesto.

Una vez en la biblioteca, sentados uno enfrente del otro, Duncan no dijo nada, solo esperó. Pero ni por lo más remoto, ni por lo más impensable, imaginó escuchar algo así.

—Me voy a Italia.

—¿Cómo dices? —intentó que la pregunta sonara liviana, que no mostrara el pánico que le entró, y algo más.

—Que me voy a Italia —repitió ella, en el mismo tono, sin levantar la voz, sin dejar de mirarlo con esos ojos.

Duncan pareció no inmutarse, pero nada más lejos de la verdad.

—¿Y se puede saber a qué? ¿Tal vez has ideado un viaje de placer para compensar la falta de un viaje de bodas como es debido?

Ella se quedó en silencio, y al momento, negó con la cabeza.

—No, nada de eso —dijo con una tímida sonrisa, provocando que el esposo se quedara mirando esa boca—. Voy a Italia, a..., a buscar y conocer —soltó un pequeño suspiro— a la familia de mi madre.

Duncan movió lentamente la cabeza, conteniendo la impaciencia y, sobre todo, el enfado.

—Puedes comenzar desde el principio, y así hacerme una idea de lo que está pasando.

Ella le contó la conversación que tuvo con el abogado de su padre, y añadió que esa misma mañana llegó por correo urgente el diario de su...

—Del que creía mi padre.

Duncan la observó con atención, y en ausencia de palabras, fue Sissy la que retomó el diálogo.

—Voy a llamarlo *padre*, pues es lo que ha sido para mí, y legalmente lo sigue siendo. —Hizo una pequeña pausa, y al ver que su esposo no decía nada, soltó el aire y continuó—: Él escribía unos diarios, donde ponía lo que ocurría en el día a día. Los guardaba en su despacho, bajo llave. Y cuando pasó todo... —miró hacia abajo, tragó saliva, y elevó de nuevo la verde mirada, para clavarla en su esposo—, cuando se suicidó, días más tarde, antes de que los acreedores hicieran su trabajo, el abogado de la familia se llevó todas esas agendas.

Le resumió lo mejor que pudo todo lo que sabía, y entonces, abrió el diario que llevaba en las manos.

—Este es de 1929, pero cuenta lo que sucedió el 29 de septiembre de 1910, el día de mi nacimiento. ¿Quieres leerlo?

Duncan movió ligeramente la cabeza, sin dejar de mirar a su esposa.

La mano grande se abrió ante ella.

Sissy le entregó la agenda.

El hombre se puso a leer, por donde ella le indicó.

octubre, 1929

(29 de septiembre, 1910)

Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. La tristeza de esa noche, la soledad en esos momentos, el contacto con la muerte ha estado siempre en mi mente.

No pude evitarlo. Estaba tan desolado, tan vacío. No sabría decir si era por la muerte de Nala, o por esa criatura minúscula, indefensa, que apenas se agarró a la vida durante unos minutos. Una niña, una preciosa niña me regaló, pero todo se acabó casi sin comenzar.

Tal vez fue mejor así.

Tal vez el ser supremo pensó que era lo más acertado.

Tal vez fue el demonio.

Cuando dejé todo dispuesto con la madre superiora, eran las diez de la noche, y antes de volver a velar los cadáveres, llamé a Adele. Intenté ser convincente, y creo que lo logré, pues el día anterior le dije que me iba de viaje, y en esos momentos le conté que el coche se había averiado, y que, hasta el día siguiente, o al otro, no lo tendría arreglado, y aprovechando ese percance, me quedaba en casa de un viejo amigo de la Universidad, pues llevaba un negocio importante con él, que podría dejarnos muchos beneficios. Adele sabía que yo era un adicto al trabajo, y que donde había dinero a ganar, ahí estaba yo, de manera que no creo que imaginase nada fuera de lo habitual.

La monja me preguntó si deseaba una sala para estar solos, pero le dije que no, que con que corriera las cortinas para mantener la intimidad era más que suficiente.

En realidad, no quería estar solo, y ahí, en la gran sala, escuchaba el sonido de las respiraciones, el llanto o el ronroneo de los bebés que habían nacido, los quejidos de las mujeres que estaban a punto de parir. Hubo un momento en que pensé en abandonar la sala, pues creía que no debía de estar ahí, que ese no era mi sitio.

Ya no.

Nala ya no estaba.

Nala, siempre me gustó su nombre, pues era tan exótico como ella, tan misterioso como ella, tan hermoso como ella; significa «exitosa», me lo dijo su madre, que había muerto dos meses antes de tuberculosis.

Bueno, pues el éxito duró bien poco.

Ella sabía que yo jamás me divorciaría de mi esposa, y mucho menos me casaría con una mujer de color, aunque la piel de Nala fuese tan blanca como la de una italiana, o ya puestos, una francesa. No, eso era imposible, pues todos mis amigos, mi padre, mi madre, la conocían de cuando era sirvienta, y sabían su procedencia. Los hombres podrían entender la lujuria, la perversión, el deseo de lo prohibido, incluido mi padre, pero hasta ahí, ni un paso más.

Mi plan era alquilar un bonito apartamento, o incluso comprarlo, pues siempre era una buena inversión, y pasar dos o tres días a la semana con ellas, con mi segunda familia: mi amante y mi hija. Pero eso ya no iba a suceder.

Durante unos minutos pasaron por mi mente los meses que estuvimos juntos, algo más de un año, los momentos de placer, el desenfreno que llenaron nuestros encuentros, esa manera de mostrarse, de moverse, de enseñar todo lo que poseía, todo lo que sabía, que provocaba que la sangre me hirviera, que me ponía a mil por hora, que hacía que me comportara como si fuese el último día de mi vida. No había intención de tener hijos, no era mi deseo, pues lo único que deseaba era sexo, gozar y disfrutar, pero cuando ella me lo contó, me quedé sin palabras, sobre todo porque no quería tener un hijo negro ni mulato. Pero no me enfadé con ella, pues en momento alguno pensé que lo había provocado. No, creo que no fue así. Y al final, el deseo de que abortara no salió por mi boca, pues en un afán egoísta, sabía que podía morir en una de esas intervenciones y no quería que sucediera, no quería quedarme sin mi juguete.

Sí, debo de ser sincero, no estaba enamorado, pero sí encoñado, muy encoñado, y esa pasión, esa perversión, no quería perderla.

Tuvimos sexo, hasta el último momento, hasta la última noche, la anterior al parto, a la muerte de ambos. Más de una vez me he preguntado si eso pudo provocar las muertes, pero no, tiempo después, oyendo a un amigo médico que invertía dinero en bolsa, me dijo que cuando la parturienta pierde mucha sangre en el parto, todo se complica, aparece la fiebre, infección, y si para colmo el bebé no iba por buen camino, peor que peor.

Después de muchos tragos, me dijo: «El coño de una mujer está hecho para que salga un niño, qué mal le va a hacer que una polla, por muy grande que sea, esté entrando y saliendo».

Cuando nació la bebé, la inspeccioné como si fuese un bicho raro. Tenía una pelusa suave y oscura adornando su cabecita, pero no llegaba a ser excesivamente oscura, y la piel no era como la mía —soy tan blanco como la leche recién ordeñada—, con eso ya contaba, si era como la madre, no estaba mal, y eso me pareció en ese primer momento.

Ahora me arrepiento de haber tenido esos pensamientos, de haberlo inspeccionado como si fuese un insecto en un microscopio, para disculparme, pienso que lo que hice, es lo que haría cualquiera, pero después de que la pobrecilla murió, sentí lástima, dolor, y algo así como un vacío.

Pero la vida continuaba, y una vez les diera sepultura, yo seguiría con mi vida, con mi trabajo, con mis juergas y lo que se pusiera por delante. Al final, todo esto solo sería un triste recuerdo.

Más de una vez he pensado que tuve esos pensamientos, para superar ese momento de soledad, para darme fuerzas de una manera masculina, sin querer entrar en debilidades.

Y fue después de esos pensamientos cuando mi mente volvió al presente, y una voz que apenas se dejaba escuchar, llamó mi atención.

Metí los dedos por la lona que me separaba del resto, y me fijé en la cama de al lado. Sabía que esa mujer había dado a luz unas horas antes, pero parecía que quería decirme algo. Asomé la cabeza por la rendija y

desplacé la mirada por la sala, que a esas horas mantenía muy pocas luces encendidas, pues serían las cuatro de la madrugada.

—Por favor, señor —escuché la voz femenina de la cama de al lado.

—Dígame, señora. ¿Quiere que llame a la enfermera? —pregunté un tanto incómodo, pensando que ese tratamiento de respeto y cortesía, tal vez estaba de más, tal vez era excesivo, tal vez esa mujer era una simple criada, o vete a saber. A fin de cuentas, las señoras, las damas, no acudían a estos hospitales, a estos lugares donde acogían a cualquier mujer necesitada sin importar su procedencia.

Si Adele hubiera dado a luz, tal vez lo habría hecho en casa, como lo hizo su propia madre, o tal vez se habría decantado por un hospital acorde a nuestro estatus, con todo lo necesario y con la atención de los mejores médicos.

Daba igual.

Señora o criada, él era un caballero.

—Dígame, qué necesita. En qué puedo ayudarla. —Me mostré solícito, al tiempo que no elevé la voz, pues si hablaba en tono normal, sentía que todas las personas que llenaban la sala escucharían mis palabras.

—No, no..., no hace falta. No necesito enfermera. Me voy a morir igual.

Me quedé en silencio, pero solo durante unos segundos, hasta encontrar las palabras adecuadas.

—No diga eso, mujer. Ya verá que pronto se pone bien —intenté que esas frases fuesen tranquilizadoras, que la animasen un poquito.

—No, no es necesario que me anime. Me voy a morir igual que..., que su esposa —explicó sin apenas fuerzas—. Cuánto lo siento. De verdad. —Se me hizo un nudo en la garganta, pues la muerte me rodeaba, y ella parecía querer agrandar esa sensación—. ¿Me puede hacer un favor? —preguntó casi sin aliento.

Tenía mucho acento, pero hablaba bien el inglés, y en esos momentos, no supe de dónde procedía.

—Claro, si está en mi mano. Lo que desee.

Vi como hacía un gesto de dolor, y sus brazos, tal vez sus manos, se movieron por debajo de la ropa de cama para apretarse el vientre.

Por Dios, estaba deseando salir de ahí, pero...

—El padre de mi hija es... es Samuel, Samuel Jonhson. Tal vez..., tal vez lo conozca, es un hombre rico.

Al oír ese nombre, me puse alerta. Conocía a un Samuel Jonhson, pero...

—He servido en su casa, y cuando la señora se enteró de que estaba embarazada... y de que él era el papá, me echaron. El señor no quiso saber de mí, y...

Entonces identifiqué el acento, era italiana, lo sabía bien, que había tratado con más de uno, puesto que los contrataba para trabajos de todo tipo, desde conductores para llevar mercancía de un lado a otro, hasta comerciantes y tenderos a los que les encargaba género para llevar a casa y llenar la despensa. Pero me llamó más la atención el nombre de Samuel Jonhson, pues había hecho negocios con él en momentos puntuales. No me unía ningún tipo de amistad, y tampoco me relacionaba socialmente con él, pues nos movíamos en círculos diferentes.

—Quiere que él sepa que ha tenido una hija, eso es lo que quiere. Desea que lo busque y se lo diga. —No pregunté, pues daba por hecho que eso era lo que me estaba pidiendo. Que ese hombre se hiciera cargo de su hija.

Ella pareció alterarse, y yo pensé que igual se pondría a gritar.

—No, señor, no... No se lo diga. No sería bueno para ella. Usted ha perdido un hijo, o..., o hija. Tal vez... quisiera...

Me quedé en silencio, mirando a esa mujer.

—Quisiera quedársela. —Ese deseo sonó como un lamento, y me produjo un escalofrío.

Me levanté, y me acerqué hasta su cama. La observé detenidamente; era morena, con una densa y espesa cabellera, enredada, más que eso, enmarañada como un gran nido de pájaros. Su rostro debía de ser hermoso, pero en ese momento se encontraba demacrado, macilento, como mi Nala antes de morir.

Llevé la mirada hacia la cunita.

Una cosita pequeña dormía plácidamente.

Apenas la vi, pues estaba tan arropada, que solo se veía una pelusa oscura adornando su cabecita.

La voz de la mujer se dejó oír de nuevo.

—Mi mamá se llama Cecilia.

No dije nada, solo la contemplé, mientras mi mente trabajaba a velocidad de vértigo.

Ya no habló más.

Solo escuché su respiración.

Durante cinco o seis minutos.

Y sin hacer ruido, sin molestar a nadie, se fue, mientras esa bebita dormía quedándose sola en el mundo.

Podía haber llamado a la enfermera de noche, pero no lo hice.

¿Para qué?

Lo que sí hice fue mirar a esa preciosa niña.

Retiré las mantas y abrí el capullo en el que se encontraba, para ver a una niña gordita, bien formada, que comenzó a patear al verse sin la opresión de la gruesa toquilla. Toqué el pañal y comprobé que estaba mojado. Sin pensarlo, y sin pausa, le quité el mojado y le puse otro que estaba en la esquina de la cuna. Creo que no lo dejé bien sujeto, pero, por el momento, serviría.

Era el primer pañal que cambiaba en mi vida.

La arrojé de nuevo, y siguió durmiendo como si tal cosa.

Yo, ya sabía lo que tenía que hacer.

Y después de todos los años pasados, no me arrepiento ni un solo día.

Mi pequeña Cecilia ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Duncan elevó la mirada hasta ella, para ver cómo una lágrima se le escapaba, y detrás otra, y otra.

Él dejó el diario en una mesita, y sin retirar la mirada de ella, se levantó.

—Ven aquí. No llores, mi vida.

Sissy, al oír esa frase, ese apelativo amoroso, no pudo más.

Muy pocas veces utilizaba palabras de ese tipo con ella, *mi amor*, *cariño*, alguna que otra vez, y nunca... *mi vida*.

Se refugió en sus brazos, ocultando el llanto, y sintió algo que hacía mucho tiempo no sentía: protección, amor, devoción.

—Ya, mi amor. No llores.

Otra vez, pensó Sissy, mientras sentía las manos de él acariciando su espalda, mientras sentía la calidez de su cuerpo grande y duro, mientras sentía que esos brazos la arropaban para protegerla, para cuidarla de todo mal.

Y cuando escuchó las siguientes palabras, tuvo que separarse, tuvo que mirarlo a los ojos.

—Iremos a Italia. Encontraremos a tu familia.

Ella lo miró con adoración.

—¿Iremos juntos?

—Por supuesto. No pienso dejarte sola.

—Y ¿podemos llevarnos a Dunc?

—Podemos, pero creo que no es lo más oportuno. Será un viaje largo, y no está acostumbrado; además, ya sabes que su salud es delicada.

Sissy afirmó en silencio, y él rodeó el óvalo femenino con sus manos, abarcándolo por completo, perdiéndose en esos ojos tan bellos, tan perturbadores para su alma.

—¿Sabemos a dónde vamos? —preguntó sin dejar de tocarla, sin retirar las manos de su rostro.

—Sí, el señor Robertson me ha dado todos los datos que ha averiguado, creo que serán suficientes.

—¿Sabes que tal vez no te guste lo que descubras? —preguntó de nuevo, retirando lentamente las manos hasta dejarlas caer, sin saber la sensación de abandono que provocó en ella.

—Quieres decir que me molesten que sean pobres, y... esas cosas.

Él mostró una sonrisa torcida, sin despegar los labios.

—No me refiero a eso, particularmente. Me refiero a que... puede que no seas bien recibida, que no se crean lo que cuentas, o puede también que al ver quién eres, quieran dinero. O, simplemente, que una vez conocidos, prefieras quedarte con los recuerdos de tu familia legal, de la que te crio, porque no te guste lo que veas, lo que conozcas. En fin, a veces, no sabemos qué será lo más acertado.

Ella se encogió de hombros.

—Prefiero todo eso a no saber.

Duncan hizo un movimiento de cabeza.

—De acuerdo.

Ella soltó un profundo suspiro.

—Gracias. Muchas gracias.

—No tienes por qué.

Ella agitó esa hermosa melena, y se limpió las mejillas con sus largos dedos.

—Sí, sí tengo. Antes, cuando creía que era mestiza, cuando tú lo supiste y no te importó; cuando me fuiste a buscar, y pasó todo lo que sabemos. Y, ahora, ahora otro secreto, otra circunstancia diferente en mi vida. Sé que sería más cómodo y fácil seguir como si nada hubiera cambiado, pero lo cierto es que no es así, que mi padre ocultó muchas cosas, y yo debo saber más. Es posible que conociendo a esa parte de mi familia, tal vez no les guste, o no me gusten, o sean unas personas maravillosas, u horribles, pero tanto una cosa como otra, necesito saberlo.

Duncan la observó con atención y llevó un dedo a esa boca sensual.

—Creo que me enamoré cuando chocaste contra mí en estos estrechos y laberínticos pasillos que se encuentran encima de nosotros. Cuando me perdí en esos ojos, cuando me deslumbré con esa boca, cuando me cegué con el brillo de ese cabello. Qué hombre no caería rendido a tanta belleza —dejó de tocar la boca y deslizó la yema del dedo por la mandíbula hasta llegar al pómulo—. Cuando te vi con Dunc, cuando vi lo amorosa que eras, supe que eso no era ficticio,

que no era una pose. Fue entonces cuando comencé a sentir algo más fuerte que un simple deseo físico. Cuando deseé que fueses la madre de mis hijos.

Sissy tragó aire, pues todavía no le había dicho que estaba embarazada.

Estaba oyendo una declaración de amor, y algo así la emocionaba de tal manera, que le faltaban las palabras.

No pudo con tanta emoción y rompió a llorar.

Él la cobijó en sus brazos.

—Mi pequeña flor. Te declaro mi amor, y me respondes con llanto.

—No, no es eso —dijo entre suspiros.

—Ah, ¿no?

—No, son lágrimas de alegría, de felicidad.

—Bueno, eso me tranquiliza mucho —añadió sonriendo.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó con impaciencia.

—Lo antes posible.

Sonriendo, el hombre posó un delicado beso sobre su boca.

Capítulo 10

El viaje fue rápido y... un tanto decepcionante.

Al llegar a Nápoles, supieron que no quedaba nadie de la familia más cercana, ni de los Santoro, ni de los Amato; solo una prima lejana de la madre biológica, que al conocerla, se quedó mirando a Sissy como si viera un fantasma. Una vez aclarado todo con la persona que les hacía de intérprete, la mujer, hija de una hermana de la abuela de Sissy, les enseñó una foto antigua, donde se veían dos niñas iguales, gemelas idénticas, morenas y con los mismos ojos verdes que Sissy.

La prima les contó que las gemelas nacieron en el año 1890, y que, a los diez años, una de ellas, Cecilia, murió de pulmonía. Giovanna, cuando contaba diecisiete años, tuvo un desengaño amoroso y decidió irse a los Estados Unidos con unos familiares, al poco tiempo de llegar, mandó una carta, contando que servía en una gran mansión y que estaba muy contenta. Entre las cuartillas de la misiva se encontraban varios billetes, y la promesa de que en el futuro habría más. Casi un año más tarde, llegó la siguiente carta, esta no contenía dinero, solo mencionaba que las cosas estaban un poco complicadas, pero que no se preocupasen —esto era en especial por su madre—, pues estaba en miras de cambiar de trabajo, seguramente como dependienta de una tienda de ropa femenina. Lo siguiente que recibieron, contaba la prima, fue una carta de los familiares que se habían asentado en Nueva York y alrededores, diciendo que la joven ya no trabajaba en la mansión, y que no sabían nada de ella, a pesar de que habían hecho todo lo posible por saber su paradero, pero fue imposible.

La prima añadió que la madre murió unos años más tarde, y sus últimas palabras fueron para su hija desaparecida.

Duncan le pidió la fotografía, y la mujer no puso objeciones, aun sin saber que ese hombre, grande como una montaña, le daría una gratificación que le ayudaría durante varios años a vivir mejor.

Desde Nápoles fueron a Venecia, y días más tarde subieron en el Orient Express, destino París.

Sissy estaba contenta, pues a pesar de que el descubrimiento de sus orígenes no había sido nada especial, la fotografía de su madre y hermana gemela daban fe de que el parecido entre ellas no era una casualidad, pues tanto los ojos, como el resto de los rasgos faciales eran fruto de la herencia genética. Se podía decir que, salvando la antigüedad de la imagen como las sencillas, austeras y pulcras ropas que lucían las dos hermanas, Sissy era idéntica a ellas, pues las fotografías que había llevado consigo cuando salió del apartamento de Nueva York daban fe de ello. Cornelius no mintió en su diario, y en honor a esa mujer que murió, y quedándose con esa niña huérfana, tuvo el detalle de poner a la pequeña el nombre de Cecily, respetando el deseo de la difunta.

El haber conocido a la prima de su madre biológica, que al principio la miró como si un fantasma hubiera hecho acto de presencia, para después evaluar su vestimenta, sus joyas, dándose cuenta de que estaba ante una mujer de clase alta, y después mirar a ese hombre moreno, grande, alto y tan elegante que cortaba el aliento, no le produjo ninguna sensación, no sintió nada especial, nada que le produjera... algo así como un hormigueo, un poco de nerviosismo.

Nada.

Pensaba darle dinero, pero Duncan se adelantó, y al ver el fajo de billetes que colocó en la callosa palma de la mujer, se sorprendió de su generosidad y sin palabras, se lo agradeció.

La mujer no fue tan ingenua como para ofrecerles hospitalidad en su humilde casa, pues sabía que estaba fuera de lugar, y cuando los vio marchar, soltó un pequeño suspiro, en parte por perderlos de vista y, por otro lado, por saber el destino de Giovanna, y sin poner en duda el parentesco, pues esa joven era igualita que su prima.

En el Orient Express disfrutó como una niña. No fue solo por el lujo del tren —que también—, aunque era algo a lo que estaba acostumbrada desde su nacimiento, sino por el viaje en sí. Era algo maravilloso atravesar tantos países con todos los lujos que solo los muy ricos se podían permitir.

Por el día disfrutaron de las comidas mientras se deleitaban con los paisajes, mientras se comían con los ojos, mientras hablaban en susurros de cosas importantes y otras superficiales, mientras se tocaban discretamente por debajo de la mesa. Las manos, el interior de los muslos..., cuando en lugar de sentarse una enfrente del otro, lo hacían pegados.

Entablaron relación con otros pasajeros, franceses, con los que Sissy no tuvo problema en comunicarse, pues lo hablaba a la perfección, también con una pareja alemana y con ingleses, en los que en algún momento temió que la pudieran reconocer, que alguno de esos caballeros hubiera visitado las mansiones del placer.

Y, por la tarde jugaban sin parar, se besaban hasta agotarse, unas veces en la cama, otras en el sofá, pues los juegos se hacían interminables, la imaginación desbordante.

Por la noche se dejaban llevar en esa cama de matrimonio con sábanas de seda, mientras por la ventanilla se sucedían los paisajes ocultos por la oscuridad, pues las cortinillas no estaban echadas, provocando en ellos una sensación de vértigo mientras se comían las bocas hasta enrojecer, mientras sus lenguas danzaban, se enredaban, se lamían.

Se tocaban como si no se conocieran, como si los fuesen a separar en cualquier momento, para unir sus cuerpos en una cúpula larga, gloriosa.

Hasta obtener un orgasmo tenso, anhelado, esperado, como si fuese el primero.

Como si fuese el último.

La última noche, antes de llegar a París, donde harían trasbordo hasta Calais, y de ahí un ferry hasta Dover, Sissy estuvo a punto de decirle que estaba esperando un hijo, pero unos pequeños pinchazos en el vientre le hicieron cambiar de idea, y de paso, llenarse de preocupación.

Cenaron con un inglés y su amante, y, a pesar de las señales que el hombre envió a Duncan, este hizo caso omiso a ellas. La amante era una mujer mayor que Sissy, alrededor de los treinta,

unos veinte menos que el amante, y todo el tiempo que duró la cena se comió con los ojos al escocés, y a Sissy, fijándose en todos los detalles, y sin importarle ser indiscreta.

—¡Qué bonito! —exclamó cogiéndole la muñeca para mostrar el pequeño tatuaje—. ¡Y qué romántico! Mira, cariño —dijo, dejando la mano, pero sabiendo que su amante lo había visto desde que comenzaron la cena—, se ha tatuado la inicial de su esposo.

—Sí, muy bonito. Y original.

Duncan no dijo nada, pero miró a su esposa, y esa mirada lo dijo todo.

—¡Ah, querida! Te has ruborizado —añadió la amante, al contemplar con mucha atención ese rosado que mostraron las mejillas de la belleza morena y esas miradas que no ocultaban nada, que irradiaban una sexualidad extrema, que lograban una ligera hinchazón en su sexo.

Duncan tomó la muñeca de su esposa, y dejó caer un lento y suave beso sobre la piel tatuada, mientras, la mujer le dio un ligero toque a su amante con la rodilla, sin dejar de mirarlos.

En los postres, después del abundante vino, de los licores anteriores en el vagón bar y los que tomaban en esos momentos en el vagón restaurante, el inglés, mirando al escocés, le preguntó:

—¿Qué tal si venís a nuestra *suite* y tomamos la última copa?

Duncan le mantuvo la mirada, sabiendo que el hombre tenía que hacer un esfuerzo mayúsculo para no desviarla hacia Sissy; para no deslizar los ojos por centésima vez sobre su vestido negro de satén, sobre esas deliciosas curvas que asomaban por el escote cuadrado, para que se levantara una vez más, fuese al tocador, y volviera a calibrar ese trasero sublime.

El escocés mostró sus blancos dientes en una falsa sonrisa.

—Te lo agradezco, pero ya nos retiramos.

Ni por asomo compartiría a su mujer con otro hombre, aunque este llevase a su lado a una voluptuosa hembra, dispuesta a las mayores orgías.

No le interesaba.

Ya no.

Solo deseaba a una mujer, solo quería a una mujer.

A la suya.

—¡Oh! No quiero ofender, pero pensé...

Duncan lo miró sin abrir la boca, esperando las palabras siguientes.

—Perdona, pero... nos conocimos en la mansión Rochester —certificó sin dejar de observarlo.

El escocés elevó las cejas, con gesto sorprendido.

—¿En serio? No lo recuerdo —mintió descaradamente.

El inglés sonrió de oreja a oreja, sabiendo que se estaba haciendo el tonto, intuyendo que no quería compartir a esa morena, que la quería para él solo.

—Pues yo no lo olvidaré nunca. Te lo puedo asegurar. Me ganaste cien libras al póquer, y después te fuiste con la mujer de mi amigo —aclaró, mientras la sonrisa desaparecía lentamente, al tiempo que apagó el cigarrillo y dirigió una lasciva mirada a Sissy.

—No lo recuerdo. En aquellas ocasiones, llevaba alguna copa de más —añadió Duncan, que no dejó de mirarlo ni un segundo.

—Fue al poco de quedarte viudo —amplió la información—. La mujer que te llevaste guarda

un buen recuerdo de ti.

Duncan estaba comenzando a perder la paciencia.

—Eran otros tiempos, pero me alegro de que esa dama quedara satisfecha —aclaró con semblante serio.

La amante del inglés soltó una risita entre dientes, y después de mirar intensamente a ese hombre tan magnífico, se humedeció los labios y llevó la mirada hasta Sissy para guiñarle un ojo.

—Nos lo pasaríamos muy bien —añadió la amante, sin dejar de mirar a Sissy, que permanecía sin hablar, pero sin perder detalle.

Fue Duncan el que tomó la palabra.

—No lo pongo en duda. Pero... estamos de luna de miel; y la luna de miel —repitió, mostrando una sonrisa torcida, cínica— es cosa de dos. Por lo menos en Escocia.

La mujer soltó un sonidito parecido a un quejido, e hizo un puchero.

El inglés llevó un brazo a los hombros de su amante, y jugueteó con el tirante del vestido.

—Qué le vamos a hacer. —Se encogió de hombros dirigiendo la mirada hasta su amante—. Te tienes que conformar conmigo, querida. No tenemos otra opción. Nos tomaremos la última copa los dos solitos. —Volvió la mirada a la pareja, primero a Sissy, después a Duncan, y añadió—: Si cambiáis de idea...

—Eso no ocurrirá.

En esos momentos ya no hubo sonrisas, pues el gesto de Duncan se endureció.

—Ahora, si nos disculpáis, nos retiramos —añadió, levantándose de la mesa y cogiendo la mano de su esposa—. Que tengáis una bonita velada.

Se despidieron, y los amantes vieron como la pareja enfilaba por el lujoso vagón restaurante hasta desaparecer de su visión.

—Mmm, qué pena —se quejó la mujer—. Cuánto me hubiera gustado clavarme en esa polla y comerme esas tetas.

—Y yo verlo, querida. Aunque, en este caso, también me hubiera gustado probar a esa preciosidad. Qué pena no haber llegado a tiempo.

—Mmm, Cameron te habría sacado un buen manojo de libras.

—Libras que habría pagado muy a gusto —añadió el hombre, encogiéndose de hombros.

Al llegar a la *suite*, Sissy entró con rapidez, y en cuanto Duncan cerró la puerta, preguntó:

—¿Lo conoces?

Él se fue quitando la chaqueta del esmoquin y no contestó, mirando esos hermosos ojos que se abrían en todo su esplendor, mostrando curiosidad y preocupación.

—¡Duncan! —protestó la joven, que permanecía en el centro de la *suite*.

—¡Qué bella eres! Me da ganas de comerte... enterita —dijo con esa voz varonil, al tiempo que mostró una sonrisa al ver que ella arrugaba el ceño en señal de enfado—. Es probable, muy probable que lo conozca —reconoció con pereza.

Ella cerró los puños, apretándolos contra sus muslos.

—No, no es probable. No eres un despistado. Lo conoces, sin lugar a probabilidades.

Duncan mostró esa expresión entre divertida e irónica.

—Ven aquí —ordenó, sin dejar de mirarla.

Ella se acercó, y las manos del hombre fueron al cuello femenino.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. —Ella hizo un gesto de negación, sabía de sobra que no era así, que había mujeres mucho más bellas que ella, pero el hombre no la dejó hablar, posando un dedo sobre esa deliciosa boca, al tiempo que con la otra mano le acarició la nuca—. Eres la mujer de la que estoy enamorado, y jamás, óyelo bien, jamás te voy a compartir. El pasado no importa, ya lo sabes, te lo he dicho más de una vez; solo el presente. Y el presente es nuestro, tuyo y mío, de nadie más. —Bajó la cabeza y capturó la boca que ya estaba abierta para él.

El beso se hizo intenso, lento, largo, profundo.

Muy profundo.

Saboreándose despacio, jugando, bailando con las lenguas, lamiéndose los labios, para terminar, mordiéndolos.

Mientras sus cuerpos se rozaban en una danza sensual al principio, morbosa a continuación, obscena al paso siguiente.

Las manos del hombre se deslizaron por la espalda y rodearon los glúteos, apretándolos, manoseándolos; los brazos de ella rodearon el cuello del hombre, y mientras, sus bocas se devoraron, sin parar, sin dar un respiro.

Y, en cuestión de segundos, estaban tan apretados, tan pegados, que parecían fusionarse en un solo cuerpo. Los brazos del hombre fueron como una tenaza, y ella se dejó atenazar, dando cuenta de la codicia que les inundaba, de la necesidad que tenían el uno del otro.

Duncan dejó de martirizar esa boca, dejó de embriagarse con ella, dejó de envolverla con su cuerpo y se separó levemente para desnudarla en un momento.

Solo las medias y los zapatos de tacón permanecieron en el sinuoso cuerpo. Y como si no lo conociera, como si no lo hubiera visto, tocado y amado, no tantas veces como quisiera, Duncan la miró lentamente, y llevó las manos hasta los pechos. Los juntó y dejó caer pequeños besos sobre la tersa piel, notando los temblores de su esposa.

Lamió los pezones, los chupó durante un instante, los volvió a lamer, los estrujó con suavidad, con amor, y entonces la llevó hasta el borde de la cama, haciendo que se tumbara. Se arrodilló ante ella, colocó las piernas sobre sus hombros, y acercó la boca hasta el sexo, para jugar, para lamer, para chupar, para comer, hasta hacer que gimiera como una dulce gatita, hasta hacerla llegar al orgasmo, hasta oír cómo pronunciaba su nombre, cómo le pedía más, cómo jadeaba sin parar, y después, cómo apretaba el interior de sus rodillas, de sus muslos, para apresar la cabeza del hombre.

Duncan se levantó, y con la mirada clavada en sus pechos, en su vientre, en sus muslos, en su sexo, se fue quitando la ropa.

Pero ella no se quedó quieta, pues al momento se incorporó y se puso al mismo nivel, y provocándolo con la mirada, llevó las manos a la bragueta y sacó el miembro, que apuntaba

hacia su rostro, para acariciarlo en toda su longitud, para rodear su circunferencia, para llevar la boca, despacio, y metérsela dentro.

Duncan, con la mirada fija en ella y conociendo las etapas por las que pasaba su miembro hasta llegar al máximo de erección, se encogió apenas un segundo al sentir esos labios sobre la punta, al padecer, esa tortura tan placentera, intentado controlar que la verga no se le disparara hacia arriba, pues ese momento era...

Chupó con ahínco, a pesar del tamaño que mostraba, lamió con lascivia, recorriendo todo el largo y rodeando la circunferencia, mientras los ojos de ella se clavaron en la oscura mirada del hombre, para hablarse sin palabras.

Y antes de que el miembro apuntara hacia arriba, antes de que se viera en una situación comprometida, pues ya le costaría manejarlo, dejó de chupar, lo lamió, lo sacó de su boca, dejándolo mojado y, sin retirar la mirada del esposo...

Se giró, mostró su trasero, y se restregó contra el miembro que apuntaba hacia arriba, que parecía a punto de reventar, mostrando esas venas gruesas que parecían palpar, que lo endurecían y engrosaban de forma violenta. Ella escuchó la respiración alterada, excitada del hombre, notando su tensión, sabiendo que estaría mirando el tatuaje, al tiempo que sus ojos bailarían de una nalga a otra.

Ella jugó con él, bailó para él, se restregó contra él, de manera descarada, como nunca lo había hecho, como deseaba hacerlo, pues volvía a estar excitada, volvía a tener ganas.

Más.

De él.

Y así, casi desnuda, a excepción de los zapatos y las medias, y él, sin camisa y asomando el endurecido miembro por la bragueta de su elegante pantalón, provocó que el hombre rugiera de deseo, llevando una mano a los glúteos, acariciándolos, azotándolos suavemente, mientras colocaba el miembro en medio, mientras participaba en esa danza lujuriosa, en esa danza perversa; y así, como quien no quiere la cosa, la punta de la verga se acercó a ese lugar prohibido, un lugar donde no se debía entrar...

A no ser que estuvieras en una bacanal.

La agarró por la cintura, se dobló sobre ese cuerpo femenino, precioso, pegándose a la delicada y sinuosa espalda, y acercando la boca al oído, le preguntó con gravedad:

—¿Puedo?

Ella, entre susurros, contestó:

—Sí.

Y cuando él iba a penetrar, ella volvió a susurrar:

—¿Me lastimarás?

—Eso jamás —contestó lleno de deseo.

No esperó más.

Sissy se agarró al poste de la cama para no perder el equilibrio con el vaivén del vagón, y esperó con cautela y con algo de aprensión.

Duncan sabía lo que se hacía, pues no era primerizo en esas técnicas, sabía de sobra que no

estaba en una orgía, donde todo estaba permitido, y penetró con suavidad, un poco, nada más que un poco, no llegó ni a la mitad, provocando en su cerebro una bocanada de puro éxtasis, queriendo más, deseando clavarse entero, penetrar hasta el final.

Pero no estaba tan loco, todavía mantenía el control, y al querer más, al empujar un poquito más, encontró resistencia, debido a la estrechez, y supo que tenía que parar, que si seguía le haría daño.

—¿Te hago daño? —preguntó con un murmullo.

—No —contestó de la misma forma.

Se mantuvo así durante un largo minuto, disfrutando de un intenso placer, mientras apretaba las carnosas nalgas contra su hinchado miembro, contra los testículos, enloqueciendo con el movimiento de las caderas, mientras se mordía el labio para no perder la cordura, mientras hacía esfuerzos para cortar lo que estaba haciendo.

Muy a su pesar, salió de esa cueva rugosa y acogedora.

Le dio la vuelta, la cogió en brazos y la colocó encima de la cama.

Terminó de quitarse la ropa y, despacio, se observó el miembro, que parecía a punto de reventar, deseoso de llegar al final.

Viendo que estaba en condiciones de seguir, se puso encima y dio rienda suelta a su cuerpo.

Minutos después, Sissy se encontraba pegada a él, abrazada por él, disfrutando de ese momento de tranquilidad, después de una batalla amorosa.

Qué raro era, y a la vez maravilloso, hacer el amor en un vagón lujoso como el mejor de los hoteles, y al tiempo, sentirse balanceados por el movimiento, escuchando el sonido que provocaba los cambios de velocidad, de vías, mirar las estrellas sintiéndose en el fin del mundo, mientras acurrucada en sus brazos, se sentía la mujer más feliz del mundo.

Pero el presente, y la cena pasada, volvieron a su mente.

—¿Quién es ese hombre?

Los dedos de Duncan acariciaban la suave piel del hombro, de la espalda, y no se extrañó de que volviera a la carga.

Sissy escuchó la respiración de Duncan, ese soltar el aire de manera contenida, algo que daba fe, de que no le gustaba el tema de conversación.

—Un tipo que anda gastando la herencia de la esposa, haciéndola creer que está de viaje de negocios. Un tipo que acude a las mansiones, en especial para jugar a las cartas, y ganar dinero, y luego obtener algo de sexo, o mirar cómo lo hacen otros.

—¿Crees que me puede haber visto en alguna...? ¿Que me habrá reconocido? —preguntó nerviosa.

Se hizo un silencio, mientras Sissy escuchó el latido del corazón debajo de ese manojito de músculos tan bien dispuestos.

—Si los rumores no existieran, seguramente no te asociaría con esos lugares. Pero teniendo en cuenta que Adam está contando todo lo que le viene en gana, es más que probable, y de ahí la invitación. Conoció a la amante en la mansión de Londres, ella es la esposa de un carcamal, creo,

que todavía vive, pero está impedido en el lecho. El viejo, cuando todavía podía, acudía con ella y pagaba para que se lo montara con otros y mirar cómo otros gozaban de ella, y ella de ellos.

Se hizo otro silencio, pero los dedos del hombre siguieron acariciando la suave piel.

—¿Te has acostada con ella?

A él no le extrañó la pregunta.

—No.

—¿Te gustaría?

Duncan bajó la mirada, y colocó un dedo debajo de la barbilla de la esposa.

—¿Por qué piensas que me gustaría acostarme con ella, o con otra, cuando tengo una esposa perfecta? —cuestionó, mostrando esa sonrisa típica de él, que no llegaba a mostrar los dientes, y que a más de uno o de una desconcertaba, pues no sabías qué pensamiento se escondía detrás de ese gesto, y que a Sissy le resultaba sumamente atrayente.

Esa sonrisa, y esa mirada —que en esos momentos rozaba la oscuridad—, a ella le provocaba mariposas en el estómago y vibraciones entre los muslos.

Pero no quiso dejarse llevar por el deseo, por la pasión que la embargaba cuando estaba con él. El tema en cuestión era muy serio.

—Dejando de lado que no soy perfecta, hay personas que diferencian el sexo del amor, que no les afecta hacer todo lo que tú y yo sabemos para seguir llevando una vida normal.

—Sabes de sobra, que «eso» no es una vida normal. Que «eso», más tarde o más temprano tendrá consecuencias, y que esas consecuencias perjudicarán más a uno que a otro. O a los dos.

—¿Por qué? ¿Tan difícil es tener un matrimonio abierto?

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó, sintiendo el calor de la mejilla contra su pecho, sintiendo el movimiento de sus labios contra su piel.

—No, solo te pregunto. Solo hablamos.

Duncan entrecerró lo ojos, sin dejar de mirar esa cabellera oscura, esos rizos brillantes y sedosos.

—Es muy difícil que una pareja piense igual en todo lo relacionado con el sexo. Pueden aparecer los celos en cualquier momento, puede dar lugar a que uno de los dos se enamore de alguien, que ese alguien se superponga por encima de todo, y al final, todo será una fachada, un castillo de naipes que tenderá a caer en cualquier momento, y que provocará el sufrimiento de uno de los dos.

Se hizo el silencio durante unos instantes, y Duncan continuó:

—He conocido parejas que acudían a esos lugares, incluso en sus propios hogares, para hacer intercambio de parejas, para practicar sexo en grupo, pero eran parejas que ya no estaban enamoradas, que se querían, o tal vez ni eso, pero querían darle un punto picante a su relación, alargar ese matrimonio, aferrarse a algo, se entretenían con el sexo, y en algunos casos, podían incentivar la vida matrimonial por un tiempo. Pero al final, todo tiene fecha de caducidad.

—Y ¿si algún día te apetece hacer algo así? ¿Y si lo nuestro también tiene fecha de caducidad?

—No podemos predecir el futuro, dulzura. Pero conociéndome, si algún día quiero disfrutar viendo como un hombre o varios te montan, una de dos: o me he vuelto loco, o me tienen atado

con cadenas para obligarme a ver semejante escena.

Ante el silencio de ella, Duncan se incorporó, y desde arriba, la observó sin pestañear.

Su voz se volvió oscura y su mirada la traspasó.

—Tengo celos de los deseos, de los pensamientos que pueden tener los hombres que te miran, los hombres que te conocen. Hasta de las mujeres que desearían tenerte. Los controlo porque es lo que tengo que hacer, porque no me das motivos, porque soy un tipo civilizado. Pero... será mejor que no me vea en una situación extrema, porque verías mi peor cara.

Deslizó un dedo por el óvalo femenino, bajó la boca y la besó suavemente.

—Ahora, no es antes. Ahora, eres mi esposa. Cuando te vi en Londres, sentí cosas que jamás había sentido. Fue una situación extraña, pues todavía estaba con las consecuencias del accidente, con la impotencia de mi estado, sabiendo de antemano lo que estabas haciendo por Dunc, pero viéndote así... —Respiró hondo—. Viéndote de esa forma, pensé que tal vez...

Se tumbó de golpe en la cama, y clavó la mirada en el techo de la lujosa *suite* del Orient Express.

Ahora fue ella la que se incorporó, apoyándose en el codo, para preguntar ansiosa.

—¿Qué? ¿Qué pensaste?

Duncan deslizó la mirada por esos ojos verdes, para contemplar las largas y oscuras pestañas, para llevar un dedo hasta una de esas cejas negras y recorrerla de manera lenta y perezosa.

—Pensé... que si volvías conmigo, si realmente me querías, jamás permitiría que algo así volviera a suceder. Jamás.

Capítulo 11

Al llegar a Dover, manchó.

No estaba muy segura de lo que estaba pasando, pues había estado dos meses sin menstruar. Tal vez fue un retraso, pues no era la primera vez que le pasaba, pero, al comprobar cómo manchaba, al ver algo así como coágulos de sangre, recordó que su madre había tenido más de uno, pues la escuchó hablando con otra mujer en su gabinete. Luego supo que esa mujer era comadrona, con la que le unía una estrecha relación.

Tuvieron que quedarse en Dover varios días, hasta que la hemorragia disminuyó, y pareció convertirse en una menstruación. En esas circunstancias, no le quedó más remedio que contárselo a Duncan.

—Mi amor, tendrías que habérmelo dicho. Seguramente todo este trajín, y no solo a nivel de viaje, no habrá sido lo más adecuado —le dijo, una de las noches, después de haberse marchado el médico, que Duncan se había encargado de llamar.

—Lo siento. No creí que algo así me fuera a pasar a mí —susurró la joven.

—Bueno, tranquila. Ahora tienes que ponerte mejor, recuperar fuerzas. Dentro de unos días nos iremos a casa.

—Tenía mucha ilusión —gimoteó.

Duncan la besó en la frente y la apretó contra él.

—La próxima vez que tengas retraso, me lo dices. ¿De acuerdo? Cuando eso ocurra, lo mejor es que el médico te controle, por si acaso tienes que hacer reposo.

—Vale —contestó como una niña buena.

Estaban en la cama, ella con su camisón y él vestido.

—¿Te gustaría ser de nuevo papá?

Él no contestó al momento, y ese silencio provocó que ella se tensara.

—Sí, me gustaría mucho —contestó por fin, para satisfacción de Sissy.

Pero esa gravedad en su voz hizo que la satisfacción se convirtiera en duda.

—¿Piensas... o, mejor dicho, tienes miedo de tener otro bebé como Dunc?

Duncan se incorporó, y cambió de postura para ver cara a cara a su esposa.

—Tengo que contarte algo —fueron las primeras palabras de lo que se avecinaba. Si las palabras anteriores le parecieron a Sissy graves, en esos momentos sintió un escalofrío por dentro—. Nadie lo sabe, al menos eso creo, y quiero que siga así. ¿De acuerdo? —preguntó con cierta severidad.

—Sí. Puedes confiar en mí.

—Lo sé.

Sissy se emocionó, y las siguientes palabras, la dejaron helada.

—Es probable que Dunc no sea mi hijo.

Sissy abrió la boca, pero no emitió ningún sonido.

Cómo era posible tal cosa.

Y preguntó.

—¿Cómo puedes decir eso?

Duncan no contestó al momento.

Pareció elegir las palabras, o, simplemente fue el dolor al recordar el pasado.

—Estábamos pasando una época mala, tirante. Cada día era peor que el otro, no porque discutiésemos sin parar, sino por todo lo contrario. Los silencios eran constantes, permanentes, incómodos. Yo estaba más a gusto fuera de casa, en cualquier lugar, lo más alejado de ella. Cada día que pasaba era como cuando estiras una cuerda con mucha fuerza, con toda la fuerza de la que eres capaz, al final se romperá; y creo, que era lo que yo deseaba. Estaba convencido de que había sido engañado, de que me había dejado deslumbrar por su gélida belleza, por su saber estar, por la clase que tenía, pero debajo de todo eso, no había visto su verdadero carácter, su personalidad. Vi lo que ella quiso que viera.

Se hizo un silencio, y Sissy lo rompió con su preciosa voz.

—¿No estabas enamorado?

—No lo suficiente.

Ella lo contempló con esos esplendorosos ojos, con esa mirada luminosa.

—Qué pena —añadió con tono lastimero.

Se mordió los labios, sintiendo la mirada del hombre, queriendo hacer una pregunta, pero sin atreverse.

Duncan deslizó un dedo por la boca, y ella la abrió para preguntar.

—¿En la cama lo pasabais bien?

Él ahogó una risa.

Una risa amarga.

—En la cama fue un fiasco de principio a fin. Antes de casarnos, solo hubo toqueteos, besos y poco más. Nada fuera de lo normal, pues es lo que esperas. Cuando un hombre se va a casar, normalmente quiere una mujer virgen, para ser él el macho que la desvirgue, el primero y el único; pero también quiere, o le gustaría que una vez que pasan las primeras noches, las primeras semanas, ella se convierta en una mujer receptiva, complaciente, y a poder ser, que adquiriera experiencia para que el marido quede satisfecho. Con el tiempo, descubrirá que las cosas no son como él deseaba, que ella no está por la labor cuando él lo desea, y que ella ya buscará la excusa adecuada para evadir sus obligaciones conyugales una noche más.

—¿Así fue ella?

—No, exactamente. Digamos que ella quiso ser complaciente, pero no era lo que yo quería. A mí nunca me gustó que una mujer me diera algo para tenerme contento; yo quiero gozar con una mujer que goce conmigo, yo quiero que una mujer disfrute de mi cuerpo, de mi boca, de mis manos, como yo de ella. Coira nunca lo entendió así.

—¿Y cómo lo entendió?

Duncan soltó el aire despacio.

—Ella se dejaba hacer, y con eso ya estaba todo hecho.

—¿No le hacías lo que me haces a mí? —La pregunta estaba llena de curiosidad, pues todo lo relacionado con su esposo le atraía sin límites.

Duncan soltó una carcajada.

—Dulzura, jamás disfruté de las mieles de su sexo. La primera vez que lo intenté, ella apretó las piernas con fuerza, y me miró como si la fuese a forzar, como si le fuese a infringir el mayor de los castigos. Intenté hablar con ella, explicarle que gozaría, que le gustaría. No hubo manera. El sexo entre nosotros era: yo arriba, y ella abajo; y cuando tuve la sensación de que en esa postura estaba incómoda, la coloqué encima, pero, ni por esas esas.

—No le gustaba el sexo.

—A esa conclusión llegué.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —repreguntó el hombre, engatusado con esa carita.

—No te ofendas, pero tal vez no estaba enamorada de ti.

—No me ofendo, en absoluto. Fue algo que también pensé, y se lo dije.

—¿Y qué pasó?

—Que lloró, que se puso histérica, que me dijo que era el amor de su vida, que no podría vivir sin mí, pero que eso le resultaba incómodo, que el deseo de los hombres, o sea, el mío, lo veía como algo sucio, primitivo, animal. —Hizo una pequeña pausa, sin dejar de mirar a su esposa—. Que yo era... demasiado excesivo. Me contó que su madre le había dicho, días previos a nuestra boda, que no tenía de qué preocuparse, que los esposos, si eran unos caballeros, solo acudirían a la habitación de la esposa una vez por semana al principio, y con el tiempo, dos o tres veces al mes. Cuando escuché semejante estupidez, creí que me estaba tomando el pelo, que si su madre pensaba que vivíamos en siglos pasados, pero no, en absoluto. De esa forma, yo no entraba en el estrecho concepto de caballero, pues para sus ojos era... desmesurado, y demasiado grande.

—¿Grande? —Pareció no entender.

—Sí, cariño. Demasiado grande, y no se refería a mi estatura o corpulencia.

La joven se llevó una mano a la boca para ocultar su sonrisa.

—Vaya —añadió la joven, con los ojos como platos, y tan atenta a las palabras del esposo, que el dolorcito del bajo vientre casi no lo notaba.

—¡Vaya! —repitió el hombre, ahogando una sonrisa, deleitándose con la expresión de la esposa—. No fue lo que pensé en esos momentos, pero sí, se puede admitir esa exclamación.

—Imagino que estarías muy dolido.

—Más que dolido, estaba enfadado. Sentía que me había tomado el pelo. Qué iba a hacer: ¿buscarme una amante? ¿Acudir a las mansiones para satisfacer mis viles deseos?

—¡Vaya! —volvió a repetir Sissy, provocando una sonrisa en el hombre.

—Cuando llegaron las Navidades, llevábamos más de un mes sin tener relaciones. Me negaba a acostarme con una mujer que tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano mientras acataba y aceptaba sus obligaciones maritales. Sin dejarme que la masturbara, que la acariciara antes, para que el coito fuese más placentero, o menos doloroso. Mientras sentía mi..., mi miembro dentro

de ella, como si fuese poco menos que una agresión. No podía aceptarlo, me resultaba repugnante y acababa con mi deseo.

Sissy observó a su marido con atención cuando él dejó de hablar, y comprendió a la perfección su postura.

Duncan continuó:

—Se acercaba la Noche Vieja, y estábamos invitados a una fiesta en la mansión de unos conocidos, pero mi tío se puso enfermo, muy grave, y me fui a estar con él, pues me dijeron que podía morir, y ella fue a la fiesta con sus padres. Nos vimos una semana más tarde en Edimburgo. Mi tío mejoró de tal forma que sus médicos se quedaron sorprendidos, yo volví a Victoria Street, y ella se lo pasó muy bien en dicha fiesta.

Sissy no dijo nada.

Él continuó:

—Su comportamiento varió, y volvió a ser cariñosa, sensual, como cuando éramos novios, algo que me sorprendió, pero no pensé mucho en ello, pues lo que deseaba era tener un matrimonio normal, tampoco pedía algo excepcional. De manera que volvimos a compartir el lecho, y no se mostró incómoda, no es que fuese la cosa para tirar cohetes, pero... podía ser un comienzo. Fue lo que pensé. Cuando nació Dunc, todos pensamos que el parto se adelantó, el médico el primero, y yo no tuve motivos para pensar en engaños ni nada por el estilo, porque sabía que ella no era así. Teníamos bastante con..., con las condiciones del pequeño. —Se hizo el silencio, y enseguida continuó—: Unos días antes de suicidarse, me lo contó.

El semblante de Duncan era duro, con la mirada perdida, recordando el pasado.

—Estaba deprimida, no levantaba cabeza. Siempre triste, llorando cada dos por tres. El médico dijo que era normal, que ya se le pasaría, que un parto podía provocar ese estado, y el nacimiento de un hijo como el nuestro, más.

Se hizo el silencio, Sissy casi ni se atrevió a respirar, esperando que continuara.

—Esa Noche Vieja bebió mucho, fueron sus palabras, y debido a la bebida, y a que yo no estaba, y a que nuestra relación no iba por buen camino, decidió bailar con todos, reírse con todos y coquetear con todos, pero en eso se quedó. Llegó un momento en que ya no controlaba, y decidió irse a su habitación, pero alguien la acompañó, uno primero, luego varios.

—¿Y sus padres? ¿No estaban con ella?

—Coira era una mujer adulta, casada. Muchos de los invitados eran amigos, el resto conocidos. No podía pasar nada, no estaba en un antro de Londres. Mis suegros pasaron la velada con sus amigos más íntimos y se retiraron pronto, dejando a la gente más joven que disfrutara del baile y de la fiesta.

Volvió el silencio, y esta vez, los ojos del hombre dejaron de mirar el vacío y se clavaron en el rostro de Sissy.

—Cuando me lo contó, lloraba, y yo permanecía impasible, como si ello no fuera conmigo. Dijo que eran varios, no estaba segura, pero eran más de dos. Dijo que recordaba cómo la acompañaron hasta la habitación, llevándola, rodeándola con sus brazos para que no cayera al suelo, y una vez en la alcoba, en lugar de dejarla en la cama y largarse, recordó cómo la

desnudaron, cómo la tocaron. Dijo que intentó resistirse al principio, pero no mucho, pues sentía que todo era un sueño, y que, en cuestión de segundos, caería en un profundo sopor y ya no sería consciente de nada.

La mirada del hombre no se retiró del rostro de su esposa, y ella sintió un repelús.

Los dos pensaron lo mismo.

—No —negó el hombre—. Ni lo pienses. No tiene comparación, lo que tú hiciste conmigo, y lo que esos impresentables hicieron con ella.

—A ella la violaron.

—Así es.

—Y yo hice lo mismo contigo —afirmó con gesto triste—. También te violé, solo que tú no puedes quedar embarazado, pero yo sí me podría haber quedado, y te habrías visto obligado... —Duncan colocó un dedo sobre los labios de la mujer.

—No sigas. Calla. Tienes razón, y todo habría sido diferente, si no me hubiese enamorado de ti, si tú fueses una lagarta con idea de pescar un marido. Pero todo habría sido muy relativo, porque te encontrabas en desventaja, porque si yo hubiese querido, te habría puesto las cosas muy difíciles, y si no hubiera querido casarme contigo, no lo habría hecho. En un hipotético embarazo, podrías haber abortado, o podrías haberlo tenido y... En el mundo hay muchos bastardos, no es nada nuevo.

La joven se limpió una lágrima traicionera con la sábana.

—Pobrecita. Lo tuvo que pasar mal, una vez los recuerdos se hicieron un hueco en su mente.

Estuvo a punto de contarle su propia violación.

A punto.

Coria no se enteró por la gran borrachera que llevaba, y ella, porque Cameron la dejó inconsciente.

La mano del hombre se deslizó por el contorno de ese delicado rostro.

—¿Cuánta gente había en esa fiesta?

—Cerca de doscientas personas —fueron las palabras de Duncan.

—Y ¿todos se quedaron a dormir?

—No. Muchos se fueron. No lo sé con exactitud, pero teniendo en cuenta las dimensiones de la mansión, cincuenta, tal vez alguno más quedó. Son veinticinco o treinta habitaciones, para esos casos.

—Y ¿ella no tenía una vaga idea?

—Sí, la tenía. Pero no me lo dijo.

—Eso quiere decir que tú los puedes conocer.

—Casi con total seguridad.

Sissy sintió algo parecido a un ahogo, y seguidamente, un retortijón en el vientre.

—¿Qué ocurre? ¿Te duele mucho? ¿Voy a buscar al médico?

—No, no pasa nada. Esto es normal, cada vez son menos y más cortos.

—Mi amor, cuánto daría por que no sufieras —la voz sonó acariciadora, sensual.

Bajó la cabeza y dejó caer un suave beso en los labios temblorosos.

—Te quiero, mi vida. —El tono grave sonó bajo, oscuro, y produjo un no sé qué en la esposa.

—Y yo también —añadió casi llorando.

—¡Eh! Qué son esas lágrimas.

—Nada, no es nada. Es que... todo esto, lo que me ha pasado y lo que has contado...

Soltó varios suspiros, que no pudo controlar.

—Vamos, dulzura. Dentro de poco estarás bien. Y lo que pasó... —Dejó la frase sin acabar.

—Si supieras quién hizo eso a la madre de Dunc, ¿qué pasaría?, ¿qué harías?

Duncan pareció pensar la respuesta, pero nada más lejos de la realidad.

—El bienestar de Dunc es primordial para mí. Él está por encima de todo. No importa que yo no lo haya engendrado. Es mi hijo, no hay más.

Ella soltó un suspiro, al tiempo que afirmó en silencio.

—Tengo mis sospechas, pero...

Ella se mordió el labio, mordiendo la lengua, para no decir lo que acabó diciendo.

—¿Estaban en esa fiesta... Cameron y sus amigos?

Duncan la miró sorprendido.

—Sí.

—¿Y crees que pudieron ser ellos?

—¿Por qué iba a pensar algo así? —La penetrante mirada del hombre no hizo que midiera las palabras.

—Porque son muy amigos, porque les gusta ir juntos a muchos sitios, porque habrán compartido mujeres, porque pueden actuar como una... pequeña manada.

La mirada de Duncan era tan intensa y tan oscura en la penumbra de la habitación, que, ahora sí, sintió cierto nerviosismo.

—¿Coincidieron contigo cuando...? —No terminó la pregunta.

—Cuando hice de bandeja humana, reconocí sus voces. Pero no ofertaron bastante para quedarse conmigo. Fue una mujer la que dio más dinero. Si estuvieron de espectadores en otros momentos, no lo sé.

Duncan se pasó una mano por la mandíbula rasposa.

—Si alguna vez le preguntase a mi primo algo relacionado con esa fiesta, lo pondría en guardia. Él no quiere un hijo con taras, con deficiencias, es más, no creo que desee hijos, al menos de momento, pero no le importaría chantajearme con ello. Si la violaron los tres, puede ser hijo de cualquiera de ellos; si unos miraron y otro la violó... —Volvió a frotarse la mandíbula—. Nada se puede probar, incluso si ellos hablaran, podrían mentir.

—¡Oh! Claro que mentirían. Dirían que ella los provocó, dirían que fue algo consentido, dirían que ellos también estaban bebidos.

—Es mejor no remover el tema. Ella ya no está, y mi hijo sí.

—Sí, es lo mejor —susurró la joven.

—Te lo he contado porque quiero que lo sepas, quiero que no haya secretos entre nosotros. Pero no quiero que lo que te he contado dé lugar a que mires de otra forma al pequeño.

Ella abrió los ojos al máximo, ofendida.

—Por supuesto que no. Mi amor por Dunc es inalterable. No importa de dónde venga, es un ser inocente.

—Es lo que creía.

—Él no tiene culpa de nada.

—Inocente como una paloma.

Sissy se quedó pensativa.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre.

—Nada.

—No quiero secretos entre nosotros, Cecily.

Ella no se atrevió a decir nada.

—Qué no me has contado.

Sissy cogió aire, y lo soltó con sonoridad.

—El día que se enteró de que habías despertado, en Londres, cuando me lo dijo, yo ya tenía mis cosas preparadas para irnos, pero esa noticia lo cambiaba todo, de manera que le dije que me iba, que volvía a los Estados Unidos, que no era necesario seguir con nuestro acuerdo. Se enfadó mucho, más de lo que estaba por tu despertar. Me golpeó —Ella se dio cuenta de la tensión que se produjo en la mandíbula del hombre, de cómo apretó los dientes, del temblor de la cicatriz en la sien—, me dio un puñetazo en la cabeza, muy fuerte. No me lo esperaba, no lo pude esquivar, aunque creo que no habría servido de nada. Caí redonda, supongo que en la cama, no lo sé. Cuando desperté, oí la puerta cerrarse. Yo estaba tumbada en la cama, con las piernas abiertas, la ropa interior rasgada, y... su semen manchaba mi vientre y resbalaba por mis muslos.

El rostro del hombre estaba tenso, como cuando fue testigo de las barbaridades de la gran Guerra.

Intentó controlarse, que ella no sintiera todo el enfado que llenaba su mente.

—Los pequeños moretones en el interior de tus muslos tenían su explicación.

Ella lo miró sin entender.

—En el tren, después de la boda, cuando te desnudaste me fijé en ellos, pero con ese tatuaje que marcaba tu precioso trasero lo dejé en el olvido. Esas marcas eran de dedos presionando, abriendo, forzando, magullando. Estabas inconsciente, no había necesidad de algo así, sin embargo, él quiso dejar su marca, otra más, seguir haciendo daño, un poco más —agregó con voz áspera, contenida, controlando el enfado que le embargaba.

Las ganas de venganza.

—Bueno, eso ya pasó. Además, no lo recuerdo.

Él la abrazó, la envolvió en sus brazos.

—No lo recuerdas, pero ocurrió. Ya pasó, pero, ahora, lo sé.

—Fue antes de volver, antes de comenzar de nuevo.

—Lo sé, mi amor.

Sissy sintió alrededor de su cuerpo esos brazos protectores, las grandes manos colocando el cabello detrás de la oreja, la cálida boca dándole un beso en la frente.

El último pensamiento antes de dormirse fue que tendría que haber mantenido la boca cerrada.

Pero ya era demasiado tarde.

Capítulo 12

Estuvieron un par de semanas en Edimburgo, y después se fueron al Norte.

Pasaron dos meses disfrutando del pequeño Dunc y retomando sus noches placenteras, pues su cuerpo ya estaba en sintonía, y haciendo algo de vida social, a pesar de los rumores, a pesar de las miradas encubiertas. A Duncan le daba lo mismo, le resbalaba como la espuma, y Sissy, viendo el comportamiento del esposo, sabiendo que estaba de su parte, que la defendería a muerte si era necesario, se comportaba igual que él, con naturalidad, con desparpajo, con simpatía.

Duncan la admiraba cada vez más; admiraba su fuerza, a pesar de ese aspecto delicado, admiraba su valentía, que se escondía detrás de sonrisas y bonitas palabras, admiraba esa personalidad desbordante, independiente, y una inteligencia sagaz.

Estaba pleno, satisfecho de haber encontrado la paz, de haber descubierto un amor tan profundo, y por descontado, de tener una vida sexual tan placentera.

Los celos y el enfado aparecían de vez en cuando, era inevitable, al ver cómo la miraban, cómo se la comían con los ojos, cómo criticarían, hablarían y destrozarían en mil pedacitos a sus espaldas. Pero más pronto que tarde, eso quedaría en el olvido, para surgir de tarde en tarde, en algún círculo de personas cotillas que lo sacarían a flote ante la falta de algo más interesante.

Y con relación a su primo...

Eso era un tema pendiente.

Un día, Sissy recibió una llamada telefónica, una conferencia de Estados Unidos.

—Señor Robertson, qué sorpresa —saludó Sissy.

—Eres muy amable, querida niña. Espero no molestarte, pero lo que tengo que decirte es muy importante, no podía ser escrito en una carta.

—No me molesta, señor Robertson.

—Verás, siento ser el portador de esta noticia, pero no me queda otro remedio, además, prefiero ser yo el que te informe.

—¿Qué ocurre? Me está preocupando.

—Está relacionado con la señorita Anne, y... Y con Tom Stevenson.

Sissy se quedó callada, confusa, sin saber por dónde iban los tiros.

—No le entiendo.

—Lo resumiré rápidamente. Tom sabe de la condición sexual de la señorita Clifford, y está dispuesto a chantajearla, a no ser que le des el collar de diamantes.

Por unos segundos, Sissy se quedó en silencio.

—Entiendo.

—He hablado con la señorita Clifford, y ella no parece darse cuenta de las consecuencias que puede traer todo esto. Está muy triste por la muerte de Gerda, y no piensa en otra cosa. Dice que le da igual lo que digan de ella, que no le importa en absoluto; pero lo cierto es que puede acabar sus últimos años en el ostracismo, que seguramente perderá su trabajo, pues, una cosa es que haya una ligera sospecha, y otra que diversas personas se dediquen a contar intimidades de tu abuela y de ella, sin importar que sean mentiras, pues el trasfondo, la realidad, está ahí, y todo eso...

—Sí, sí. Tiene toda la razón. No puedo permitir que pase algo así. Anne no se lo merece.

—Entiendo que todo esto es... demasiado violento, por llamarlo de alguna forma. Los Stevenson, desde la hecatombe de la Bolsa, han comenzado varios negocios, pero todos han fracasado. Y, a raíz de una foto que vieron en las notas de sociedad en el New York Times, en la que llevabas uno de los collares de tu madre Adele, dieron por hecho que tenías en tu poder el de diamantes, y que cuando Tom te preguntó, le mentiste.

—¿Y quién dice que no van a seguir chantajeando si les doy el collar?

—Quieren el collar, no piensan en otra cosa. Es más, creo que ya tienen un comprador. Lo ven como una salvación, una manera de resurgir de las cenizas.

—Por Dios, qué impresentables. Y pensar que mi padre confiaba en ellos.

—Así es, querida. Pero eran otros tiempos. Ahora, quien no se quitó la vida como tu amado padre, intenta comenzar de nuevo. Los Stevenson son muy orgullosos, y según me dijo Tom, pues su padre se encuentra muy débil mentalmente, pues, como te digo, según Tom, se lo debes.

—¿Que se lo debo? —preguntó ofendida.

—Sí, eso dice. Sabe que te has casado con un inglés rico, y que no necesitas ese collar.

—Escocés —corrigió la joven.

—¿Cómo? —preguntó el abogado.

—Que mi esposo es escocés.

—¡Ah! Claro, claro, escocés.

Hablaron un poco más y quedaron para verse en su despacho de Nueva York, en una semana.

Esa noche, después de cenar, se lo contó a Duncan.

—Bien, iremos a Nueva York —fueron las palabras del hombre.

—No, no es necesario que vengas. Iré yo, le daré el collar al abogado de mi padre, y de paso iré a ver a Anne.

—Ni hablar. Iremos juntos, y no se hable más.

A ella le gustó ese detalle, pues no quería separarse de él.

—Tendrás que sacar el collar...

—No te preocupes por eso.

El collar de diamantes estaba en una caja de seguridad de un banco de Edimburgo, junto con otras joyas de incalculable valor heredadas de su tío.

Una semana más tarde se hallaban en el despacho del abogado, y el señor Robertson conoció al escocés.

—Es un placer, señor Murray.

Fue Sissy la que le corrigió.

—En realidad, es Lord Murray.

—¡Oh, lo siento! Lord Murray. Por estos contornos no estamos muy habituados a los títulos nobiliarios —se disculpó el hombre, mostrando una de sus mejores sonrisas.

Duncan miró de pasada a su esposa, y mostrando una sonrisa, se dirigió al abogado.

—No importa, señor Robertson. Además, como sé la relación de años que le unieron al padre de Cecily, creo que bien nos podemos tratar con total confianza, ¿no le parece, Milton?

—Claro, encantado, Duncan —contestó con una sonrisa mayor que la de antes.

Milton Robertson era un hombre de baja estatura, apenas pasaba del metro sesenta. Prácticamente calvo, a excepción del cabello gris y blanco que iba de oreja a oreja, llenando la zona de la nuca. Sus ojillos pequeños y de un color entre gris y azul se protegían con unas gafas de ver con bastantes dioptrías, y su cuerpo rechoncho se cubría con un traje impecable, hecho a medida.

—Y, dígame, Milton..., ¿hay alguna posibilidad de que me vea con los Stevenson?

—Mmm, no lo creo Duncan. Verá, los Stevenson, o, sería mejor decir, el hijo, quiere que yo sea el intermediario.

La mirada de Murray no se despegó del abogado, observando hasta el más pequeño detalle.

—Entiendo. Entonces, le damos a usted el collar, y usted se lo da a ellos, o al joven Stevenson.

—Así es. Verá, realmente creo que Tom no tiene mala intención, es decir, no quiere hacer daño a la señorita Clifford, lo que ocurre es que se encuentran en una situación tan delicada, y teniendo en cuenta que el viejo Stevenson le echa la culpa de su ruina a Cornelius...

El abogado dejó la frase sin acabar.

Sissy no perdía detalle de la conversación, y obedeciendo al deseo de su esposo, se mantenía callada.

—Comprendo lo que quiere decir. Siempre hay que buscar un culpable.

El abogado elevó la barbilla y apretó los labios, antes de añadir:

—Lamentablemente, es así. Cuando las cosas comenzaron a ir mal, aunque nadie imaginaba que iban a llegar a tal dramatismo, Cornelius le dijo a Stevenson que vendería el collar, de hecho, Stevenson tenía un comprador que, aunque no llegara al millón de dólares, sí podrían conseguir setecientos mil, pero Cornelius se evadió del tema, diciendo que lo podía vender por más, que no iba a desprenderse de los diamantes por menos del millón.

—Entiendo por sus palabras, que en esos momentos ambos tenían negocios.

—Así es. Cornelius hizo negocios con mucha gente a lo largo de los años, pero con Stevenson compartía la mayoría repartiéndose los beneficios a partes iguales.

—Bueno —continuó Duncan, analizando al abogado con esa mirada intensa, que llegado un momento, podía incomodar al interlocutor—, Milton, las cosas están así: si los Stevenson quieren el collar, deberán entrevistarse conmigo.

El abogado no esperó esa condición.

—Pero... —Duncan levantó una mano.

—No es negociable. O nos entrevistamos, o con las mismas, nos vamos a por la señorita Clifford, y nos la llevamos a Escocia.

El abogado se quedó sin saber qué decir.

Fue Sissy la que habló, pues ya no se pudo aguantar más.

—Señor Robertson, no podemos dejar que nadie haga chantaje a Anne. El collar fue un regalo de mi padre a mi madre, y como tal, seguirá en la familia.

—Ese es otro tema, querida Sissy. Los Stevenson están fuera de todo sentido común, y saben de tus orígenes, y del mismo modo que pueden vapulear a la señorita Anne, lo pueden hacer contigo.

La joven mostró una discreta sonrisa.

—No se preocupe por mí, señor Robertson. A estas alturas de mi vida, a pesar de no tener una edad avanzada, ya estoy curada de espanto. Con todo lo que me ha pasado, algo así me es indiferente. Si los Stevenson quieren mancillar mi nombre, o el de mi padre, que lo hagan, pero avíseles de que nos veremos en los tribunales. Y eso va también por mi amiga Anne.

El abogado pareció ligeramente sorprendido, y antes de que abriera la boca, Duncan puso las cosas más claras todavía.

—Milton, le aconsejo que, como abogado, informe detalladamente a los Stevenson en el problema que se pueden ver. Tengo una enorme fortuna, y no escamotearé ni un centavo o penique en defender el honor de mi esposa y de la señorita Clifford. Si están dispuestos a seguir con este chantaje, lo primero que haremos será poner una denuncia en la policía de Nueva York, y seguidamente una querrela criminal en el Tribunal competente.

El abogado había enrojecido poco a poco, lentamente, al darse cuenta de las intenciones de ese hombre.

Al ver que sus planes se iban al garete.

Ante el desastre, lo mejor era recomponerse y cambiar de táctica.

—Tiene toda la razón, Duncan. Se lo haré ver al joven Stevenson, y estoy seguro de que entrará en razón. A fin de cuentas, no están los tiempos para pleitear.

—Ni para pleitear ni para acabar con los huesos en la cárcel —puntualizó Duncan, viendo más de lo que mostraba el viejo abogado.

—Cierto, muy cierto, Duncan —reafirmó el hombre, que le mantenía el pulso visual al escocés, sin querer mirar a la preciosa Sissy.

—Eso espero. Este no es un viaje perdido, pues aprovecharemos para pasar unos días con la señorita Clifford, y de paso, hacer otras gestiones. La semana que viene tomaremos un vuelo de vuelta, y le llamaré para ver si todo está resuelto, a no ser que me llame usted antes.

—Por supuesto, por supuesto —repitió mostrando una sonrisa—. Pero no se preocupen, les pondré las cosas tan claras, que no habrá que llegar a mayores. Estoy seguro. Segurísimo. Tengo el teléfono de la señorita Clifford, y les llamaré. —Miró el pequeño calendario que había en su mesa, y añadió—: Seguramente antes de acabe su estancia en el estado.

Duncan se levantó del sillón y ofreció la mano a Sissy para que hiciera lo propio, siendo observados por el abogado.

Tomó a la esposa por el talle, y cuando parecía que iba a despedirse, añadió:

—Por cierto, nos gustaría llevarnos las agendas de Cornelius.

—¿Ahora? —inquirió con sorpresa ante tal petición.

—Me pasaré antes de volver a Escocia. Me gustaría un documento dando fe del número de agendas, meses y años correspondientes, firmado por usted.

El abogado le dio a la cabeza, afirmando.

—Claro, delo por hecho.

Y Duncan, sin soltar a su adorada esposa, sabiendo que el abogado ya había evaluado el elegante atuendo de Sissy, al igual que las discretas pero carísimas joyas que adornaban sus dedos, cuello y cabello, terminó de decir:

—También quiero que me presente una minuta, por dicho trabajo, y por todo lo que ha hecho por mi esposa desde que ocurrieron los tristes acontecimientos.

Milton no esperó semejante cosa, a pesar de que le vendría muy bien, pues no estaba viviendo el mejor de los momentos, y probablemente, las cosas se pondrían peor.

—¡Oh! No es necesario, Duncan. Hice todo lo que pude, y lo volvería a hacer.

—Y se lo agradecemos. Pero todo trabajo tiene un precio, y siendo las circunstancias tan extremas, no dejó de ser un trabajo extraordinario por su parte, además de los gastos que se produjeron por recoger el cadáver y llevarlo al cementerio donde descansa, y todos los gastos que tuviera, por muy pequeños que fueran.

El hombrecillo se encogió de hombros, y no añadió palabra.

—Doy por hecho que usted se hizo cargo de todos los gastos.

El abogado, incómodo por todo lo que no se decía, por todo lo que se podía leer entre líneas de las palabras del escocés, hizo un comentario:

—Así fue. Lo hice y lo volvería a hacer. Fue un gasto necesario. No iba a dejar que Cornelius Frank acabara en una fosa común.

Sissy apretó los labios y controló sus recuerdos, su dolor, sintiéndolo cercano, demasiado doloroso. Discretamente, sacó un pañuelo de su bolso y se limpió una lágrima traicionera.

—Mi esposa se lo agradece enormemente. Pero, como le he dicho, quiero que conste todos y cada uno de los gastos, y sus consiguientes intereses por la demora.

El abogado elevó las cejas plateadas en señal de sorpresa.

—No, no es necesario llegar a esos extremos, Lord Murray.

—Insisto. Creo que un diez por ciento compensará todo el retraso. Todos somos conscientes de cómo está la situación, en especial, aquí, en los Estados Unidos. Seguramente usted también habrá visto menguar su clientela, y todas las consecuencias que ha provocado y seguirá provocando esta recesión. Es probable que en un futuro cercano tenga negocios aquí, y me gustaría contar con un abogado competente.

—Será un honor para mí.

—Pues, no se hable más —sentenció Murray, ofreciéndole la mano.

Milton vio desaparecer su pequeña mano dentro de la del escocés, y también sintió algo más que un apretón de cortesía.

Sissy se acercó al abogado y le colocó un beso en cada mejilla.

—Siempre le estaré agradecida, señor Robertson. Jamás olvidaré lo que hizo por mí, lo que hizo por mi padre.

El hombrecillo se sintió abrumado, al tiempo que humillado.

Le había salido el tiro por la culata; Murray, y seguramente la inocente Sissy, que ya no era tan inocente, se habían oído la estafa, pero bueno, por lo menos sacaría algo de ese gigante escocés.

—Hice todo lo que pude, querida Cecily.

—Lo sé.

Lord y Lady Murray salieron del elegante despacho de Milton Robertson, y en cuanto desaparecieron de su vista, resopló.

Se sentó de nuevo en su ajado sillón de cuero, y rápidamente se puso a trabajar sobre lo que el esposo de Sissy le había pedido; una cosa estaba clara, muy clara, que ese hombre, aparte de tener una enorme fortuna, podía ser peligroso, lo intuía, y no, para nada quería pleitos con un tipo así, por muy Lord que fuese, por muy elegante que vistiese, o por muy inglés que fuese.

Bueno, escocés.

Anne quedó encantada de conocer a Duncan, y más encantada todavía, al ser testigo de cómo se trataba la pareja, de las miradas entre ellos, cuando creían que nadie observaba, de las palabras cariñosas que ese hombre le decía, de ese comportamiento tan gentil y amoroso. No le cabía duda, Sissy había tenido suerte, había elegido bien, y teniendo en cuenta lo que hizo por el pequeño Dunc, ese hombre se lo agradeció de la mejor manera. Pero lo que se podría imaginar en un matrimonio concertado, no ocurría en este; Sissy le había contado por carta más o menos lo que tuvo que hacer, y el comportamiento que veía en ese hombre, no era agradecimiento, era amor, estaba profundamente enamorado de ella, y ella de él.

Cuando Sissy le pidió que se fuera con ellos, que una temporada en Escocia le vendría muy bien, y de paso vería a su hermana, Anne se negó.

—¿Por qué? —preguntó Sissy, como cuando era pequeña y mamá Adele le negaba algo.

—Verás. Sabes que trabajo para un juez jubilado. —La joven afirmó en silencio—. Bueno, pues, me ha pedido matrimonio, y me lo estoy pensando.

Sissy no dijo nada, pero sus ojos lo dijeron todo.

—Sí, sé lo que estás pensando, pero el juez es un hombre mayor, que ya no está para trotes de ningún tipo. Él tendría compañía día y noche, y yo... pues también. Es un buen hombre, no tiene hijos, con lo cual, nadie nos va a incordiar. Además, nos conocemos desde hace muchos años, no vamos a llevarnos ninguna sorpresa.

Sissy la miró con esos ojos desbordantes, llenos de sorpresa, de curiosidad, de amor.

—Pero él sabe...

—Sí, cariño. Lo sabe, lo entiende y lo respeta. Es un hombre adelantado, y más de una vez lo hemos hablado. Aunque él piensa que es muy probable que a mí me gusten ambos sexos, y bueno, tampoco le quito la razón, porque cuando era joven tuve un novio, y la verdad, me gustaba mucho —explicó, soltando una risilla.

—Pero no te casaste con él —contraatacó la joven.

—Porque murió, cariño.

—Oh, lo siento —musitó la joven, cogiéndola de las manos.

—No pasa nada. El pobre murió de pulmonía, no tenía una salud muy buena.

—Creo que mi abuela, esté donde esté, estará contenta de verte feliz. Y yo, lo único que deseo es que hagas lo que te plazca, y vivas como quieras.

Agnes abrazó a la joven.

—Ay, mi pequeño ángel. Y yo estoy feliz de haber conocido a ese marido tan impresionante que tienes y, sobre todo, de ver cómo te trata. Ese hombre está enamorado de ti hasta lo más profundo, no me cabe la menor duda.

Las mujeres se fundieron en un largo abrazo.

De manera que la estancia llegó a su fin, quedaron en escribirse y llamarse de tarde en tarde, y como Anne estaba al tanto de toda la rocambolesca historia del abogado y el collar, Duncan le pidió que si tenía cualquier contratiempo, que si alguien la importunaba de cualquier manera, se pusiera en contacto con ellos.

—No te preocupes, Duncan. Estoy segura de que el señor Robertson ha aprendido la lección. Las personas, en un momento dado, pueden ser avariciosas, o se ven en situaciones no imaginadas, pero, en este caso, estoy segura de que prima la inteligencia por encima de todo. Y creo que eres un buen hombre al haberte comportado así. Estamos en tiempos difíciles, y se podrán peor, ya lo decía mi querida Gerda; el viejo Milton también lo estará pasando mal, y si tú le has abierto otros horizontes...

Capítulo 13

De vuelta en Escocia, Duncan retomó sus negocios, y Sissy con él.

Pronto se dio cuenta de que esa hermosa mujer que tenía como esposa disponía de una mente brillante para los negocios, y que cuando él le exponía una opinión, ella se la rebatía, unas veces con más acierto, y otras con más incógnitas, pero dichas incógnitas le hacían ver posibles puntos débiles.

Pero todo lo bueno, tiene su lado malo, y Sissy comprobó que trabajar con su marido, a las órdenes de él, traía roces, diversos puntos de vista y, sobre todo, pasar demasiado tiempo juntos. Así que se distanció. Decidió que daría su opinión cuando él preguntara, incluso cuando no, pero manteniendo la distancia.

Y se dedicó a traducir libros.

La cosa vino de manera casual, cuando en una cena en Edimburgo le presentaron a un editor. Después de una larga y entretenida conversación, y de más de una mirada recelosa de Duncan, que hablaba con un conde, el editor le pidió que le tradujese al inglés ciertos libros alemanes que estaba interesado en publicar.

Por qué no, se preguntó ella; dominaba a la perfección el idioma, al igual que el francés, no tanto el noruego, que en los últimos tiempos lo había practicado poco o nada, pero aun así, poniéndose a leer un libro o dos en ese idioma, pronto volvería su locuacidad.

Seguía participando en la mayoría de los negocios de Duncan —que como él decía, «son tuyos y de Dunc»—, pero de una manera más alejada, ya que su nueva etapa de traductora le entusiasmaba, no solo por el amor que siempre le tuvo a los libros, sino por la soledad que entrañaba. Era evadirse en otro mundo, y cuando te cansabas de ello, volver al presente, con tu esposo y con tu hijo. Sí, consideraba al pequeño Dunc su hijo, y creía que no lo podía querer más, pues ese amor llegaba al infinito y daba la vuelta. Eso le decía su padre cuando ella se enfadaba por algo, ya fuese importante o no.

—Te quiero hasta el infinito, y más.

—El infinito es lo máximo, no hay más —replicaba ella enfurruñada.

—Bueno, pues hasta el infinito y la vuelta, y otra vez el infinito —añadía Cornelius mostrando una sonrisa deslumbrante, provocando que la niña se echara en sus brazos.

Había recibido tanto amor, que necesitaba devolverlo de la manera que fuese. Qué más daba que el pequeño no fuese hijo de Duncan, era un ser maravilloso y no importaba nada más.

La vida social de la pareja fue en aumento, de manera selectiva, y con el consentimiento de Sissy, que era la que decidía qué invitaciones se aceptaban; salvo que Duncan, muy sutilmente, le aconsejara que tal cena no podían evadirla porque era necesario para sus movimientos mercantiles.

El editor, Max Goodall, era un tipo encantador. Rondaba los cuarenta años, y a pesar de tener el cabello canoso, no aparentaba más edad, pues su sonrisa y su rostro atractivo delataban todavía su esplendorosa madurez. Estaba casado, pero su esposa vivía en Londres, y no tenían hijos. Los amigos más íntimos sabían de su relación abierta, y con el paso del tiempo, los conocidos también, incluido Duncan Murray.

Desde el momento en que la vio, la deseó, pero teniendo bastante información, supo cómo llevar el tema de manera discreta. Era cierto que tenía necesidad de un traductor, y tenía varios en su agenda, pero cuando supo que ella dominaba varios idiomas, entre ellos el alemán, se dijo: por qué no.

No habían firmado ningún contrato, y cuando fue a Glasgow para hacerlo, al tiempo que le llevaba unos veinte folios de la obra en cuestión traducidos al inglés, la situación tomó otra dimensión.

En un principio, Duncan quiso acompañarla, pues aprovechaban para llevar al pequeño a su revisión, pero ella se negó.

—No, Duncan. Voy sola, esto es cosa mía.

El hombre la miró desde su estatura, y contó hasta diez.

—Ese hombre es un libertino —concretó de manera fría.

—¿Como tú? —preguntó con una sonrisa.

—Más —exageró, mostrando su mal humor.

—No es de mi incumbencia su vida personal. Quiero dedicarme a la traducción, Duncan.

—Me parece perfecto. Pero ese tipo no es de fiar —dijo molesto a más no poder.

—Duncan, ese hombre te conoce, sabe que soy tu esposa. ¿Acaso crees que se atrevería a molestarme de algún modo?

—Sí —afirmó con aspereza.

Ella soltó esa risa cristalina, esa risa que lo ponía cachondo a más no poder, igual que calentaba a otros hombres como él.

—No quiero que vengas conmigo como si yo fuese una estúpida que no sé lo que hago. De manera que tienes dos opciones: dejarme ir, o venir conmigo, aun sabiendo que me estarás humillando.

Duncan apretó los dientes con fuerza, hasta hacerlos chirriar.

—Está bien. Pero te estaré esperando en la calle.

—Me parece perfecto.

Y así se hizo.

Cuando Sissy llegó a la pequeña editorial, acompañada por una secretaria entró en la austera oficina de Max, este se levantó de su mesa, y con las manos extendidas le dio la bienvenida.

Después de hablar durante unos minutos, Max tomó los folios de la mano de la mujer, momento que aprovechó para rozar sus dedos. Sissy no le dio la mayor importancia, un roce de dedos era lo de menos.

—Querida Sissy, no tengo ni idea de alemán, con lo cual no sé si lo que has traducido está bien, o espectacularmente bien —soltó con una amplia sonrisa—. Aquí tengo el contrato. —Se lo

ofreció para que lo leyera.

No era muy largo, de manera que Sissy lo leyó rápido.

—No me interesa, Max —soltó, dejándolo encima de la mesa.

—¿Cómo dices? —La sorpresa se dejó ver en el rostro del hombre, que no esperaba semejante contestación.

—Lo que has oído.

—Pero... —Ella no lo dejó continuar.

—No quiero ningún contrato de este tipo. No sé si voy a querer seguir trabajando para ti después de traducir este libro, o tal vez tú no lo desees.

El hombre volvió a mostrar esa sonrisa desmesurada.

—¡Oh! No pasa nada, querida. Se pondrá una cláusula en la que diga que puedes cancelar en el momento que lo desees.

—No. Quiero un contrato por la traducción de este libro. Nada más.

El editor levantó sus manos en señal de rendición.

—Como tú quieras. No hay problema. —Tomo el auricular del teléfono y habló con una de las secretarias, diciéndole cómo se debía redactar el nuevo contrato, mientras Sissy se paseaba por la oficina y miraba las fotografías de Glasgow que adornaban la pared, entre las portadas enmarcadas de los libros más importantes que había editado Max Goodall.

Colgó, y se levantó para preparar unos tragos.

—Brindemos por nuestro futuro en común —declaró, ofreciéndole un vaso con menos de un dedo de whisky—. No me lo puedes rechazar, es un licor de más de veinte años, y una tradición brindar por lo mejor, y con lo mejor.

Ella tomó el vaso, y se lo acercó a los labios.

—No voy a rechazar este elixir de dioses.

Sissy se bebió el licor sin dejar de mirarlo, y él hizo lo mismo, encandilado por esos ojos verdes.

—¡Mmm, muy rico! Siempre he creído que los buenos licores se deben de saborear así: poco, para disfrutarlo más.

Goodall estaba excitado, y si Sissy hubiera bajado la vista, habría contemplado una erección en toda regla, que se camuflaba entre las pinzas del pantalón y la americana.

—Se hace tarde, mi esposo y mi pequeño me están esperando —soltó dejando el vaso de grueso vidrio tallado en una mesita adyacente.

—¿Tu... pequeño? —preguntó confuso.

—Sí —afirmó mostrando una sonrisa, haciendo que él bajase la mirada hasta esa boca maquillada de rojo carmesí, contrastando con unos dientes blancos como la nieve recién caída.

—¡Ah! No sabía que...

—Si no está el contrato, volveré en otro momento. O me lo puedes mandar a casa.

En ese momento entró la secretaria y dejó dos copias del nuevo contrato.

Sissy cogió la pluma de oro que Max le ofreció. Lo leyó, y antes de firmar, levantó la mirada y observó con atención al hombre.

—No sé qué habrás oído por ahí, qué te habrán contado de mí, pero me da lo mismo. Si llevas alguna intención secundaria, si esto es una excusa para obtener algo más, estás equivocado.

Como por arte de magia, la bragueta de su pantalón bajó de una.

Ella continuó mirándolo, con la pluma en la mano.

—¿Quieres que firme? No tengo intención de perder el tiempo, ni de que tú pierdas el tuyo.

Goodall tosió ligeramente, y llevó una mano al nudo de la corbata.

—Por supuesto que quiero que firmes. No lo dudes ni por un momento.

Las miradas de ambos se mantuvieron durante unos segundos.

Sissy firmó las dos copias, guardó la suya en el bolso de piel, y con una encantadora sonrisa estrechó la mano del editor.

—Ha sido un placer, Max. Espero que nuestro acuerdo sea próspero y satisfactorio.

—El placer es mío, querida —dijo cogiendo la mano y dejando caer un delicado beso sobre la blanca piel.

La hermosa Sissy se puso el abrigo con la ayuda de Max, y salió de la oficina, sabiendo que la mirada del hombre estaba clavada en su espalda.

Una vez que se fue, asomó la cabeza por la puerta entreabierta, y le dijo a su secretaria que no le molestase para nada. Cerró, se dirigió al pequeño baño que se incluía en la oficina, y dejando la puerta entreabierta, pues era demasiado pequeño como para encerrarse, se bajó los pantalones, el calzoncillo, y se masturbó en honor a esa mujer.

La había visto en la mansión de Glasgow, pero no asoció a esa escultural rubia que iba del brazo de Adam Cameron con la morena que tiempo después le presentarían. Solo, al oír ciertos rumores, que en un principio pensó que eran burdas mentiras, le picó la curiosidad y llamó a Cameron.

—Claro, amigo mío. La misma que viste y calza, solo que ahora es morena y está casada con mi primo.

—Pero...

—Qué pasó, es eso es lo que te preguntas.

—Sí.

—Mi primo despertó del coma, y ella decidió que le interesaba más irse con él.

—¿Y aceptó, así, sin más?

—¿No habrías aceptado tú, Goodall?

—Sí, por supuesto. Pero ¿Murray?

—Murray es de carne y hueso, y esa mujer es pura dinamita, como dicen en los Estados Unidos. No le importó que yo me la follara antes de que él —mintió descaradamente—, no le importó que otros hicieran lo mismo, con tal de tenerla para él. Ha tragado sin quejarse. Pero, escúchame bien, todo tiene su tiempo, y conociendo como conozco a mi primo, sé que tarde o temprano se dará cuenta del error cometido.

—¿Por qué?

—Porque él no es como tú, que no le importa que se follen a tu mujer, que disfrutas con ello, mientras te follas a las mujeres de otros, mientras hacéis camas redondas y todo lo que os

apetece. Por cierto, me han contado que has estado de crucero y os habéis puesto las botas.

Goodall resopló por lo bajo.

—Sí, no es un secreto.

—Pues sigue en tu línea, porque no creo que vayas a conseguir nada de esa mujer, y además, no creo que desees quedarte sin huevos, porque eso es lo que hará Duncan.

—Pero piensas que ella puede echar de menos...

—Quién sabe —añadió soltando una risilla, y colgando el teléfono, dejando al otro con la duda en la mente.

Capítulo 14

Unos meses más tarde, Duncan iba a entrar en el gabinete de su esposa, cuando se paró en seco al oír la dulce y melosa voz.

—¡Claro que sí, Max! Estaré encantada de conocer a ese poeta, y me encantará traducir su poemario.

—Qué alegría me das, Sissy. Preciosa Sissy.

—No seas zalamero, Max.

Duncan apretó los dientes al oír esa frase, pero lo que más le molestó fue ese tono seductor.

—Para nada, querida. Solo digo la verdad, solo comparto contigo mi admiración, intelectual, por supuesto, y esperando no ofenderte, mi más profunda veneración por una mujer tan bella, tan excitante, tan embriagadora, tan... —La risa cristalina se dejó oír a través del auricular, y Max se frotó con fuerza los genitales, intentando calmar la erección y guardarla para después.

—Para ya, Max. Para —soltó entre risas.

—De acuerdo, tú ordenas, y yo obedezco. ¿Cuándo vas a venir?

—Dentro de un par de días. ¿Te viene bien? —preguntó, mientras jugueteaba con el cable del teléfono, y miraba el escrito que tenía delante, deseando seguir con ese trabajo.

—Tú mandas, soy tu siervo.

Volvió a escuchar esa preciosa risa, y cómo colgó el auricular.

Esta vez, no se molestó en meterse en el pequeño cuarto de baño, pues las secretarias ya se habían ido. Solo quedaban los operarios de la imprenta que se encontraba debajo, pero no osaban subir a las oficinas.

Se espatarró en el sillón giratorio, se desabrochó los pantalones, y se dispuso a darse placer, mientras la risa de esa mujer inundaba su mente.

Estaba convencido de que esa criatura estaba a punto de caer.

Cuando se hizo el silencio, Duncan tocó en la puerta, y sin esperar contestación, abrió.

Sissy miró a su esposo, se levantó del escritorio y fue hasta él.

—¡Qué ganas tenía de verte! —Le ronroneó abrazándose a ese cuerpo grande.

—Solo han sido dos días —añadió, rodeando la pequeña cintura, acariciando la estilizada espalda con sus manos.

—Me han parecido dos semanas —susurró ella, apartándose un poco y mirándolo con esos ojos de gata.

Duncan la separó, devolviéndole la mirada, y ella notó en el acto que estaba frío.

—¿Cómo está el pequeño?

—Muy bien. Ya no tiene fiebre y vuelve a ser el de siempre.

—Me tenía preocupado.

—Lo sé. Pero ya está bien; no tienes de qué preocuparte.

Duncan la observó detenidamente, y ella se preguntó qué pasaba, pero de su boca no salieron preguntas.

—Y tú también me tienes preocupado. O más bien diría que me tienes... encabronado.

Ante esas palabras, esa ofensa, ella marcó más distancia, y dio por hecho que había escuchado la conversación con Max, que había escuchado sus palabras y el resto lo había deducido.

Estuvo a punto de reír, pero consideró que era mejor no hacerlo.

—¡Duncan! ¿Por qué me dices eso?

—Acabo de oír tu conversación con Goodall. Y tus risas, y sin oír lo que ese cretino te decía, dan lugar a que la imaginación se me dispare como un puto cohete.

Sissy lo miró sorprendida y se alisó la falda de su vestido de seda, sin retirar la mirada.

—¿Estás celoso?

—¿No se me nota? —preguntó enfadado.

—Por favor, Duncan. Me ofendes con esos pensamientos.

—Y tú me ofendes con ese comportamiento.

—¡Qué tontería!

—¿Sabes lo que dicen por ahí? ¿Lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

—Dicen que estás liada con Goodall, que cada vez que vas a Glasgow te acuestas con él.

Ella abrió los ojos al máximo, sin creerse lo que estaba diciendo.

—Pero eso no es verdad —repuso, sin levantar la voz—. Y tú lo sabes.

Él no dijo nada, no dejó de mirarla.

—No me mires así.

—Te miro como quiero —soltó con la voz grave como un trueno en la lejanía.

—¿Acaso te crees esas habladurías? Porque si es así, me ofendes, y me duele.

Ambos permanecían en el mismo sitio, guardando las distancias, mirándose sin pestañear.

—A mí me ofenden esas habladurías, me molestan. Andan diciendo que somos un matrimonio abierto, y cada uno hace lo que le place.

—Bueno, teniendo en cuenta lo que muchos saben de nosotros, de ti, y de mí, no es de extrañar. Siempre has dicho que no hagamos caso de los cotilleos, que son inevitables, que es mejor hacer oídos sordos. No sé por qué ahora te muestras celoso, ofendido. Creía que tenías confianza en mí.

Duncan la observó con atención.

—¿Quieres acostarte con ese tipo?

Ella no se escandalizó ante la pregunta.

—No, no quiero. Ni con ese, ni con ninguno. Con Max tengo una relación laboral, nada más. Y me gustaría que confiaras en mí, y que no antepongas lo que oigas, con la realidad de las cosas. Que no te imagines lo que no es.

Duncan continuó con la mirada fija en su rostro, y después de unos segundos, dio media vuelta y salió de la habitación.

Sissy resopló como cuando era pequeña, y su madre o su padre le daban una regañina.

Volvió a su escritorio, y lentamente se sentó.

—No pienso dejar de hacer algo que me gusta.

Y se puso a trabajar.

Cuando salió, dos horas más tarde, Alastar le comunicó que el señor se había ido de viaje.

—¿Y se puede saber a dónde? —preguntó con sarcasmo.

—Lo siento, Lady Murray. No lo ha dicho.

Un par de días más tarde, estaba en el despacho del editor.

Esperando al poeta, Max se bebió varias ginebras, mientras hablaron de literatura y de cine, y cuando sonó el teléfono para comunicar que el poeta no vendría por cuestiones personales, Max la invitó a cenar.

—Te lo agradezco, Max, pero creo que es mejor que me vaya. Ya has bebido bastante.

—No, por favor, querida Sissy. Tampoco he bebido tanto como Cameron y sus amigos.

Sissy se puso en guardia ante ese comentario.

—¿Cómo dices?

Max rio entre dientes; realmente estaba borracho, pero no lo suficiente como para caerse redondo.

—Oh, hermosa Sissy. Supongo que lo sabrás, que te lo habrá contado tu esposo.

Sissy cambió el gesto, suavizó la voz y le mostró una esplendorosa sonrisa.

—¿Contarme qué, Max?

Max, deslumbrado por la belleza que tenía enfrente, estaba dispuesto a contar lo que fuera, con tal de que ella estuviera un poco más.

Con tal de que ella...

—Pues, qué va a ser, cariño, lo de Coria.

Sissy sintió un escalofrío que trató de disimular.

—¡Ah! —exclamó, al tiempo que cogía el pequeño vaso y se mojaba los labios con el jerez, sacaba la punta de la lengua para lamérselos, como lo más natural del mundo, mientras el hombre contemplaba esa boca, esos labios, esa puntita rosada que lamió de la forma más exquisita, primero el labio superior, y seguidamente el inferior, antes de continuar—: Te refieres a... ese episodio tan, tan... La verdad, no sé cómo calificarlo.

—Sí, sí.

—Bueno, verás, a Duncan no le gusta hablar de ello —añadió, bajando la voz, como si le contara un secreto.

—No me extraña. Más de una vez me he preguntado cómo Duncan no le partió la cara, y ya puestos, las piernas, a esos dos.

—Tal vez prefirió dejar las cosas como estaban —añadió con prudencia.

Max soltó una tosecilla, y le dio otro trago a la ginebra.

—Sí, era lo mejor. El escándalo sería... —Hizo un gesto con los brazos, abarcando un espacio en el aire—. ¡Mayúsculo!

—Sí. Y aun así, mira cómo acabó la pobrecilla.

—Horroroso, realmente horroroso —susurró el hombre, mientras Sissy pensaba que tenía un punto de amaneramiento, en cierto vocabulario, como el empleado en ese momento, y en algunos gestos, como el movimiento de manos.

—Entonces sabes qué pasó. ¿Lo sabes de primera mano?

Max enfocó la mirada vidriosa en el rostro de la mujer.

—Y tanto, me lo contó Ben.

—Ben —repitió ella, deslizando la mirada por las facciones del hombre.

—Sí, el muy maricón necesitaba contárselo a alguien. —Volvió a gesticular con las manos.

—¿Sois muy amigos?

—Era íntimo de mi hermano, hasta que el pobre murió en la Gran Guerra. Eran tal para cual, los dos estaban enamorados de Adam, y mientras tanto, se apañaban entre ellos.

Sissy escuchó con atención, sin mostrar excesiva sorpresa.

—¿Tu hermano era homosexual? —preguntó de la forma más natural, y con esa voz dulce y melosa.

—Sí, cariño. Y Ben, también —contestó, aguantando la excitación, queriendo comerse esa boca, apretar esos pechos y follarse ese coño.

—¿Y qué te contó? ¿Qué fue lo que le pasó a Coira?

Max la observó entrecerrando la mirada. Estaba borracho, pero no tanto como para perder una oportunidad.

—¿Y qué me vas a dar si te lo cuento? Hay historias que son tan importantes que no se pueden contar así como así.

—Lo entiendo, Max. En este momento, no te voy a dar nada. Pero quién sabe, las cosas entre Duncan y yo no van todo lo bien que quisiera. De manera que...

Max no necesitó más, y relató como una noche de copas, solos los dos, Ben le contó lo que le hicieron esa noche a la esposa de Duncan.

Y a excepción de los pensamientos de Coira, Max contó lo sucedido, como si hubiera sido un mudo testigo de la violación de una mujer indefensa.

La violación de Coira

Estaba dolida, molesta, y lo echaba en falta, pero a veces lo sentía tan lejano, que estaba convencida de que nunca lo iba a alcanzar.

Él debería estar con ella, pero su tío, el que le iba a dejar el título y una enorme herencia para hacerlo más rico de lo que era, se había puesto muy enfermo y no sabían cuánto tiempo duraría.

—Vete a la fiesta con tus padres. No es necesario que estés aquí esperando lo que pueda pasar —le dijo con semblante serio.

—¿Estás seguro? ¿No te molesta? —preguntó con prudencia, pues la relación entre ellos estaba cada vez más tirante.

—No, no me molesta —contestó con frialdad.

Coira se lo tomó al pie de la letra, pensando que les vendría bien estar unos días alejados el uno del otro, y cuando comenzara el nuevo año, seguro que volverían las cosas a su cauce, seguro que volvería a enamorarse de ella.

Llamó a sus padres, seleccionó uno de los muchos vestidos de noche que tenía sin estrenar, y la Noche Vieja de 1925 estaba disfrutando de la magnífica fiesta en la mansión de unos amigos.

Al poco de recibir el año nuevo, sus padres se retiraron, y como ellos, muchas otras parejas de cierta edad. La madre estuvo a punto de decirle que hiciera lo mismo, que era una mujer casada y no estaba su marido, pero el esposo le susurró:

—Déjala, que se divierta. A fin de cuenta, ha sido su marido el que ha permitido esto.

Coira lo celebró por dentro, así se podía comportar de manera más desinhibida, sin tener que aguantar las miradas de mamá, o su padrastro.

El tiempo fue pasando mientras ella bailaba con la mayoría de los hombres solteros que se lo ofrecieron, mientras bebía copa tras copa de champán. Llegó un momento en que estaba tan mareada, que decidió irse a su alcoba, pero en ese momento apareció el primo de Duncan, con sus amigos, y con risas tontas, bailó con uno detrás de otro.

Y bebió un poco más.

A las dos de la madrugada, no se tenía en pie, y cuando enfiló por el gran pasillo buscando su alcoba, sintió unos brazos que la cogieron por la cintura y evitaron que cayera al suelo.

Adam y Ben la llevaron hasta la alcoba, pues Lion había desaparecido con una conquista.

La mujer farfullaba palabras sueltas:

—¡Oh, señor! Qué mal me encuentro. No tendría que haber bebido tanto —logró pronunciar, sintiendo que le costaba hablar, que no vocalizaba correctamente.

—No te preocupes, querida Coria. Nosotros te ayudamos, ¿verdad? —preguntó Adam mirando a Ben, sin mencionar nombres que no eran necesarios.

—Claro. Lo que haga falta por la bella Coria.

Mientras llegaban a la habitación, y teniendo la suerte de que no se cruzaron con nadie, Adam la manoseó todo lo que quiso. Le tocó los pechos, el trasero, y le colocó una mano en el vientre para decirle que respirase profundamente, que así se encontraría mejor.

Ella pareció no darse cuenta, y al entrar en la habitación y cerrar la puerta una vez dentro, Adam y Ben la desnudaron en unos segundos, ante las risas tontas de la mujer.

—¡Oh! ¡Qué malos sois! Debéis iros ya.

—No somos malos, cariño. Solo queremos ayudar —añadió Adam.

—Así estarás más cómoda, querida —apuntó Ben.

—¡Oh! —gimió mirándose el cuerpo—. Estoy desnuda. Y no me encuentro bien. Creo, creo que me... voy a marea...

No acabó la frase, cuando Adam la cogió en brazos, y soltando un pequeño siseo con sus labios, la dejó en la cama.

Ben le susurró:

—Duerme, Coria, duerme. Ya estás... a buen recaudo. —Adam mostró una torcida sonrisa, ante las palabras de su fiel vasallo.

La mujer estaba tumbada en la cama, pero atravesada de lado a lado. La cabeza descansaba en el colchón y las piernas colgaban por el lateral.

—Sujétala, por si despierta —ordenó Adam a Ben, mientras se quitaba los pantalones y el calzado, y, por último, el calzoncillo.

No estaba empalmado, pero no le importó.

—¿Está dormida? —preguntó, mientras se tocaba el miembro.

Ben, sin dejar de mirar a su amigo, observando cómo el miembro iba creciendo, se excitó de golpe, y esperó la orden, que no tardó en llegar.

—Como un tronco —contestó sin pestañear, sin dejar de mirar las manos de su amigo, la polla del hombre por el que haría lo que fuera.

—Venga —ordenó Adam sin levantar la voz, pero de manera impaciente.

Ben se acercó y se arrodilló ante él.

En un segundo la tuvo en la boca, y succionó, y lamió con ansia, chupó con ahínco, queriendo meter la cabeza más abajo para lamerle los huevos, pero sabiendo que Adam se lo impediría.

Mientras daba los últimos lametazos, sabiendo, sintiendo que él reprimía el gozo, que se aguantaba hasta el último momento, escuchó un gemido, y supo lo que venía después.

Le apartó la cabeza, agarrándolo del pelo, sintiendo la fuerza que Ben hizo para quedarse, para exprimirlo hasta el final, para que Adam eyaculara dentro de su boca.

—Ya está bien —concluyó con aspereza—. Quiero follarme a esa zorra.

Ben se levantó, se abrió la bragueta y sacó su miembro erecto, pero Adam ni lo miró.

—Sujétala, no quiero que se despierte cuando la esté follando y se ponga a gritar como una loca.

—Está grogui, no creo que se despierte —añadió Ben, mientras se acariciaba el miembro.

—¡Hostia! Haz lo que te digo, y mientras me la follo, córrete en su cara, en sus tetas.

Y así lo hicieron.

Coria ni se enteró.

Mientras Adam entraba y salía, Ben se masturbaba prácticamente encima del rostro de la belleza rubia, sin dejar de mirar a su amigo, y Adam, sin dejar de moverse dentro de ella, observó, jadeando, cómo su amigo soltaba el esperma, salpicando los pechos de la mujer. Entonces él hizo lo mismo, apurando hasta el final, cuando las primeras gotas salían, para correrse en su vientre.

Un rato después, cerraban la puerta de la habitación, no sin antes mirar con atención, para no encontrarse con nadie. Y así, volvieron al gran salón donde todavía seguían bailando algunas parejas, anduvieron un poco más, hasta llegar a una pequeña sala, donde varios hombres jugaban a cartas. Pronto se incorporaron al juego, y ahí estuvieron hasta las cinco de la madrugada.

Cuando Coira despertó a la mañana siguiente, supo que algo no iba bien.

Estaba hecha un cuatro en el centro de la gran cama, desnuda, tiritando, y con un dolor de cabeza considerable. Tapó su cuerpo, y sintiendo un profundo escalofrío, intentó recordar.

Una lágrima, y luego una catarata, se desbordaron por sus mejillas, mientras con la mano derecha se tocó entre los muslos, y entre suspiros, olfateó el olor acre que se desprendía de su

escote, de sus pechos, de su vientre.

Recordó a Adam, y a Ben, cómo la acompañaron.

No se acordaba de nada de lo ocurrido en esa habitación.

Pero sabía que algo había ocurrido.

El siguiente pensamiento fue para su esposo.

Dios del cielo, si llegaba a saber lo que había hecho, le habrían hecho...

Sería el final de su matrimonio.

En ningún momento pensó que la habrían violado.

Borracha, y probablemente, ellos también, habían participado en una orgía.

Sabía que Duncan acudía a ciertos lugares donde participaba en esos actos, pero ella, ella jamás habría hecho nada semejante.

Salvo...

Lloró durante unos minutos, se levantó arrastrando las lágrimas sobrantes, y estando en el excusado, llegó una doncella.

Hora y media más tarde salió de la habitación primorosamente vestida, dispuesta a desayunar con su madre y padrastro, y dando gracias de no encontrarse con el primo de Duncan y su amigo.

Los ojos verdes no se retiraron del rostro del editor, imaginando lo que ocurrió esa noche.

—Fue un error, le dije a Ben, no tuvo que haber ocurrido, pero en realidad, creo que no hubo culpables. ¿No crees? —preguntó, mostrando una sonrisa.

Ella elevó sus cejas oscuras, y él notó la aspereza en las siguientes palabras.

—La violaron y crees que no fueron culpables.

Dándose cuenta de que ella no estaba de su parte, elevó los hombros en señal de prudencia.

—Bueno, ella no se resistió, no dijo no. Realmente, en el primer momento, cuando entraron en la habitación, cuando la desnudaron, no estaba tan mal, podía..., en fin, ya sabes. El alcohol, el deseo de los tres, hizo el resto.

—Querrás decir: el deseo de esos hombres, la brutalidad de esos hombres hizo el resto. Esa mujer no pudo defenderse, no pudo decir no, porque no estaba en condiciones, porque abusaron de ella, Max. La violaron.

El hombre, molesto, y cada vez más bebido, se enfadó.

—Pues que no hubiera ido a esa fiesta. Que se hubiese quedado con su esposo, o en su casa, esperando a su esposo; o que se hubiera retirado cuando los padres lo hicieron, y no seguir bailando, y bebiendo, y coqueteando con los hombres como una zorrilla cualquiera. —Hizo una pausa, y con una sonrisa, y elevando el vaso en forma de brindis, añadió—: Se mereció lo que le pasó. Esa es la única verdad. Además, quién te dice que ella no disfrutó, seguramente se lo pasó muy bien cuando tenía la polla de Adam dentro de su coño —añadió de forma soez, apurando el contenido de su vaso.

Sissy se levantó despacio, cogió su chaqueta, su bolso, y se colocó el precioso sombrerito, mientras el hombre la miraba sin pestañear, esperando que le dijera: Venga, vámonos.

Pero cuando escuchó las palabras que salieron por esa hermosa boca, la miró entre el asombro y la estupidez.

—Nuestro acuerdo ha terminado. Si me quieres demandar por incumplimiento de contrato, estás en tu derecho, a mí me da lo mismo.

Él se levantó de golpe.

—Pero qué ocurre, cariño, qué te he hecho —lloriqueó, llevando un brazo hasta ella.

—Ni se te ocurra tocarme, porque te arrepentirás toda tu vida.

Él se quedó sin palabras, con cara de tonto, viendo una mirada llena de desprecio, antes de salir de su despacho dando un portazo.

«Idiota —se insultó a sí mismo—, más que idiota».

Si no hubieras bebido tanto, habrías manejado esto de otra manera.

«Idiota», volvió a insultarse.

Capítulo 15

Ben tenía su residencia en Londres, cerca de Orange Street, y en ese momento le ponía un trago a su amigo. Al recibir la llamada telefónica, Ben no tardó ni cinco minutos en presentarse en la casa de Adam.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó fijándose en el moratón que adornaba el ojo derecho del rubio, la hinchazón en el pómulos y el brazo en cabestrillo.

—Para los ajenos, que es la versión que cuenta, la que vale, he tenido un accidente con el coche de un amigo. En el sur, conducía el otro —especificó con seriedad.

Ben elevó los anchos hombros, al mismo tiempo que sus oscuras cejas.

—¿Y para mí? —preguntó de nuevo, acercando el vaso hasta la pequeña mesita, para que Adam no tuviera que levantarse.

Estaban solos, pues el servicio solo acudía un día a la semana para limpiar y llenar la despensa.

—Me lo hizo Duncan —murmuró, endureciendo el gesto, aguantando la humillación sufrida.

—¡No me jodas!

Adam se encogió de hombros y de un trago se tomó todo el contenido del vaso, haciendo una mueca con la boca.

Ben, con la mirada clavada en su amigo, deseoso de saber qué pasó, y al mismo tiempo escandalizado de que Duncan Murray le hubiese hecho algo así a su primo hermano, preguntó:

—¡Joder! ¿Qué hostias pasó? ¿Dónde y cuándo te hizo eso?

Cameron se pasó la mano por la cara, que por una vez en muchos años, no presentaba el pulcro afeitado diario.

—En Aberdeen, en una de las mansiones que ha heredado de su tío. Fui a buscarlo a Moray, pero el mayordomo me dijo que no estaba. Lo llamé por teléfono, y me dijo dónde se encontraba.

—¿Tantas ganas tenías de verlo para presentarse en Dubh House?

Duncan lo atravesó con la mirada.

—No fui para verla, y no la vi. Tengo deudas, Ben. ¿Por qué te crees que estamos solos? ¿Por qué te crees que no hay nadie para que me sirva un puto trago y me ayude por las noches?

—No sabía que estabas tan endeudado —declaró el otro, más que sorprendido—. Lo siento, Adam. Deberías haberme dicho algo.

—Te lo digo ahora.

—No es lo mismo.

Adam torció el gesto, miró para otro lado, y volvió a beber.

—¿Discutisteis? ¿Por ella? —preguntó con cautela.

La intensa mirada azul se clavó en el rostro de Ben, e hizo caso omiso a la segunda pregunta.

—Duncan tenía que darme un dinero que estaba pendiente de la herencia de nuestras madres. Y sí, ya lo creo que me lo dio, hasta el último penique. Y de propina, unos cuantos golpes en la

cara, un par de costillas rotas y el puto brazo.

Ben estaba escandalizado, y al mismo tiempo, sorprendido.

—¿No te defendiste?

Adam lo miró, como si, de repente, Ben se hubiera vuelto loco.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Joder, Ben! Duncan es una puta pared, y sus puños son... ¡Son la hostia!

Ben pareció analizar las palabras, imaginándose la escena.

—Bueno, tienes razón, pero algo se llevaría.

Algo parecido a una sonrisa, se mostró el maltratado rostro del rubio.

—Sí, un puto roce en la mejilla y una ceja partida. Eso fue lo que conseguí antes de que me rompiese el brazo y me llevase al hospital más cercano.

Ben agitó la cabeza como si fuese un mastín.

—¿Por qué? ¿Qué le dijiste para que se pusiera así?

—Di mejor qué no dije.

—No te entiendo. —Hizo una pausa, pensando, y en vista de que Adam no añadió nada, se atrevió a preguntar—: ¿Fue por lo de Coria?

Adam lo miró como si hubiese perdido la cabeza.

—¡Qué cojones! El puto nombre de la muerta no salió para nada. Fue por esa zorra que le tiene comido el cerebro, que le chupará el rabo hasta dejarlo seco, que lo montará como una puta Jezabel, que le dará y hará todo lo que él pida. —Hizo una pausa, y Ben, sin intervenir, y quedándose con cada palabra, pensando si *su Adam* estaba enamorado de esa mujer, le volvió a llenar el vaso, esperando que continuara—: Ajustó las cuentas, me presentó un listado de entradas y salidas, y al final, me dio cinco mil libras y algo de calderilla. Cuando me iba a levantar para irme, me agarró de la chaqueta y me escupió en la cara. —Hizo una pausa y miró a la nada, para repetir—: Me escupió en la puta cara, y al momento siguiente me soltó el primer puñetazo.

Ben puso cara de no comprender, pero Adam no lo miraba.

—Me dijo: «como le vuelvas a poner una mano encima, como le toques un solo cabello, como pronuncies su nombre delante de mí, te mato». No necesitó elevar la voz, y cuando Duncan te amenaza sin gritar, lo mejor es echar a correr. Pero no lo hice. En ese momento me revolví, y logré darle en la ceja, pero el muy cabrón ni se inmutó, me dio varios golpes seguidos, y cuando apenas le rocé la mandíbula, me agarró del brazo y me lo rompió.

Soltó una especie de gemido, cogiéndose el brazo lacero con el otro, recordando el momento.

—Cabrón, es un cabrón, hijo de la gran puta —murmuró mordiéndose el labio, con el gesto enfadado, dolido, humillado.

Ben seguía sin comprender a qué se refería.

—¿Le has hecho algo a la americana? —casi como en susurros, le preguntó.

El rubio lo observó con la mirada enfadada, brillante, y Ben vio unas venitas rojas en el blanco de los ojos que antes no tenía.

—Ahora no, joder. Fue por el pasado. Cuando él estaba en coma. Cuando me enteré de que

despertó. Tendría que haberse muerto en el acto, sí, eso es lo que tendría que haber pasado.

Adam no quiso contarle la violación de Sissy, cuando se enteró de que Duncan había despertado. No quiso decirle las palabras que salieron por la boca de Duncan.

«No pareces hijo de tu madre, eres como el puto engendro de una alimaña. Sé lo que le hiciste a Cecily antes de que volviera conmigo, igual que sé lo que le hiciste a Coria, y si no tuviera escrúpulos, si no me importase el futuro, te mataría ahora mismo, y tiraría tu cuerpo a los cerdos».

Ben se quedó en silencio, observando a su amigo, y pensando qué le ocultaba.

—Bueno, lo mejor será que te mantengas alejado de Duncan.

—Sabias palabras, no había pensado en ello —replicó con sarcasmo.

—La relación con él está más que terminada —remarcó Ben.

—¿No me digas? —preguntó, endureciendo el gesto, apretando los dientes, sintiendo la rabia y la impotencia que tenía.

Hubo unos minutos de silencio, y Ben volvió a echar otro chorreón de whisky.

—¿Quieres que me quede contigo? Como no están los criados...

—¿Quieres chupármela un poco, mi pequeño Ben? —preguntó con desidia y enfado.

—No me hables así —replicó, dolido.

—¿No? No quiere la nenita que le hable así. Puto maricón —murmuró, llevando el vaso a la boca.

—Me puedes llamar como quieras. Sabes que haría cualquier cosa por ti.

—¿Sí? Pues termina de saldar mi deuda. Aun debo cuatro mil libras.

—No te preocupes por eso, Adam. Te daré el dinero, y si quieres, después de pagar las deudas, nos podemos ir de viaje. ¿Quieres? Podemos ir a París, o a Italia. No hemos estado en Italia. ¿Qué te parece, Adam?

Adam lo miró como si fuese un extraño.

—¿Sabes que esa zorra descende de una italiana y de un puto estadounidense que se la tiraba cuando su esposa millonaria no lo veía? Que eso que os contaron en el barco fue una mierda —soltó levantando la voz, mientras su mirada era cualquier cosa menos amistosa—. Una puta mentira. Que las cosas podrían haber salido de otra manera si no me hubierais ido con ese puto cuento. ¡Que en estos momentos ella estaría casada conmigo! —gritó, rozando la locura.

Ben se quedó callado, atónito.

¿Estaba enamorado de esa mujer?

O, simplemente era —fue— un capricho.

Lo decía por despecho, sí, por despecho.

Y por envidia, sí, era eso, envidia de su primo.

—¿Por qué dices eso? ¿Casada contigo? ¿Estando Duncan por medio? —repitió elevando la voz y emitiendo un tono histérico.

Adam lo atravesó con la mirada.

Y lo que vio Ben en esos ojos, no le gustó nada.

—Sí, puto marica de mierda. Esa mujer tenía que haber sido mía, por las buenas, desde el

principio. Tendríamos que habernos casado en el barco, y no haberla dejado escapar. Eso es lo que tendría que haber ocurrido.

Llevó la mirada al vacío, sin ser consecuente del daño que le estaba haciendo a Ben.

—Si tú y Lion no hubierais hablado con ese tipo, las cosas habrían sucedido de otro modo. Estoy seguro.

—Ya —soltó Ben de forma despectiva—. Lo que tú digas. Eres libre de creerte tus putas fantasías. Siempre te has creído el más seductor, el más hombre, pero has sido el último en darte cuenta que esa mujer, mestiza o no, jamás se hubiera encaprichado contigo.

—¿Qué sabrás tú, marica? No tienes ni puta de idea de lo que desea una mujer. Bueno, a lo mejor sí, porque ellas desean lo mismo que tú. —Se llevó la mano a la entrepierna, y se agarró el paquete durante unos segundos—. Esto es lo que te gusta, ¿a que sí?

Ben se levantó y se dirigió hasta la puerta.

Quería salir de ahí.

No estaba dispuesto a aguantar semejante comportamiento.

—¿Dónde cojones vas? —le gritó Adam.

—¡Lejos de ti! Eres la persona más egoísta y hedonista que he conocido en mi vida. Te mereces todos los golpes que te ha dado Duncan, así, tal vez, no te mires tanto el ombligo —soltó de una, harto de los desplantes continuados.

Salió de la coqueta y pequeña sala, y con dos zancadas se encontró en el *hall*.

Se dio la vuelta al sentir que Adam lo agarraba de la chaqueta.

—No te enfades, Ben. Vamos, no seas así. Estoy dolido por el brazo, enfadado con mi primo por todo lo ocurrido, y la pago contigo, que eres mi mejor amigo, mejor que Lion. Siempre has sido mi favorito. Perdona lo que te he dicho, todo ha sido por la humillación que he sufrido —fueron las palabras que frenaron al amigo—. Venga, quédate esta noche conmigo. Anda, olvida lo que he dicho, sabes que no lo siento.

Vio cómo Ben dudaba, se ablandaba, creyendo las palabras de Adam.

—Te dejaré que me la chupes, que te diviertas todo lo que quieras. No te pondré cortapisas.

Ben abrió los ojos, mostrando la sorpresa, queriendo creer esa promesa.

—¿De verdad? ¿No me engañas? —preguntó, casi con lástima.

«Por Dios —pensó Adam—, parece una putilla rogando clemencia».

—Claro que sí. Te dejaré jugar hasta que te canses, pero... —se miró el brazo escayolado— debes tener cuidado con esto.

—Por supuesto, no te preocupes, tendré mucho cuidado —susurró nervioso, mirando el brazo escayolado.

—Está bien —añadió, al tiempo que le hizo una ligera caricia en la mejilla, y mostró un comienzo de sonrisa—. ¿Cuánto dinero tienes en la caja fuerte?

Ben se quedó mudo por unos segundos.

—Algo más de dos mil libras.

Adam pareció pensarlo, valorar la cantidad y la situación.

—Bueno, tráelas. Mañana puedes ir al Banco y sacar otras tres o cuatro mil. —Volvió a

acariciar la cara de Ben—. ¿De acuerdo?

Pero no fue consciente del cambio que se gestó en el rostro del amigo de la infancia, del enfado que surgió en un segundo, no fue consciente de que Ben se dio cuenta de que lo estaba utilizando, como siempre hacía, como siempre hizo, pero esta vez, después de todo lo oído, después de saber que estaba enamorado de la mujer de Duncan, o al menos, encaprichado.

No estaba dispuesto a ser una marioneta en las manos del hombre que amaba.

No estaba dispuesto a ser utilizado, tratado como si fuese una mierda, un pelele.

No, todo tenía un límite.

Se puso de espaldas a él, conteniendo las lágrimas, aguantando el dolor.

Y volvió a escuchar la voz grave y seductora, pero esta vez, otra vez, para herir.

—Vamos, no seas nenaza.

Ben era igual de alto que Adam, y más recio, y habitualmente no sacaba a relucir esa fortaleza masculina que tenía.

Dolido, humillado, no fue muy consciente del movimiento que hizo, tal vez no pensó que aplicaría tanta fuerza.

Pero lo hizo.

Se giró de golpe, y con un brazo lo empujó, provocando que Adam moviese el brazo bueno, girando como un molino, como queriendo evitar lo inevitable.

Cayó hacia atrás, y cuando Ben quiso reaccionar, cuando alargó los brazos para evitar la caída, Adam dio con la cabeza en el último peldaño de la escalera.

Los ojos de Ben se abrieron al máximo, eran marrones, pero en esos momentos se vieron oscuros como el carbón. Esperó durante un momento, a ver si su amigo gritaba, se quejaba, o hacía algún movimiento. Pero nada de eso ocurrió.

Ben agitó la cabeza como un loco, se mesó los cabellos, tiró de ellos, no creyéndose lo que acababa de suceder.

—No puede ser, no puede ser —susurró como si alguien pudiera oírle.

Se arrodilló junto al cuerpo, y llevó con mano temblorosa dos dedos al cuello de Adam.

Nada.

—¡Oh, Dios mío! —Lloriqueó, mientras la sangre manaba del cráneo de Adam, manchando el brillante mármol blanco.

Los amigos siempre habían bromeado sobre la estrechez del *hall*, al igual que la escalera, y que era muy de agradecer cuando llegaban borrachos a la casa, pues con los brazos en cruz tocaban las paredes, y la escalera, estrecha, algo empinada, y con una ligera curva al llegar al primer piso, se agarraban a las dos barandas de hierro forjado, hasta llegar al primer dormitorio y tirarse en la cama, o en el suelo, daba lo mismo, para dormir la mona.

—Cuando te cases —decía Lion—, tendrás que vender esta bombonera. Ninguna dama que se precie querrá vivir aquí —concluía entre risas.

—Esto es un picadero, Lion. Y un lugar para el descanso del guerrero —añadía Ben, mostrándose como no era.

Se levantó, y limpiándose las lágrimas, pensó en llamar a Lion, pero al momento cambió de

idea. Lion no ayudaría, últimamente solo pensaba en la última conquista, incluso hablaba de boda.

Podría dejarlo allí, y cuando el servicio lo encontrara, pensarían que se había caído por la escalera.

Era de noche, podría llevarlo a...

No, era una tontería.

Cogió su abrigo que colgaba en el rococo perchero detrás de la puerta, y se lo puso.

No miró atrás.

Capítulo 16

Sissy no estaba al corriente de lo ocurrido entre Duncan y Adam en la finca de Aberdeen, y cuando la noticia de la muerte de Cameron corrió como la pólvora llegando a sus oídos, no supo cómo reaccionar.

Lástima no sintió, eso lo tenía muy claro, pero, por otro lado, tampoco experimentó alegría, más bien, después de la sorpresa inicial, lo que sintió fue indiferencia, y mucha curiosidad.

Adam Cameron, muerto.

Le parecía imposible.

Según la noticia del periódico, había resbalado por las escaleras de su casa londinense, en la que se encontraba en esos momentos. Nadie pudo socorrerle, pues el servicio no acudía todos los días, ya que no era su residencia habitual. Al encontrarse solo, si no falleció en el acto, se vio incapacitado para pedir ayuda, y desangrado, murió.

Qué muerte tan...

Triste, fue la palabra que le vino a la mente.

Se encontraba en su gabinete, y el pequeño Dunc jugaba sentado en la alfombra con unos cubos de colores, colocándolos uno encima del otro, y tirándolos cuando lo veía oportuno.

—Pum —dijo el pequeño, dando un manotazo y tirando la inclinada torre—. Mira, mami. Mira... —Llevó la mirada hasta Sissy, mostrando una enorme sonrisa.

El pequeño seguía teniendo problemas con el lenguaje, pero iba mejorando por momentos, pues entre ella y Agatha lograban que fuera formando pequeñas frases, en lugar de señalar con el dedo, y vocalizaban constantemente para que el niño hiciera lo mismo, como si de un juego se tratase.

Cuando empleaba alguna frase más larga, se hacía más difícil de entender, pero era en esos momentos cuando la institutriz o Sissy le hacían repetir más despacio, le corregían lo que fuese necesario, utilizando la motricidad oral para que, a modo de juego, él se esforzara un poco más.

—¿La has vuelto a tirar, chico malo? —preguntó con una sonrisa, al tiempo que lanzaba los brazos hacia él.

—Chi, mami. Chi.

—Sí, Dunc, sí —corrigió ella, con otra sonrisa.

—Sí, Dunc, sí —repitió el pequeño, volviendo a reír, y abrazándose a su mami.

—Venga. ¿Vamos a buscar a Agatha? Nos toca hacer los ejercicios de fuerza.

—Chi, Agatha —contestó con esa sonrisa encantadora. Y al ver el gesto de su mami, casi gritó —: Sssssí, Agatha.

—Así me gusta, mi pequeño campeón.

—Cam, cam, cam, campeón —repitió abrazado al cuello de Sissy, mientras salían del gabinete, y los pasos de su mamá querida se dirigían a la habitación de juegos, mientras él repetía—:

Fueza, fueza... y fueza.

Sissy soltó una carcajada, y el pequeño rio con ella, al tiempo que le daba palmaditas en las mejillas y le tocaba la boca.

Uno de los ejercicios que hacían todos los días eran los de fuerza, como los llamaba Sissy; ejercicios para fortalecer los músculos de los labios, la lengua y la mandíbula, algo que al principio no le gustó mucho al pequeño, pues le costaba trabajo, pero como Sissy los hacía con él, y esta, cada vez que él repetía uno y otro lo alababa y le daba achuchones, el niño le fue cogiendo el ritmo y ya no lo llevaba tan mal. De todos modos, Sissy era prudente, y solo estaban unos minutos por la mañana, y otros por la tarde, pues eso de estar abriendo y cerrando la boca, mover la lengua arriba y abajo, o de un lado a otro, y montones de movimientos más, resultaba agotador.

Mientras lo llevaba en brazos a la sala de juegos, el pequeño se llevó la lengua al interior de la mejilla y apretó con fuerza, sacando el moflete sonrosado y mirando a Sissy, para que le dijera algo.

—Muy bien, mi campeón.

Dunc dejó de hacer el ejercicio que le había enseñado el día anterior, y soltó una carcajada, al tiempo que se abrazó al cuello de la joven, y le aplastó un gran y sonoro beso húmedo en la mejilla.

—Mi mami, mi mami —repitió feliz.

Sissy lo abrazó con fuerza, y añadió:

—Mi precioso niño.

La relación con Duncan no pasaba por un buen momento, pues a él no se le había pasado el enfado por lo de Max, y ella no le había contado su última conversación con él. Estaba de viaje continuamente, y ni se había molestado en pedirle que le acompañara.

Estuvo durante quince minutos en el salón de juegos, compartiendo con Agatha los ejercicios de musculación, viendo como el pequeño los repetía con ganas al principio, con desgana cuando llevaban un ratito, y ese momento era el requerido para cambiar de actividad. Así, lo dejó en manos de la institutriz, liados con lápices de colores y cuadernos, y volvió a su precioso gabinete.

Le devolvió una llamada al editor, pues según Alastar había llamado en tres ocasiones.

—Te devuelvo la llamada por pura cortesía, Max. Nada más.

Su tono fue frío, cortante. Sin embargo, el del editor fue todo lo contrario.

—Perdona, no quiero molestarte. Solo deseo pedirte disculpas por lo pasado, Sissy, no fue mi intención que te ofendieras. De verdad que no.

Ella pareció calibrar las disculpas, por el silencio que surgió entre ellos.

—Muy bien. Disculpas aceptadas. ¿Algo más? —añadió y preguntó con más frialdad.

—Entiendo que sigas enfadada, de verdad que lo entiendo, y me vuelvo a disculpar, pero te llamo por otra cuestión.

—Tú dirás.

Sissy escuchó un carraspeo y esperó.

—Verás, ya sabes que Ben Taylor es amigo y...

Se hizo el silencio durante unos segundos.

Cuando Sissy iba a colgar el auricular, la voz de Max surgió de nuevo.

—Imagino que estarás al corriente de la pelea entre Duncan y Adam. —Sissy sintió un escalofrío, pero permaneció en silencio—. Ben piensa que... si Adam no hubiera estado con el brazo escayolado, además del mal estado de sus costillas, seguiría con vida, pues no habría tenido esa caída, esa caída mortal.

—Qué tengo que ver con eso —añadió Sissy con voz neutra, como si supiera de lo que estaba hablando, pero sintiendo los nervios en el estómago ante esa noticia que ella desconocía.

—Nada, nada, por supuesto. Pero... espera, te paso con él.

Sissy escuchó murmurar, pero no llegó a entender, esperó nerviosa, con ganas de colgar, pero el deseo de saber era superior.

—Lady Murray, soy Ben Taylor.

Se presentó, como si no se conocieran, como si las vivencias del viaje no hubieran sucedido.

—Buenos días, señor Taylor —contestó sin expresar ningún tipo de simpatía.

Si hubiese sido otra persona, su voz habría sonado dulce y seductora, pero no fue así.

—Solo quería decirle que Adam no se comportó como un caballero en muchos momentos, pero su esposo ha facilitado la muerte de mi amigo, de su primo.

Sissy crispó el gesto, pero contuvo su voz.

—Pero cómo se atreve. Adam era un hombre que abusó de su poder, de su fuerza, y usted, por lo que sé, también hizo lo mismo.

—Se equivoca, Sissy —aclaró nervioso, empleando el diminutivo de su nombre sin darse cuenta—. Si es cierto que Adam no fue un ejemplo, pero yo no hice nada de lo que tenga que arrepentirme. Jamás he abusado de una mujer, y menos lo que hizo Adam con Coira.

—No me venga con mentiras, Max me lo contó.

—No, no fue como Max se lo contó —añadió precipitadamente—. No está bien que yo diga esto, y más estando mi amigo delante, pero cuando abusa de la bebida, se deja llevar por la imaginación y cuenta las cosas a su aire, tal vez se deba a su vena literaria, pero lo cierto es que más de una vez confunde unas cosas con otras. Lo que le contó de Coira no sucedió así, los dos la acompañamos hasta su alcoba, pero al llegar a la puerta me dijo que me fuera, que ya se encargaba él. Sí, ya sé que no debería haberlo permitido, pero había bebido como todos los que seguíamos en la fiesta esa noche y... bueno, Adam era muy persuasivo, o muy enérgico, según las circunstancias, y yo, lo último que deseaba era tener un enfrentamiento con él. Si le soy sincero, no creo que la violase, pues al día siguiente, cuando me habló de ello, lo contó como una conquista, y más que satisfecho de que la esposa de Duncan le hubiera puesto los... —Hizo una pausa para no emplear el término «cuernos»—. Que le hubiera sido infiel con él. Por otra parte, si en un momento dado se me pasó por la cabeza que él había abusado de ella al estar muy bebida, ¿qué iba a hacer? ¿Pregonarlo a los cuatro vientos? ¿Dejar a Coira en evidencia para que su esposo cometiese cualquier barbaridad?

Hubo un momento de tenso silencio, mientras Sissy pensó quién decía la verdad y quién mentía.

—Ya me ha contado su versión. ¿Algo más, señor Taylor?

—Solo lo que le he dicho. Y repito: si Duncan no le hubiera dado tal paliza, Adam todavía seguiría vivo. Estoy seguro.

—Muy bien. Ya ha dicho todo lo que tenía que decir.

Y sin más, colgó.

Dos días más tarde, Duncan volvió.

Era de noche cuando se presentó en la alcoba, en su alcoba.

Y ella estaba ahí.

Esperando.

Se miraron sin pestañear, se analizaron como si fuesen dos contrincantes.

Sissy fue la que habló, y él sintió el deseo, el amor sin límites, como cada vez que oía esa preciosa voz. Aun cuando lo enfadaba, le pasaba lo mismo.

—Te echo de menos —susurró dulcemente, mirándolo con esos ojos gatunos, entornándolos de manera sensual, mostrando la espesura de las largas pestañas negras.

Duncan, con el semblante serio, la devoró con la mirada.

Recreándose en ese rostro, como si fuese la primera vez que lo veía.

Deseando besar esa boca.

Acariciar ese cuerpo.

Hacerla suya.

Tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer inmóvil, para no arrancar las ropas que la cubrían y tomarla sin miramientos.

Pero no hizo falta.

Ella levantó las ropas de cama, y despacio salió del cálido lecho, mientras el hombre la recorrió de arriba abajo.

Jesús, cómo la amaba.

«Si ella supiera», fue el pensamiento que inundó su mente.

Sissy, sin dejar de mirarlo, se agarró el camisón y se lo quitó de una.

Mostrando su cuerpo desnudo.

Ofreciéndose a él.

Y Duncan no pudo contenerse.

La agarró por la cintura y la pegó a él.

Capturó su boca, para devorarla, para comérsela entera, con ansia, con fiereza.

Pero eso no fue suficiente, y sin dejar de besarla, llevando una mano a la bragueta, sacó el miembro, la levantó con sus manos, y llevándola hasta la pared para tener un apoyo, la penetró con violencia.

Ella lo sintió tan duro, que le costó un poco adaptarse a ese tamaño, pero estaba tan deseosa que, en cuestión de unos instantes, la grandeza de ese miembro le pareció lo más gozoso del

mundo.

Los brazos del hombre la sujetaban, la envolvían, y la pared la retenía para que sus cuerpos estuvieran unidos, pegados, pues él, en sus embestidas, no llegaba a salir, evitando la separación. Y, al igual que sus cuerpos, la boca de él no se despegó de ella durante el tiempo que duró la cúpula.

Boca con boca.

Labios jugando.

Lenguas lamiendo.

Boca con piel.

Deslizándose por el cuello.

Mordiendo con suavidad al principio.

Perdiendo los estribos a continuación.

No hubo palabras, solo gemidos, solo respiraciones entrecortadas, solo los sonidos de las bocas al devorarse, solo el ruido que provocaba las ropas del hombre contra la piel desnuda de la esposa.

Él sentía las piernas de ella sobre sus glúteos, sentía la fuerza de su agarre, la pasión de ese enganche. La agarraba por debajo de los glúteos, mientras sus dedos jugaban con esa carne de pecado, mientras sus dedos rozaban y acariciaban todo lo largo de la hendidura, y la oía gemir, mientras él seguía comiéndose esa boca que lo perdía.

Todo en ella lo enloquecía, todo en ella lo enamoraba, todo en ella lo encendía.

Solo pensar en perderla, lo perturbaba de tal manera, que no llegaba a entender.

Ella se agarró a su cuello, con fuerza, al tiempo que los muslos hicieron tenaza sobre las caderas del hombre. El orgasmo fue potente, como un rayo en plena tormenta.

Gimió, lloriqueó, al tiempo que sintió un ligero desvanecimiento, sintiendo que él llegaba al final, pero su fuerza no se desvanecía, pues la mantuvo contra él.

Pegada a él.

Sin dejarla caer.

Respirando con fuerza, agarrada a su cuello, le susurró:

—Cuánto te he echado de menos.

Duncan sintió el amor en esas palabras.

—Y yo, mi amor. Y yo.

Fue dejándola caer, despacio, hasta que sus pies tocaron el suelo.

—Metete en la cama. Hace frío.

Ella obedeció en el acto, y sin ponerse el camión, se cobijó como un ratoncito, escondiéndose hasta el cuello, mientras observó a su esposo como se desnudó por completo, mientras calibró cada parte de su anatomía, mientras pensó, si ese miembro que todavía estaba duro, había jugado en algún lugar inadecuado.

El hombre se acostó.

Ella se abrazó a él.

Él la envolvió en su abrazo, dándole calor.

En silencio.

Pasados unos minutos, Sissy susurró:

—He leído en el periódico que Adam ha muerto.

Duncan no dijo nada, y ella se separó de su cuerpo para verle la cara.

—Sí. Esta mañana ha sido el entierro.

Los ojos verdes mostraron sorpresa.

—¿Has ido?

—Por supuesto.

—Podría haberte acompañado —añadió, mirándolo sin pestañear.

—¿Habría sido tu deseo?

—No especialmente. Solo por acompañarte, por estar a tu lado.

—Estuve presente, y acompañé a sus hermanas. Después de lo que te hizo, creo que no me he portado tan mal dándole el último adiós.

Sissy no atendió a la última explicación.

—¿Hermanas? No sabía que tuviera hermanas.

—Sí, una vive en Dublín y la otra en Estados Unidos, en Boston.

—¿Ellas también son herederas de la fábrica de tejidos?

—La mitad era herencia de Adam, la otra mitad para las hermanas. Así lo dejaron dispuesto sus padres. Ahora, todo para ellas.

Sissy no supo si enfadarse por no conocer esa información, o pasar del tema.

Optó por lo segundo, ya se informaría más adelante.

—¿Dónde estabas cuando murió? —preguntó con cierto temor.

Los ojos de Duncan se veían oscuros como la noche.

—Esa pregunta también me la hizo la policía.

Sissy se llevó una mano a la boca, ahogando una exclamación.

—No tienes de qué preocuparte. Estaba en Aberdeen, él en su casa de Londres, supuestamente solo; yo, acompañado.

Cuando dijo *acompañado*, sintió un no sé qué.

—¿Acompañado? —preguntó con timidez.

Duncan mostró una sonrisa torcida, y llevó un dedo hasta el negro cabello.

Enroscándolo, jugando con el rizo sedoso, contestó:

—Pasé toda la tarde noche con unos socios europeos en la mansión de Aberdeen.

Se hizo un silencio, mientras ambos se miraban.

—El periódico decía que se cayó por la escalera, que llevaba el brazo escayolado y...

—¿Y?

—Tal vez, si hubiera estado en buenas condiciones, no habría pasado esa tragedia.

—¿Te parece una tragedia?

—Que no sienta dolor por su muerte, no quita que sea una tragedia.

—Bien dicho.

—¿Tú le hiciste lo del brazo?

Duncan la miró intensamente.

—Sí. ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Te... sacó de tus casillas? —preguntó, sin contestar a la pregunta.

—¿Quién te lo ha dicho? —volvió a preguntar.

Ese tono, áspero, duro, y esa mirada fija en sus ojos, no admitía atajos.

—Es la comidilla entre los criados —mintió, pues no quería involucrar al editor y al amigo de Cameron.

El hombre acarició el hombro desnudo, jugando con la yema del dedo, haciendo dibujos, o letras, sobre la suave piel, mientras su mirada no se retiró del bello rostro.

Sissy volvió a preguntar.

—¿Te sacó de tus casillas?

—Se puede decir que últimamente, cada vez que veía a Adam, y eran pocas, me sacaba de mis casillas. Sí, se puede decir así.

—Pero ¿qué pasó?

Él dejó de jugar con el dedo y rodeó con su mano el delicado hombro.

—Pasó lo que tuvo que pasar. Le di una paliza, y estuve a punto de algo más. Pero me contuve, por ti, por el pequeño. Si lo mataba a golpes, acabaría en la cárcel, y sinceramente, es lo último que deseo.

Ella contuvo la respiración ante esa confesión, sintiendo el calor que le provocaba esa mano grande envolviendo su hombro.

—¿Lo llevaste al hospital?

—Así es. Sabía que el brazo estaba roto, la nariz... probablemente, y alguna contusión más, a nivel del tórax, probablemente alguna costilla fracturada.

Sissy se fijó en la ceja, que mostraba un pequeño corte que ya curaba.

—¿Te lo hizo él? —preguntó deslizando un dedo por la ceja.

—Sí, seguramente fue cuando me rozó con uno de esos anillos que solía llevar.

Hablaba en un tono que Sissy no supo cómo calibrar, no supo si era doloroso, o indiferente, o, tal vez, las dos cosas.

—¿No te denunció?

—Lo último que haría Adam sería denunciarme. No solo por las consecuencias, sino por su orgullo. Sabía de sobra que no.

—Claro.

—Se quedó ingresado en Aberdeen, y a los dos días se fue a Londres.

—¿Y qué explicación dio a los doctores? —preguntó Sissy, molesta por tener que sacarle las palabras con sacacorchos.

—Que se había caído montando a caballo. Después he oído otra versión.

Ella iba a seguir con el bombardeo de preguntas, pero él la cayó en un segundo.

—Estoy cansado, mi vida. Duérmete —le dijo, colocando un dedo sobre sus labios.

Ella afirmó en silencio, se abrazó a él, e hizo como que se durmió.

Dándole vueltas a todo lo hablado, imaginando cosas que no se habían dicho, tardó en coger el

sueño, escuchando la respiración del esposo, supo que él también tardó lo suyo en reunirse con Morfeo.

Capítulo 17

Al día siguiente, cuando despertó, él ya no estaba.

No había prisa.

Se tomó su tiempo para el aseo y demás acicalamiento, desayunó de manera frugal en su gabinete, fue a ver al pequeño Dunc, y después de estar un rato con él y de que Alastar le comunicase que Lord Murray estaba en el despacho de la biblioteca, fue a encontrarse con él.

Tampoco aligeró la marcha por el entramado de pasillos, escalones y tramos de escaleras, pues su mente iba ordenando las palabras adecuadas para lo que tenía que decirle.

No sabía de qué humor lo encontraría, pues últimamente andaba más taciturno de lo normal, y eso que la pierna ya no le molestaba, y no le quedó ni una leve cojera. Gracias a Dios, pensó Sissy. Pero a veces no sabría decir qué pasaba por su mente; tal vez se trataba de la acumulación de trabajo que tenía, en especial, con la cuantiosa herencia de su tío. O, tal vez era por ella.

Tal vez no tuviese suficiente confianza, tal vez estaba molesto por todo lo pasado, la pelea con su primo, y después la muerte tan inesperada, o tal vez había cosas que no le contaba relacionado con lo que había hecho cuando él estaba en coma.

En fin, no estaba segura, pero creía que le ocultaba información.

Cuando llegó a la puerta, respiró profundamente, se alisó el vestido y colocó la mano en el picaporte.

—Buenos días, Duncan. Me gustaría decirte algo —saludó y anunció, entrando en el despacho, viendo como esa mirada escrutadora la valoraba de arriba abajo.

—Buenos días, Cecily. Tú dirás.

Siempre que la llamaba por su nombre, sentía un no sé qué.

Sissy se acomodó en uno de los sillones que había enfrente de la mesa, y antes de hablar sacó la punta de la lengua para humedecer sus labios.

Por Dios, mi hermosa joya, no hagas eso, pensó el hombre sin dejar de observarla.

—La señora Lewis nos ha invitado a pasar una semana en su residencia de Bath, y he pensado en llevar a Dunc conmigo. Estoy segura de que la suavidad del clima del Sur de Inglaterra le irá bien para su salud, y un cambio de aires, también.

Duncan no dijo nada, solo la contempló.

Su mirada era tan intensa, que logró ponerla nerviosa.

Antes de que ella volviera a hablar, esa voz masculina se escuchó.

—¿Tú sola y Dunc?

—Tú también estás invitado —añadió, como si eso no fuese necesario decirlo, pues era algo obvio.

—Tengo mucho trabajo, ya lo sabes.

—Lo sé, pero tienes que descansar un poco, no todo es trabajar y trabajar.

Ella pensó en su padre, en Cornelius.

Duncan dedujo en qué pensaba su esposa.

—Ya lo tengo todo preparado. —Y mostró una hermosa sonrisa, sin ser consciente de cómo afectaba esos gestos al esposo—. Mira, mañana salimos nosotras y el pequeño: Agatha y una doncella nos acompañan. Y dentro de unos días, te reúnes con nosotros.

Duncan no dejó de mirarla, pero su boca permanecía sellada.

Ante el silencio, ella se vio obligada a preguntar.

—¿Te molesta que haya hecho planes sin contar contigo? —preguntó sin saber qué pasaba por la mente de su marido.

—Somos una familia, sí me molesta.

No lo dijo con dureza, pero su voz sonó grave, y su rictus permaneció serio.

—Lo siento. Tú también te vas y no me dices nada.

—No es lo mismo, Cecily. Yo me voy por trabajo, y no me llevo a Dunc.

Sissy se mordió el labio inferior y afirmó lentamente:

—Tienes razón. Te pido disculpas.

Duncan se vio obligado a decir algo, para no mirarla como un tonto enamorado.

—Y puedes preguntar a dónde voy, cuando quieras, y puedes venir conmigo si es tu deseo.

Ella soltó un resoplido que no fue muy femenino y que provocó una mueca en la boca del hombre, para contener una sonrisa.

—A veces pienso que no te gusta que vaya contigo, y a veces pienso, que si voy contigo es como si fuese un incordio.

Él la observó con atención, evaluando ese comentario.

—No comparto ninguna de esas afirmaciones.

Sissy añadió algo que casi lo dejó sin palabras.

—Quiero estudiar Medicina.

Después de asimilar esa contundente noticia, la mirada de Duncan se hizo más penetrante, y la voz más dura.

—Creo que no estás hablando con tu padre.

La verde mirada se mostró incrédula.

—No sé qué quieres decir.

—Quiero decir, que soy tu marido, y tú mi esposa, y que no sé a cuento de qué viene lo que acabas de decir. Ya no eres la muchacha que se planta delante de su padre para decirle quiero estudiar una carrera. En su momento, antes de que ocurriera el derrumbe, y según lo que me has contado, no te mostraste con ganas de estudiar nada.

—Bueno, eso fue antes. No tenía las cosas claras. Ahora sí.

—Ahora, ¿sí?

—Así es.

Duncan esperó.

—Soy joven, y quiero aprovechar el tiempo. Y más vale tarde que nunca.

«Estudiar Medicina, por todos los santos», pensó el hombre.

—Hace poco querías ser traductora.

Sissy resopló de nuevo, y se levantó de golpe para moverse por la habitación.

—Me gusta traducir, leer en otros idiomas, hablarlos —explicó, mientras deslizaba los dedos por los lomos de los libros, que se hallaban en una preciosa librería de oscura caoba, y que en su mayoría, eran de Derecho, y Economía—. Pero quiero estudiar Medicina en Edimburgo.

Duncan la observaba moverse, disfrutaba cómo el vestido se movía al compás de esos movimientos femeninos, elegantes; clavaba la mirada en esos pechos que tan bien conocía, arropados por delicada seda.

—¿Por qué?

Sissy se paró, clavó la mirada en él, y contestó con entusiasmo:

—Porque quiero saber, porque quiero cuidar de Dunc y de ti. Y también de los demás.

Murray estaba asombrado, ni por lo más remoto habría pensado algo así.

—¿Y si no estás preparada? ¿Y si no vales para ello?

Sissy no se molestó ante la desconfianza de su esposo.

Dio una palmada, y fue a sentarse de nuevo.

—Creo que lo estoy. Me gustan las ciencias, siempre se me han dado bien, no habrá problema.

A Duncan le maravillaba la confianza que mostraba.

—¿Por qué no comenzar con Enfermería?

Sissy casi estuvo a punto de frotarse las manos, pues si él no había puesto el grito en el cielo, y solo le hacía esa pregunta, era buena señal.

—Creo que es perder el tiempo. Me prepararé para entrar en Medicina. Si como dices, no lo consigo, siempre puedo hacer Enfermería. Pero voy a por todas.

Duncan mantenía la mirada en esa carita preciosa. Por todos los santos, su esposa en un lugar lleno de hombres; hombres dispuestos a ningunear a cualquier mujer que optara por una carrera de ese tipo, en un territorio masculino.

Ella pareció leerle el pensamiento, y el hombre se asombró ante ello.

—Es un sector muy masculino, y muy gregario, lo sé; pero cada vez hay más mujeres que optan a Medicina. Sabré defenderme.

—No lo dudo —fueron las palabras del hombre.

—Mamá Adele quería que estudiara Derecho, y seguramente lo habría hecho si no hubiera pasado lo que pasó.

—¿Y no prefieres esa carrera?

—No. Tú ya eres abogado y economista, ese terreno lo tenemos copado —bromeó mostrando una esplendorosa sonrisa que dejó mareado al marido—. Además, creo que es más interesante Medicina. Y, viviendo parte del tiempo aquí, siempre vendrá bien tener un médico en casa, ¿no te parece?

Duncan se quedó mirándola durante un largo minuto sin decir nada.

Ella esperó, sin decir nada, aguantando los nervios.

—Muy bien. Hazlo.

Una hermosa sonrisa llenó el rostro de la esposa.

—¿De verdad? ¿No te enfadas? —preguntó, intentando controlar la emoción.

—No es motivo para enfadarse. Pero no esperes que vaya a mediar por ti.

—No lo pretendo.

Duncan no dejó de observarla ni un segundo.

—Tendrás que pasar el proceso de admisión, presentar todas las calificaciones que certifiquen tu nivel académico.

—Lo sé. Agnes está en ello, pronto lo recibiré.

—Puede que no apruebes el acceso.

—Lo tengo en cuenta.

Sissy estuvo a punto de decirle que estaba embarazada, pero se mordió la lengua. Primero, porque solo estaba de una falta, y podía pasar cualquier cosa, y segundo, porque tal vez, al saber algo así, no aceptara que siguiera con su proyecto.

El silencio se hizo incómodo, pues Duncan no dejó de mirarla, y ella sabía que no había terminado de objetar su elección.

—¿Sabes que mucha gente está al corriente de tu historia con las mansiones del placer?

—Sí.

—Que te puedes encontrar en alguna situación... —dejó de hablar durante un momento, para continuar con cierto malestar— alguna situación incómoda, o tal vez, peor.

Ella se mordió el labio.

—En una ocasión dijiste que esas cosas se olvidan.

—Lo dije por decir. Hay cosas que tienen tanto morbo, que no se olvidan nunca, al contrario, se engrandecen de tal manera, que resultan imposibles de parar. Y es así como están las cosas. Adam se encargó de que corriera la voz, el editor también ha aportado su granito de arena, igual que los amigos de Adam, y la mujer con la que estuve a punto de comprometerme también se ha regocijado con ello.

Sissy apretó los labios, movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Entiendo. Pero no te preocupes por ello.

Duncan no podía dejar de sorprenderse por la mujer que tenía.

—Me preocupo por ti.

—Mientras no te avergüence, a mí no me importa.

—No me avergüenza, y estoy muy orgulloso de ti —declaró, recalcando cada palabra, provocando que ella sintiera cositas en el estómago.

—Pues eso es lo único que me importa —zanjó con esa voz dulce como la miel.

Duncan movió ligeramente la cabeza y enlazó los dedos.

—Muy bien. ¿Cuál es tu plan?

Sissy se removió en el asiento, y él supo, que a pesar de todo ese poderío que mostraba, estaba nerviosa.

—Prepararme estos meses, y poder entrar el próximo otoño.

—De acuerdo.

Ella estuvo a punto de levantarse y dar un salto de alegría.

—Y ¿vas a venir a Bath?

—Ir vosotros primero, y me reuniré en un par de días.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de Sissy.

Duncan Murray pensaba en más de una ocasión que en algún momento reventaría de placer, o de dolor, o de enfado, o de sorpresa, y todo motivado por la mujer que tenía enfrente.

Sabía de su fortaleza, de su dulzura, de su generosidad, de su entrega.

Pero también era consciente de su terquedad, de su valentía, de su independencia.

No podía atarla, no lo deseaba, pues su vitalidad, su personalidad, le gustaba tanto como esa fogosidad extrema que llenaba sus noches, y no solo las noches. Todo formaba parte de ella, y así quería que siguiera, que mantuviera esa esencia pura y a la vez salvaje.

—Ven aquí —le ordenó con voz suave.

Ella se levantó y fue hasta él, para sentarse en su regazo, pero las manos del hombre lo impidieron, y se quedó quieta, a la espera de lo que él quisiera.

Sin dejar de mirarla a los ojos, llevó las manos al borde del vestido y se internó por debajo.

Acarició la turgencia de los muslos, jugueteó con las ligas de las medias durante dos segundos, para acabar abarcando el trasero en toda su plenitud.

—Deseo tu felicidad —murmuró con voz grave, sensual.

Ella suspiró profundamente, al sentir como esas manos grandes le bajaban las bragas.

—Y yo la tuya —susurró, llena de placer.

Con movimientos rápidos, le sacó la prenda íntima para que no interfiriera en los siguientes actos.

—Si tú eres feliz, yo soy feliz.

Las manos grandes abarcaron los glúteos, para acariciarlos con movimientos circulares, lentos, más grandes, más pequeños.

—Eso es muy bonito —logró pronunciar lamiéndose los labios.

—No quiero que te hagan daño —continuó el hombre, sin dejar de tocar esa carne, sabiendo donde comenzaba el tatuaje, y donde acababa.

—No debes preocuparte.

Casi jadeó, casi gritó, al tiempo que apoyó las manos en los hombros del esposo, deseando que la tomara cuanto antes.

—No lo puedo evitar. Eres carne de mi carne —murmuró sin dejar de contemplar ese rostro arrebolado, esa boca húmeda.

Sintiendo la excitación en ese cuerpo amado, en esos temblores que anunciaban lo que vendría en unos momentos.

—Ocupas mis pensamientos noche y día —declaró, casi con dolor, intentando controlar sus actos.

No queriendo ser violento.

Pero ella habló por él.

Y no utilizó palabras.

Se quitó de una el vestido.

El sostén.

Y así, desnuda ante él, se dio la vuelta, le mostró el trasero, y sin prisas, sabiendo que él estaría controlando todos sus movimientos, se sentó en su regazo.

Despacio, de forma perezosa, se restregó contra la erección, y agarró esas manos poderosas para que sujetaran sus pechos, mientras escuchaba la respiración del hombre, como se iba alterando poco a poco.

Sintiendo sus pechos estrujados, agitados, amasados por esas manos que podían ser suaves como una pluma, o violentas como un ciclón, se agarró a los reposabrazos, para tener mejor facilidad de movimiento.

Para seguir con ese meneíto.

Para volverlo loco.

Se frotó de manera descarada, moviendo esa carne esplendorosa, arrimándose a la entrepierna, y despegándose de golpe, provocando que sus pechos quedasen sin sujeción, y haciendo que los ojos del hombre se embrijaran con esos movimientos provocadores, obscenos, lujuriosos.

Provocando que apretara los dientes.

Aguantando, controlando, sin saber si lo conseguiría.

El deseo de ambos era perverso, las ganas de copular los soliviantaban.

Ella se separó, y se volvió, mirándolo fijamente, llevándose un dedo a la boca, y dos, para chuparlos, sabiendo que lo tenía en su mano, que con esos gestos lo volvía loco.

Se acarició los pezones con los dedos mojados, haciendo circulitos en la areola.

Llevó la otra mano a su sexo, y deslizó un dedo por la rajita.

Y Duncan no aguantó más.

Se levantó, y con la polla fuera de los pantalones, la agarró y le puso las manos sobre la mesa para colocarse detrás.

Embistió de golpe, entrando de una, sin encontrar resistencia, pues con cada movimiento de él, ella respondía, con cada embestida, ella arremetía, dando lo mismo que recibía, sin blanduras, sin tapujos.

Jadeando los dos, como si estuvieran en una carrera, con la respiración anhelosa, deseando no acabar.

Pero sabiendo que eso sería imposible.

Ella apretó los labios para frenar un grito.

El placer le recorrió el cuerpo, le tensó las piernas, le empinó el culo, mientras se dejó caer sobre la mesa, sintiendo las embestidas, una tras otra.

Hasta que él también llegó a la meta, y cayó sobre ella.

—Eres la mujer más sorprendente que he conocido —le susurró al oído—. Eres mi mayor triunfo, mi bien máspreciado, más amado —terminó besando el cuello.

Se incorporó, y la ayudó al momento, para abrazarla, para sentirla suya, para que esa cálida piel formara parte de él.

Envolvió la cara con sus manos, le entreabrió la boca con los dedos, y bajó la cabeza para capturar su boca, para devorarla durante un largo instante.

Besar esa boca, comérsela como si fuese el manjar más delicioso, era algo que lo volvía loco, que le producía un inmenso placer; y si el coito era tan primitivo, tan salvaje como para no perder tiempo en encontrarse las bocas, después, con la calma, necesitaba degustarla con un beso largo y profundo.

—Te amo, Cecily Murray.

—Yo también te amo, Duncan Murray —susurró, abrazándolo con fuerza.

Capítulo 18

La correspondencia con la señora Lewis comenzó poco después de convertirse en la esposa de Duncan. Cuando Sissy recibió la primera carta, no se sorprendió, a fin de cuentas, Duncan Murray era conocido en muchas esferas, empresarial, social, y a raíz del accidente, y después de haber salido del coma, mucho más.

La señora Lewis supo de la noticia por una pequeña publicación que salió en el periódico, donde se hablaba de la boda entre el empresario y aristócrata Lord Murray y la señorita estadounidense Cecily Frank Davies. Si solo hubiera visto la pequeña y granulosa fotografía, no hubiera reparado en Sissy, pues no la habría reconocido, pero ese nombre...

Ese nombre no lo olvidaría fácilmente.

La primera carta fue concisa, breve; para darle la enhorabuena por su boda, y mostrar su alegría al saber de ella.

La segunda, algo más larga, pero sin excederse, fue para invitarla a su casa de Londres, o a la de Bath, si deseaba dejarse seducir por la templanza del clima del Sur, y darse un delicioso baño en las Termas romanas.

Sissy se lo agradeció, y de manera cortés también la invitó a Edimburgo, esa ciudad de antiguos rascacielos —haciendo alusión a lo que ella le contó durante la travesía—, si le seducía el clima oceánico, es decir: lluvioso, ventoso, más que fresco, donde el mar está frío hasta en verano. O si prefería un tiempo más revoltoso, por no llamarlo salvaje, en las Tierras Altas tendría un hogar calentito y una comida contundente, en una mansión un tanto pintoresca.

Pero entre unas cosas y otras, el tiempo pasó, y seguían sin verse.

Siguieron carteándose, pues el teléfono no le gustaba a Teodora, que prefería la comunicación epistolar, pues era una manera ideal de contar todo lo que querías sin que nadie te interrumpiera, y preguntar todo lo que te diera la gana, si querías ser indiscreta, sabiendo de sobra que todo lo que iba, podía no volver.

De manera que, cuando la preciosa Sissy le escribió diciendo que pasarían unos días en su casa de Bath, se puso como loca para que todo estuviera en perfectas condiciones, y deseosa de conocer a ese hombre, primo del fallecido Adam Cameron.

Primero llegaron Sissy y el adorable pequeño, en compañía de una doncella y una institutriz.

Cuando se quedaron a solas, mientras el pequeño dormía en una preciosa habitación llena de juguetes que Teodora mandó comprar, y donde también alojaría a la señorita Spencer, Teodora disfrutó contemplando a esa belleza morena y calibrando lo que había cambiado en tan poco tiempo.

—Querida Cecily, cuánto me alegro de tenerla en mi casa. La veo más madura, más mujer, pero tan espectacular como antes.

—¿Nos vamos a tratar de usted, Teodora? —preguntó con una sonrisa.

—Claro que no, pero no estaba muy segura, querida Sissy, pues ahora que eres Lady Murray... Sissy soltó una carcajada.

—Más madura, sí, con más experiencia, también, con un título muy británico, sin mérito alguno por mi parte, sí, por lo demás, más o menos —dijo entre sonrisas—, sigo siendo la misma.

—Cuánto me alegro, querida. Cuando vi la noticia de tu boda en el periódico, casi se me salen los ojos de las órbitas. En fin, la vida da tantas vueltas.

—Es cierto. No sabemos dónde nos llevará el destino.

—Cierto, muy cierto. Fíjate en el joven y apuesto señor Cameron, quién iba a decir que tendría ese final —exclamó moviendo sus manos y haciendo sonar los brazaletes.

El rostro de Sissy se mostró un tanto frío.

—Tengo que decir que aunque Adam Cameron no era santo de mi devoción, tampoco me alegré por su muerte. —Encogió los hombros, sin dejar de mirar a Teodora—. Pero tampoco me entristeció. No te voy a mentir. Era un hombre...

Teodora esperó, sin añadir palabra.

—Era un hombre odioso. Desde el primer momento, desde que me lo presentaste, no me gustó, no sabría decirte el motivo.

En cuestión de unos minutos, la puso al corriente de todo lo que pasó en el barco, y lo que ocurrió cuando volvió a Escocia, incluido el pacto que hizo con Adam. No dejó nada en el tintero, pues, a fin de cuentas, era un secreto a voces, y daba por hecho que Teodora sabría algo, o mucho.

—Dios del cielo, querida, ¿cómo no me dijiste nada de lo ocurrido en el barco? Sabes que habría hecho lo que fuera por mantenerte a salvo.

—Supongo que habría sido así, pero también se habrían complicado mucho las cosas. Preferí manejar la situación yo sola, a fin de cuentas, no nos conocíamos tanto como para saber si te pondrías de su parte o de la mía, y la verdad, algo así no hubiera sido lo más acertado.

—Sí, te entiendo. Son situaciones tan delicadas. No es que tuviera una relación estrecha con Adam, de hecho, lo conocí en el viaje, pero había oído hablar de él. También había oído hablar de tu esposo, pero no tenía ni idea del vínculo familiar —soltó un suspiro, y continuó—: Siempre supe que era un vividor, que gastaba el dinero a manos llenas, que le gustaba el juego y, por supuesto, un mujeriego, pero llegar a esos extremos...

—Te he contado todo esto, no porque esté orgullosa de ello, pero sí lo estoy de hacerlo por el hijo de mi esposo, que lo considero mío, y lo volvería a hacer, sin dudarlo. Seguramente habrás oído comentarios, chismorreos, y más de uno será cierto, y más de uno será inventado, pero lo que sí es cierto, es que Adam Cameron me prostituyó, y yo dejé que lo hiciera. Esa es la realidad.

—Qué horror, querida niña. Cómo has podido sobrevivir a una situación semejante. No cabe duda de que tienes muchas agallas.

—Bueno, prefiero no pensar en ello. Ya es pasado.

—Sí, es lo mejor. Ahora, lo que tienes que hacer, puesto que el pequeño duerme, es acercarte a las Termas, las visitas con tranquilidad, y mañana vamos todos. ¿Qué te parece?

—Muy bien. Me termino el té, y voy dando un paseo.

—Mi doncella te acompañará.

Sissy sonrió ampliamente.

—No es necesario, Teodora. Soy neoyorkina, no me voy a perder en un sitio como este.

—Ya sabes que he estado en tu ciudad, y ahí, mientras me dirigía en taxi desde la Quinta hasta Grand Central Terminal, el taxista me contó que la mayoría de los que viven en Nueva York, si los sacas de su barrio y alrededores, y del lugar de trabajo, no saben ir a más sitios.

Sissy rio con ganas.

—Tienes razón, Nueva York es muy grande. Pero como soy de Manhattan, te puedo decir que ahí no me pierdo.

Una hora más tarde, se encontraba atada de pies y manos.

Dos horas más tarde, uno de los hombres se había ido, el otro permanecía con ella.

—Te voy a decir lo que vas a hacer.

Le quitó la banda de los ojos, y le tiró encima una burda bata de algodón.

Sissy parpadeó, acomodó la mirada al espacio que le rodeaba, viendo una sala con las paredes desconchadas y el suelo de tierra.

Se puso la bata, al tiempo que apretó los muslos, siendo consciente de que seguía sangrando, imaginando que estaba sufriendo un aborto.

Otro.

Estaba dolorida, por todo su cuerpo, de las cuerdas, que al tenerlas poco tiempo, no habían llegado a lacerar la piel, la mejilla, del tortazo que le dio al principio, pero en especial, lo peor, lo que más trauma le causaba, era el dolor que sentía en sus partes, el dolor en el vientre, y... lo demás.

Pero lo demás no importaba, qué más daba que hubieran utilizado su cuerpo como si fuera algo sin vida, sin sentimientos. Qué más daba que la hubieran mancillado, violado, ultrajado.

En ese momento, lo único que sentía era la pérdida del ser que probablemente había llevado dentro de su cuerpo durante tan poco tiempo, solo eso.

La mirada se clavó en ese rostro.

Ben Taylor le devolvió la mirada.

—Harás lo siguiente: lo abandonarás. A él, a los dos. A todo lo que tienes aquí.

Ella movió la cabeza, confusa, pero al momento entendió.

—No —se atrevió a decir, mirándolo con ojos asesinos.

El hombre hizo oídos sordos a esa negación.

—¿Sabes que solo me he enamorado una vez? —preguntó sin esperar respuesta, pues no la deseaba, llevando la mirada a esas paredes en mal estado, que pronto se restaurarían, mirando a través de ellas, recordando el pasado—. Lo conocí en el colegio, teníamos once años, y a lo largo del tiempo intenté ser inseparable, intenté ser necesario para él. Lo conseguí muchas veces, sobre todo de adultos, cuando necesitaba dinero porque se había gastado la asignación. Era egoísta, sí, hay que llamar a las cosas por su nombre. Pero él era así. Muchas veces, cuando se

emborrachaba, deseaba ser hijo único, deseaba que sus hermanas, mayores que él, desaparecieran. —Mostró una sonrisa sin alegría—. Y eso que él heredaría la mayor parte de los bienes, que las hermanas solo recibirían una buena dote y una parte de la fábrica de tejidos.

Hizo una pausa, y volvió la vista hasta esa cara tan bonita.

—Así era él.

Sissy no retiró la mirada de ese hombre, esperando no sabía qué, y temiendo lo que estaba por venir.

—Te voy a poner en antecedentes. Tal vez pienses que tu familia estará segura, pero no es así. No será de ese modo. Estando tú con él, con ese crío, no estarán seguros, porque el final les llegará antes de tiempo. —Sonrió, ante la expresión de incredulidad que vio en esos ojos—. O acaso piensas que el accidente que tuvo fue algo circunstancial. No, nada de eso. Fue un accidente provocado, él me lo pidió y yo obedecí. Queríamos su muerte, pues él lo quería todo. Bueno, a ese crío no, por supuesto.

La expresión de Sissy, al principio, fue de sorpresa, de impotencia, pero en esos momentos, el pánico se apoderó de sus ojos.

—Soy rico, muy rico, casi tanto como Murray, y con dinero todo se compra. Tengo contactos, no es necesario que me ensucie las manos —hizo un ruido con la boca, una especie de gemido—, pero no culminó como él quería. Estaba dispuesto a ir al hospital, y cuando nadie se diera cuenta, asfixiarlo, pero le dije que no era necesario, que estando en ese estado sería muy difícil que se recuperase, y si lograba salir del coma, igual se quedaría como un vegetal.

Hizo una pausa, observando el rostro de esa mujer que había traído la desgracia a su vida.

—¿Adam? ¿Adam quiso matarlo? —preguntó con un susurro, creyendo que no estaba oyendo bien, que no estaba entendiendo las palabras de ese hombre, que su cabeza estaba atorada y no comprendía la grandeza, la monstruosidad de esas palabras.

—Sí. El enfado que cogió cuando se enteró de que no había muerto en el accidente fue... Imagino que te haces una idea, pues con ese tatuaje que llevas, aunque esté camuflado, ya sabías hasta dónde podía llegar. Tuve que aguantar sus insultos durante toda una tarde, hasta que se calmó. Borracho hasta casi perder el conocimiento, fue entonces cuando dejó de maldecir.

Sissy movió la cabeza con ahínco, sin dejar de mirarlo con horror.

—No me lo creo.

Taylor mostró una mueca por sonrisa.

—Pues haces mal. Porque lo que sucedió una vez, se repetirá más tarde o más temprano. Te lo puedo asegurar. Si no vuelves a tu país, o a donde cojones quieras largarte, verás morir, primero a uno, después a otro. No tengo decidido quién irá en primer lugar, porque todo dependerá de... las circunstancias.

Taylor la traspasó con su mirada, y ella no se atrevió a rebatirle.

—Me da igual lo que le digas a Duncan, pero tienes que ser convincente. A fin de cuentas, tampoco lleváis tanto tiempo, y después de todo lo que has tenido que pasar con Adam, sin obviar lo ocurrido aquí, pero claro, eso no lo debe saber.

Sissy tragó saliva, sus ojos se llenaron de lágrimas, y en cuestión de segundos, se derramaron.

Una mueca de desprecio se formó en la boca del hombre.

—Mis lágrimas por Adam fueron tan o más dolorosas que las tuyas, porque han sido muchos años de amarlo, porque lo he perdido para siempre, y tú, si de verdad quieres a los Murray, estás a tiempo de salvarlos.

Sissy se limpió las mejillas con las manos y le preguntó:

—¿Él también te amaba?

La carcajada resonó por toda la sala, y el eco la hizo más larga, más tétrica.

—Adam Cameron solo se amó a sí mismo. Esa es la verdad. La única verdad.

—Y, a pesar de ello, hiciste todo eso —exclamó sin levantar la voz, aguantando el dolor, físico y psíquico.

El hombre la miró con salvajismo.

—¡Y lo volvería a hacer! ¡Mil veces! —exclamó desde lo más profundo de su ser.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo —preguntó, compungida.

—¿Por qué dejaste que te prostituyera? ¿O acaso te gustó?

—Lo hice por el pequeño. Lo hice por Duncan.

—Pues ya lo sabes.

—Pero él no te quería. Solo se amaba a sí mismo. Lo acabas de decir —susurró, pues no tenía fuerzas para gritar.

—¡Basta! No quiero seguir hablando, no quiero verte más. ¡¿Me oyes?!

Ella se encogió ante ese grito.

—Quiero que tu ausencia provoque dolor, angustia, rabia. Quiero que Duncan sufra, eso es lo que quiero.

La mirada del hombre no se retiró del rostro femenino, contento de ver el sufrimiento en esas facciones, no solo por lo que ellos le habían hecho, sino por lo que estaba imaginando que le pasaría a su familia.

—Y si estás pensando en decírselo, o en contarlo a la policía, será tu palabra contra la mía. Lo negaré todo, no podrás demostrar de ningún modo lo que te hemos hecho. ¿Gritarás a los cuatro vientos que dos hombres con una respetabilidad reconocida en todo el reino te han violado, te han sodomizado? Harías el mayor de los ridículos, y lo que es peor, pondrías a Murray en evidencia. Todos lo señalarían, hasta puede que le tengan lástima, y más de uno pensará, dirá, que a quién se le ocurre casarse con una yanki que ha paseado del brazo de Cameron por las mansiones del placer, dejando que todos se la follaran, comiéndose todas las pollas que se pusieron a su alcance, dejándose hacer mil y una aberraciones. Porque es lo que piensan todos, que te has prostituido, que te han usado, que te has comportado como una perra cachonda.

Hizo una pausa, y mostró una mueca, que quiso pasar por sonrisa.

—Y, la realidad, más o menos, ha sido así.

Sissy sorbió por la nariz, y volvió a limpiarse una lágrima.

—Pero, lo peor de todo, es que yo no miento, que lo que digo lo hago, que el horror llegará a tu vida, elevado a la máxima potencia. Lo que te pasó en Nueva York, no tendrá comparación con

lo que sufrirás si no haces lo que digo. Tal vez primero el niño, o el padre, o los dos. Eso será una sorpresa.

Sissy se limpió las últimas lágrimas.

—¿Serías capaz de hacerle mal a ese pequeño? ¿Un niño que puede ser hijo de Adam?

La mente de Taylor viajó hasta esa noche que Adam violó a Coira, y él participó y no evitó tal ultraje.

—Si fuese de Adam, no tendría que haber nacido, no tendría que haber existido. El muy tonto, dijo que la sacó a tiempo. Tuve que aguantarme las ganas de gritarle, de decirle que no lo hiciera, que no se la follara, que yo le haría lo que él quisiera, que dejaría que él me hiciera todo lo que deseara, pero si lo hubiese hecho, se habría enfadado, me habría castigado de algún modo. Coira no tendría que haber estado en esa fiesta sin su marido, joder, llegó con su madre y su padrastro, que se retiraron cuando el reloj dio la medianoche, y ella continuó bailando, y bebiendo, hasta emborracharse. Cuando la llevamos a la habitación, no se tenía en pie, pero creo que sabía que éramos nosotros, y seguramente pensó que estaba en buenas manos, o tal vez no pensó nada. — El rostro del hombre mostraba gestos de desprecio, mientras miraba a un punto determinado—. Era una de las mujeres más bellas que he conocido, y también de las más caprichosas, consentida, insípida y poco inteligente; y no me refiero a la inteligencia de saber, sino la de intuir, la de valorar lo que hay que dar para recibir. Porque si hubiera tenido dos dedos de frente, se habría dado cuenta de que un hombre como Duncan no se conforma solo con belleza, quiere algo más, y ese algo más no se lo dio ella. Pero le dio un hijo, un hijo que seguramente no era de su esposo, o sí, y encima, defectuoso.

Clavó la mirada en los ojos verdes, arrugando la frente, amusgando los ojos, para soltar más odio, más violencia con las palabras.

—Ese crío me importa una mierda, igual que me importa una puta mierda tu marido, igual que me importa unos cojones lo que te pase. ¿Te ha quedado claro?

Se fue hacia un arco que daba salida a otra sala, y girándose de forma teatral, le advirtió.

—No te largues sin más, dale una explicación convincente, para que no vaya detrás de ti como un lobo buscando su presa.

Se hizo el silencio.

Taylor no se movió del sitio.

—¿Me has oído?

—Sí. Alto y claro.

La miró durante unos segundos.

—No eches mis palabras en saco roto, o te arrepentirás toda tu vida.

No gritó, la miró por última vez, y cuando desapareció, Sissy creyó que el fin del mundo había llegado para ella.

Se quitó la bata, rasgó un trozo de la zona más limpia, para hacerse una compresa, se vistió, y buscó la salida de ese edificio antiguo, vacío, y pendiente por restaurar.

Capítulo 19

Cuando llegó a la casa de Teodora, aludió un terrible dolor de cabeza, y se retiró a su habitación. Por la noche recibió una llamada de Duncan.

—Hola, mi amor —fue el saludo del esposo.

Sissy sintió que se le encogía el corazón, que se le partía el alma.

La invadieron unas ganas terribles de llorar.

Apretó los labios, y tomó aire por la nariz, para soltarlo despacio.

—Hola, Duncan —la voz le salió entrecortada, y él lo percibió al momento.

—¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

—No, no pasa nada. Es que... estoy indispuesta. Ya sabes, un poco de dolor y esas cosas. Nada más.

—Vaya, pues vas a disfrutar poco de las Termas.

Duncan escuchó un leve suspiro.

—Eso parece.

Se hizo un silencio, pero apenas duró dos o tres segundos.

—No puedo ir, mi vida. Tengo una reunión importante en Londres, que no puedo aplazar. Porque no os venís, y pasamos unos días en la ciudad y luego volvemos a Escocia.

—Como quieras —añadió con un hilo de voz.

—Podemos invitar a la señora Lewis cuando quieras, cuando os pongáis de acuerdo.

—Sí, me parece bien —logró que la voz le saliera con algo más de ímpetu.

—Muy bien. Os espero pasado mañana en Londres. Estaré en el St. James.

—Allí estaremos.

Hablaron un par de minutos más, en los que Sissy intentó estar un poco más animada, logrando engañar al esposo, o eso creyó.

Al colgar, metió la cabeza debajo de la almohada, y lloró hasta que se quedó sin lágrimas.

Al día siguiente, cuando se lo dijo a Teodora, esta se llevó un disgusto enorme.

—¡Oh, querida niña! Con la ilusión que me hacía tenerte aquí un tiempo.

—No pasa nada, Teodora. Volveremos, o puedes ir a Escocia cuando quieras —le dijo mientras terminaba con la maleta, y la doncella se encargaba del resto.

Se paró de golpe, y como recordando, le preguntó:

—¿Puede ser que haya visto a uno de los amigos de Adam Cameron por aquí?

Teodora mostró una sonrisa, sin saber que esa pregunta era una mentira, que Sissy quería información.

—Claro, seguramente. Ben Taylor tiene una casa aquí, ha pertenecido a su familia durante generaciones. Me lo encontré hace dos o tres días. —Se quedó pensativa, y añadió—: El día anterior a vuestra llegada, estuvo cenando en casa. Le hablé de tu llegada, para celebrar una cena,

todos juntos, pero se disculpó muy amablemente, pues tenía que volver a Londres —soltó un suspiro y continuó hablando al mismo tiempo que le dio una prenda a Sissy que se le había caído—. Creo que está muy triste por la muerte de su amigo. En fin, no quise sacar ese tema para no entristecerlo más. Solo le comenté la sorpresa que me llevé ante esa muerte prematura, pero vi que no tenía ganas de hablar de ello.

Sissy tuvo que morderse la lengua para no gritar como una loca, y escuchó la siguiente pregunta mientras cerraba la maleta.

—¿Lo viste y no le dijiste nada?

La joven se encogió de hombros.

—Estaba lejos. Me pareció que era él, pero luego pensé que podía ser alguien parecido. No le di más importancia. Además, tampoco tengo relación... —Dejó la frase sin terminar.

—Me da un poco de pena, la verdad. Se le ve tan solo.

Sissy agradeció que el pequeño Dunc apareciera en la habitación, seguido por la señorita Spencer, y llenando la estancia con sus risas y su media lengua. Teodora lo cogió en brazos, haciendo las delicias del pequeño.

Una vez que desayunaron, se despidieron, prometiendo verse pronto.

En Londres pasaron tres días.

Estando el pequeño Dunc, todo giró a su alrededor, y en compañía de la doncella y de la señorita Spencer se dedicaron a salir de compras y a disfrutar del lujo del St. James, una preciosa obra maestra victoriana, que al estar en el pleno centro, ofrecía opciones de todo tipo, como pasear por los alrededores de Buckingham Palace y St. James' Park, o entretenerse por el West End y Mayfair. Por el día, Duncan pasaba las horas en reuniones de todo tipo, en despachos de abogados, notarios y bancos. Por la noche, invitado a cenas de trabajo, acudió solo, pues Sissy le comunicó que no estaba en condiciones de asistir, ya que manchaba bastante, y estaba dolorida, prefiriendo quedarse descansando en la maravillosa *suite* con todos los lujos deseados. El marido no se molestó, y a pesar de estar deseoso de mostrar la esposa que tenía, y de la que se sentía más que orgulloso, aceptó sin más.

Al llegar la noche, a horas que la mayoría de los mortales dormían, se desnudaba, se acostaba, y contemplando a su mujer que dormía algo intranquila, intentaba dormir.

Duncan sospechaba que algo pasaba, pero no imaginaba qué pudiera ser, y no entendía el porqué de su mutismo. Pero tarde o temprano tendrían que hablar.

El viaje a Edimburgo, en tren, no sería un lugar de intimidad, a pesar de tener un vagón privado, pues con el niño, correteando sin parar, la doncella y la señorita Spencer tuvieron compañía en todo momento.

Cuando llegaron a casa, era tan tarde, que todos se fueron a dormir, y Sissy tuvo que estar un largo rato con el pequeño, pues no quería quedarse con nadie más.

Al final se quedó a dormir con el pequeño, algo que dio lugar a que Duncan se levantara y confirmase con sus propios ojos que su esposa no dormiría con él.

Sissy escuchó las pisadas de Duncan, cómo abrió la puerta despacio, y a los pocos segundos, volvió a cerrar. No estaba dormida, algo así era imposible, pues su mente no paraba de pensar, y cuanto más pensaba, más sufría, y cuanto más sufría, aumentaba el deseo de ponerse a gritar como una loca.

Pensó en abandonarlos en la ciudad, a pesar de que la mayoría de sus cosas estaban en Dubh House, de manera que debía ser práctica, pues sus cosas, no era solo la ropa y demás enseres, era el collar de diamantes y el resto de los recuerdos familiares. Además, estaba convencida de que cuando se lo dijera a Duncan, este no se iba a conformar con cualquier explicación, puede que no se conformara con nada, y conociendo su temperamento, se armaría una buena, y siendo así, tendrían más intimidad en la mansión, que en esa preciosa vivienda de Victoria Street, que serían oídos por todos.

Llegaron a Dubh House y estalló la bomba.

Era por la noche, y por fin estaban solos en la alcoba.

Él se acercó hasta ella.

Su mano se deslizó por la mejilla, fue hacia la nuca y enredó los dedos en el oscuro cabello.

La besó con suavidad, tanteándola, para no asustarla.

Ella le devolvió el beso, pero...

Duncan la observó con fijeza, y al final, la puso nerviosa.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué te ocurre?

Ella no contestó, pues se le hizo un nudo en la garganta.

Bajó la cabeza y se separó de él.

—¿Acaso es... porque estás con el mes? ¿Porque no te has quedado embarazada? ¿Se trata de eso? —Ella siguió sin contestar, y él, con mucha paciencia, añadió—: Sabes que no importa, que tenemos todo el tiempo del mundo. Además, ahora que quieres comenzar a estudiar...

Ella soltó un suspiro, pero siguió con los labios sellados.

—¿Qué ocurre, Cecily? ¿Por qué estás así? ¿Te has enfadado porque no he ido a Bath? ¿Es eso?

Duncan se acercó, y ella volvió a marcar distancia, y eso ya no le gustó nada al hombre.

—Creo... —comenzó Sissy, sacando fuerzas de algún lugar— que es mejor que nos separemos.

Esas palabras quemaron su boca como si fuesen brasas ardiendo, pero al ver la expresión de Duncan, sintió un dolor lacerante, que tuvo que ahogar un suspiro, al tiempo que lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué estás diciendo? —Esa voz grave no se elevó, como no creyendo lo que acababa de oír.

—Mañana me voy, recogeré mis cosas, y me vuelvo a Nueva York. No quiero vivir aquí, no quiero ser Lady, no quiero ser madre de Dunc, no quiero seguir siendo tu esposa.

Duncan no se movió, no pestañeó, no dejó de mirarla.

Y sin moverse, fulminándola con esos ojos que se veían oscuros como la noche, esperó.

—Creo que me he equivocado. Que no tendría que haberme casado contigo.

—Y te has dado cuenta ahora.

Su voz sonó peligrosamente baja, provocando un escalofrío en Sissy.

—He tenido tiempo de pensar en todos estos meses, de darme cuenta de que no estoy enamorada de ti. Te quiero, sí, pero no estoy enamorada. Y teniendo en cuenta que no tenemos hijos, y que tú estás pletórico de salud, lo mejor es que me vaya, y pueda hacer mi vida en mi país, comenzar de nuevo en donde debí quedarme.

Duncan tardó un momento en efectuar la pregunta, momento en el que, controlando la furia que sintió, se dedicó a observar a su esposa.

—¿Hay otro hombre? ¿Es eso? ¿O solo se trata de libertad? —fue dicho con sarcasmo, queriendo, deseando que ni lo uno ni lo otro fuese una realidad.

Ella sintió el huracán que se avecinaba.

Sintió el dolor del hombre que amaba con todo su ser.

—No hay nadie. Solo quiero irme. Nada más.

Duncan se acercó hasta ella.

Lentamente.

—¿Te has creído que soy tonto, estúpido o algo parecido? —le preguntó cuando estaba a dos palmos de ella.

Sissy quiso echarse para atrás, pero la pared fue el tope.

Los brazos del hombre se extendieron, apoyando las manos en la pared, una a cada lado del rostro de Sissy.

—Me vas a decir qué está pasando, y no te lo voy a repetir —ordenó con un tono peligrosamente suave.

Ella tragó saliva, asfixiándose con la presencia de ese cuerpo que estaba a dos palmos del suyo.

—Ya te lo he dicho. Quiero el divorcio.

Oír esa palabra fue el detonante para que Duncan perdiera la paciencia.

—Dime de una puta vez qué cojones está pasando —murmuró, rasgando el aire que había entre ellos.

No levantó la voz, pero esa mirada intensa, dolorosa y muy enfadada dio lugar a que Sissy se mordiera el labio, aguantando las ganas de llorar.

Quiso agacharse y salir corriendo de esa jaula que eran los brazos masculinos, pero sabía que no le serviría de nada.

—No vas a salir de aquí, ¿me oyes? No me trago ese cuento.

—Por favor, no lo hagas más difícil —susurró, dejándose caer, resbalando su cuerpo sin despegarse de la pared.

Antes de llegar al suelo, los brazos de su esposo la cogieron, la abrazaron con fuerza, y ella rompió a llorar.

—¿Qué está pasando, Cecily? ¿Qué me estás ocultando?

Sissy no paraba de llorar, la congoja era tan honda, que Duncan se asustó.

La cogió en brazos y la sentó en un sillón, al tiempo que él se arrodilló a sus pies.

Cogió el rostro lloroso entre sus grandes manos y la miró preocupado, sin saber qué se escondía detrás de ese llanto desconsolado, de los temblores que comenzaron en cuestión de segundos.

—Cálmate, mi dulce amor. Cuéntame lo que ocurre.

—No puedo —susurró—. No puedo —repitió de nuevo.

Duncan tenía ganas de ponerse a gritar, de comportarse como una bestia, pero se controló, intentó que ella se abriese.

—Puedes confiar en mí. Sabes que daría mi vida por ti, sabes que me arrancaría el corazón si me lo pidieses.

—No puedo, no puedo —repitió entre llanto.

—Cálmate, mi amor. No pasa nada. Nada —intentó tranquilizarla sin dejar de mirarla, queriendo comprender qué estaba pasando.

Ella agitó la cabeza, moviendo esa melena en una negación continua.

—Tu vida, tu vida, eso es lo que él te quitará si no te abandono.

Duncan se levantó, sin dejar de observarla.

¿Qué estaba diciendo?

¿Qué había ocurrido en su ausencia?

—Comienza a contarme qué ha pasado, o no saldrás de esta habitación. ¿Me has oído?

Ella se limpió las mejillas con las manos.

Sintió un escalofrío al mirar a su marido, tan imponente, tan enfadado y, sobre todo, preocupado.

—Estoy esperando, Cecily. Y más pronto que tarde perderé la paciencia.

Ella agachó la cabeza, pero no dijo ni una palabra.

—Tienes dos opciones: o contarme qué está pasando, o quedarte aquí hasta que vuelva. Iré a Bath, hablaré con la señora Lewis, interrogaré a todo el que se haya codeado contigo, y al que no, también. Y como no quede satisfecho con el resultado, volveré y te sacaré la información de un modo o de otro.

Ella elevó la mirada para engancharla con la de él.

—Lo hago por ti, y por el pequeño —logró decir con la voz entrecortada.

Duncan se movió por la habitación, por esa preciosa alcoba donde tuvieron sexo por primera vez, estando borracho uno, y sobria otra, donde una vez dormido, roncando a pierna suelta, ella disfrutó de él a sus anchas.

Abusó de él lo que quiso.

O lo que se atrevió.

El hombre se mesó el cabello, se pasó una mano por la mandíbula, moviéndose como si se estuviera enjaulado.

De una, se quedó quieto, la miró fijamente, y soltó:

—Si no quieres volverme loco, dime qué está ocurriendo, o no seré dueño de mis actos.

Sissy, aguantando el llanto, y sabiendo que le tenía que dar una explicación, logró decir entre

suspiros, y con voz tan baja que...

—Me violaron.

Fue un susurro, fue un lamento pronunciado como un secreto.

Duncan se paralizó, por una milésima de segundo creyó que no había entendido.

Por menos de eso, creyó estar en una pesadilla.

De pie, frente a ella, preguntó en un tono bajo, oscuro, y sospechosamente tranquilo.

—¿Quién?

Ella no contestó, y lo siguiente que se oyó fue el vozarrón.

—¿¿Quién?! —gritó como un loco, provocando que ella se encogiera de miedo.

—Ben... Ben Taylor —iba a continuar, pero al ver la expresión de incredulidad de Duncan, tragó saliva y se mordió el labio, para no gritar, para no llorar, para no tener esa sensación de culpabilidad.

—¿Taylor? ¡Ese marica de mierda te ha violado! — No quiso ser pregunta, pero lo pareció.

Sissy afirmó.

—Y Alex Goodall.

Duncan, controlando la ira, se sentó en el lateral de la cama, para ponerse enfrente de ella.

Y sin saber por qué, afirmó.

—No estás con el periodo.

Sissy suspiró, y negó en silencio.

—Comienza desde el principio, y no omitas ni una palabra. Ni una sola palabra. —No hubo dulzura en esa petición, pues Duncan ya estaba en otra cosa.

—¿Me puedes dar un pañuelo, por favor?

A Duncan se le cayó el alma a los pies al oír esa voz, ese tono, esa pregunta.

Se levantó, se dirigió a la cómoda, sacó un pañuelo y se lo dio.

Volvió a sentarse enfrente para ver cómo se sonaba la nariz, cómo apretaba los ojos, cómo sacaba fuerzas para relatar lo sucedido.

Maldita la hora en que se fue a Bath, pensó Duncan.

—Fui a las Termas sola. Teodora quiso que fuera con su doncella, pero le dije que no era necesario, que no me iba a perder en esa ciudad. Cuando llegué, paseé por el lugar, me familiaricé con el entorno, para ir al día siguiente con Dunc, y con Spencer y Teodora.

Hizo una pausa, soltó un suspiro, y continuó:

—Cuando estaba a punto de irme, me encontré con él. Iba solo.

Y así, fue contando lo que ocurrió.

—Lady Murray —exclamó un sonriente Benjamin.

Sissy se quedó mirándolo, sin creerse que uno de los amigos de Adam estuviera en el mismo lugar que ella.

—Señor Taylor —devolvió el saludo, cortésmente.

—¿Cómo usted por aquí? —preguntó mostrando su sonrisa más esplendorosa.

—Estoy en casa de la señora Lewis.

—Claro, claro, la encantadora Teodora —dijo, sin dejar de sonreír—. Yo también tengo una casa aquí, ¿no lo sabía?

Sissy estaba nerviosa, pues a pesar de esa simpatía, de esa sonrisa perpetua, participó con Adam en la violación de Coira.

Pero qué iba a hacer, ¿salir corriendo como un conejo asustado?

No, ella no era así.

—No, no lo sabía —contestó cortésmente.

—Pues sí. Herencia familiar, ya sabe.

Ella no dijo nada, esperando el momento para despedirse de él.

—¿Y qué le parece esta preciosidad de ciudad?

—Oh, muy bonita. No me ha dado tiempo a ver mucho, acabo de llegar, prácticamente, pero, no me cabe duda de que es una hermosa ciudad.

—Sí, es cierto. La casa de mi familia lleva aquí generaciones, de manera que forma parte de mi vida. Paso temporadas aquí.

—Qué bien —añadió Sissy, sintiéndose como una tonta.

—¿Se iba ya? —No le dio tiempo a contestar—. Permítame acompañarla y enseñarle las Termas como es debido.

—No es necesario que se moleste —intentó evadirse, conteniendo una sonrisa.

—Por favor, Cecily, no es molestia.

Sissy no quiso ser descortés, y fue con él.

Le enseñó todo, dando cuenta de su estatus, de su saber estar, de su elegancia, todo un joven caballero que le contaba la historia del lugar, de una forma amena e interesante. Hubo un momento en que Sissy se olvidó de todo lo malo que rodeaba a ese hombre.

Al final acabaron en una zona no visitada, pues estaba cerrada al público.

—Esta parte está muy deteriorada y no tardarán en restaurarla, pero por el momento no es accesible al público. Al público corriente, no a mí, que soy parte del comité. Permítame que se la ensaíe.

—No es necesario, no hace...

La frase quedó sin acabar, pues del golpe que recibió en la cabeza cayó al suelo.

Sissy dejó de hablar, y Duncan esperó.

—No sé si fue casualidad que ellos estuvieran...

—Las casualidades no existen —fueron las broncas palabras del hombre.

A Sissy se le pasó por la cabeza mentir a Duncan, decirle que cuando despertó, ya había pasado todo, pero sabía que no sería convincente, y sabía que Duncan era un explosivo a punto de estallar.

—Cuando desperté estaba desnuda, atada de pies y manos. Y con una venda en los ojos. Reconocí la voz del editor, a pesar de que llevaba algo en la boca, un pañuelo tal vez, para distorsionar su voz, pero no fue muy efectivo.

Hizo un receso, y aprovechó para limpiarse la nariz, y sin mirar a su esposo, continuó:

—Primero me violó Alex. Me puso en la postura del perrito —tragó saliva, sin ver la mirada de su esposo, sin ver la furia que transmitían esos ojos— y me violó. No duró mucho tiempo, y entonces lo hizo Taylor, pero...

Duncan esperó.

Y se impacientó.

—Pero ¿qué?

—Utilizó algo. No sé lo que fue, y me lo introdujo por...

Al no terminar la frase, fue Duncan el que lo hizo.

—Maldito hijo de puta —masculló entre dientes, controlando la ira, para que no pensara que iba contra ella.

Ella movió la cabeza, tragó saliva, respiró hondo.

—¿Qué más?

Sissy no contó lo doloroso que fue, y el tiempo que Taylor estuvo metiendo y sacando ese consolador.

Directamente, fue al final.

—Alex se fue, y Taylor me quitó la venda, me dio un albornoz y me dijo lo que tenía que hacer. Irme, abandonaros, para que tú sufieras lo que él estaba sufriendo con la muerte de Adam. Dijo que si yo no me hubiera cruzado en el camino de ellos, nada de esto habría pasado. Que yo tenía la culpa, eso dijo —hablaba de manera lenta, teniendo que hacer paradas, para deglutir, o dejar que saliera un largo suspiro, una especie de hipo como cuando era pequeña, que no podía controlar—. Dijo que... si no obedecía, mataría al pequeño y a ti. Y dijo que ya lo hizo cuando tuviste el accidente, que él tiene muchos contactos, que no se tiene que manchar las manos.

No pudo continuar, pues el llanto silencioso hizo su aparición.

Pasados unos segundos, él preguntó:

—¿Sigues sangrando?

—Sí.

Se hizo el silencio, mientras Duncan la devoraba con la mirada, mientras ella se limpiaba las lágrimas.

—Ni se te ocurra moverte de aquí.

Se levantó, se puso la chaqueta, y comprobó que las llaves del coche estaban en uno de los bolsillos, que no las había dejado puestas, como la mayoría de las veces.

—¿A dónde vas? —preguntó, costándole salir las palabras.

Él la miró, y soltó despacio las palabras, advirtiéndole, amenazando.

—Cuando vuelva, quiero que estés esperándome. Ni se te ocurra largarte, porque te buscaré hasta en el infierno, Cecily.

Sissy se levantó, se agarró a él.

—No te vayas, por favor. No quiero que te pase nada malo. Por favor, por favor, por favor —repitió, gimió, lloró, agarrándolo de las mangas, de la chaqueta.

El hombre la abrazó con fuerza durante unos segundos, apoyando la barbilla en ese cabello sedoso.

—Quiero que descanses, que te recuperes. Y quiero que no te preocupes.

Bajó la cabeza y besó esa boca temblorosa durante un largo instante.

—Por favor, no te vayas —lloriqueó viendo como salía de la habitación.

—Te quiero.

La puerta se cerró.

Capítulo 20

Duncan tenía amigos hasta en el infierno, Ian Fletcher era uno de ellos.

Se conocieron en la guerra, de hecho, la cicatriz que lucía en la sien se la hizo un alemán cuando se interpuso entre su bayoneta y un soldado malherido. Si no hubiese sido por Duncan, el corazón de Fletcher habría sido agujereado como un alfiletero. El alemán murió, y Duncan cargó con él durante cuatro horas, llevándolo por trincheras abandonadas hasta la enfermería más cercana. Desde ese momento, el de Glasgow lo consideró más que un hermano, lo nombró su dios, pues gracias a él, salvó su vida. Una vez acabada la guerra, y con unas cuantas cicatrices de poca importancia, siguieron manteniendo el contacto. Cuando Fletcher montó un taller de fontanería, Duncan le encargó el mantenimiento de los inmuebles que le pertenecían, y de esa forma, Fletcher tenía unos ingresos fijos y bien remunerados.

Se había criado en los bajos fondos, y no tenía escrúpulos de ninguna clase, de manera que cuando Duncan le pidió lo que le pidió, sus palabras fueron rápidas y concisas.

—Dalo por hecho.

Cuando Fletcher y los suyos entraron en la casa de Taylor, se llevaron una sorpresa, y no pudieron cumplir con lo establecido. Con el editor fue más fácil.

Duncan entró en la fábrica abandonada, maldiciendo que Taylor se hubiera suicidado, que Fletcher lo descubriera colgando de una soga en uno de sus elegantes baños de su casa de Glasgow.

—Mala suerte, amigo. Pero por lo menos nos queda el otro —fueron las palabras de Fletcher.

El editor estaba en el interior, sentado en una silla, atado, y con un saco en la cabeza. Respiraba con dificultad, y el pánico que sintió desde que lo sacaron del vehículo hasta que lo metieron bajo cubierto y lo sentaron en la silla le hizo mojar los pantalones.

¿Lo estaban secuestrando para pedir un rescate?, pensó el desgraciado. Tampoco era tan rico, y en esos momentos tenía más deudas que beneficios, gracias a que Taylor le había dado un dinero, «en préstamo —le dijo—. Cuando puedas, me lo devuelves», continuó.

Ni por lo más lejano, se le pasó por la mente que Murray estuviera detrás de todo; cómo iba a imaginar algo así, si el primo de Cameron era un todo un caballero, condecorado con la Cruz Victoria por sus actos heroicos en la Gran Guerra. Sí, por muchos era sabido de su talante frío y su genio malhumorado, pero... A su primo le rompió un brazo en una pelea o discusión, y poco tiempo después murió, pero fue porque se cayó por las escaleras de esa casita minúscula que tenía en Londres.

El sonido de la lluvia invadió sus oídos, el viento que se colaba por las ventanas sin cristales, aunque él no las viera, le hicieron temblar, y como un tonto, pensó que la primavera estaba siendo demasiado hostil, y al escuchar pasos, se removió, intentó gritar a través de la mordaza

que tapaba su boca. Y en cuestión de segundos, como si de un flas se tratara, le vino a la mente la belleza morena de Sissy.

No, no podía ser. Taylor se lo aseguró, dijo que era una puta acostumbrada a todos los vicios sexuales, que ya le habían saturado todos los orificios cuando Adam la llevó a las mansiones del placer. Que ahora que era Lady, iba de gran señora, pero lo cierto es que seguía siendo una perversa.

Pero...

No lo habría contado.

No se acordaba muy bien de qué le hizo, estaba drogado, y el recuerdo que le quedaba era que se lo pasó muy bien, que disfrutó como nunca, incluso, en su loca imaginación, creyó que le había provocado varios orgasmos a la mujer, mientras sus ojos no se retiraban de ese llamativo tatuaje que adornaba la nalga, y que algo así no se podía considerar una violación.

De repente, todos los pensamientos se esfumaron, al sentir una presencia delante de él, y cuando de golpe le quitaron el saco, y vio a Duncan, el corazón le comenzó a latir como el motor de una locomotora.

«No podía ser, no podía ser».

La gravedad de la voz provocó un cosquilleo en la vejiga del editor.

Habría vuelto a orinarse si hubiera podido. Si le hubiese quedado algo.

—Nunca me gustaste, pero jamás pensé que fueses de esos tipos —dijo Duncan, con semblante serio, sin levantar la voz.

El editor se removió, a punto de tirar la silla donde estaba sentado, queriendo hablar, explicarse, con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

Sintiendo retortijones en la barriga.

—Es una pena lo de Taylor, ¿no te parece? Me cago en la puta. Debería estar aquí, a tu lado — Alex siguió gritando a través de la mordaza, pero lo único que salían eran gemidos, y la voz firme de Duncan se iba metiendo en su cabeza—. Se ha suicidado, ¿lo sabías? Qué pena, cuánto me hubiera gustado echarle el guante. Ni te lo imaginas. Pero, al final, ha demostrado lo que era, lo que siempre pensé cuando lo veía detrás de Adam, un puto cobarde y un hijo de la gran puta.

De una, le bajó la mordaza, y el editor quiso soltar una verborrea, una defensa de su persona.

—Yo no he hecho nada, fue él, solo él. Lo juro por lo más sagrado. ¡Lo juro! Tienes que creerme, Duncan. ¡Yo no he hecho nada!

Duncan no le hizo caso, solo miró al suelo, y con la punta de uno de sus zapatos hechos a medida, movió el polvo de las baldosas, que antaño soportaron el peso de las máquinas de hilar.

—¿Te gusta la postura del perrito? —preguntó con suavidad, levantado la vista del suelo y clavándola en ese rostro que reflejaba el miedo del infierno.

Alex se retorció, y esta vez lo hizo con tanto ahínco, que cayó espantado hacia atrás.

—Levantarlo, vamos a jugar un rato. A ver cuánto le gusta.

Fletcher y los dos hombres que iban con él lo agarraron, lo levantaron y lo soltaron de la silla.

—Bajarle los pantalones.

Alex gritaba a pleno pulmón, pero daba lo mismo.

Afuera se oía el ruido de la lluvia, el viento se había calmado.

—¡Hostia! Se ha cagado encima —dijo uno de los hombres de Fletcher, soltando una risilla, al tiempo que arrugaba la nariz.

Lo colocaron encima de una mesa, la única que había en esa gran nave, y agarrándolo para mantenerlo lo más quieto posible, vieron acercarse a Duncan con un palo.

—Ya sabrás que los orgasmos con la polla son increíbles, pero dicen que los de próstata son la hostia. ¿Lo sabías? Pero no estoy aquí para darte placer, imagino que ya te habrás dado cuenta.

En ese momento, el editor berreaba como un bebé, y al momento gritaba como si lo estuvieran matando, y eso todavía no había llegado.

No había entrado en su cuerpo.

—¡Aplástale la cara contra la mesa! Ahora viene lo bueno, señor editor. A ver cómo lo disfrutas.

Le introdujo el palo de una, y se lo dejó ahí.

—¿Qué tal, muchacho? ¿Te gusta? —gritó para hacerse oír entre los gritos y el llanto.

Duncan cogió una silla, y se sentó cerca de la mesa, para verle la cara mientras gritaba, lloraba e intentaba levantar la cara sin éxito.

Estuvo así durante cinco minutos.

Pasado ese tiempo, se levantó.

Se colocó delante de él, y Fletcher lo agarró del pelo para que viera lo que Duncan tenía en las manos.

—¿Sabes qué voy a hacer con esto? —le preguntó, al tiempo que abría una navaja de grandes dimensiones—. Lo sabes, ¿verdad?

Alex ya no podía resistirse más, pues tres tíos lo agarraban, y con ese palo metido por el ano, notando como la sangre resbalaba por sus muslos, y algo más, creía que iba a perder el conocimiento. Pero al ver a Duncan con esa navaja, gritó con todas sus fuerzas, pidiendo clemencia, farfullando las palabras contra la sucia mesa de madera.

—Lo siento, lo siento. Estaba drogado, no sabía lo que hacía. De verdad que no. Por favor, toda la culpa fue de Taylor. ¡Toda! —se entendió a medias, para gritar al final.

—Demasiado tarde. Haberlo pensado antes —murmuró llevando sus pasos al lugar deseado.

Oyendo los gritos, viendo que las piernas las tenía casi paralizadas, le agarró los testículos y se los cortó de un tajo.

Unas horas más tarde estaba metido en un bidón, en un barco que navegaba por el río Clyde. Cuando llegaron a mar abierto, Duncan presenció cómo lo tiraron por la borda, y desapareció en las profundidades marinas.

Sentía que había llegado demasiado tarde, que en ese momento, tendrían que haber tirado dos bidones.

Cuando se despidió de Fletcher le habló de algo pendiente, y le pidió que le informase si se enteraba de algo. Le dio un sobre con dinero, pero el de Glasgow no lo quiso coger.

—Cógelo, dale lo que creas conveniente a tus hombres. Ya sabes cómo pienso: todo trabajo, sea de la índole que sea, tiene un precio.

Fletcher no dijo nada, afirmó en silencio, cogió el sobre, le dio una palmada en la espalda a su amigo, y antes de separarse, murmuró:

—Te mantendré informado.

Murray afirmó, y se fue andando, y diez minutos más tarde tomó un taxi que lo dejó cerca de donde tenía estacionado su coche.

Puso rumbo al norte, mientras pensaba en todo lo sucedido.

Maldita sea, se dijo, ahora tendrían que estar los dos cadáveres en el mar, y no uno colgando de una soga. Al tener en mente a Taylor, no puedo evitar que la imagen de Adam le invadiera el pensamiento. Ese día que le dio la paliza, que le rompió el brazo, lo habría matado, si no llega a ser por un criado de edad avanzada, que ni por lo más remoto hubiese pensado que tenía tanta fuerza para separarlo de su primo y evitar que lo matara a golpes.

Fue él el que lo llevó al hospital, acompañado por un muchacho de los establos. Eso fue lo que dijeron, que se había caído montando a caballo, y Adam no lo negó, era demasiado vergonzoso para él pregonar a los cuatro vientos que su primo lo había molido a golpes.

No le satisfacía haber hecho lo que hizo, ni antes ni ahora, pero lo volvería a hacer.

Su esposa y su hijo eran su centro del universo, y todo por lo que había pasado su preciosa Sissy era imperativo que se resarciera de algún modo. No era partidario de tomarse la justicia por su mano, pero estaba muy harto de toda la podredumbre que rodeaba su vida, la vida de su esposa, incluso la de Coira, que, en ninguna circunstancia, bajo ninguna excusa, merecían ser tratadas como un trozo de carne.

Le había pedido a Fletcher que averiguara quién había tocado su coche, si es que eso era posible, pues en esa ocasión tocó la muerte con los dedos, y dio lugar a todas las humillaciones que tuvo que pasar Cecily. Probablemente no lo averiguara, o tal vez sí; si era lo segundo, ya vería qué decisión tomaría.

Llegó por la tarde, faltando poco para anochecer.

Alastar lo esperaba, y al ser preguntado, contestó prestamente.

—Lady Murray está en la sala de juegos con su hijo, milord.

Con su zancada habitual, sin prisa de ningún tipo, se dirigió hasta la sala de juegos, solo aminoró el paso cuando estaba llegando, para no ser oído, para escuchar qué hacían.

—Ma-mi —la vocecita de Dunc llenó sus oídos—. Mami, mira.

—¡Qué bonito, Dunc!

—Un... un... un... —repitió, sin encontrar la palabra, y poniéndose nervioso.

—¿Qué es, cariño? —preguntó Sissy, con esa dulzura que derretía al niño.

—Cariño —repitió el pequeño, sonriendo ante ese adjetivo.

—Un... —dijo Sissy, para que volviera la atención a lo que habían hecho entre los dos.

—Un... ¡catillo!

—Muy bien. Un castillo.

—¡De pincepes, y pincesas! —añadió con una gran sonrisa.

—Eso es.

El pequeño dio palmas, mostrando una enorme sonrisa.

—¿Y ahora? —preguntó ella, mirándolo con picardía.

—Lo tiro —dijo con voz bajita, al tiempo que le dio un manotazo a todos los cubos esparciéndolos a su alrededor.

—Mañana lo tendremos que hacer otra vez.

—Chi.

—Sí —dijo Sissy.

—Sí —repitió el pequeño.

Como si fuese un animalito, un perrito que huele a su amo, movió la cabeza varias veces, nervioso, y le preguntó:

—¿Papá?

Sissy sintió el palpito del corazón, los nervios en el estómago, el final del dolor de la ausencia, de la preocupación, pues el niño tenía un sexto sentido para sentir la presencia del padre.

Elevó la mirada, y ahí estaba él.

El pequeño salió corriendo, tambaleándose peligrosamente, para acabar en los brazos de su padre.

—Pa... pá —le dijo, mirándolo embobado, y tocándole la oscura barba de varios días.

—Hola, mi pequeño. ¿Cómo te has portado?

—Bien —contestó, al tiempo que le daba palmaditas en la barba.

—Y mamá, ¿cómo se ha portado? —preguntó con la mirada clavada en los ojos verdes.

El niño soltó una risita.

—Mamá y Dunc, tira catillo.

—Ah, ¿sí?

—Sí —afirmó con ímpetu, remarcando la «s».

En ese momento llegó la doncella que se había ausentado por un instante, y detrás la señorita Spencer. Saludaron a lord Murray, cogieron al pequeño de la mano, entre las dos, y salieron de la habitación.

Al quedarse a solas, se contemplaron mutuamente, se analizaron despacio.

Las palabras del hombre fueron las primeras en escucharse.

—Estás preciosa.

Ella se acercó despacio, respirando con fuerza, aguantando el llanto, para abrazarse a él sin premura, con fuerza, apoyando la cara en su pecho, oliendo el olor a lluvia que impregnaba su chaqueta.

—Qué miedo he pasado —murmuró ella, sin levantar la cara, sin despegarse de ese cuerpo grande, para sentir esa fuerza, para sentirse segura.

Él no dijo nada.

La separó, llevó un dedo a la barbilla y elevó el rostro hacia él.

Bajó la cabeza y capturó esa boca, despacio, sin prisas.

Saboreando esos labios, lamiéndolos, degustándolos.

Qué placer, pensó, que maravilla tener esta mujer con él, para él.

Ella gimió, y el beso se hizo más profundo, las manos del hombre recorrieron la espalda, la cintura, el trasero, mientras devoraba esa boca, mientras se atragantaba con la dulce lengua.

—¿Estás bien? —le preguntó, manteniendo las bocas pegadas.

—Sí —contestó ella, temblando ante esa boca arrebatadora.

—¿Del todo? —quería estar seguro.

—Del todo.

—Vamos —dijo sin más, agarrándola de la mano.

Mientras se dirigían por pasillos y pequeños tramos de escaleras, llevada por esa mano que envolvía la suya, le preguntó:

—¿Qué pasó?

Él siguió caminando, con paso ligero, sin contestar.

Cuando llegaron a la alcoba, la metió dentro y cerró.

—No tienes de qué preocuparte. Solo quiero que seas feliz, que disfrutes de la vida, conmigo, con Dunc.

—Pero...

—No hay peros, dulzura. No te voy a hacer partícipe de mis actos. Jamás pondré tu vida en peligro, ¿me oyes? Mi deber es cuidarte, protegerte, y así será mientras tenga vida.

Los ojos verdes se humedecieron, y antes de que las lágrimas se desbordasen, él la besó de nuevo, la desnudó despacio, la cogió en brazos y la dejó en la cama, para unirse en un acto lento, placentero y delicado.

Para amarla con devoción.

Como ella se merecía.

Con el paso del tiempo

Habían transcurrido siete años, y lady Murray, o como muchos la llamaban: la doctora Cecily, dirigía una pequeña clínica en las afueras de Moray. Quiso vender el collar de diamantes para invertirlo en la construcción de la clínica, pero Duncan la convenció para que no lo hiciera.

—Forma parte de ti, de tu historia, de tu padre, de tu madre, que te criaron, te amaron, con sus virtudes y defectos, como todos. No hay necesidad de venderlo. Tenemos dinero de sobra, gastémoslo en lo que tú quieras, lo que desees. La clínica tendrá los últimos adelantos, lo necesario para que puedas hacer bien tu trabajo.

Y así fue. Duncan no escatimó ni una libra, y Cecily disfrutó de su trabajo, de su vocación, en un lugar acogedor, con los últimos adelantos en aparatología, farmacología, y con personal cualificado. Con las amistades que Duncan tenía, y en los ámbitos que se movían, gestionaron una fundación para recaudar dinero y poder atender a todas esas personas que no podían pagar una atención médica; dicha Fundación se llamó: Duncan Murray Frank, en honor al pequeño Dunc.

Atendían a todos los que lo necesitaran, pero la clínica Murray estaba destinada en especial, para las mujeres, de cualquier edad, de cualquier condición, en cualquier situación, y para los niños. Cuando llegaba una joven embarazada que no quería quedarse con el bebé, Cecily se encarga personalmente de encontrar un hogar de acogida para ese niño, y regularmente, se visitaba para comprobar que las cosas fuesen por su sitio.

Se habría quedado con todos esos bebés, pero el sentido común prevalecía ante ese pensamiento, y teniendo en cuenta que ya había parido tres hijos, y estaba embarazada del cuarto, estaba muy ocupada.

La primera fue una niña, y le pusieron Chloe, como la madre de Duncan; el segundo un niño, llamado Cornelius, y la tercera, Adele.

No tenían claro qué nombre le pondrían al próximo, o próxima.

Duncan exigía, declaraba, que su próxima hija se llamaría Cecily, y Sissy riendo a carcajadas, le contestaba que de eso nada, que se llamaría Lily, como la tía de Duncan. Y si era niño, lo elegiría el pequeño Dunc, el hermano mayor, que se aproximaba a los doce años. Pero Dunc tenía un problema, un problema de gran tamaño, puesto que un día decía que el próximo bebé se llamaría Bruce, otro, Alistair, y al día siguiente, Angus, o David.

Hasta que un día le dijo el padre:

—¿Qué te parece Iain?

Dunc pareció pensarlo, mientras miraba a su padre, luego a su madre, y deslizaba la mirada por sus tres hermanos, que sentaditos en el sofá al lado de mamá, esperaban la contestación.

—Me... parece... —movió la cabeza varias veces, tragó saliva, apretó los labios, y se dispuso a terminar la frase— que puede valer. Sí, puede...valer.

Duncan abrazó a su primogénito, sonriendo a su esposa y a sus preciosos hijos.
Clavando la mirada en Cecily, sus labios pronunciaron en silencio:
—Te amo.

FIN

Índice

<u>Capítulo 1</u>	<u>7</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>31</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>67</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>93</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>125</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>149</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>169</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>185</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>199</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>211</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>227</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>239</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>251</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>259</u>
<u>Capítulo 15</u>	<u>273</u>
<u>Capítulo 16</u>	<u>283</u>
<u>Capítulo 17</u>	<u>295</u>
<u>Capítulo 18</u>	<u>307</u>
<u>Capítulo 19</u>	<u>317</u>
<u>Capítulo 20</u>	<u>331</u>
<u>Con el paso del tiempo</u>	<u>341</u>